



THE
Roman

NEW YORK TIMES BESTSELLING
AUTHOR OF *THE RAVEN*

SYLVAIN
REYNARD

EL ROMANO

PROLOGO

MAYO 2013

FLORENCIA, ITALIA

ELLA ESTABA MURIENDO.

El Príncipe escuchó su corazón lento y tartamudeando, y su respiración se hizo aún más superficial. La joven con el alma valiente y los grandes ojos verdes estaba muriendo. Los humanos habían estrellado su cráneo contra una pared. Sin duda, su cerebro estaba herido. La piel de sus brazos era pálida, casi translúcida. Su rostro estaba magullado y manchado de sangre.

El príncipe había visto morir al bien, no una, sino dos. La sostuvo en sus manos y vio cómo la vida se esfumaba, como la arena que se filtra entre sus dedos.

Él no dejaría morir esa belleza.

Fuera de la vista de los otros vampiros, recuperó las ilustraciones que había dejado en el techo. Los acunó junto con la mujer mientras voló sobre el Ponte Vecchio al otro lado del río Arno. Con cada paso, enfocaba su antigua audición en el sonido de los latidos de su corazón, preocupado de que se callaría antes de llegar al refugio seguro de su villa.

Tendría que darle mucha sangre vampírica para sanarla. Era posible que ella estuviera más allá de la ayuda. Y no sería su sangre la que le daría. Ni siquiera para salvar su vida.

El príncipe aceleró el paso, su figura se movía como un relámpago de la colina. Cuando llegó a las pesadas puertas de hierro que rodeaban su casa, se detuvo y sostuvo a la mujer con más fuerza. Con un grito, saltó la barrera, aterrizando como un gato en el otro lado. La mujer gimió ante el movimiento, y sus ojos se abrieron.

— Cassita, susurró, sus ojos grises se encontraron con los de ella.

— Mantente despierta.

Sus ojos se volvieron hacia su cabeza.

— *Sard*, maldijo, corriendo hacia la puerta de entrada de la villa y entrando en ella.

No se molestó en llamar a sus sirvientes; tenía solo unos minutos, tal vez incluso

segundos antes de que su corazón dejara de latir. Siempre.

A su enorme biblioteca voló, presionando uno de los volúmenes en el estante. Un panel de madera en una pared cercana se movió, revelando una puerta escondida.

Sin vacilar, el Príncipe entró en la oscuridad absoluta que envolvía la entrada y descendió una escalera, avanzando ágilmente hasta llegar al nivel inferior. Corrió por el pasillo hasta que llegó a una pesada puerta de hierro. Presionó un código secreto en un teclado numérico y esperó con impaciencia cuando la puerta se abrió.

El corazón de la mujer se hizo aún más débil.

Él la abrazó, presionando su cara contra su cuello, como si su fuerza pudiera pasársela.

Como si, por su toque, él pudiera mantenerla alejada de la muerte.

Se abrió paso entre hileras y filas de botellas de vino, apiladas cuidadosamente en altos estantes de madera que alcanzaban más de seis pies de alto. Se trasladó a la parte trasera de la bodega, donde guardaba sus cosechas más antiguas.

Colocando a la mujer en una mesa de madera, dejó sus ilustraciones a un lado. Él los atendería (y su venganza) más tarde.

El Príncipe eligió una de sus cosechas más preciadas, la sangre de un antiguo que había destruido en el siglo XIV. Descorchó la botella y deslizó su dedo dentro, recuperando una sustancia negra. Puso su dedo en la boca entreabierta de la mujer.

No era la mejor manera de alimentarla. Ella estaba inconsciente e incapaz de tragar. Solo podía esperar que la sangre de los vampiros se disolviera en su sistema, evitando su muerte inminente.

En un minuto, la mujer respiró profundamente.

Retiró su dedo, notando que estaba limpio. Lo metió en la botella de vino una vez más, cubriéndolo con una oscuridad más duradera.

Él puso su dedo en su boca, y esta vez su lengua se movió. Un medio trago débil siguió. Susurró palabras viejas en su oído, cayendo en latín mientras la exhortaba.

El corazón de la mujer dio un vuelco y luego aumentó sus movimientos hasta que latía lenta pero constantemente. Sus pulmones tomaron una respiración más profunda. Podía oír sus venas comenzar a zumbiar cuando la sustancia extraña mezclada con su sangre fluía a través de su cuerpo.

Pero estos eran reflejos -el cuerpo hambriento de por vida mientras la mente permanecía inconsciente.

Él le dio un poco más de sangre por la boca. Aunque estaba respirando, su pulso permaneció débil. Ella necesitaba sangre de vampiro en cantidades mayores de las que

podía tomar por vía oral. Pero no podía arriesgarse a moverla hasta que estuviera satisfecho de que sobreviviría el tiempo que llevaría establecer una transfusión.

El Príncipe maldijo a los animales que la habían atacado.

La alimentó dos veces más antes de elegir varias cosechas valiosas de su colección y tomarlas bajo su brazo. Él dejaría atrás las ilustraciones, por el momento. Estaban lo suficientemente seguros en su bodega. Aunque el ladrón los había sacado de su casa antes...

Levantó a Raven herida en sus brazos y la transportó al pasillo. Él le susurró al subir la escalera, rogándole que se aferrara a la vida.

Estaba muy seguro de que ella sobreviviría a la transfusión. Pero por la bondad de su alma, lo intentaría.

CAPITULO 1

AGOSTO 2013

FLORENCIA, ITALIA

—EL HUMANO ESTA MUERTO. El acento ruso de Gregor era mucho más pronunciado cuando hablaba nerviosamente con el Príncipe de Florencia.

El Príncipe acababa de recuperar el control de su principado y estaba encerrado con su antiguo ayudante, fuera del alcance de miradas indiscretas y oídos.

—¿Muerto? La expresión estoica del Príncipe se deslizó.

—Si mi señor. Aparentemente, él estaba tratando de proteger a su mascota y a su hermana cuando Maximilian lo mató. Vino con la hermana de América.

—¿Dónde está el cuerpo? El Príncipe abruptamente desenvainado y enfundado su espada.

—Con la policía. Habrá una autopsia. Gregor dudó.

El Príncipe atravesó a su asistente con una mirada. —¿Y?

—La red de inteligencia humana está preocupada por un policía llamado Batelli. A pesar de que no está involucrado en la investigación del asesinato, sabe que su mascota y su hermana han desaparecido. Está reclamando una conexión entre todo esto y el robo de los Uffizi.

El Príncipe mostró sus dientes. —Una autopsia nos expondrá. Indique a la red que reclame el cuerpo lo más pronto posible. Deben guardarlo hasta que les dé más instrucciones.

El Príncipe se dirigió hacia la puerta de su estudio sin mirar atrás. Raven y su hermana estarían devastadas al saber que Daniel estaba muerto. Es decir, si todavía estuvieran vivos.

Tocó el picaporte de la puerta. —Reúna al ejército y pídeles que hagan guardia a lo largo de las fronteras. La noticia del intento de golpe se extenderá. Es posible que incluso uno de nuestros aliados aproveche esta oportunidad para atacarnos. Debemos estar preparados.

Gregor se inclinó. —Si mi señor.

—Dile a los leales que se abrirá el tesoro para recompensarlos. Tú y Aoibhe deben supervisar la distribución, y te obligo a mantener tu generosidad moderada.

El Príncipe puso su mano en la empuñadura de su espada. —Tú y ella son los últimos miembros restantes del Consilium. Estoy seguro de que sabes que no puedes confiar en ella. Parece que ella ha estado conspirando con Ibarra, quien todavía está vivo y deambulando por la ciudad. He enviado una partida de caza para localizarlo.

—¿Ibarra? Los ojos de Gregor se abrieron de par en par. —Pero lo ejecutaste.

—Lo hice. El Príncipe tenía una expresión sombría. —Parece que él... fue resucitado. Gregor parpadeó. —Es tan poderoso como Aoibhe, si no más. Una partida de caza tendrá dificultades para derribarlo.

—Es por eso que debemos estar en guardia y por qué te estoy encargando de supervisar la seguridad de la ciudad. Mantén una estrecha vigilancia sobre Aoibhe y observa que Ibarra esté destruido. Estaré en mi villa, tratando de evitar una guerra con la Curia. Gregor se inquietó con sus manos. —Perdón, mi señor. Pensé que el don de las hembras humanas sería suficiente para aplacarlos.

La expresión del Príncipe se tensó. —Solo si llegan intactas. El conflicto con Maquiavelo me retrasó al enviar mensajeros a nuestros vecinos. Y hay otros peligros.

Una mirada pasó entre los dos vampiros.

—Espero que lleguen sanas y salvas, mi señor.

—Podemos esperar, Gregor, pero a lo largo de los siglos he aprendido a no rendir mi destino a la esperanza. Mira al ejército y sé precavido. O Ibarra o Aoibhe pueden intentar quitarte la cabeza.

El Príncipe abrió la puerta y entró al corredor, dando un paso hacia un pasaje subterráneo secreto.

Una vez que entró en el pasillo y cerró la puerta oculta detrás de él, echó a correr. Esperaba que no fuera demasiado tarde.

CAPITULO 2

WILLIAM ESTA MUERTO

La realización se repitió como un estribillo enloquecedor en la mente de Raven.

Maquiavelo tomó el control de Florencia y envió a Raven y su hermana como una ofrenda de paz a la Curia. Probablemente ya habían ejecutado a William, completando su ascenso al trono.

Raven cerró los ojos, demasiado angustiada para llorar.

El último acto de William había sido romper su promesa. Juraría que permanecerían juntos, pero permitió que los soldados se la llevaran. Él ni siquiera había sacado una espada.

Je t'aim, había pronunciado, mientras los soldados la arrastraban. Una última mirada, un último encuentro a los ojos, y ella fue arrancada de él.

Ahora él estaba muerto.

El vampiro que la estaba cargando tropezó. Raven estaba colgando sobre su hombro, su rostro en su espalda.

Ella se empuñó la camisa para aguantar.

Él le pegó en el trasero. —Suelta, vaca. ¡Nos derrotarán a los dos!

La rabia, rápida y caliente, la alcanzó. Ella hizo un puño y le dio un puñetazo en el riñón.

Su puño se encontró con algo duro e inflexible.

—¡Ay!, Chilló, acunando su mano. —¿Qué fue eso?

El soldado se rió. —Kevlar. Estamos usando chalecos.

Raven agarró su camisa sobre el chaleco, tirando de él contra la parte delantera de su cuerpo. —Tócame otra vez y responderás a la Curia.

Sus palabras fueron suficientes para detener al vampiro. Su pecho estalló en un gruñido.

—¿Qué dijiste?

—Me escuchaste. Cuando lleguemos a Roma, la Curia querrá saber cómo me trataron. Y les diré.

—Eres solo un ser humano, escupió. —Necesitas aprender tu lugar.

—Tú también. La Curia ha jurado eliminarlo a ti y a los demás. ¿De verdad quieres darles otra razón para matarte?

El soldado no se movió. Era como si las ruedas de su mente giraran, midiendo sus palabras.

—Sé inteligente, continuó, soltando su camisa. —Mantén a mi hermana y a mí seguras y

serás recompensado.

—Una recompensa de la Curia no vale nada, gruñó.

Antes de que Raven pudiera responder, se acercaron unos pasos.

—Estás ahí, ladró una voz profunda. —Sigue corriendo.

—Sí, comandante. El soldado despegó a gran velocidad.

Raven notó con satisfacción que ahora la estrechaba con cautela. Su amenaza había funcionado.

Tenía un fuerte dolor de cabeza y tenía náuseas después de rebotar en el hombro del soldado durante horas.

El paisaje todavía estaba bañado en oscuridad. Estaba bastante segura de que se acercaba el amanecer, pero no tenía idea de la hora. Ella no llevaba reloj, y su teléfono celular estaba metido en un bolsillo. El soldado no pareció notarlo.

Aún llevaba puesto el brazalete de oro que William le había regalado hacía unos meses. Significaba su conexión. Pero el soldado tampoco pareció darse cuenta.

Llamó a su hermana, ganando una orden de —*Silencio*. Desafió al soldado dos veces, pero Cara no respondió. Ella todavía debe estar inconsciente.

El estado actual de Cara era culpa de Raven. Ella no había podido protegerla de su padrastro cuando eran niñas. No había podido proteger a Cara cuando un vampiro los atacó en Florencia. Ahora el prometido de Cara estaba seriamente herido, y estaban a merced de diez soldados vampiros y su líder.

Los soldados tenían la tarea de entregar a las mujeres a su viejo amigo el padre Kavanaugh en el Vaticano. Fueron una ofrenda de paz entregada por el nuevo Príncipe de Florencia a su enemigo, la Curia. William tuvo...

Raven detuvo sus pensamientos.

Ella no tenía tiempo para pensar en el pasado. Ella no tuvo tiempo de llorar su pérdida ni de maldecirlo por lo que había o no había hecho. A través de una gran fuerza de voluntad, ignoró la sensación en la boca del estómago y se centró en el presente.

Ella necesitaba proteger a su hermana. Ella necesitaba asegurarse de que llegaran a Roma con vida.

Un grito sonó a la izquierda de Raven, y su captor aminoró la marcha. Subieron lo que parecía ser una colina empinada y rocosa y caminaron unos veinte pasos antes de arrojarla bruscamente al suelo.

El soldado dio un gran paso hacia atrás, mirándola con desprecio sin disimulo antes de alejarse a zancadas.

La había depositado en un bosquecillo, aparentemente protegida. Buscó en la oscuridad, buscando ansiosamente a su hermana. Afortunadamente, Cara había sido colocada en el suelo cerca, tendida sobre las raíces de un árbol. Raven se arrastró a su lado.

—Un breve descanso, anunció Stefan, el líder del grupo. —Nos cubriremos por el día en Umbría.

La Princesa Simonetta es una aliada, y los correos del Príncipe deberían haberle informado de nuestra presencia.

Raven solo escuchó a medias mientras examinaba a su hermana. Cara estaba respirando constantemente, con los ojos cerrados.

Raven le apretó la mano. —*Cara*.

Ella no respondió.

Raven lo intentó una y otra vez. Cara no hizo ningún movimiento.

Raven luchó para ponerse de pie, ignorando el dolor abrasador que le disparó desde el tobillo a la cadera en su pierna incapacitada.

Ella tropezó con Stefan, mordiendo el interior de su mejilla contra el dolor.

—Necesito que examines a mi hermana.

El canadiense francés la miró con desprecio. —No trato a los seres humanos.

—Ha estado inconsciente durante horas. Ella puede estar en coma.

Stefan la favoreció con la espalda y comenzó a hablarle al soldado más grande, que estaba al mando del destacamento que los rodeaba.

—Te estoy hablando. Raven levantó su voz en italiano, apenas manteniendo el control de su temperamento.

—No participo en conversaciones con comida. Especialmente comida que sufre de histeria. Stefan habló por sobre su hombro antes de continuar su conversación.

—¿Histeria? Raven hirvió. —Eres un imbécil misógino.

Una serie de gruñidos se elevó de los soldados, y ella observó cómo se acercaban desde todos lados.

Stefan echó un vistazo deliberadamente de los soldados a Raven. —¿Estabas diciendo?

—Eres un imbécil. Todos ustedes lo son. Ella cojeó de lado, colocándose entre los vampiros y su hermana. —Pertenece a la Curia. Ella puede estar muriendo, y la estás descuidando. ¿Qué crees que hará la Curia cuando llegues con un cadáver?

Stefan se crispó, su mirada se movió hacia Cara.

Raven siguió el camino de sus ojos. —Maximilian la atacó. Aoibhe le dio un poco de su sangre para sanarla. Ella ha estado inconsciente desde entonces.

—¿Lady Aoibhe? Uno de los soldados se rió. —Esa chica no perdonaría una gota de sangre para salvar a su propia madre.

—Ella la alimentó, insistió Raven. —No mucho, pero suficiente para sanarla.

Raven cambió su atención a Stefan. —Necesitas examinar a mi hermana. Ahora.

Stefan resopló. —No das órdenes. Tu amo está muerto. tú eres un bien que se negocia por la paz. Tengo la carta del sacerdote en mi bolsillo.

Sus ojos verdes brillaron. —Pertenece a la Curia. Si no ayudas a mi hermana, te matarán.

—Golpéala en la cabeza. Uno de los soldados movió su espada. —Entonces no tendremos que escucharla parlotear.

—Tócame y estás muerto. Raven giró en un círculo, mirando a cada uno de ellos hacia abajo. —¿Qué crees que hará la Curia si llegamos dañadas? Ellos te mataran a todos ustedes. Y bailaré alrededor de sus cadáveres.

—Difícil bailar con una pierna lisiada, se burló un soldado, imitando su discapacidad.

—Suficiente. Alguien se adelantó.

Todos los gruñidos y gruñidos cesaron.

Era una cabeza y hombros más altos que los demás, colocándolo a más de seis pies. Su pecho era ancho, y sus brazos y piernas eran anchos y poderosos.

Se puso de pie cara a cara con Raven, mirándola con ojos oscuros e insondables.

—Se acerca el amanecer. Su italiano fue hablado con acento de Europa del Este.

—Stefan, cuida al humano. Entonces deberemos irnos.

—No estás en condiciones de emitir órdenes, Borek. Stefan cruzó los brazos sobre su pecho. —El príncipe Maquiavelo me puso a cargo.

El agarre de Borek se apretó en la empuñadura de su espada, sus ojos nunca dejaron los de Raven. —Estoy al mando de este destacamento. Mi misión es entregar a las mujeres a la Curia, sin daños. No me hagas matarte.

—No te atreverías, balbuceó Stefan, descruzando sus brazos. —Soy un miembro del Consilium.

Borek giró su cabeza una fracción, y sus ojos se encontraron con los de Stefan.

—Bien, el médico resopló. Giró sobre sus talones y caminó hacia Cara.

—Gracias. Raven se arriesgó a mirar al comandante.

Él se inclinó hacia ella, su expresión sin cambios. —Put a Curia. Si tuviera mi elección, tú y tu hermana ya estarían muertas.

Raven dio un paso atrás, sorprendida por su repentina demostración de ira.

Ella se recuperó rápidamente. —Queremos lo mismo, comandante. Las dos queremos llegar a Roma lo antes posible.

—No sabes nada de lo que quiero. Él movió su barbilla hacia la dirección de Cara.

—Atiende a la chica y prepárate para mudarte.

Raven regresó al lado de Cara justo cuando Stefan concluía su examen.

Se levantó y se sacudió las manos con disgusto. —Está inconsciente, pero es probable que sea un efecto secundario de la sangre. Aoibhe es un vampiro poderoso.

—¿Se despertará?

—Sí. Stefan no se molestó en mirar en la dirección de Raven. —No me preguntes cuándo. No sé cuánta sangre ingirió o cuáles fueron sus lesiones. Algunos humanos tienen esta reacción a la sangre de los vampiros: sus sistemas se cierran y duermen durante horas. Ella podría despertar en cualquier momento.

—Gracias.

El labio superior de Stefan se curvó.

—Será mejor que desees que la Curia realmente te quiera. Bajó la voz. —Me pregunto qué te pasará a ti y a tu hermana si cambian de opinión.

Las manos de Raven se curvaron en puños.

Su maldición fue ahogada por el sonido del acero cuando los soldados desenvainaron sus espadas, con las caras contra el perímetro. Unos pocos vampiros se colocaron alrededor del árbol bajo el cual se encontraba Cara.

—¿Qué está pasando? La mirada de Raven pasó de soldado a soldado, encontrando sus caras uniformemente tensas.

Algo crujió entre los árboles y golpeó contra la tierra. Entonces, de repente, un animal saltó al claro, derribando a uno de los soldados al suelo.

El animal rugió.

—¡Salvajes!, Gritó un soldado, alzando su espada. —¡A las armas!

Por el rabillo del ojo, Raven vio que algo se movía. Antes de que pudiera gritar, una gran bestia formidable emergió del árbol detrás de su hermana.

CAPITULO 3

AGOSTO 2013

CAMBRIDGE, MASSACHUSETTS

—¿COMO LO SABIA? Julia susurró a una habitación sin luz, su mano baja sobre su abdomen. Se acostó en la cama con su marido, pasada la hora en que se habían retirado. Todavía durmiendo, Gabriel gruñó y rodó hacia ella.

Ella lo examinó en las sombras -el rizo que se le pegaba a la frente, sus facciones hermosas y su cara sin afeitarse, su pecho desnudo y sus hombros.

—¿Cómo lo supo?, Repitió, presionando su mano contra su rostro.

Gabriel respiró hondo y se inclinó sobre su toque. Un momento después, abrió los ojos. Él parpadeó. —¿Huh?

—El hombre de los Uffizi. El que vino a ti en Umbría y te dijo que estabas enferma. ¿Cómo lo supo?

Ahora Gabriel estaba despierto.

Un músculo saltó en su mandíbula. —No lo sé.

—El doctor Rubio dice que fue una buena cosa que exigiéramos un ultrasonido. Uno de los fibromas ha crecido tanto. Julia se estremeció.

Gabriel levantó su mano de su cara y la besó, entrelazando sus dedos. —Estarás bien.

—El doctor Rubio quiere más exámenes, pero los fibromas explican muchas cosas -el dolor, el bajo nivel de hierro, el sangrado.

Gabriel hizo una mueca. —Debería haber prestado más atención.

Julia presionó sus manos conjuntas en su corazón. —Pensé que los síntomas desaparecerían.

—Necesitas cuidarte mejor. Sus cejas oscuras se juntaron. —Tienes un esposo y una hija que te quieren. ¿Quiénes te necesitan?

Él rozó sus labios sobre los de ella.

Ella suspiró apreciativamente. —Prometo que lo haré mejor. Pero no entiendo cómo un extraño podría saber algo tan personal.

Gabriel retrocedió. Sus ojos azules estudiaron los de ella. —No sé quién o qué es él. Me alegro de que tú y Clare estén lejos de él.

—Estoy agradecido de que nos advirtió. Mis síntomas empeoraron. Solo puedo imaginar lo que hubiera pasado si las cosas hubieran continuado. Julia se estremeció una vez más.

La mano de Gabriel se deslizó hacia su abdomen. —Está todo bien ahora. No nos preocupemos por lo que podría haber pasado.

Él se inclinó y la besó, su lengua saboreando la curva de su labio.

Julia respondió, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello y arrastrando su cuerpo sobre el de ella.

El vigilabebés de la mesilla de noche crepitó y se escuchó un grito grave.

Gabriel se congeló, como si fuera un animal tratando de evitar a un depredador.

—Iré. Julia se movió debajo de él.

Gabriel agarró su muñeca. —Espera. Veamos si vuelve a dormir.

Julia se rió. —Siempre dices eso, pero ella nunca lo hace.

Él resopló malhumoradamente, pasándose los dedos por su espeso y oscuro cabello.

—Iré. Él la besó en la frente. —Mamá necesita dormir.

Julia sonrió y se hundió bajo las sábanas, viendo como su esposo se ponía un par de calzoncillos y caminaba hacia el cuarto del bebé.

Jugueteó con la cruz que llevaba al cuello, preguntándose por qué el hombre que había amenazado a su marido les había dado información importante sobre su salud.

Ella no tenía respuesta a esta pregunta.

CAPITULO 4

RAVEN SE MOVIÓ INSTINTIVAMENTE, cubriendo a su hermana con su cuerpo. Gruñidos animalísticos y roncós gritos de vampiros llenaron sus oídos, junto con el tronar de pasos de todas direcciones.

Oyó un gruñido junto a su codo y un juramento italiano, acompañado por el silbido de algo metálico que cortaba el aire. Un objeto pesado cayó al suelo a cierta distancia.

Una pata peluda se agarró al tobillo de su pierna herida y tiró, casi tirando de su cadera fuera de su zócalo.

Ella soltó a su hermana y pateó, girando violentamente.

—¡Suéltame!, Gritó. —Ayuda. ¡Ayuda!

El agarre en su pie se tensó, y sintió los huesos en su tobillo gemir en señal de protesta. Rodó sobre su estómago y arañó el suelo, tratando de agarrar algo. El hedor a sangre y carne sucia llenó sus fosas nasales.

Ella vomitó.

Algo la volteó hacia su espalda. Ella miró hacia los oscuros ojos como insectos.

Raven gritó, levantando su pie sano y pateando. El salvaje aulló cuando ella hizo contacto con su cara.

Agarró sus dos tobillos y lo apretó.

Ella gritó de dolor y comenzó a agitarse, temerosa de que la criatura le aplastara los tobillos.

Entonces, de repente, el salvaje la liberó.

Raven se apresuró hacia su hermana. Ella se acurrucó sobre ella, examinando las heridas.

Borek estaba de pie a unos metros de distancia, su sable goteando sangre negra sobre el cuerpo de un salvaje sin cabeza.

Sus ojos se encontraron.

—Quédate aquí. Apartó el cadáver de un puntapié y entró en la refriega.

Era difícil de ver, pero Raven distinguió una feroz lucha con soldados en el centro del claro. Stefan se quedó a un lado, agarrando torpemente una espada.

El salvaje se movía como un animal, encorvado a cuatro patas y alzándose solo para atacar. Parecía ser masculino y tenía un tamaño promedio, pero más fuerte que sus contrapartes de vampiros. Raven contó a un vampiro herido, que estaba arrodillado en el suelo, agarrándose el hombro.

Ella bloqueó los gritos del salvaje, intercalados como estaban con murmullos incoherentes y blasfemias. Su atención se centró en su hermana, esperando que Cara no eligiera ese momento para recuperar el conocimiento.

Un grito de triunfo sonó, y Raven vio a Borek de pie con su espada en alto, la cabeza del salvaje colgando de su otra mano.

—Tenemos que movernos. Ahora. Borek le lanzó la cabeza a uno de los soldados.

—Recuperar las cabezas. Llévalos a una milla y tíralas.

—¿Qué pasa con los cadáveres? Stefan dio un paso adelante, envainando su espada.

—Déjalos.

—Pero se podrían reanimar.

En dos pasos, Borek se alzaba sobre el médico, su espada todavía goteaba sangre salvaje.

Stefan se encogió de miedo, parpadeando hacia el comandante.

Borek apuntó su espada al pecho de Stefan. —¿Desea anunciar nuestra presencia a todos en la región?

El canadiense francés negó con la cabeza.

—Deja los cadáveres. Borek giró en círculos, señalando al grupo. —Moverse.

Mientras el grupo se alineaba y se preparaba para correr, cruzó hacia el soldado herido.

Ignorando sus ruegos, Borek levantó su arma y lo decapitó con un golpe seguro.

Raven se puso en pie tambaleándose, apoyándose contra el tronco del árbol mientras intentaba mantener el equilibrio.

Sin emoción, Borek recuperó la cabeza y la espada de su camarada caído. Él dirigió a dos soldados para que llevaran a Raven y a su hermana. Los vampiros se pusieron firmes y caminaron hacia las mujeres.

Raven cerró los ojos con uno de ellos mientras se acercaba. —¿Por qué mató a su propio soldado?

El vampiro se encogió de hombros. —Guillaume fue mordido por un salvaje. Se habría convertido en uno de ellos.

Raven tragó, tratando de calmar sus náuseas.

Los vampiros parecían ser humanos. Incluso ella, que se había convertido en la amante de uno de los vampiros más poderosos de Italia, olvidó lo diferentes que eran de los seres humanos. Sus acciones de sangre fría y su falta de empatía eran aún más inquietantes precisamente porque parecían humanos.

Raven resolvió mantener la diferencia entre las dos especies firmemente en la mente.

No pudo evitar recordar su encuentro anterior con un salvaje, cerca de su apartamento en Santo Spirito. Ella pensó que iba a morir hasta que, inexplicablemente, la fiera se detuvo a unos metros de distancia, maldiciéndola por tener una reliquia.

Ojalá tuviera una de las reliquias de William ahora. Borek se había encargado de que Cara recibiera atención médica, pero no lo había hecho por compasión. Lo había hecho porque temía a la Curia.

Raven necesitaba reforzar sus defensas.

—Comandante Borek. Levantó la voz, evadiendo al soldado que se suponía que debía cargarla.

El comandante la ignoró.

—Comandante Borek, repitió, más fuerte.

Volvió la cabeza en su dirección, al igual que los miembros restantes de su grupo, a excepción de Cara.

—Tenemos que irnos, gruñó. —O terminarás muerta.

—Necesito una espada. Extendió su mano.

Él la miró incrédulo. —No.

Ella dio unos pasos cojos en su dirección. —No tengo miedo de pelear. ¿Qué pasa si encontramos más salvajes?

Borek la fulminó con la mirada.

Caminó hacia ella y le tendió la espada de Guillaume.

Tan pronto como ella tomó el peso del arma en su mano, se deslizó de sus dedos, cayendo sobre la hierba.

La risa ondeó en los vampiros.

Obstinadamente, ella trató de recuperar la espada del suelo. Era tan pesado que apenas podía levantarlo con ambas manos.

Borek le arrebató la espada y se la metió en el cinturón. —Por mucho que te duela, tendrás que confiar en nosotros para tu protección.

Ladró una orden al soldado asignado a ella, y el vampiro se inclinó antes de salir corriendo.

En su lugar, Borek la levantó sobre su hombro. Descendieron la colina a un ritmo acelerado.

Raven se sorprendió de que el comandante se dignara a llevarla.

Después de recorrer cierta distancia, Borek redujo la velocidad. Pasó su mano por su pierna sana y la deslizó debajo del dobladillo de sus jeans.

Ella se apartó de su toque. —¿Qué estás haciendo?

—Manten tu voz baja.

Sintió que algo frío se deslizaba en su calcetín. Borek bajó la pierna de sus jeans para cubrirlo.

—Una daga. Su voz era baja. —Ocultalo de los demás.

Raven colocó su mano en la parte baja de su espalda, indicando que había escuchado.

—Apunta a la garganta, retumbó. —Una daga será de poca utilidad contra un salvaje o uno de nosotros. Pero te comprará tiempo.

—¿Por qué me estás ayudando?

Borek guardó silencio.

Raven había renunciado a toda esperanza de encontrar una respuesta cuando su voz salió de la oscuridad.

—Por ahora, al menos, tu destino está ligado al mío.

CAPITULO 5

PARA CUANDO los primeros rayos de sol se esparcieron por el paisaje de Umbría, Raven estaba sentada en el piso de un destartado edificio de madera.

Borek estaba sentado debajo de una ventana cubierta, mirando.

Él no la había llevado mucho tiempo. De hecho, la había pasado a otro soldado poco después de esconder la daga en su calcetín.

Raven había examinado el arma después de que habían parado, usando la excusa de que tenía que ir al baño para ganar algo de privacidad. La daga parecía fecharse en el Renacimiento y fácilmente podría ocupar un lugar de honor en un museo. También era extremadamente puntiaguda. Incluso ahora, tenía que tener cuidado de extender la pierna de cierta manera para que el filo del cuchillo no le rompiera la piel.

Raven ignoró la mirada del comandante y se volvió para inspeccionar su refugio.

Algunos de los soldados habían subido las destartadas escaleras hasta el piso superior, dejando a Borek y dos de sus hombres para proteger a Raven y Cara. Ella y Borek eran los únicos con los ojos abiertos. Los otros vampiros descansaban en el otro extremo de la habitación, con los ojos cerrados, pareciendo dormir.

Raven lo sabía mejor. Vampiros nunca dormían. Pero como William le había confesado, sus mentes necesitaban tiempo para procesar el tumulto del día.

Observó a su hermana, cuyo pecho subía y bajaba con un aliento constante. Su expresión era pacífica.

Raven se inclinó sobre ella.

—No quise que te lastimaras. Otra vez. Ella ahuecó la cara bonita de su hermana menor.

—Lo siento mucho.

—Duerme, ordenó Borek. —Ahora no es el momento de arrepentirse.

—Dormí en el camino hasta aquí. Raven se ajustó la pierna herida en una posición más cómoda. —¿Por qué no estás descansando con los demás?

—Alguien tiene que vigilar. Cuidadosamente, levantó un poco la cortina de la ventana, mirando a la luz del día.

Él dejó caer la sombra.

Borek estaba sólidamente construido, con cabello oscuro que caía sobre sus anchos hombros. En apariencia, parecía tener unos veinte años, pero dada su fuerza, Raven dedujo que había sido un vampiro por algún tiempo.

—Dan. El susurro vino de Cara, que yacía en el suelo junto a Raven.

—¿Cara?

Ella gimió, cambiando sus piernas, y se calló de nuevo.

Raven esperó a ver si ella se movía, pero la respiración de Cara se mantuvo profunda y regular. Ella todavía estaba dormida o inconsciente.

Raven se secó los ojos.

—Deberías unirte a ella. El tono de Borek era agudo.

—Dormiré en Roma.

—Roma. Su cara se volvió atronadora. —Si logramos llegar vivos.

—Uno de los soldados dijo que llegaríamos mañana. Puedo durar otro día. ¿Cuánto tiempo has vivido en Florencia?

—Tiempo suficiente.

Raven lo miró con curiosidad. —¿De donde eres?

Su expresión se apretó, y miró por la ventana otra vez.

Raven se giró hacia su hermana, colocando una mano sobre su cabeza y acariciando su fino cabello rubio.

—Rusia, respondió al fin.

—No suenas ruso.

—Lo soy, retumbó.

Raven frunció el ceño. —¿Por que te fuiste?

—Demasiadas guerras. Y la Curia, siempre trayendo la muerte. Él la miró con severidad. Ella mordió el borde de su labio.

—Lo siento, dijo suavemente.

Borek resopló. —Tus mentiras no significan nada.

Raven levantó su barbilla. —No es una mentira. Le dije a Maquiavelo la verdad cuando estábamos en Florencia: estoy en contra de matar, incluso matar vampiros.

Su mano se movió hacia su espada. —Sin embargo, nos amenazas con la muerte.

—Haré lo que sea por proteger a mi hermana.

—Deberías salvarte a ti misma.

—Para salvar a mi hermana es para salvarme a mi misma. Tocó la parte superior de la cabeza de Cara.

Borek cerró los ojos.

Por un momento, Raven pensó que estaba descansando.

Abrió los ojos, sus labios se curvaron burlonamente. —¿Cómo fue que una espía de la Curia terminó siendo una mascota para el Príncipe de Florencia?

—Tal vez porque soy encantadora. Raven lo miró. —Y lo que fuimos no importa. Él está muerto.

—El precio de la traición. Contempló con desprecio su pierna herida. —Debes tener oro corriendo por tus venas. ¿Por qué el príncipe arriesgaría su trono?

—Tal vez me amaba. El temperamento de Raven se encendió. —No todos eligen a un amante según su apariencia.

No es de extrañar que el Príncipe te haya gobernado a ti y a tus soldados durante tanto tiempo. Eres un montón de matones de cabeza hueca.

—Silencio. La voz levantada de Borek llamó la atención de los otros vampiros. Se sentaron desde sus lugares de descanso, sus manos buscando sus espadas.

Borek les hizo un gesto para que volvieran a sus posiciones.

—La puta tiene dientes, se burló de ella. —Pero los dientes no te salvarán si la Curia decide que ya no eres útil. Entonces seré el que escupiré en tu cadáver.

Raven contuvo el impulso de maldecirlo y le dio la espalda, acurrucándose junto a Cara en el suelo. Estaba tan enojada, su cuerpo casi vibraba.

Había muchos a los que se podía culpar por su situación, incluida ella misma. Pero en ese momento, tumbada junto a su hermana en el piso frío y duro de un edificio abandonado, culpó a William. Debería haber huido de la ciudad cuando tuvo la oportunidad y llevársela con él.

Ahora él estaba muerto. Ella y su hermana estaban paradas en el mismo precipicio de la muerte, con solo un ruso furioso y vengativo para protegerlas.



Raven corrió por el bosque en busca de William. Ella llamó su nombre una y otra vez. No hubo respuesta.

En su corazón, ella sabía que él estaba muerto, pero ella no se daría por vencida.

—¡A las armas! Borek dio la alarma, interrumpiendo los sueños de Raven.

Se movió lentamente, sacudiéndose el sueño mientras los vampiros se gritaban el uno al otro, bajando la escalera desde el piso superior.

Algo se estrelló contra la ventana, aterrizando en el suelo de madera y encendiéndose en llamas. Una nube de humo negro se elevó al techo antes de extenderse por la habitación. Estaban bajo ataque.

Una tenue luz brillaba desde el exterior cuando los últimos rayos de sol desaparecían de la vista. Dos bombas de fuego más volaron a través de las ventanas, envolviendo el otro extremo del espacio en llamas. Pasaron la lengua por el suelo y treparon por la pared.

—Coge tu túnica, gritó Borek. —¡Apaga las llamas!

Los soldados siguieron órdenes, recogiendo telas y arrojándolas al fuego.

El humo se elevó en dirección a Raven, y ella comenzó a toser. Ella trató de despertar a Cara, pero su hermana simplemente murmuró unas palabras y continuó durmiendo.

—Solo hay una salida. Stefan estaba de pie en el centro de la habitación, haciendo un gesto hacia la puerta principal. —Estamos atrapados.

—Entonces vete a trabajar. Un soldado arrojó una túnica hacia Stefan.

Borek se movió debajo de una de las ventanas, teniendo cuidado de mantenerse fuera de la vista. Él miró afuera.

En algún lugar cercano, un perro gruñó.

—Cazadores. Juró y se alejó de la ventana. —Al menos diez. Quizás más.

Raven se acurrucó junto a su hermana, luchando por mantener la calma. Recordaba a los cazadores que la arrinconaron en Florencia. Habían derribado a Aoibhe con una flecha e intentaron matar a William. Aunque no era de ninguna utilidad para su tráfico de sangre, la amenazaron con matarla.

Uno de los soldados se acercó a Borek. —Dales a los humanos.

Borek boxeó la oreja del soldado con un puño carnoso. —Los cazadores los matarán, y entonces la Curia nos matará. Sería mejor tirarte afuera, Carlos.

—Perdón, comandante, se disculpó el soldado, lanzando una mirada funesta a Raven.

Raven continuó tosiendo mientras el humo llenaba la habitación.

Stefan hizo un gesto hacia las mujeres. —Las humanas son una responsabilidad. Déjalas.

Borek se volvió hacia él. —¿Y dejarlas quemarse hasta la muerte? ¿Serás tú quien

anuncie nuestro fracaso al nuevo Príncipe? ¿O la Curia?

Stefan frunció el ceño, dándole la espalda deliberadamente.

La tos de Raven se hizo más fuerte mientras luchaba por respirar.

—Debemos sacar a las humanas ahora. Borek señaló a Carlos. —Toma tu espada y mantenla fuera todo el tiempo que puedas. Tu chaleco bloqueará las flechas.

—Disculpe mis palabras. Fui demasiado apresurado. Carlos comenzó a retroceder.

Borek blandió su espada. —Paso fuera de la puerta, o te dejaré pasar.

Los otros soldados comenzaron a cerrar filas, moviéndose detrás de Carlos con las espadas listas.

Carlos sondeó a sus hermanos. Luego, con un apretado asentimiento, caminó hacia la puerta.

Borek hizo un gesto a dos de los vampiros restantes. —Lleven a los humanos.

Manténgase alejado de las escaramuzas y diríjense hacia el sur. Aquellos de nosotros que sobrevivan te seguirán.

—El resto de ustedes, prepárense para atravesar la pared trasera. Carlos los distraerá.

—Probablemente estemos rodeados. Stefan refunfuñó.

—Entonces a sucumbir a las llamas. Borek miró.

—Estén atentos, todos ustedes. Están armados con flechas envenenadas y reliquias.

Asegúrate de llevar tus chalecos. Borek asintió con la cabeza a Carlos, que lo maldijo antes de abrir la puerta y salir.

Un grupo de soldados comenzó a patear y atravesar la pared trasera mientras las voces de los cazadores se elevaban desde el frente del edificio.

Tan pronto como la apertura fue lo suficientemente grande, los soldados se abrieron paso, dejando a Borek y los dos vampiros llevando a las mujeres atrás. Luego también saltaron al crepúsculo.

CAPITULO 6

LOS CAZADORES ERAN MERCENARIOS, no tontos.

Habían rastreado a los vampiros a la casa abandonada, acechándolos hasta justo antes del atardecer. Sería una locura forzar a su presa a la luz -los rayos del sol los quemarían y destruirían su valiosa sangre. Los perros de ataque merodeaban por el perímetro, pero los cazadores los retenían, sin querer alertar a los vampiros sobre su presencia.

Tan pronto como la primera figura salió por la puerta principal, los cazadores se acercaron.

Un arquero apuntó al pecho del vampiro. Esperó hasta tener el tiro perfecto, sin querer desperdiciar una de sus preciosas flechas con punta de veneno.

Pero este vampiro era un soldado entrenado. Corrió para enfrentar a sus enemigos, evitando el rocío de agua bendita.

Si cada cazador no hubiera llevado a su persona una reliquia, el soldado habría derrotado a algunos de ellos. En cambio, solo podía balancear su espada y maldecir con frustración, dirigiéndose hacia los árboles con la esperanza de escapar.

Una flecha voló. Le golpeó en el pecho pero rebotó en su chaleco Kevlar, cayendo al suelo.

Los cazadores murmuraron en estado de shock.

Uno de ellos corrió hacia adelante, tendiéndole una cruz. El vampiro se retiró hacia el edificio.

Un Rottweiler saltó hacia adelante, golpeando las piernas del vampiro y hundiendo los dientes en su pantorrilla. El vampiro maldijo, atacando al perro con su espada.

El animal no lo soltó.

Un garrote voló por el aire, atrapando al vampiro alrededor del cuello.

Dejó caer su espada e intentó apartar el cable de su carne.

No sirvió. El garrote se tensó con un fuerte chasquido hasta que separó su cabeza de su cuerpo.

Algunos de los cazadores se quedaron con el cadáver para drenar la sangre, no queriendo que perdiera ninguna de sus propiedades mágicas. Los otros se reunieron con su pandilla detrás de la casa, donde se enfrentaron a los vampiros restantes.



Lanzada sobre la espalda de un soldado, Raven tuvo que depender de sus orejas y no de sus ojos cuando irrumpieron por un agujero en la pared trasera del edificio.

Las flechas zumbaban en el aire, los perros gruñían y ladraban, y las voces aterrorizadas de los vampiros perseguidos se arremolinaban a su alrededor.

El soldado que la llevaba tejió de un lado a otro, evitando a los que se cruzaban en su camino, hasta que un pastor alemán comenzó a perseguirlo y le pisó los talones.

A pesar de llevar a Raven, el vampiro mantuvo su distancia, pero el animal no se daría por vencido. Comenzó a saltar, tratando de atrapar a Raven con los dientes.

Ella agarró sus brazos contra su pecho para evitar las mordazas.

Luego ella voló por el aire y se estrelló contra el suelo. Ella yacía en la tierra húmeda, aturdida, su mano derecha atrapada debajo de su cuerpo. El dolor la atravesó.

A unos pocos metros de distancia, el soldado que la había llevado yacía despatarrado.

Dio una patada al perro pastor alemán, haciendo contacto con su hocico.

El animal aulló y se retiró, lo que le permitió al soldado escapar. Sin trabas por Raven, huyó a los árboles.

—Parece que alguien abandonó su cena. Una voz masculina se rió.

Con una gran fuerza de voluntad, Raven comenzó a arrastrarse hacia los árboles.

Rápidos pasos se acercaron a ella. El cazador la agarró por el cabello, obligándola a retroceder.

Ella miró a los ojos oscuros y crueles.

—¿Cuántos hay?, Exigió.

—¡Vete al infierno!

El cazador la golpeó con el torso, partiéndole el labio inferior con la fuerza de su golpe. —
¿Cuántos hay?

Raven hizo un gesto de limpiarse la sangre de la boca, mientras deslizaba subrepticamente su otra mano hasta su tobillo.

—Hay veinte vampiros. Diez dentro de la casa y diez a poca distancia de aquí.

El hombre le tiró del cabello y bajó la cabeza para poder ver sus ojos. —¿Hay más?

Ella asintió, moviendo su mano debajo del dobladillo de sus jeans. —Diez más evitando la luz del día en un edificio al norte.

Él la golpeó de nuevo. —Estás mintiendo.

Ella soltó un grito angustiado y trató de alejarse de él. —No lo estoy; Lo juro. Se suponía que íbamos a encontrarnos con los demás después del atardecer.

—Nos llevarás a ellos. El hombre agarró el brazo herido de Raven y tiró.

Antes de que pudiera arrastrarla hasta sus pies, sus dedos se cerraron sobre la empuñadura de la daga. En un movimiento rápido, ella lo retiró y lo hundió en la parte superior de su pie.

El cazador maldijo y la soltó, sus manos se cerraron sobre la daga.

Raven se puso de pie, acunando su brazo herido y dirigiéndose hacia los árboles lo más rápido que pudo.

Por encima del hombro, pudo ver que varios de los vampiros habían sido derribados, y los cazadores ya estaban reunidos alrededor de sus cadáveres. No podía ver a Cara ni al vampiro que la había estado cargando.

Raven esperaba que hubieran escapado.

Justo cuando se acercaba a la línea de los árboles, el cazador la atrapó por detrás, envolviéndola por el cuello. —Pagarás por eso, alimentador.

Raven rasguñó en el brazo, jadeando.

Él apretó su agarre, y Raven sintió su garganta cerca. Ella continuó luchando, rasgando su carne con sus uñas y tirando de su brazo.

—Suéltala. Una voz salió de los árboles.

Raven golpeó el brazo del cazador con sus puños, esforzándose por respirar.

—Dije, *suéltala*. De la oscuridad surgió una figura, vestida completamente de negro.

El fuego del edificio en llamas detrás de ellos iluminaba la cara de la figura.

Raven miró directamente a un par de ojos enojados grises.

CAPITULO 7

—¿USTED DESEABA VERME? El padre Jack Kavanaugh estaba de pie frente al gran escritorio, juntando sus manos.

El Director de Inteligencia para la Curia estaba vestido con las túnicas de un cardenal, acorde con su posición. Miró al jesuita, evaluando sus ojos oscuros. —Cuéntame sobre tu viaje a Florencia.

—Me reuní con Raven, la joven de la que te escribí. Hace dos noches, su hermana vino a verme con su prometido. Les di santuarios y le escribimos a Raven para pedirle que se uniera a nosotros. Ella lo rechazó.

—Esta mañana, uno de nuestros oficiales compartió un informe del departamento de policía de Florencia, indicando que el novio había sido asesinado, y que Cara y Raven están desaparecidas. Suena como si el novio fuera asesinado por un vampiro.

El Director permaneció en silencio.

Ligeramente enervado, Jack continuó. —El Príncipe de Florencia ha sido depuesto por Maquiavelo, quien nos está enviando a Raven y Cara como una ofrenda de paz.

El Director parpadeó. —En tu carta, solicitaste un escuadrón de soldados de la Curia para poder recuperar a las mujeres.

—Sí. Estoy preocupado por su seguridad.

El Director miró el archivo abierto en la parte superior de su escritorio. —Esta mujer Raven era la mascota del Príncipe.

Jack hizo una mueca. —No lo sabía hasta que la vi en Florencia.

Los ojos del Director se entrecerraron. —¿Le escribiste al Príncipe, pidiéndole que la liberara?

—Sí. La conozco desde que era niña. Siempre la he protegido.

El Director apoyó su mano encima del archivo abierto. —¿Entonces no niegas ignorar los canales apropiados y comprometer la misión de la Curia?

—¿Desde cuándo un intento de salvar a un alma humana es un compromiso? Jack se puso muy rojo en la cara.

El Director lo estudió.

—Ustedes jesuitas tienen la costumbre de pedir perdón en lugar de permiso. No todos somos jesuitas, padre Kavanaugh, y ese tipo de pensamiento no se tolera aquí. El Director hizo una pausa. —Fuistes traído a Roma por tu registro de servicio. Lo transferiré personalmente a Praga si vuelve a comprometer nuestras actividades.

—¿Praga? Jack arqueó las cejas. —Pero no hay ninguno—
—Precisamente.

Jack inclinó la cabeza para ocultar su enojo. —Entendido.

—Es una suerte que Florencia decidiera acceder a tu debilidad en lugar de explotarla.

Jack levantó la cabeza. —No considero que cuidar a mis feligreses sea una debilidad.

El Director golpeó uno de sus dedos sobre el escritorio. —Existimos para proteger a la humanidad del mal. Ojalá pudiéramos salvar a todos. Los dos sabemos que eso es imposible.

—No estoy pidiendo que salve a todos. Jack se obligó a sí mismo a mantener el tono de voz. —Simplemente estoy pidiendo apoyo para proteger a dos mujeres jóvenes, mujeres que son como hijas para mí.

—Tenemos información de que están siendo enviadas como un gesto de paz, pero no tenemos idea de en qué condición están o cuántos soldados las acompañan. Sería una locura enviar un escuadrón fuera de nuestras paredes hasta que sepamos más.

Jack se inclinó hacia adelante, colocando sus manos encima del escritorio. —Raven y Cara están en peligro, no solo de los florentinos, sino de salvajes, mercenarios, otros vampiros. Ellas podrían ser asesinadas.

—Ya has inclinado tu mano escribiéndole al Príncipe y expresando tu adhesión. Cualquier movimiento de nuestras tropas simplemente pondrá un precio más alto en las cabezas de las mujeres.

—Entonces déjeme ir. Solo.

El Director dirigió una mirada larga al sacerdote. —Admiro tu valor. Pero no voy a permitir que inicies un compromiso militar con dos almas, una de las cuales es una mascota.

Jack se enderezó. —Nuestro Señor dejó el Cielo para buscar y salvar a los que están perdidos.

—Estoy bien -familiarizado con las Sagradas Escrituras.

Jack se inclinó más cerca. —Entonces debes conocer la historia del Gadarene, que era mascota de varios demonios. Nuestro Señor lo vistió, lo alimentó y lo rescató de sus atormentadores.

—Si las mujeres llegan a nuestras fronteras, las acogeremos. Pero no te permitiré caminar en los brazos de nuestros enemigos y ser retenido por un rescate. Tampoco enviaré tropas al lado de la Ciudad del Vaticano, a menos que sea sitiar una fortaleza que podamos alcanzar. No podemos inclinar la mano.

Jack le dio una larga mirada al Director. —¿Hay planes de invadir Florencia?

El Director barajó algunos papeles en su escritorio. —Como su protegida era una mascota, ella deberá ser exorcizada a su llegada.

Jack tocó la cruz que siempre guardaba en su bolsillo. —Lo haré personalmente.

—Ya he ordenado a algunos de nuestros agentes que aseguren el cuerpo del prometido.

No podemos permitir que una autopsia avance, si fue asesinado por un vampiro. El Director hizo la señal de la cruz. —Se puede retirar.

Jack hizo una reverencia y se retiró a la puerta.

—Padre Kavanaugh. La voz del Director interrumpió sus movimientos.

Él se volvió. —¿Sí?

—La información más reciente de Florencia indica que Maquiavelo ha sido ejecutado.

—¿Ejecutado? ¿Por quién?

—El príncipe. Parece que sobrevivió al golpe, ejecutó a sus enemigos y ahora tiene el control total de la ciudad, incluido el ejército.

—Raven, susurró Jack, buscando con la mano la reliquia que llevaba en el bolsillo.

—El campo de batalla en el que libramos nuestra guerra contra el mal cambia constantemente. El Director dirigió su atención a los archivos en su escritorio.

—Recuerda esto cuando tengas la tentación de actuar sin consultar a tus superiores. Sacudido, el padre Kavanaugh se inclinó y salió de la oficina.

CAPITULO 8

EL CAZADOR LIBERÓ A RAVEN y la empujó al suelo. Sacó algo de su bolsillo, sosteniéndolo frente a él.

Él rió.

—Oh, sí, riéte. Los ojos grises del príncipe se estrecharon. —Confía en una baratija que no eres digno de empuñar.

Se acercó al cazador, que extendió la reliquia frente a su cuerpo todo lo que pudo.

Cuando William se acercaba, la expresión del cazador vaciló. Levantó la reliquia más alto, como si eso pudiera detener al enojado Príncipe.

Los ojos de William se iluminaron extrañamente. Pasó la reliquia para sujetar la muñeca del cazador, empujando la mano del hombre hacia atrás tan rápido y tan fuerte que su muñeca se rompió.

El cazador gritó y dejó caer la reliquia.

—Tocaste lo que es mío. William agarró al cazador mucho más alto por la parte posterior de su cuello. —Tú la hiciste sangrar. Ahora pagarás por cada marca en su piel perfecta.

Con un sonido repugnante, le tiró del cuello al cazador, rompiéndolo. Apartó el cuerpo y se limpió las manos en los pantalones negros.

—¿Quién se ríe ahora?, Preguntó, pateando el cadáver.

Se giró, la luz del fuego iluminando su hermoso perfil. Su expresión se suavizó cuando vio a Raven tirada en la hierba. —Cassita.

Un sollozo estremecedor escapó de su pecho. Se cubrió la boca con la mano.

William la levantó en sus brazos. —Lo siento, te lastimó.

—Pensé que estabas muerto. Raven enterró su rostro en su cuello, abrazándolo con todas sus fuerzas.

Él presionó sus labios en su sien. —Una vez que tú y tu hermana estuvieron fuera de la ciudad, pude recuperar el control del ejército. Maquiavelo está muerto, y yo soy el príncipe una vez más.

Él acarició su cara con su nariz. —Estas sangrando.

Raven se limpió la boca con el dorso de la mano, dejando un rastro de sangre en su piel.

—No te preocupes por eso. Pensé que te había perdido.

—Pequeña alondra. Él la besó en la frente. —Solo fui retrasado. Y por eso, lo siento.

¿Estás bien?

—Sí. Raven clavó sus dedos en sus hombros. —Pero estoy tan enojada contigo por

haberme enviado.

—Como pudiste?

—No pude protegerte a ti y a tu hermana y luchar por la ciudad al mismo tiempo, dijo William en voz baja.

—¡No me importa la ciudad! Ella golpeó su mano sobre su hombro. —Me preocupo por ti. ¡Lo prometiste!

—Raven. Su tono era una advertencia.

Ella lo golpeó de nuevo con frustración. Esta vez él gruñó.

—Lo prometiste, William. Prometiste que nos quedaríamos juntos... Las palabras de Raven fueron cortadas por su boca.

Él la cubrió, la consumió, tragándose su ira.

Ella envolvió sus dedos en su pelo, presionando su ser contra él.

Él invadió su boca, toda dulzura y suavidad, un contraste con su beso de marca. Él acarició su lengua de terciopelo contra la de ella, tocando y saboreando.

—¿Puedo? Se retiró, sus ojos grises se lanzaron ávidamente hacia su mano.

Raven estaba confundida. Pero cuando la lengua de William se hundió en la parte lesionada de su labio, ella lo entendió.

Ella levantó el dorso de su mano y lo presionó contra su boca.

Sus ojos se encontraron con los de ella mientras le daba una larga y sensual lamida.

Luego la estaba besando de nuevo, su lengua trazando la herida en su labio.

—El derramamiento de tu sangre es mi culpa, susurró. —Perdóname.

—Hubiera arrojado más que esto para mantenerte a mi lado.

Los ojos de William brillaron, y la besó de nuevo, toda moderación cedió.

Raven respondió, moviendo la lengua en concierto con la suya.

De repente, ella estaba en el suelo, y él estaba parado sobre ella, espada en mano.

Una flecha giró hacia él, y la atrapó en el aire, dándole la vuelta y lanzándola como una jabalina.

La flecha golpeó al arquero en el abdomen. Él cayó muerto.

—¡Un viejo! ¡Rápido!, Gritó el líder de los cazadores en inglés.

Los otros cerraron filas, abandonando sus escaramuzas para enfocarse en el nuevo premio. Los vampiros sobrevivientes, con la excepción de Borek, huyeron a los árboles.

El comandante les dio a los cazadores un amplio espacio antes de acercarse a Raven desde un costado.

El Príncipe miró a Borek y gruñó. —Tócala y te mataré.

El comandante se inclinó. —Juré al nuevo príncipe que la protegería y la llevaría a Roma. La mirada del Príncipe volvió a los cazadores. —Solo hay un príncipe. Ella se queda conmigo.

Borek se quedó quieto, con la espada desenvainada.

—Depongan sus armas, y les perdono. El Príncipe se dirigió a los cazadores, su voz retumbó en el claro.

El líder de los cazadores se rió. —Puede que seas viejo. Pero tenemos veinte. Y todos estamos armados.

—¿Estás seguro de tus números? William se mantuvo enfocado en el líder. —Cuento menos. Quizás tus habilidades matemáticas son tan carentes como tu juicio.

—Solo hay una forma de que esto termine, con la cabeza apoyada en un palo y la sangre en una bolsa. El cazador extendió una reliquia, sonriendo.

Borek se estremeció y comenzó a temblar. Dio dos pasos hacia atrás.

—Esta es tu última advertencia. William levantó su espada, y la hoja brilló a la luz del fuego, mientras el edificio detrás de los cazadores continuaba ardiendo.

—Dispárenle. El cazador levantó su mano, y los arqueros apuntaron.

Antes de que se soltara una sola flecha, William cerró la distancia entre él y sus atacantes y decapitó al líder. Su cuerpo era un borrón negro mientras corría de cazador en cazador, hundiendo su espada en sus abdómenes, retirándose y moviéndose hacia la siguiente víctima.

El agua bendita y la sal cayeron como lluvia sobre él, pero apenas reaccionó, demasiado ocupado sacando reliquias y garrotes de las manos del cazador antes de acabar con ellos.

En menos de cinco minutos, los cazadores fueron destruidos, sus cuerpos dispersos.

Fue una masacre.

Borek hizo un juramento. —Imposible.

Raven miró al comandante. Por primera vez, vio miedo grabado en su rostro.

William se limpió la espada con el saco de uno de los hombres caídos y arrojó la prenda a un lado. Se dirigió hacia Borek con un propósito.

El comandante se retiró.

El Príncipe se detuvo una vez que Raven estaba detrás de él, pero no bajó su espada. —Maquiavelo está muerto. Florencia es mía nuevamente, como lo es la mujer.

El soldado se arrodilló y colocó su espada frente a él. —Comandante Borek, mi señor, a su servicio.

—Comandante Borek, repitió el Príncipe. —Tus soldados te han abandonado, mientras que arriesgaste a la muerte para quedarte con tu carga.

El Príncipe extendió su mano a Raven, levantándola para ponerse de pie. —¿Te ha tocado este?

—No.

—¿Cómo te trató?

—Obligó a Stefan a examinar a Cara cuando se negó. Me dio una daga para protegerme y me dijo que la ocultara a los demás. Lo usé en el cazador. Me dio tiempo.

—¿Debería matarlo?

Los ojos oscuros de Borek buscaron los de Raven.

Ella sacudió su cabeza. —No. Los demás nos habrían arrojado a los cazadores, pero él nos protegió. Examinó el claro, con el corazón acelerado. —¿Dónde está Cara?

—No puede haber ido muy lejos. La oí cuando me acerqué. El Príncipe volvió su atención al comandante. —¿Dónde está el otro humano?

—Con uno de mi destacamento. Le dijeron que huyera al sur. Deberíamos ser capaces de alcanzarlos.

William miró a Borek apreciativamente. —Tu valentía y atención hacia mi mascota te ha ganado la vida. Si me sirves bien, ganarás el derecho de regresar a Florencia. Si no lo haces, te mataré.

Borek se inclinó. —Si mi señor.

—Puedes ponerte de pie.

Borek se levantó, todavía mirando con inquietud al Príncipe.

—¿Dónde está Stefan de Montreal?

—No lo sé, mi señor. Los ojos agudos de Borek evaluaron los cuerpos esparcidos cerca.

—No veo su cadáver.

—Qué desafortunado para él. Los cazadores habrían sido misericordiosos. William levantó a Raven en sus brazos. —Has visto algo de mi poder, Borek; una idea que estoy seguro lo mantendrás solo.

El comandante cambió su peso con inquietud. —Si mi señor.

—Eres de Praga, según recuerdo. Estoy seguro de que no querrás que la Curia conozca tu verdadera herencia.

Los ojos de Borek se encontraron con los de Raven. Parecía incómodo.

—Servirme bien, y tu secreto también permanecerá en secreto. William se volvió y corrió hacia el bosque, llevando a la mujer que amaba.

CAPITULO 9

—USTED NO ESTÁ USANDO KEVLAR. La mano de Raven se había deslizado dentro de la camisa de William, haciendo contacto con su piel fría. Él la cargó, moviéndose a una alta velocidad a través de los árboles.

—No, no lo estoy.

—Tus soldados lo estan.

—Soy un viejo, *Cassita*. Soy más rápido y más fuerte que los demás.

—Desearía que te lo pusieras. Ella habló contra su pecho.

La expresión de William era impasible. —Los cazadores son la menor de mis preocupaciones.

Raven suspiró y retiró su mano. —Borek me dijo que era ruso.

William miró al soldado, que se esforzó por mantenerse a su altura. —Él es de Praga.

—¿Por qué mintió?

—La Curia arrasó los aquelarres en Checoslovaquia. Ningún vampiro se atreve a vivir dentro de sus fronteras ni a reclamar su herencia. Sin duda, Borek temía que la Curia lo mataría si descubrían la verdad.

Raven se estremeció. —Tanta muerte. Tanta matanza. No sé cómo viven ellos mismos.

William resopló. —Bautizan sus acciones al afirmar que Dios está de su lado.

—¿Están realmente tan ciegos? Debe haber alguna manera para que ellos combatan una toma de poder vampira del mundo sin matar.

—Si existe tal camino, no están interesados en encontrarla.

—Pensé que estabas muerto. La voz de Raven se hizo más pequeña. —Me angustié por eso. Prometiste que permaneceríamos juntos, y rompiste esa promesa.

—*Cassita*, yo-

—¿Cómo puedes enviarme lejos? Ella le apretó el hombro, sus ojos verdes se fijaron en su rostro.

William aflojó su ritmo.

—Podrías haber sido asesinada. O peor, tú y tu hermana podrían haberse convertido en mascotas para cualquiera. ¿Entiendes lo que eso significa? Su tono reveló la cólera hirviendo que giraba en su pecho.

—Maquiavelo no estaba interesado en nosotras.

—Alguien podría haber sido. La mejor decisión fue hacer que todos pensarán que la Curia

los quería y que las escoltarían fuera de la ciudad.

—Fui casi asesinada por un salvaje. Un cazador me agarró. Podría haber muerto sin haber tenido... no haber tenido...

William la interrumpió. —Juro por el nombre de mi maestro que nunca te enviaré lejos. Pero si tu sacerdote convence a la Curia para que te lleven... Se detuvo.

—Convenceré al padre Kavanaugh para que me permita quedarme contigo.

—Siempre he admirado tu optimismo, Raven, pero no puedo compartirlo. Aumentó su ritmo. —Aún así, me queda un aliado.

—Bien. La fatiga se apoderó de ella, y ella cerró los ojos, apoyando la mejilla en su hombro.

Era más fácil así-cerrar los ojos mientras pasaban rápidamente por el paisaje. La velocidad la mareó, y empujones le dio dolor de cabeza. Pero el abrazo tierno y apretado de su amado la consoló. Él la protegería, incluso con su vida.

William era mucho, mucho más rápido que Borek, incluso con ella en sus brazos. Dos veces tuvo que reducir la velocidad para que el comandante pudiera alcanzarlo.

Por fin se acercaron a una colina y rápidamente subieron hacia la cumbre. Pero antes de llegar a la cima, William se detuvo.

—¿Mi señor? La voz de Borek era tensa cuando él la alcanzó.

William asintió hacia el pico. —Tus hombres y el otro humano están allá arriba. Pero ellos no están solos.

Borek inhaló lentamente. —No cazadores.

—No. La mandíbula de William se tensó. —Vampiros.

CAPITULO 10

El príncipe analizó el viento, asegurándose de que no se los traicionaría a los vampiros que se habían reunido en la colina.

Hizo un gesto a Borek para que lo siguiera, y lentamente se arrastraron hasta la cima. A medida que se acercaban, podían oír voces.

—¡Pero se enviaron mensajeros! Stefan farfulló. —El nuevo Príncipe de Florencia envió un mensaje a su Princesa, explicando que teníamos que pasar por su territorio en nuestro camino a Roma.

—No conozco ese mensaje. La voz masculina era dura. —Estás allanando. El precio de allanamiento es la muerte.

Las espadas se sacudieron, y el sonido de pesadas pisadas resonó.

William colocó a Raven en pie y se lanzó hacia adelante, con la espada desenvainada.

—¡Alto!, Ordenó, caminando entre el capitán de Umbría y Stefan.

William examinó rápidamente la situación, notando que el capitán estaba acompañado por diez soldados, siete hombres y tres mujeres. Observó con satisfacción que uno de sus propios soldados mantenía a Cara a cierta distancia, mientras que otros dos los flanqueaban para protegerse.

—Su alteza. El capitán inclinó la cabeza respetuosamente.

El Príncipe volvió a asentir. —Su nombre, soldado.

—Julius, alteza. Nos hemos visto antes Soy el capitán de la guardia de la Princesa.

—Sí, nos hemos visto antes. El Príncipe forzó una pequeña sonrisa. —Veo que te has encontrado con mi destacamento. Puedo verificar que están en el negocio oficial florentino, con la tarea de entregar dos hembras humanas a la Curia de Roma.

La expresión del capitán se volvió preocupada. —No tenemos ningún deseo de conflicto con la Curia. Pero con respeto, su alteza, no podemos permitirle pasar.

—Tu Princesa es una amiga para mí y yo para ella. El tono del Príncipe era firme.

El Umbrian cambió sus pies. —Sí, alteza. Por esa razón, preferiría no involucrarlo. Pero no podemos permitirle pasar por nuestro territorio sin la aprobación de la Princesa.

William frunció el ceño. —Envié mensajeros hace un día.

—Como le dije a uno de sus ciudadanos, no conozco a ninguno de esos correos. Los ojos del capitán se movieron hacia los soldados que estaban cerrando filas detrás de su Príncipe. Si se sorprendieron al verlo, optaron por ocultarlo.

—Hay cazadores por ahí. Acabamos de luchar con veinte no muy lejos de aquí.

—Y salvajes, agregó Borek.

—No deberíamos demorarnos, entonces. El capitán de Umbría levantó su espada.

El Príncipe lo midió. Luego sus ojos se encontraron con los de Raven.

El Príncipe envainó su espada. —Muy bien. Llévanos con tu Princesa. Ella y yo discutiremos el asunto. Vamos a ir pacíficamente, siempre que no haya provocación.

—No hay provocación de parte mía o de mis guardias, alteza. El capitán silbó a sus soldados y se movieron para rodear a los florentinos.

El príncipe se encontró con Stefan, que se había encogido de miedo detrás de otro soldado. —Dame la misiva.

El médico rebuscó en su bolsillo y le tendió la carta con manos temblorosas.

El soldado frente a él se lo pasó al Príncipe.

—Serás tratado, *traidor*, siseó el Príncipe.

William le dio la espalda al médico y se dirigió hacia Raven, mientras los Umbros se apartaban para dejarlo pasar. La levantó y saludó con la cabeza al capitán.

—Procede.

Con otro silbido, los Umbrios marcharon colina abajo, dirigiéndose al norte, hacia Perugia.

CAPITULO 11

—¿POR QUÉ NO LUCHAS? Raven susurró al oído de William.

—La Princesa es un aliada importante. Y la noche tiene demasiados ojos. Él le dio una mirada significativa.

Raven se enfureció ante la descripción de la Princesa, porque le recordaba la descripción de William a Aoibhe.

—¿Qué pasa con Cara?

—Ella duerme. Cuando llegemos a Perugia, la atenderé.

—¿Qué hay en Perugia?

—La Princesa. William la besó ligeramente, sin aminorar el ritmo. —Descansa. Tienes la cara amoratada y un brazo lesionado. Simonetta sentirá curiosidad por ti, lo que significa que debemos estar alertas. Será mejor si simulamos la indiferencia entre nosotros.

—También puedes pedirle al sol que no brille.

William sonrió y tomó sus labios una vez más.

Cerró los ojos, una sensación de inquietud creciendo dentro de ella.



—Hemos llegado. La voz baja de William rompió el sueño de Raven.

El inframundo de Umbría era, en apariencia, muy similar al inframundo de Florencia. Consistía en una red de pasajes ocultos iluminados por antorchas y grandes salas cavernosas excavadas en piedra.

Los florentinos fueron escoltados a lo que parecía una cámara del consejo, dominada como estaba por un trono dorado que estaba elevado en el otro extremo de la habitación.

Sin dar explicaciones, William colocó a Raven de pie cerca de la puerta y dio un paso

adelante hasta que se paró frente al trono.

Se ajustó las mangas de su camisa de vestir negra, el oro de sus gemelos brillando a la luz de las antorchas.

Como si fuera una señal, el capitán de la guardia se retiró por una puerta lateral.

De repente, y sin previo aviso, el grito de una mujer llenó el espacio.

Raven se volvió y vio a su hermana arañar y golpear al soldado que la sostenía.

El soldado maldijo, pero no la golpeó. En cambio, la dejó caer.

Cara cayó bruscamente al suelo y pateó a sus pies, maldiciendo fuertemente en inglés.

—¡Bastardo! ¡No me toques!

El vampiro gruñó, enseñando sus dientes.

—¡Cara, detente! Raven cojeó hacia ella, pero fue superada por Borek, quien puso su mano en el pecho de otro vampiro, impulsándolo hacia atrás.

—Suficiente, ordenó en italiano.

El enojado vampiro le lanzó una maldición a Cara y se alejó.

Miró a Raven y Borek, apartando su largo cabello rubio de la cara. —¿Raven? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Obtener el control de ella. Borek le dio a Raven una mirada atronadora.

Raven estaba a punto de desafiar a Borek, sabiendo que William estaba mirando, pero una puerta se cerró de golpe en el frente del pasillo.

Todas las miradas se movieron hacia el hermoso vampiro que flotaba por el suelo hasta el trono, donde se sentó, ajustando su vestido de seda azul celeste.

—Simonetta, susurró Raven, con los ojos muy abiertos.

Frente a ella estaba la personificación de Venus de la pintura de Botticelli. Raven reconoció la cara y los ojos inmediatamente, al igual que el cabello largo y rubio que caía sobre sus caderas.

Como vampira, La Bella Simonetta era aún más exquisita de lo que había sido en la vida. Raven sintió que sus mismas piernas temblaban en presencia de la musa.

Cara tiró de la manga de Raven. —¿Dónde estamos? ¿Dónde está Dan?

—Tranquila. Raven ayudó a su hermana a levantarse y la llevó a la pared del fondo.

—Estamos en peligro aquí.

—Cállate. Lo explicaré más tarde.

Cara murmuró para sí misma, pero fue interrumpida por una voz alta y musical.

—Esto es inesperado. La Princesa volvió fríos ojos azules sobre los florentinos.

El Príncipe hizo una reverencia exagerada. —No puedes condenarme por desear ver tu

belleza una vez más, La Bella.

Los rosados labios de la vampira femenina se convirtieron en una sonrisa. —Me halagas.

—Me disculpo por interrumpir tu día. Confío en que mis correos entregaron su mensaje?

—Lo hicieron. Ella se revolvió con su túnica, perdiendo contacto visual con el Príncipe.

—Mi capitán fue enviado a patrullar antes de que llegaran los mensajeros.

—Mil disculpas. Se inclinó una vez más. —¿Tal vez la patrulla tuvo algo que ver con el ejército de Umbría que se encuentra en la frontera de la Toscana?

La Princesa fijó su mirada en su rostro. —Escuché rumores de tu fallecimiento a manos de nuestro viejo amigo Machiavelli.

—Esos rumores fueron exagerados.

—De hecho. Sus ojos claros se movieron sobre los soldados florentinos y se posaron sobre Cara y Raven. —¿No creo que los humanos sean un regalo?

—Me temo que no, Princesa. Estos son los humanos de los que hablan mis mensajeros.

Simonetta lo miró con astucia. —¿Desde cuándo Florencia da regalos a la Curia?

—Con respeto, Princesa, ¿desde cuándo amenaza Umbría con invadir Toscana? El tono del Príncipe se hizo más agudo.

Ella guardó silencio por un instante y luego se rió, el sonido musical resonando en la gran cámara.

—¿Quién es esa?, Susurró Cara, sosteniendo con fuerza el brazo de su hermana.

—Esa es la Princesa de Umbría. Raven se esforzó por escuchar el intercambio entre los dos jefes de estado.

Cara frunció el ceño. —No sabía que Umbría tenía una princesa.

Raven silenció a su hermana con una mirada.

—Reuní a mi ejército en la frontera simplemente por precaución. Como saben, Maquiavelo y yo no hemos estado en los mejores términos. Ahora que veo que mi aliado más cercano es el Príncipe una vez más, ordenaré a las tropas que se retiren.

El Príncipe asintió. —Gracias.

—Con respecto a tus mensajeros, prefiero que se me brinde la oportunidad de responder a una solicitud, en lugar de asumir mi consentimiento. La princesa frunció el ceño.

—Por supuesto. El Príncipe adoptó una expresión arrepentida. —Mil disculpas.

—Sus disculpas son notorias, pero aún no aceptadas. Ella sonrió. —Vamos a retirarnos en privado, donde podemos discutir el asunto más a fondo.

Ella se levantó, y todos se inclinaron.

Simonetta levantó la voz. —El Príncipe y yo tenemos asuntos privados que atender.

Volveremos, a tiempo.

—Si puedo, princesa. El Príncipe se adelantó.

Ella asintió con la cabeza imperialmente.

—Lamento haber traspasado su hospitalidad. Mis soldados fueron atacados por los cazadores. Necesitan comida y otros servicios, al igual que los humanos.

Simonetta levantó su mano. —Julius, asegúrate de que los humanos tengan lo que necesitan y dales un lugar donde descansar. Los florentinos deben recibir sustento, pero deben permanecer en esta cámara hasta que regresemos.

—Permítanme que yo informe a mi propio capitán y a su segundo fuera de la puerta de los humanos, presionó el Príncipe. —También agradecería que detuvieras a Stefan de Montreal, el antiguo médico de Florencia. No se debe confiar en él.

El médico balbuceó su protesta, pero Simonetta ya estaba asintiendo con la cabeza a sus guardias. Dos de ellos se acercaron a Stefan y lo arrastraron fuera del pasillo en medio de sus ruidosas súplicas de clemencia.

La princesa ignoró sus llantos, extendiendo su mano hacia el Príncipe.

Él lo besó antes de ponerlo en sus manos. Él y la princesa salieron por una puerta lateral.

Cara exhaló su alivio. —¿Ahora que?

Raven no escuchó su pregunta. Estaba demasiado ocupada mirando a William, que se había ido sin mirar atrás. Había sido tan solícito con la princesa, muy atento.

Ella nunca lo había visto comportarse de esa manera antes.

Simonetta debe ser más poderosa de lo que pensaba.

Julius, el capitán de Umbría, interrumpió sus reflexiones. —Por aquí. Hizo un gesto hacia la puerta detrás de ellos.

Raven y Cara no tuvieron más remedio que seguirlos, con Borek y otro florentino a su lado.

CAPITULO 12

—¿ESTÁS INTENTANDO matarme? Las manos de Aoibhe se posaron en sus caderas cuando descubrió a su amante recostado en su cama.

Ibarra sonrió y rodó a su lado. —¿Es esa una forma de saludar a un aliado importante? Me parece recordar haber salvado tu vida.

—Como salvé el tuyo, vasco. Estamos a mano. Ella se inclinó para recoger su ropa desechada del suelo.

—Vístete y sal de ahí. Le tiró la ropa a la cara. —Hay una partida de caza detrás de ti. Si alguien rastrea tu olor aquí, el Príncipe me matará.

—No sabías que estaba aquí hasta que entraste en la habitación. Ibarra apoyó la barbilla en una mano hacia arriba.

—El Príncipe se ha atrincherado en su fortaleza impenetrable. Ni siquiera él tiene espías en cada rincón de la ciudad.

Aoibhe se movió hacia las ventanas y corrió las cortinas. —No seas tonto. Tú eras el jefe de seguridad.

—Sabes que algunos de los humanos están a su servicio.

Ibarra esperó hasta que tuvo toda su atención antes de quitar la sábana de su cuerpo. —Muy bien, me iré. Pero me gustaría saber cómo el Príncipe sobrevivió al último de los Medici y Maquiavelo en una sola noche.

Aoibhe se apoyó con cansancio contra uno de los postes de la cama. —Muchos de los hermanos son leales a él. Gregor reunió a sus seguidores y acudió en su ayuda. Cuando parecía que la marea podía cambiar, el ejército se puso del lado del Príncipe.

Ibarra balanceó sus piernas sobre el costado de la cama. —Hay rumores de que la Curia se ha interesado por Florencia.

Aoibhe levantó su largo cabello rojo. —El Príncipe les envió sus mascotas como ofrenda de paz. Aparentemente, la quieren a ella.

—¿Es esa envidia lo que veo en tu cara?

Ella se dio la vuelta, jugueteando con la falda de su largo vestido carmesí. —No envidio nada, salvo el trono de Florencia.

—Entonces tendré que asegurarlo para ti. Ven, Aoibhe. Su tono se suavizó, y extendió su mano hacia ella. —Tenemos todo el día para divertirnos. Ámame un poco.

El cuerpo de Ibarra estaba excitado; Era obvio. Pero la expresión de su rostro contradecía

otro deseo, quizás más profundo.

Aoibhe lo miró fijamente, calculando sus ojos oscuros.

Se desabrochó el vestido y se lo sacó sobre su cabeza, dejándolo caer en una silla.

CAPITULO 13

—ERES LOCA. Cara se volvió hacia su hermana cuando entraron en una habitación profusamente decorada, ubicada en uno de los muchos pasajes serpentinos del inframundo de Perugia.

La habitación en sí misma era rectangular, amueblada con un gran sofá de felpa y varios sillones de respaldo alto. Una puerta abierta en un extremo revelaba un dormitorio. Una puerta correspondiente en la pared opuesta reveló un baño.

Exhausta mental y físicamente, Raven se derrumbó en el sofá, acunando su brazo herido. Los moretones habían florecido en su piel pálida, y la carne debajo era tierna.

Ella cogió una manta de piel y se envolvió alrededor de ella. Una humedad irradiaba de las paredes de piedra y le castañeteaban los dientes. —Yo estoy diciendo la verdad. Todos son vampiros.

—Lo sabía. Cara se acercó. —Cuando me llamaste por David, sabía que te estabas viniendo abajo.

—Has estado cargando esa mierda tanto tiempo que finalmente te quebraste.

—Si iba a quebrarme, lo habría hecho hace mucho tiempo. Raven miró a su hermana.

—¿Has visto lo que pueden hacer? ¿Has notado lo fuertes que son?

Cara se dejó caer en el sofá. —Es una jodida feria renacentista, completa con espadas de juguete. ¿Dónde está Dan? No me digas que intentaron reclutarlo. Solía hacer teatro comunitario.

—Está en Florencia. Cuando llegaste a mi apartamento, un vampiro nos atacó. Nos trajeron aquí, y Dan se quedó atrás.

Cara se volvió hacia ella. —¿Está herido?

Raven vaciló. —No lo sé. Fue golpeado, inconsciente.

—¿Inconsciente? Cara se puso pálida. —¿Y lo dejaste?

—No tuve elección. Fuimos atacadas y llevadas. Alguien llamó a una ambulancia antes de que nos fuéramos.

—Eso es todo lo que sé.

Cara se atornilló a la puerta. —Tenemos que irnos. Tenemos que volver con Dan.

—No iremos a ningún lado hasta que la Princesa nos libere.

En desafío, Cara abrió la puerta. Cuatro soldados la miraron, dos a cada lado.

Ella cerró la puerta y se apoyó en ella. —Hay guardias en el pasillo.

Raven suspiró. —Por supuesto que hay. Los vampiros son extremadamente territoriales, y estamos invadiendo. No podemos irnos hasta que William convenza a la Princesa de que nos deje ir.

Cara volvió a acercarse a su hermana, parada frente al sofá. —Olvídate de la mierda de los vampiros, ¿cómo es que no recuerdo haber sido atacada?

—Fuiste arrojado contra una pared. La voz de Raven vaciló. —Tuviste una lesión en la cabeza. Has estado inconsciente.

Cara tocó su cabeza, pasando ambas manos sobre su cuero cabelludo. —No tengo dolor de cabeza.

—William te curó.

—¿Quién es William? ¿Atacó a Dan?

—No, él nos rescató. Él era el de negro que hablaba con la Princesa. Él es el Príncipe de Florencia.

Cara puso los ojos en blanco. —Todo el mundo por aquí es un príncipe o una princesa. ¿Que eres? ¿La princesa de Portsmouth?

—Muy divertido.

—¿Por qué ese tipo nos ayudaría?

Raven miró a su hermana desafiante. —Estamos juntos.

—¿Tienes un novio? ¿Por qué no me dijiste?

—Porque él es un vampiro. Él es la única razón por la que todavía estamos vivos. Fuimos atacados y William nos salvó.

Cara giró sobre sus talones y entró al baño. Ella se examinó en el espejo. —Me veo bien.

—Eso es porque él te dio... Raven se aclaró la garganta. —No importa.

—¿Me dieron qué? Cara salió del baño.

—Nos trajeron comida. Raven hizo un gesto hacia la lujosa mesa dispuesta al otro lado de la habitación. —¿Por qué no te das una ducha y te limpias? Entonces podemos tener algo de comer.

—Estas personas se llaman vampiros, y estás durmiendo con uno de ellos. Cara se frotó la cara. —¿Se trata de algún extraño fetiche?

—Cara, ven aquí. Raven le tendió la mano.

Su hermana lo tomó a regañadientes, permitiéndole sentarse en posición sentada.

—No tienes que creer todo lo que digo, pero debes escucharme. Estas personas, todas ellas, son peligrosas. Nos ven como comida, y no tienen problemas para matar.

Cara hizo una mueca. —¿Incluyendo a William?

—Él es diferente.

—¿Qué tan diferente?

Raven hizo contacto visual con su hermana. —Él fue quien capturó a David y amenazó con matarlo.

—¿Qué?

—Le dije lo que nos sucedió cuando éramos niñas. William estaba disgustado porque David se salió con la suya. Él quería que él pagara.

—¿Lo mató?, Chilló Cara.

—No. Él quería, pero yo no lo dejé. William lo entregó a la policía en California.

Cara miró a su hermana, su expresión en blanco. —Tenemos que llegar a Florencia. Dan está herido y necesita nuestra ayuda.

Entró en la habitación contigua, consternada al descubrir que tampoco había ventanas ni ninguna otra salida visible.

—No estás escuchando, reclamó Raven. Esperó a que su hermana saliera de la habitación. —Cuando William regrese, podemos preguntarle sobre Dan. Pero no vamos a ir a ningún lado.

Los ojos azules de Cara se estrecharon. —Sí, tu nuevo novio es un verdadero Príncipe. Él bebe sangre, anda con actrices y secuestra a tu padrastro.

Raven se inclinó hacia adelante. —Si no me crees, pregúntale al padre Kavanaugh. Él sabe exactamente quién y qué son estas personas. Por eso quería que fuera a Roma, para alejarme de William.

Cara levantó los brazos con frustración. —Entonces, por el amor de Dios, Raven, ¿por qué no viniste?

—Porque Padre está ocultando sus propios secretos.

—Eso es obvio. Estaba actuando raro cuando Dan y yo fuimos a verlo, y no nos iba a dejar ir. Tuvimos que escabullirnos del Vaticano para verte.

—Exactamente. Él no me quiere cerca de vampiros, y tampoco quiere que te acerques a ellos.

Cara se acercó a la mesa y recuperó una manzana, dando un gran mordisco. Ella le dio a su hermana una mirada dura. —Dímelo todo. Y comienza por el principio.

CAPITULO 14

LA BELLEZA DE SIMONETTA VESPUCCI era la leyenda de las leyendas.

El Príncipe de Florencia era muy consciente de esto. La conocía en la vida y conocía a Sandro Botticelli, el artista que la inmortalizó en pinturas como El nacimiento de Venus. La belleza que había llevado en la vida se había multiplicado por cien cuando se convirtió en vampira.

Ahora ella era dueña de la cara y la forma de una diosa.

Durante su mandato como príncipe, William la había disfrutado en más de una ocasión. Simonetta era apasionada pero particular cuando se trataba de sus amantes. El Príncipe era uno de sus favoritos, por lo que la siguió hasta su dormitorio en esta ocasión con más de un motivo de preocupación.

La princesa habitaba una villa señorial en Perugia, que era tan lujosa que rivalizaba con el Palacio de Versalles. Su habitación, en particular, contaba con grandes espejos del suelo al techo en cada pared, un techo dorado y muebles pesados y ornamentados tapizados en terciopelo carmesí.

Aunque uno podría haber esperado que Simonetta pasara la mayor parte de su tiempo contemplándose a sí misma, rara vez lo hacía. Los espejos se instalaron principalmente para sus amantes, para que pudieran admirarse a sí mismos mientras se juntaban y fornicaban con una diosa durante horas y horas.

Hubo un tiempo en que el príncipe no se inmutó por los muebles decadentes, cuando disfrutó de los espejos que reflejaban la cama grande y majestuosa, y la mujer que caminaba hacia ella.

Ahora la vista le repelió.

—Teniendo en cuenta el problema de Maquiavelo y la curia, me sorprende que haya dejado Florencia. Simonetta hizo pasar el Príncipe a una gran sala de estar en el otro extremo de la cámara, a pocos pasos de su imponente cama.

—Maquiavelo envió el destacamento sin mi autoridad, y se olvidó de enviar mensajeros primero. Vine para rectificar el error y pedir disculpas por el insulto, mintió el príncipe sin problemas.

Ella sonrió. —Siempre puedo contar contigo para que respetes la corrección. ¿Debo arreglar para una alimentación? Debes estar hambriento.

—Su hospitalidad es apreciada, pero una alimentación es innecesaria. Estoy ansioso por

que el destacamento llegue a Roma antes del amanecer.

—Ofrecería transporte, pero como la Curia está involucrada, prefiero mantenerme neutral. Tiró de un trozo de cuerda que cayó del techo. Un golpe sonó desde detrás de uno de los espejos.

—Entra, le ordenó.

El espejo se movió, revelando una puerta escondida. Un sirviente estaba parado en la abertura, inclinándose profundamente.

Simonetta se dirigió a él con desapego. —Consigue una botella de nuestra cosecha más fina y sé rápido.

El sirviente se inclinó y se retiró, reemplazando el espejo.

Simonetta se dirigió a un sofá bajo y se sentó sobre él, preparándose para el mejor efecto. Proyectó una figura deslumbrante con su pelo largo y dorado y su vestido azul contra el terciopelo carmesí. Y ella lo sabía.

Pero los pensamientos del Príncipe estaban comprometidos de otra manera. De hecho, todo lo que podía pensar era en Raven y en lo mucho que quería volver a su lado.

Había ido a Santa Maria Novella para suplicarle a su maestro que intercediera. Tal vez el santo había escuchado su pedido, tal vez no. Al menos él y Raven estaban juntos ahora. Raven no tenía una apariencia impecable como Simonetta. Pero la naturaleza de su alma, la fuerza de su virtud y carácter la hacían indescriptiblemente bella. Con tales pensamientos en mente, William miró la cara de la princesa y vio como la perla de su legendaria belleza perdía su brillo.

Simonetta lo invitó a sentarse a su lado. Cuando lo hizo, ella extendió su mano.

Él la besó brevemente. —Respeto el deseo de neutralidad de Umbría, pero debes saber que se acerca una guerra.

—¿Por qué deberíamos tener guerra ahora, después de todos estos años? No somos Praga ni Budapest.

Él liberó su mano. —La Curia está en movimiento. Están mirando mi principado, esperando una oportunidad.

—El Romano nunca lo permitiría.

—Los tratados están hechos y rotos; abundan los traidores. Sus ojos grises se encontraron con los de ella. —Lo digo como un aliado, Simonetta: ten cuidado. Estar atentos.

Sus pálidos ojos se volvieron agudos. —¿Qué no me estás diciendo?

—Te digo lo que ya sabes, la Curia se quedó parada mientras Venecia y Florencia iban a

la guerra, con la esperanza de que nos destruyéramos unos a otros. Cuando eso no sucedió, volvieron sus ojos hacia mi ciudad. Mi destacamento viaja a Roma para tratar de negociar la paz. Pero no tengo confianza en que esa paz dure.

El sirviente volvió a entrar en la cámara, entregando una botella abierta y dos copas ornamentadas en una bandeja. Sirvió la cosecha y se retiró.

Los dos vampiros tintinearos vasos.

Simonetta inclinó su cabeza, mirándolo mientras bebía. —Si la situación es tan tensa como dices, ¿por qué dejar Florencia?

El príncipe arremolinó la sangre en su vaso. —Como dije, estaba limpiando el desastre de Machiavelli.

—Pensé que era por eso que teníamos sirvientes. Bebió la sangre delicadamente.

—Los criados pueden ser incompetentes. Necesito ejecutar a Stefan por ese motivo.

¿Puedo tener su permiso para hacerlo aquí?

—Puedes usar nuestra cámara de tortura, si lo deseas.

—Eso no será necesario. Todo lo que necesito es tu ayuda para quemarle la cabeza y el cuerpo. Lo ejecutaré personalmente. La atención del Príncipe volvió a su copa, y él miró fijamente a las profundidades negruzcas.

—Por supuesto. Sus cejas se juntaron. —Si te llegaran noticias de que la Curia deseaba a Umbría, ¿me lo dirías?

—Sí. La miró con atención. —¿Puedo esperar lo mismo de ti?

—Como siempre. Has sido un excelente aliado y vecino. Ojalá todos los miembros de la realeza en Italia fueran iguales. Sus labios rosados hicieron un puchero. —La última vez que me visitaste, me mantuviste a distancia.

—Estaba cazando. Él vació su vaso.

—Sí, una familia estadounidense. Mis espías me dicen que los expulsaste de Umbría, pero no los mataste. Eso me parece curioso.

El Príncipe se levantó y colocó su vaso en la bandeja. —Con todo respeto, princesa, estoy ansioso por enviar el destacamento a Roma. Estoy agradecido por tu amistad, como siempre. Prometo la amistad a cambio.

Simonetta dejó su vaso a un lado y se puso de pie, su cabello largo y rubio se deslizó sobre sus pálidos hombros.

—Sin duda, tu partida se puede retrasar.

—Vamos, William. Envía el destacamento y ordenaré a una de mis patrullas que los acompañe hasta la frontera sur. Mientras tanto podemos entretenernos. Te he echado de

menos. Ella lo alcanzó, pero solo atrapó el aire.

Hizo una reverencia para cubrir su evasión.

—Se agradece su oferta de apoyo, pero es mejor si el destacamento se marcha tan pronto como sea posible, sin compañía.

—En cuanto a tu otra oferta, me honras con tu atención, pero debo despedirme. Florence me necesita.

Simonetta levantó su mano y la puso contra su mejilla.

Ella lo estudió.

—Hubo un momento en que te apoyabas en mi toque. Ella acarició su mejilla con su pulgar y retiró su mano. —Algo ha cambiado.

Él forzó una sonrisa. —Eres una delicia mirar como siempre, Bella. Pero estoy apurado.

—No nos mintamos unos a otros. No sobre esto. Ella volvió a su sofá. —¿No creo que Aoibhe sea la razón de tu indiferencia?

William se enderezó. —No soy indiferente. Forzó su mirada pasear por su hermosa figura.

—Ah, mi viejo amigo, eso era una mentira.

—Te he visto distraído, pero esto es otra cosa. Casi se podría pensar que estás enamorado. Su hermoso rostro se puso serio. —Conozco a nuestro tipo demasiado bien, William. No amamos. Incluso si disfrutamos de una fascinación por un tiempo, todas las cosas buenas para nosotros deben terminar.

Ella hizo una pausa, como esperando que él respondiera.

Simplemente se levantó, preocupado de haber dado demasiado lejos.

Hizo un gesto hacia la puerta. —Ejecute a su médico, envíe a su destacamento y descanse.

—Que tu bella ciudad permanezca segura, y que siempre seamos aliados.

La cara de William se volvió sombría. Se retiró, deteniéndose en la puerta. —Gracias princesa.

Ella agitó sus dedos hacia él y devolvió su atención a su cáliz de sangre.

Cuando William salió por la puerta, se dio cuenta de que había sido el único en mirar los espejos, notando sus reflejos. Simonetta no se molestó.

En cambio, se había sentado como un pájaro en una jaula dorada, observando sus reacciones.

Se sintió mucho más que incómodo al darse cuenta.

CAPITULO 15

EL INSPECTOR SERGIO BATELLI subió la escalera de la escena del crimen al departamento de Raven Wood, murmurando maldiciones.

Los paramédicos habían encontrado el cadáver de un hombre estadounidense dentro de la puerta del edificio del apartamentos de la señorita Wood, y alguien había dicho que era vecino. Una vez que llegaron, trataron de resucitar a la víctima, pero fue en vano.

El oficial investigador había escrito en su informe que la víctima sufrió un trauma de fuerza contundente en la cabeza. Antes de que se pudiera realizar una autopsia, alguien del consulado estadounidense había aparecido, exigiendo el cuerpo. La policía local se negó. La autopsia había sido pospuesta mientras los superiores de ambos lados del conflicto discutían.

Los colegas de Batelli ya habían registrado el departamento de la señorita Wood. Rompió la cinta que sellaba la puerta y la abrió. Arriesgó la ira de sus superiores, así como la del oficial a cargo, pero no le importó.

Él accionó el interruptor de la luz.

El apartamento estaba limpio, excepcionalmente. Aromas de limón y naranja llenaron sus fosas nasales. Pero el departamento estaba vacío.

En los informes policiales, que un compañero oficial le había mostrado, los vecinos afirmaron no haber visto ni oído nada sospechoso antes de que se encontrara el cadáver. Ni siquiera sabían que la señorita Wood se estaba mudando.

Una rápida llamada telefónica a la Galería de los Uffizi reveló que su empleador no tenía idea de dónde estaba; ella estaba de vacaciones como el resto del equipo de restauración hasta septiembre.

Batelli estaba en su habitación vacía, mirando lo que parecía ser parte de un bastón que estaba incrustado en la pared.

Había algo ominoso sobre el objeto. Batelli no tenía idea de lo que representaba, si acaso.

La víctima que habían encontrado abajo no era pariente de la señorita Wood, y él no era el amante que Batelli había observado desde lejos al entrar y salir del edificio.

Batelli confió en su instinto. En este momento, su instinto le decía que Raven estaba conectada de alguna manera con el cadáver. Los investigadores de homicidios esperaban en el consulado estadounidense proporcionar detalles sobre la identidad del cadáver.

Batelli no había renunciado a resolver el misterioso robo de las ilustraciones de Botticelli de los Uffizi, a pesar de que su dueño, el profesor Gabriel Emerson, había perdido la esperanza de recuperar los objetos y había regresado a América.

Y Batelli no había renunciado a su búsqueda activa del misterioso e imposible de rastrear, William York, que había sido nombrado por el profesor Emerson como una persona sospechosa conectada a la galería.

La investigación de Batelli silenciosamente había arrojado el registro de una transferencia de fondos de un banco en Ginebra a los Uffizi, una donación atribuida a William York. Aunque el doctor Vitali, el director de los Uffizi, parecía no tener ningún recuerdo de William York o su donación extravagante, Batelli creía que había regalado el dinero con el fin de asegurar una invitación a la recepción privada que acompañó la presentación de las ilustraciones de Botticelli. El profesor Emerson había corroborado la donación y la presencia de York en la inauguración.

Por supuesto, el banco en Ginebra se negó a ofrecer información sobre los fondos, además de confirmar que habían transferido el dinero de una de sus cuentas institucionales a petición de un cliente. Se negaron a identificar al cliente o a confirmar si él, ella o ellos tenían la ciudadanía italiana.

Batelli pensó que era interesante cómo todos los caminos conducían a Suiza. Las ilustraciones habían sido vendidas a los Emerson por una familia suiza en Cologny, un suburbio de Ginebra. El automóvil en el que viajaba el amante de Raven Wood estaba registrado para un diplomático suizo. Un banco suizo había transferido miles de euros a los Uffizi justo antes de la inauguración de la exposición Botticelli.

Más desconcertante todavía, no habían registros de un residente o nacional suizo llamado William York.

Pero la policía tenía en su poder su Mercedes, o lo que parecía ser el Mercedes que Batelli había observado que Raven Wood y su amante usaban. El automóvil había sido abandonado a pocos pasos de su apartamento.

Ese mismo día, el especialista forense lo había peinado para encontrar pruebas.

El teléfono celular de Batelli sonó con un mensaje de texto entrante.

Estaba sorprendido de recibir un mensaje, ya que era más allá de la medianoche.

El texto era de un número desconocido.

Encuentra el club clandestino en Via Ghibellina.

Batelli estaba intrigado.

Metió su teléfono en su bolsillo y buscó rápidamente el resto del departamento. Cuando terminó, apagó las luces y reparó cuidadosamente la cinta que sellaba el apartamento. Quizás el texto era una broma. Tal vez no llevara a ninguna parte. Pero él bajó las escaleras con la intención de hablar con el club clandestino.

CAPITULO 16

—ESTAMOS SALIENDO DE ROMA. Reúna a los hombres y no se moleste en tratar de encontrar a Stefan. El traidor ha sido tratado. El Príncipe se dirigió a Borek, quien se inclinó y marchó, llevándose al otro soldado florentino con él.

Los soldados restantes de Umbría también partieron, siguiendo las instrucciones del teniente de la princesa.

William exhaló su alivio.

Abrió la puerta de la cámara y rápidamente la cerró detrás de él. El olor de Raven lo asaltó.

—¿William? Se sentó soñolienta en el sofá, frotándose los ojos. —¿Qué está pasando?

—Necesitamos llegar a Roma antes del amanecer. Contempló la habitación débilmente iluminada. —¿Dónde está tu hermana?

—En la ducha. Raven señaló la puerta del baño cerrada.

—¿Puedes estar lista para partir en unos minutos?

—Creo que sí. Ella fue hacia él y enterró la cara en su pecho. —Te fuiste hace mucho tiempo.

Él se tensó en sus brazos. —El protocolo nunca es rápido.

Ella levantó la cara. Sin palabras, ella presionó sus labios sobre los suyos.

Él correspondió, aunque brevemente. —No tenemos mucho tiempo. Lo siento.

—Te necesito.

Si William se sintió sorprendido por su declaración, lo ocultó. Su mirada parpadeó hacia la puerta del baño. —¿Y tu hermana?

Ella le apretó el corazón. —Hay un dormitorio. Tiene una puerta.

—Después de tanta muerte, ¿todavía me deseas?

Ella presionó su cuerpo hacia él. —Pensé que te había perdido. Estoy tan aliviada de que estés bien. Su voz se volvió ronca. —Te necesito.

William no dudó. La levantó al dormitorio y pateó la puerta detrás de ellos.

—No estamos seguros, pero lo estaremos. Lo juro. Sus ojos grises se clavaron en los de ella.

—Solo estoy agradecida de que estés vivo.

—Tan vivo como un vampiro puede estar. Él le dio una media sonrisa. —No tenemos tiempo para las palabras, si el acoplamiento es lo que realmente quieres.

Ella le acarició la mandíbula. —Sí.

La colocó en la gran cama con dosel y se tomó un momento para encender un candelabro en una de las mesas laterales. Luego se reclinó sobre su espalda y la jaló encima de él.

—No puedo, ella gimió.

La cara de William estaba afectada. —Pero pensé—

Ella lo interrumpió. —Es la posición. Hizo un gesto hacia su pierna lesionada. —Estoy con el dolor. No puedo estar arriba.

La comprensión se apoderó sobre sus rasgos finos.

Una silla de respaldo alto y sin brazos estaba cerca. William hizo un gesto hacia él.

—¿Eso estaría bien?

—Podemos intentarlo. Ella lo miró con timidez.

La llevó a la silla y se sentó, ajustándola en su regazo para que sus piernas quedaran suspendidas a cada lado de él. Su mano fue a su pierna herida. —¿Y ahora?

—Haga lo que haga, ella respiró, —no te sueltes.

Sus manos se agarraron a sus caderas. —Déme mi nombre.

—*William*, ella respiró.

—Mi amante, mi Cassita. Nunca te dejaré ir.

Ella lo besó, sus dedos se peinaron a través de su corto cabello rubio.

Era bastante fácil moverse hacia adelante en su regazo, sintiéndolo levantarse entre sus piernas. Los movimientos de Raven se impacientaban, jugueteando con su lengua mientras se deslizaba contra él.

William tocó el brazo que había herido en su altercado con el cazador. —¿Duele?

—Ya no.

Sus ojos brillaban a la luz de las velas. Él trazó su labio aún hinchado con su pulgar.

—¿Y aquí?

—¿Dónde te golpeó ese demonio?

—Solo te siento, susurró, mordiendo su pulgar.

—Mírate a ti, a tus ojos, a tus pechos, a tu piel. Él le puso una mano alrededor de su cuello. —Eres magnífica.

Ella cerró los ojos. —¿Después de ver a Simonetta en toda su gloria?

William la atrajo hacia él, y sus labios encontraron su oreja. —Ni siquiera Simonetta en toda su gloria puede compararse contigo, susurró. —No tengo ningún deseo por ella.

La besó con urgencia y le quitó la camisa y el sujetador. Él la levantó para quitarle los pantalones y la ropa interior. Ahora ella estaba desnuda.

Él miró sus pechos llenos, mojando su labio inferior en anticipación.

—Por favor, susurró ella, meciéndose.

Le salpicó la carne redonda con besos, apoyándola con manos frías. —Tu piel huele a lluvia.

—Me recuerda a mi hogar.

Ella lo besó reverentemente, apoyándose en su toque.

Su boca se sujetó a un pezón, sacando un gemido de su boca mientras lamía y chupaba.

Él se dio un festín con ella durante un tiempo antes de retroceder y pasar sus pulgares sobre las puntas sensibles.

—Quiero alimentarme de ti. Sus labios revolotearon hasta su garganta y se deslizaron por el arco de su cuello.

—Sí.

—Libérame. Él lamió un zona de piel debajo de su oreja.

Bajó la mano hasta sus pantalones, moviéndose para poder trabajar la cremallera. Ella lo tomó en su mano.

Él ya estaba duro.

Ella gimió cuando él la levantó y la deslizó sobre él.

Su corazón latía frenéticamente, el sonido como un tambor en sus oídos.

Por un momento, ella estaba quieta. Su piel ardía contra la frialdad de su toque, una gota de sudor se deslizaba entre sus pechos.

William lo atrapó con la punta de la lengua.

Con un grito ahogado, ella comenzó a moverse hacia arriba y hacia abajo, sus dedos se clavaron en sus caderas.

Tal vez fue la posición. Tal vez fue la urgencia o la oscuridad. Raven estaba tensa, demasiado necesitada para prolongar la culminación seductora de tantas ganas.

Ella inclinó su cuello, presentando la arteria en su boca, envolviendo sus brazos alrededor de sus hombros.

Ella se movió más rápido, sus fuertes manos empujando y tirando.

Su cabello ondeó alrededor de sus hombros cuando su orgasmo se disparó a través de ella.

—Mira mi alondra volar, susurró William, su voz teñida de admiración. —Vuela, Cassita.

Él la besó en el cuello mientras ella vibraba a su alrededor, probando la piel antes de hundir sus dientes en su arteria.

El orgasmo de Raven alcanzó su cúspide, y William continuó moviéndose, embistiéndola

mientras bebía.

Ella siguió esperando que el orgasmo disminuyera, pero no fue así, como una nota larga y sostenida tocada en concierto por una orquesta.

—No puedo, dijo con voz ronca. —Es demasiado. Se dejó caer hacia adelante, sin sentido con placer.

William se vació en ella antes de tragar su sangre. Lamió la huella de sus dientes y la besó.

—Je *t'aim*. Enterró la cara en su melena. —Eres parte de mí, ahora y siempre.

Raven se estrelló contra su pecho.

CAPITULO 17

—ME LLEVÓ UNA ETERNIDAD peinarme el cabello. Cara salió del baño hacia la sala de estar.

—Tienes suerte de haberte duchado primero.

—Whoa. Se detuvo en seco, al ver a William, que sostenía a su hermana en sus brazos. Él estaba parado al lado del sofá; Raven se acurrucó contra su pecho con una expresión dichosa en su rostro.

Raven levantó la cabeza y sonrió. —Este es William. William, esta es mi hermana, Cara. Cara se acercó un paso. —Él no se ve como un vampiro.

Un profundo gruñido sonó desde el pecho de William.

Cara dio un gran paso atrás. —¿Los vampiros gruñen?

—Es suficiente. Raven se liberó de los brazos de William y se sentó en el sofá.

Sus ojos se fijaron en Cara. —Si vamos a llegar a Roma antes del amanecer, debemos irnos ahora.

—¿Roma? Raven tomó su mano. —¿Por qué Roma? Necesitamos regresar a Florencia. El novio de Cara estaba herido.

Un músculo saltó en la mandíbula de William. Cambió al italiano y bajó la voz. —Lo siento, Cassita.

—¿Lo siento? Repitió Raven, también en italiano.

—¿Qué es? ¿Qué está diciendo? Cara se acercó al sofá.

William frunció los labios. —Sus heridas fueron severas.

La mano de Raven se relajó.—"¿Qué tan severo?

—Lo siento, susurró.

Los ojos de Raven se abrieron de par en par. Cuando la comprensión se sumió lentamente, su mirada se dirigió a su hermana.

Raven parpadeó para contener las lágrimas.

Cara cruzó sus brazos. —Seriamente. Ambos están siendo groseros.

—Cara, por favor, tartamudeó Raven. —Danos un minuto.

William apretó la mano de Raven. —Le diré suavemente, lo prometo.

—No. Raven tragó saliva. —Necesito hacerlo. Solo- solo dame tiempo para descubrir cómo.

William hizo una mueca. —No pude protegerlos a los dos. Lo siento.

—Pero no tenemos mucho tiempo. La Curia habrá oído sobre el intento de golpe. Necesito evitar que marchen sobre mi ciudad.

—¿Cómo?

—Al pedir el apoyo de una persona contra la cual la Curia no librará una guerra.

—¿Quién es ese? Preguntó Raven.

—El romano.

Raven pasó una mano por sus ojos. —¿Qué pasa con Cara?

—Mientras antes regrese a Estados Unidos, mejor. William se volvió hacia Cara y cambió al inglés.

—Vamos a Roma.

Cara se precipitó hacia adelante. —Tengo que volver a Florencia para encontrar a mi prometido. No tengo tiempo para ir a Roma.

—Nos estamos yendo ahora. El tono de William no admitía discusión.

Cara le lanzó a su hermana una mirada desafiante.

—No podemos viajar a Florencia solas; William tiene que ir a Roma. Raven se puso en pie vacilante.

El Príncipe envolvió su brazo alrededor de la cintura de Raven, ya que ella estaba sin su bastón, y la ayudó a llegar a la puerta. Cara los siguió al pasillo.

Mientras bajaban por uno de los pasillos oscurecidos, volvió a hablar con Raven en italiano. —No creo que el chico haya sufrido.

Raven miró a su hermana, quien los miró a los dos con curiosidad. Su corazón se hundió.

—Él fue bueno con ella. Ella lo amaba.

William la miró angustiado. —Te afliges.

—Lo hago. Él era su mundo. Ella estará devastada.

—¿Qué están diciendo el uno al otro? ¿Qué está pasando? Cara los atestó.

William la ignoró, todavía hablaba italiano con Raven. —Si tu sacerdote es tan bueno como dice, podría ayudar a tu hermana a regresar a Estados Unidos.

Raven tropezó con sus pies, tropezando en la oscuridad.

William la levantó en sus brazos.

—Puedo caminar, protestó en inglés.

—Estamos apurados, y estás sin tu bastón. William aumentó su ritmo por el pasillo oscuro.

—Ella no es inválida. Cara salió al trote tras ellos. —Y todavía estoy esperando que alguien me explique lo que está pasando.

—Solo un minuto, Cara. Raven se volvió hacia William y se dirigió a él en italiano. —
¿Quieres entregar a mi hermana a la Curia?

William se detuvo, su expresión oscura. —Esperaba que pudiéramos hacer arreglos para llevarla con tu sacerdote. Si lo que crees sobre él es correcto, él la protegerá. Mientras esté con la Curia, no será presa de los vampiros.

Raven buscó en sus ojos. —Pero me dijiste que borran los recuerdos.

William continuó caminando. —Borran recuerdos que tienen que ver con vampiros.

—Pero que pasa-

—Tu sacerdote las quiere a ambas. Estoy más que dispuesta a liberar a tu hermana, pero él no estará satisfecho con eso. Necesito pedirle a Roman que apoye mi decisión de retenerte.

Raven suspiró temblorosamente. —¿Qué pasa si el romano se niega?

—Entonces dependerá de ti.

—No te dejaré.

La expresión de William era sombría. —Si perdemos el apoyo de los romanos, nada impedirá que la Curia marche sobre Florencia.

Raven lo agarró por el hombro. —Entonces huyamos. Vamos a algún lado, no pueden encontrarnos.

—Eres una alondra que merece ser libre. No eres un fugitivo.

Raven colocó sus manos sobre sus mejillas, obligándolo a mirarla. —Quiero quedarme contigo. No importa qué.

Él buscó en sus ojos. —No puedo abandonar mi ciudad. He visto la devastación de Praga.

—No puedo permitir que eso le pase a Florencia.

—Nadie quiere una guerra. Tiene que haber una forma de evitarla.

—Desearía poder creer eso. William capturó sus labios con los suyos.

—Está bien, si ustedes dejaran de besarse, podríamos ver este espectáculo en el camino. Cara sonó impaciente. —Y habla inglés.

—William está haciendo todo lo posible para protegernos. Necesito hablar contigo. Raven hizo una pausa, luchando con el peso de las noticias sobre Dan.

En ese momento, un soldado de Umbría se materializó a través de una de las puertas.

William gruñó, y el soldado se retiró apresuradamente.

Cara frunció el ceño a su hermana. —Tu novio es un animal.

Raven suspiró. —No tienes idea.

CAPITULO 18

—CARA. Raven tomó la mano de su hermana. —Hay algo-

—¿De verdad crees que son vampiros?, Interrumpió Cara, examinando las figuras sobrenaturales que se encontraban a varios metros de distancia.

El destacamento se había tomado un breve descanso a las afueras de Roma, para que las hermanas pudieran hablar en privado.

Anteriormente, William había enviado a uno de los soldados a Florencia, ordenándole que notificara a Gregor que el ejército de Umbría estaba en la frontera. El soldado también recibió instrucciones de ocultar el paradero de William.

—Sí, lo hago. Raven interpuso la mano de su hermana entre las suyas. —Cara, yo-

—Se ven humanos. Obviamente, cuando nos recogieron y comenzaron a correr, me di cuenta de que no lo eran.

—No todos pueden ser velocistas olímpicos. Cara miró a su hermana con curiosidad. — ¿Cómo exactamente uno se convierte en un vampiro?

La mirada de Raven parpadeó hacia William, quien estaba entablando una intensa conversación con los demás.

—Me lo explicó una vez. La magia oscura está involucrada, pero es como la transformación.

—Santo cielo. Como si alguien pudiera entender eso. Cara se dejó caer de espaldas debajo de un árbol. —¿Dices que tu novio es el que secuestró a David?

—Sí, ya lo expliqué. Cara, necesitas escucharme. YO-

—¿Por qué le importaría David?

Raven se movió más cerca, bajando la voz para que los soldados no escucharan. —El me ama. Le dije lo que le pasó a mi pierna, y él estaba enojado. Dijo que me haría justicia. Las cejas de Cara se dispararon. —¿Es un vigilante o algo así?

—Algo así. Raven se frotó la frente distraídamente. —¿No oíste lo que le pasó a David? Mamá dijo que fue noticia en Miami.

—¿Hablaste con mamá?

—Estaba preocupada por tí. No estabas contestando el teléfono fijo en tu casa, así que llamé a mamá. Ella dijo que fue noticia el arresto de David en California.

—No lo recuerdo. Cara cerró los ojos por unos segundos. —Debe ser la falta de sueño. Y tengo un terrible dolor de cabeza.

Raven tocó la cara de su hermana, alisando el cabello de su frente. Sabía que la pérdida de memoria de Cara estaba relacionada con la ingesta de la sangre de Aoibhe. Pero ella no tenía el corazón para decirle.

Ella cambió el tema. —Quería que tomaras la decisión sobre qué hacer con David. Después de luchar, le dije a William que enviara a David de vuelta a California. Fue arrestado y condujo a la policía a una red de pedófilos.

—¿Volver a California? Cara rodó a su lado. —Entonces David estaba aquí? ¿En Italia?
—Sí.

—Eso debe haberlo asustado. Cara hizo una pausa, pasando su mano por la hierba.

—Si hubiera pedido un resultado distinto, ¿qué hubieras hecho?

—Te lo habría dado.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa, Raven habló sin vacilar.

—¿Por qué?

—Porque te quiero. Porque eres mi hermana.

Las palabras flotaban en el aire entre ellas.

Por fin, Cara rompió el silencio. —Me pregunto si me hubiera comportado de la misma manera, si fuera la hermana mayor.

—Por supuesto.

—No, *por supuesto*. Cara volteó su largo cabello rubio detrás de su hombro. —La mayoría de la gente solo se preocupa por ellos mismos. Siempre te has preocupado por los demás.

Raven evitó sus ojos.

Cara continuó. —Siempre he sabido que si tuviera problemas, me ayudarías. Además de Dan, eres la única persona en la que confío.

—Gracias. La voz de Raven se quebró, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No llores, cariño. Cara sonrió y tocó la cara de su hermana. —Lamento haberte lanzado. Dan lo siente, también. Es por eso que hemos venido a verte. No entiendo por qué tu novio vampiro no nos deja volver a Florencia para ayudar a Dan.

—Eso es lo que he intentado decirte. William tenía noticias.

Cara se sentó. —¿De Dan? ¿El está bien?

—Fue gravemente herido.

—Lo sé. Cara quitó el polvo de la ropa. —Es por eso que necesito llegar a él.

—Cara, las heridas de Dan fueron realmente severas. Cuando llegó la ambulancia,

intentaron reanimarlo y-

Cara interrumpió. —¿Quién dijo?

—William. Eso es lo que me estaba diciendo en italiano, en Perugia. Lo siento tanto.

Raven negó con la cabeza.

—No. Cara se puso de pie, colocando sus manos en sus caderas. —Debe ser un error.

—Ojalá lo fuera. Una lágrima cayó sobre la mejilla de Raven.

Antes de que Raven pudiera levantarse del suelo, William estaba a su lado. —¿Cassita?

—No lo conoce. Cara se giró hacia William. —No sabes cómo se ve él. Podrías estar equivocado.

William le tendió la mano a Raven y la ayudó a levantarse. —Nunca lo conocí, pero mis fuentes son confiables. Su cuerpo fue encontrado en el edificio de apartamentos de Raven.

—No lo creo. Hubiera sentido algo. Lo habría sabido. Cara miró a su alrededor salvajemente.

—Tenemos que regresar. Nadie lo conoce allí. Probablemente esté en el hospital, inconsciente.

—Cara, escúchame. Raven intentó abrazar a su hermana, pero la apartó.

—Tenemos que regresar. Cara agarró el brazo de William. —¡Tenemos que irnos ahora! Raven inhaló ruidosamente al ver a su hermana agarrando al Príncipe de Florencia. William simplemente inclinó su cabeza para mirar la mano de Cara, envolviendo su bíceps. Su expresión era ilegible.

—Cara, vamos, susurró Raven.

—Está afligida. William hablaba italiano, y sus ojos buscaron los de Raven. —¿Voy a tener que usar control mental?

—Ya pasó suficiente, replicó Raven, también en italiano.

—Si ella se pone histérica, no tendré otra opción.

Cara tiró del brazo de William. —Quiero volver a Florencia. Quiero ver a mi prometido. Por favor.

William la miró por un largo momento. Su expresión se suavizó. —Estás en lo correcto; No vi el cuerpo. Y, por supuesto, no estabas allí para identificarlo.

—¿Ves? Cara liberó el brazo de William y le dio a su hermana una mirada esperanzada.

—Es identidad equivocada.

—Puedo llevarte a tu sacerdote en Roma, ofreció William. —Puede ponerse en contacto con la policía de Florencia y hacer averiguaciones. Está muy lejos para viajar a Florencia

esta noche. Otros de mi especie podrían atacarnos, y hay cazadores a los que no les gustaría nada más que matarnos a todos, incluidos usted y su hermana.

Las cejas de Cara se arrugaron. —¿Italia es realmente tan peligrosa?

El Príncipe ignoró su pregunta. —Nuestro mejor curso de acción para usted y su prometido es partir de inmediato a Roma.

—William, la voz de Raven era una súplica.

—Déjala tener su negación, respondió en italiano. —La verdad la confrontará pronto.

Cara volvió a sacudirse el polvo de los pantalones vaqueros. —Cuanto antes lleguemos a Roma, antes podremos ver al padre Kavanaugh y regresar a Florencia. Vamonos.

Raven le dio la espalda a su hermana, secándose furiosamente otra lágrima.

—Cassita. William colocó sus labios en su mejilla. —Confía en mí para tratar a tu hermana con cuidado.

Ella asintió con la cabeza, sofocando un resoplido.

William levantó la voz para dirigirse al destacamento. —Partimos hacia Roma. Desde ahora hasta que regresemos a Florencia, suponga que todas sus palabras serán escuchadas por nuestros enemigos. No digas nada que comprometa nuestro propósito.

Sus ojos se fijaron en las mujeres mientras cambiaba al inglés. —Eso te incluye a ti también. No digas nada de tu sacerdote. No digas nada de tu prometido.

Levantó a Raven angustiado en sus brazos y condujo el destacamento hacia Roma.

CAPITULO 19

—HEMOS LLEGADO. El Príncipe detuvo el destacamento a las afueras de la ciudad.

—Cassita, dijo suavemente.

Raven se despertó y él la puso de pie.

Borek depositó a Cara junto a ella, y las dos mujeres se apoyaron una en la otra, parpadeando para dormir.

Cara entrecerró los ojos ante las luces de la ciudad, visibles a lo lejos. —No estamos en el Vaticano.

Raven la hizo callar. —Tenemos que hacer una parada primero.

—¿Una parada? Cara miró a su alrededor. —¿Por qué?

—*Silencio*. El tono de William fue un susurro dominante.

—¿Le gustaría que actúe como mensajero, mi Señor? Borek hizo una reverencia.

El Príncipe volvió su rostro a favor del viento. —Ellos saben que estamos aquí. Nos han estado siguiendo las últimas siete millas.

—¿Por qué no estamos en el Vaticano? Cara se acercó a William con dos pasos rápidos.

—Pensé que íbamos a ver al padre Kavanaugh.

El Príncipe envolvió su mano alrededor de su cuello, obligándola a mirarlo. —Silencio.

Permanecerás en silencio hasta que te dé permiso para hablar. Soy tu amo ahora.

Los ojos de Cara se volvieron vidriosos, y ella cerró la boca.

—¡No!, Gritó Raven, cojeando hacia su hermana.

Como si fuera el momento, una compañía armada de soldados se materializó desde la dirección que el Príncipe enfrentaba. Rodearon completamente a los florentinos.

El Príncipe liberó a Cara y la colocó a ella y a Raven detrás de él.

Raven metió a su hermana en un costado y le murmuró algo reconfortante al oído. Pero antes de que ella pudiera exigir que William liberara el control mental, el líder de la compañía de soldados dio un paso adelante, con la espada desenvainada.

—Esta es la frontera del principado de Roma. Estás allanando.

El Príncipe arqueó una ceja.

Raven notó un ligero cambio en la expresión del líder cuando William no respondió.

El líder lo examinó con los ojos entornados.

—Como estamos fuera del límite del principado, no estamos traspasando. La mirada del Príncipe se movió hacia una línea invisible que estaba a su derecha.

—Indique su negocio, espetó el líder, blandiendo su arma.

El Príncipe retumbó, en lo profundo de su pecho. —Soy el Príncipe de Florencia.

El líder frunció el ceño más profundo.

El Príncipe levantó su brazo para mostrar el anillo de sello que llevaba en su mano derecha.

—Perdón, alteza. El líder inclinó levemente la cabeza. —No tuvimos aviso de su llegada.

—Desafortunadamente, parece que mis correos fueron asesinados antes de que llegaran. Cazadores.

—Estoy acompañado por mi guardia personal, junto con dos mascotas. Estoy aquí para hablar con el teniente Catón sobre asuntos urgentes. El Príncipe hizo un gesto hacia el líder. —¿Y usted es?

—Capitán Gaius. Su mirada pasó de florentina a florentina, como si midiera su amenaza.

—Es casi el amanecer. El teniente Cato no recibirá huéspedes a esta hora.

—Entonces tendremos que esperar hasta una hora más razonable, dentro del palacio.

Gaius escaneó el destacamento una vez más. —No puedo acompañarle al palacio sin la aprobación del teniente.

El Príncipe parecía irritado. —Entonces me acompañaré a mí mismo. Si tienes la edad suficiente para ser el capitán de una compañía, Gaius, eres lo suficientemente mayor como para saber de mi lealtad. Envié un emisario para hablar con el teniente solo recientemente. Ahora he decidido hablar con él yo mismo.

—No quise faltarle el respeto, alteza, pero debo obedecer las órdenes.

—La ubicación del palacio romano no es un secreto para mí. Acérquese al Forum y permítanos esperar mientras asegura la aprobación. Pero ten en cuenta que no me atraparán al aire libre después de la salida del sol. El tono del Príncipe era una advertencia.

Gaius dudó.

Se volvió y le ladró una orden a uno de sus soldados, que despegó a gran velocidad.

Gaius devolvió su espada en su vaina. —Le acompañaremos al Forum, su alteza, mientras mi mensajero envía un mensaje al teniente. Pero su destacamento debe desarmarse.

—No.

El líder miró a los ojos del príncipe, y sus propios ojos se desenfocaron.

Rompió el contacto visual bruscamente y giró sobre sus talones. —Por aquí.

—Trucos mentales Jedi, murmuró Raven mientras los soldados romanos comenzaban a

marchar hacia la ciudad.

—Mirar atentos, susurró el Príncipe a sus soldados mientras seguían a los romanos.

—Mantengan sus armas, pero sean discreto.

Raven pensó en discutir con William sobre lo que acababa de hacerle a Cara, pero decidió esperar.

Estaban en una posición precaria, una que no empeoraría llamando la atención sobre sí misma.

William hizo un gesto a Borek para que la llevara, mientras que uno de los otros soldados llevaba a su hermana.

Cuando el checo la levantó por encima del hombro y caminó tras la partida del Príncipe, Raven no pudo evitar sentirse castigada.

Cara no había emitido ningún sonido desde que el Príncipe la había silenciado.

La guardia romana los condujo por una ruta tortuosa a través de la ciudad. Finalmente, llegaron al Forum, deteniéndose bajo el arco de Septimio Severo.

Cayo se dirigió al Príncipe. —Esperaremos noticias del teniente aquí. Si el teniente tarda, hay un escondite cerca.

El príncipe miró por encima del hombro del capitán a la colina del Palatino. Él asintió con la cabeza imperialmente.

La salida del sol se acercaba rápidamente, y el paisaje estaba cambiando. Nadie correría el riesgo de ser destruido por los rayos del sol.

Afortunadamente, el correo del capitán regresó rápidamente.

Susurró unas palabras al oído del capitán y se apartó.

El capitán hizo una reverencia. —El teniente Cato da la bienvenida al Príncipe de Florencia y le ofrece saludos y hospitalidad. Le acompañaremos al palacio. Pero las mascotas deben tener los ojos vendados.

El capitán hizo un gesto al mensajero, que extendió dos largos de seda roja.

El príncipe asintió con la cabeza a Borek, que recuperó la seda y rápidamente vendó los ojos a Cara y Raven.

Raven cambió su venda de los ojos discretamente, con la esperanza de echar un vistazo a su destino.

—Cuidado, Borek gruñó en su oído. —Te matarás a ti misma.

Ella dejó caer su mano. Aun así, si ella colocaba su cabeza en un ángulo particular y miraba hacia abajo, podía ver lo que había debajo de ella.

—¡Adelante, marchen! El capitán guió al grupo por la Vía Sacra y por el Forum Romano.

Los vampiros, como siempre, se movieron a un ritmo inhumano, incluso sobre un terreno irregular. El viaje en el hombro de Borek fue increíblemente desigual. Raven se agarró la camisa, aterrorizada de que la dejara caer.

En breve, se detuvieron en la base de la colina del Palatino.

El capitán los condujo a un pasaje oscuro que había sido tallado en la propia colina. El aroma de la tierra húmeda llenó las fosas nasales de Raven.

Un fuerte ruido de raspado, como el sonido de hierro contra hierro, retumbó y resonó.

Raven oyó el gemido de lo que sonaba como bisagras metálicas y el silbido bajo de algo que se movía en el aire.

El destacamento avanzó, marchando y girando a través de un laberinto de pasadizos apenas iluminado con antorchas.

Raven contuvo la respiración cuando la palpable sensación de peligro presionó desde todos lados.

CAPITULO 20

RAVEN HABIA SENTIDO MIEDO ANTES. Había tenido miedo de su padrastro cuando era joven, tenía miedo a la oscuridad cuando vivía en hogares de acogidas, y cuando entró en el mundo del Príncipe tenía miedo. No le gustaba estar en el subterráneo de Florencia. No le gustaba tener los ojos vendados.

Pero en el inframundo de Roma, algo aún más siniestro flotaba en el aire. Los tentáculos helados de miedo se arrastraron sobre su piel, a pesar de estar suspendidas en el hombro de Borek, rodeados por el resto del destacamento.

La música resonaba, como si de un club de baile distante, la línea de abajo sacudiendo el cuerpo de Raven. Se encontró aferrada a la camisa de Borek en medio del implacable ritmo implacable.

La música se hizo más débil a medida que marchaban. Gritos y risas ásperas explotaron desde lugares desconocidos, junto con gritos orgiásticos. Sollozando y gimiendo se podía escuchar, ahora cerca, ahora lejos, haciendo que los sentidos de Raven se confundieran. Si hubiera un infierno, sonaría así, pensó.

Presionó una oreja contra el cuerpo de Borek y cubrió la otra con su mano, tratando de bloquear la cacofonía.

—Tranquilízate, siseó. —Todos pueden oler tu miedo.

—¿Dónde está mi hermana?. Intentó echar un vistazo al soldado que sostenía a Cara.

La mano grande de Borek se flexionó sobre la parte posterior de sus piernas, un movimiento calculado para silenciarla.

—Ella está frente a mí, susurró.

Raven dejó de luchar, pero su corazón latió a un ritmo furioso. ¿Qué pasaría si estuvieran separados del grupo? ¿Qué pasa si uno de los romanos decide tomar a Cara?

Ella no podía respirar. El pánico siguió mientras ella jadeaba por aire.

Algo frío tocó su mano.

Raven retiró bruscamente la mano, pero la frialdad siguió; una mano cubrió suavemente la de ella. Un pulgar acarició su palma.

William.

Ella no podía verlo, pero podía sentirlo. Una medida de calma la invadió. William se interpondría entre ella y la oscuridad. Siempre.

Ella movió su mano, buscando sus dedos. Ella deseó poder hablar con él. Ella deseaba

poder rogarle que la sacara de este lugar terrible. Pero él estaba en una misión, y la protección de los romanos debe valer la pena correr el riesgo de descender a lo que parecía una perdición.

William trazó un patrón en su palma y se retiró. Raven se concentró en el recuerdo de sus dedos y respiró profundamente, deseando que el latido de su corazón disminuyera. El destacamento de florentinos subió una escalera que parecía girar en espiral en un círculo interminable.

La música se apagó a un ruido sordo, como si estuviera muy por debajo de ellos.

Finalmente, se detuvieron.

Raven movió su cabeza y pudo discernir que estaban reunidos en un pasillo angosto, iluminado por antorchas.

El capitán Gaius anunció que debían esperar dentro de las habitaciones provistas hasta que el teniente Cato enviara a buscar al príncipe. El capitán no dio ninguna indicación de cuánto tiempo podría ser eso.

El Príncipe tuvo un breve intercambio con el capitán, que era estudiosamente formal. Raven sabía por el tono de William que estaba enojado por haber sido retrasado. Pero finalmente accedió a las instrucciones del capitán.

Los florentinos fueron conducidos a través de una puerta, y la escolta romana se retiró. Oyó el sonido de una puerta cerrándose.

William deshizo la venda de los ojos de Raven, apuntando a ella y a su hermana hacia una sala de estar profusamente decorada. Se quedó con los soldados, que se enclaustraron en el espacio contiguo.

—Ustedes están confinadas a estas habitaciones hasta que ordene lo contrario.

Comandante Borek, le dejo a cargo.

—Me encargaré de que te entreguen botellas de sangre para que te alimentes.

El Príncipe cruzó a la sala de estar y cerró la puerta entre los dos espacios, encerrándose con las mujeres.

—Suéltala. El brazo de Raven estaba alrededor del hombro de su hermana, mientras que Cara miraba sin ver al espacio.

—No.

—William. La voz de Raven se convirtió en enojo.

—¿Recuerdas cómo te sentiste caminando por los pasillos del palacio? Los ojos grises de William lo sabían.

—Estabas en lo correcto al tener miedo. Aunque el romano es mi aliado, como todos los

vampiros, es caprichoso y no es de fiar. Estamos rodeados de enemigos potenciales. La palabra más pequeña y no cauta de los labios de tu hermana podría significar la muerte de todos nosotros.

Los ojos verdes de Raven se agrandaron. —Pero- pero el romano nunca te mataría.

—Incluso yo he ejecutado aliados.

Antes de que Raven pudiera responder, hizo un gesto hacia los sofás gemelos que estaban en el centro de la habitación.

—Descansa. Ordenaré que te envíe comida y bebida. Pero no salgas de esta habitación.

Hizo una pausa, sus ojos se movieron sobre su rostro. —Podemos estar aquí por un tiempo.

CAPITULO 21

EL PRÍNCIPE ESTABA EN UNA MISIÓN.

Incluso ahora, la Curia podría estar asaltando su ciudad. Ibarra y Aoibhe probablemente se estaban confabulando en su contra.

De hecho, podrían haber usurpado su trono en las horas que estuvo ausente.

No tenía tiempo de esperar hasta que el teniente se cansara de sus actividades actuales y decidiera concederle una audiencia.

El Príncipe hizo arreglos para que sus soldados fueran alimentados y para que la comida humana fuera entregada a Raven y su hermana. Insistió en que se le permitiera esperar afuera de la sala de audiencias del teniente Cato hasta que el teniente aceptara verlo.

El capitán Gaius había ordenado al príncipe que regresara a su alojamiento, pero William simplemente utilizó una forma leve de control mental sobre el capitán, y él cedió.

El Príncipe se sorprendió de que un capitán de la guardia romana fuera tan susceptible a la influencia de un anciano. Se aseguró de mantener su control mental sutil, para no llamar la atención.

Ahora esperaba a Cato, su cuerpo y su mente inquietos.

Había olvidado cómo era la vida en el palacio romano, pero le recordaron a los ciudadanos que usaban la antecámara como su guarida de placer. Los Vampiros entraban y salían de la habitación, fornicando y alimentándose de los seres humanos y de los demás.

Los sensibles oídos de William palpitaban con la música que emanaba de la gran sala central en la planta baja del palacio.

De vez en cuando, los ojos de un ciudadano se desviarían hacia los de William, y él o ella lo llamarían.

William simplemente negó con la cabeza, demasiado disgustado para intercambiar palabras.

Eventualmente, Gaius alejó a los juguistas y les ordenó continuar su orgía en otro lado. El Príncipe cerró los ojos aliviado.

Mucha tinta se había derramado sobre la decadencia de la antigua Roma. Pero la decadencia de la Roma vampírica era seguramente un rival. Cómo anhelaba el orden y la dignidad de Florencia. Cuánto anhelaba retirarse a su villa y sostener a Raven en sus brazos, borrando la cruda depravación de sus hermanos.

Estos pensamientos lo atormentaron cuando el teniente lo mantuvo esperando, minuto tras minuto y hora tras hora.

El desaire fue intencional. Sin embargo, el Príncipe fue lo suficientemente astuto como para ocultar su ira. Cuando finalmente lo escoltaron a la sala de audiencias, justo antes del atardecer, se obligó a saludar al teniente con deferente respeto.

Cato era un italiano y al menos dos siglos de convertirse en alguien viejo. Sin embargo, se vistió como el mismo romano, en la toga imperial de color púrpura de la antigua Roma.

El Príncipe estaba sorprendido. Solo el propio romano vestía morado, mientras que a su teniente usualmente se le restringía el uso de blanco.

William entrecerró los ojos mientras tomaba la medida de Cato.

—Bienvenido, su alteza. El teniente inclinó la cabeza desde su posición en el trono. —Me disculpo por el retraso. Si hubiéramos tenido un aviso previo de su llegada, habría organizado una bienvenida más adecuada.

—Gracias, teniente. El Príncipe inclinó la cabeza de manera superficial. —La hospitalidad de Roma siempre es adecuada. Florencia está en grave riesgo, por lo que llegué sin previo aviso.

—Escuché sobre el intento de golpe. El teniente miró al Príncipe apreciativamente.

—Parece que has sobrevivido.

El Príncipe se puso alto. —He venido a ver a los romanos.

—Me temo que el rey no está recibiendo visitas.

El príncipe frunció el ceño. —Es una cuestión de cierta importancia.

El teniente le ofreció una sonrisa indulgente. —El romano me ha delegado asuntos de estado. Percibo que lo sabes desde que fui visitado por tu propio teniente hace algún tiempo. Quizás si me comunicaras tus preocupaciones, podría ser de ayuda.

—Hay un problema con la Curia.

La mirada del teniente se agudizó. —¿Qué problema?

—Un problema tan grande que he venido a solicitar la guía de los romanos.

—Como dije, el romano me ha delegado asuntos de estado. Si necesita orientación, la ofreceré. En consulta con el rey, por supuesto.

El Príncipe hizo una pausa, luchando por mantener su temperamento. —Su sabiduría no está en duda, teniente. Pero el romano y yo nos conocemos personalmente. Vengo no solo como un súbdito sino como un amigo.

Cato tocó el borde dorado de su toga. —El romano no tiene amigos.

—Parece que no me conoces, Cato, pero te conozco. Sé que viniste de Pisa en el siglo dieciséis. Sé que has sido un leal súbdito de los romanos, y a cambio, fuiste elevado a teniente.

—Pero tu no eres viejo. Por lo tanto, puedes disculparte por no saber que mi amistad con los romanos comenzó siglos antes de que nacieras.

El teniente le dirigió una larga mirada al príncipe, con los ojos pequeños y la cara apretada.

El Príncipe hizo un gesto hacia la puerta. —¿Tal vez si consultas a uno de los antiguos de Roma, él o ella podría corroborar mi conexión?

El teniente sofocó una sonrisa. —Ven, déjame ofrecerte un refresco. Indicó al Príncipe que se sentara en una silla cercana y comenzó a verter sangre en dos ornamentados cálices de plata que descansaban sobre una mesa auxiliar.

Los vampiros se saludaron y bebieron.

—Sé más de ti de lo que podrías pensar, Florentino. La expresión de Cato se volvió acusatoria. —Dices ser un amigo de los romanos, pero no has visitado la ciudad en mi memoria.

El Príncipe sostuvo el cáliz libremente. —Eso es cierto, pero nuestra conexión es de naturaleza única.

Cato se inclinó hacia delante, su voz adoptó un tono lujurioso. —No me di cuenta de que tu relación con el romano era íntima.

William apretó los labios. Tenía solo unos segundos para decidir si iba a corregir la caracterización de Cato. Pero reflexionado, se dio cuenta de que podría ofrecer una ventaja. —Podría describirse así.

—Interesante, murmuró el teniente, sentándose en su trono. Parecía mirar al Príncipe con nuevos ojos.

—Repito, ¿quizás uno de los antiguos de Roma podría corroborar mi conexión?

—Soy el mayor, junto a nuestro rey. El teniente se preparó.

El Príncipe escondió su sorpresa. Debería haber al menos tres ancianos todavía en residencia en el principado de Roma, además del rey. No había oído noticias de su partida ni de ninguna jugada sucia que les hubiera sucedido.

Algo muy extraño estaba pasando.

Él enseñó sus características cuidadosamente. —Está claro que el Reino de Italia está en buenas manos. Pero mi problema con la Curia es urgente. Debo buscar el consejo de Romano.

—Ya que eres un anciano, sabes que el romano no ha tenido tratos con la Curia desde que se firmó el tratado. Persiguen sus objetivos, y nosotros perseguimos los nuestros.

—Como debería ser. Pero Florence está siendo amenazada. Sería una locura para mí entrar en un nuevo tratado sin el consejo del Romano.

Cato levantó la cabeza. —"¿Florenxia entró en su propio tratado con la Curia? Eso sería imprudente.

El Príncipe devolvió el cáliz sobre la mesa. —Por eso necesito el consejo del Romano.

—Tenga la seguridad de que transmitiré sus preocupaciones al Romano personalmente. Ahora si me disculpan. El teniente continuó bebiendo de su cáliz.

El Príncipe se puso de pie. —El asunto con la Curia es de cierta urgencia. Debo hablar con el romano hoy.

—Y como dije, el teniente bajó la voz, —transmitiré sus preocupaciones. Eso es todo.

Los brazos del Príncipe se movieron a los lados, y sus manos se curvaron en puños.

Era más poderoso que el teniente y podía matarlo fácilmente, pero solo con gran peligro para su misión y para las mujeres que descansaban inconscientemente en las habitaciones de invitados.

El Príncipe cerró los ojos, sus fosas nasales llameando como las de un dragón.

Él abrió los ojos. —Estás perdiendo un tiempo precioso.

—Creo que debería ser yo quien haga ese reclamo, ya que he ofrecido mi asistencia repetidas veces, solo para ser rechazado.

—Dada mi correspondencia más reciente con el rey, creo que él agradecería mi presencia.

—¿Correspondencia? El teniente se rió. —El romano no se ha comprometido en ninguna correspondencia reciente.

Ahora el Príncipe sonrió. Lo hizo lentamente y con un brillo peligroso y sabio en el ojo. Un destello que el teniente no podía pasar por alto.

—Quizás usted no vió el anexo del mensaje del rey que recibí recientemente. ¿Recuerdas ese mensaje, teniente Cato?

El Príncipe esperó por un reconocimiento, jugando con su enemigo antes de bajar la soga.

—¿Qué ocurre? El teniente lo miró con mal humor.

—El mensaje fue entregado por mano a Lorenzo, mi lugarteniente, después de un conflicto entre Florence y Venecia. El Príncipe sacó un papel doblado de su bolsillo.

Lo sostuvo, como un niño cuelga un hueso delante de un perro.

Cato colocó el cáliz sobre la mesa. —El rey no participa en la correspondencia. Esa carta es una falsificación.

—Ah, pero no es una carta del rey. La carta es de usted, de su propia mano. Apenas puedes negarlo. El Príncipe lo empujó. —Es el apéndice en la parte inferior por la cual debería estar preocupado.

Cato se levantó de su trono y arrebató el papel de la mano del Príncipe. Lo desplegó rápidamente. Cuando su mirada se posó en el breve mensaje al pie de la página, sus ojos se agrandaron.

Le devolvió la carta al Príncipe con el ceño fruncido. —No sabía que el romano había visto esa carta.

El príncipe dobló el papel cuidadosamente y lo volvió a guardar en su bolsillo.

Cato comenzó a tamborilear con los dedos contra el reposabrazos de su trono. —No sabía que eras su hijo.

—Soy el hijo del Romano y, como habrás leído, soy amado por mi padre. Quiero verlo.

Las manos del teniente se pusieron de rodillas. Sus nudillos se blanquearon. —No puedo prometer una audiencia. La decisión depende del rey.

—Solo envíale un mensaje al rey, que su hijo está aquí. Regresaré a las habitaciones que generosamente proporcionaste y esperaré su respuesta.

Cato frunció el ceño, ajustando su toga púrpura una vez más. —Es posible que el rey rechace tu solicitud.

—No, no lo hará, retumbó la voz del Príncipe. —Y Cato, si es realmente sabio, verá que tenga mi audiencia.

—¿Y si por alguna razón el rey se niega?

El Príncipe inclinó su cabeza, sus ojos amenazantes. —El rey no se negará a mi. Lo sé. Usted, teniente Cato, es un asunto diferente. Pero debes saber ahora que sería una locura oponerse a mí.

—Alguien ha interceptado su misiva y se la entregó al romano antes de entregársela a mi teniente.

—No te diste cuenta de este hecho hasta que leíste sus palabras. Quizás el romano no tenga tanta confianza en ti como crees.

Cato farfulló algo en señal de protesta.

El Príncipe lo interrumpió. —No tengo ninguna disputa contigo, al menos no todavía. Mi preocupación es por Florencia.

—Una vez que mi audiencia concluya, regresaré a mi ciudad, y tendrás que lidiar con un

palacio lleno de espías romanos. Pero si no tengo mi audiencia hoy, tú y yo tendremos una conversación muy diferente.

El Príncipe le dio al teniente una mirada dura antes de retirarse, dejando a Cato sentado inquieto en su trono robado.

CAPITULO 22

QUIZÁS FUE CATO. Quizás fue el romano. El Príncipe estaba esperando por alguien hasta después de la puesta del sol. Solo entonces apareció Gayo, anunciando que el rey, en su infinita beneficencia, había concedido al Príncipe una audiencia privada.

El Príncipe siguió al capitán a la sala del trono ocupada por el teniente, que se había cambiado sus hábitos imperiales por una toga blanca. Cato se unió a Gaius y al Príncipe mientras se aventuraban a través de una serie de pasajes hasta que llegaron a una inmensa puerta de metal, que estaba flanqueada por dos grupos de guardias pretorianos, empuñando lanzas.

—El Príncipe de Florencia, para ver a su excelencia. Cato asintió con la cabeza en dirección a William.

Uno de los guardias abrió la puerta mientras otro escoltaba a Cato, Cayo y el Príncipe adentro.

La sala del trono del Romano era más pequeña que la habitación ocupada por Cato, pero mucho más elaborada. El piso estaba cubierto con mosaicos, y las paredes y el techo estaban decorados con elaborados frescos. Los frescos parecían representar la Roma antigua, poblada como estaban por hombres en togas y arquitectura clásica. Pero en una inspección más cercana, cada escena incluía a la misma figura hermosa y morena, vestida de púrpura imperial.

Muchas de las imágenes elogiaron sus hazañas y su gusto por hombres jóvenes y hermosos. La transformación de William apareció en uno de los paneles a la derecha de la puerta, con su imagen vestida con las túnicas de un dominico.

El Príncipe lo miró y miró a otra parte.

—El Príncipe de Florencia, su excelencia. Cato se dirigió al romano en latín, inclinándose profundamente.

La habitación en sí misma estaba completamente oscura, con la excepción de dos pilares de llamas que flanqueaban una pequeña escalera de oro que ascendía a un trono adornado.

La figura que estaba sentada en el trono estaba vestida de púrpura, con la cabeza adornada con hojas de laurel dorado. Tenía los ojos cerrados y se quedó completamente quieto, como una estatua.

—Puede retirarse. La voz del romano era baja, su acento antiguo.

Cato hizo una reverencia. —Si puedo, su excelencia, creo que-

—Ahora. La voz del romano se hizo más profunda, pero aún así, no abrió los ojos.

Cato se escabulló hacia la puerta, todavía de cara al trono, y salió con Gaius.

El romano apuntó con un dedo pálido a los pretorianos, quienes levantaron sus lanzas en señal de saludo y partieron por la puerta, cerrándola detrás de ellos.

William se arrodilló ante el trono. Fue solo entonces que el romano abrió los ojos.

En apariencia, era guapo, con cabello oscuro recortado cerca de su cabeza y ojos oscuros y ardientes. Su nariz era larga y prominente, sus pómulos altos, su mandíbula cuadrada.

Si uno no hubiera sabido que era un vampiro, uno podría haber marcado su edad alrededor de los treinta.

—Mi hijo. El romano se ajustó la toga para desnudar su brazo derecho.

William subió los escalones hacia el trono. Los dos vampiros se abrazaron.

El romano levantó la barbilla de William y lo besó.

—Padre, susurró William.

El romano liberó su brazo. —No te estaba esperando.

—Me disculpo. William bajó los escalones para pararse entre las columnas de fuego.

—Debería haber enviado un mensaje de mi visita.

—El aviso no es obligatorio. No por ti. El romano lo miró astutamente. —Pero percibo que esta no es una visita familiar.

—Me temo que no. Mi visita concierne a la Curia. William retiró una copia de la carta que el padre Kavanaugh le había escrito. Lo ofreció.

El romano lo hizo a un lado. —Dime.

—Durante algún tiempo, la Curia estuvo observando a Florencia. Ahora me amenazan y me han ordenado que entregue a mi mascota.

Las cejas del romano se levantaron. —¿La Curia está preocupada por una mascota? ¿Qué locura es esta?

—La mascota en cuestión es hija de uno de los sacerdotes.

El romano se rió entre dientes. —Ah, sí. La Iglesia ensalza la virtud de la castidad, pero detrás de sus paredes no existe tal práctica. Entonces has tomado a la hija de un sacerdote. Esto no tiene precedentes.

William desvió la mirada y dobló la carta con cuidado, colocándola dentro de su bolsillo.

—Siempre es un placer estar en tu compañía, padre. Me he mantenido alejado demasiado tiempo. Pero estás en lo cierto. Hay más.

—Procede.

William aclaró la garganta. —La mascota es un pretexto. Creo que la Curia desea debilitar su autoridad, y para hacerlo, han apuntado a Florencia.

El romano levantó sus brazos. —La Curia ha deseado debilitar mi autoridad por siglos. Sin embargo, aquí me siento. La solución a su problema es clara: elimine el pretexto y afiance su posición.

William bajó la mirada. —Si padre. Pero si la Curia tiene éxito en este asunto, ¿qué es lo que les impide demandas adicionales? ¿O un ataque no provocado?

El romano miró el anillo de sello de oro de Roma, que llevaba en su mano derecha. —Me cansé de pequeñas disputas hace años. Es por eso que mi teniente supervisa estos asuntos.

—Me disculpo, padre. William intentó con todas sus fuerzas no expresar su agitación.

—Pero creo que la táctica de la Curia es hacer un ejemplo de Florencia, para hacer que los demás principados italianos se pongan de pie. Si pueden transformar a Florencia en Praga, sin su intervención, ¿qué impedirá que diezmen a los demás principados?

—Nuestro enemigo aún tiene que moverse contra una ciudad italiana desde que firmamos el tratado.

William hizo contacto visual con su creador. —No dejemos que Florencia sea la primera.

—¿Cuál es tu recomendación?

—Me estoy acercando a mis últimos siglos. Padre, te pido que me permitas servir mis últimos años como Príncipe de Florencia y que nos defiendas contra la Curia.

Los ojos del romano buscaron a William.

—¿Estás preguntando como el Príncipe de Florencia? ¿O como mi hijo?

Los dedos de William se cerraron en puños. —Tu hijo, si es necesario.

El romano frunció el ceño. —No te he visto por un tiempo. Ahora apareces, mendigando favores.

—Perdón, su excelencia. No quiero faltarle el respeto. William pareció arrepentido. — Florencia es una joya y una que codician muchos de mis vecinos. He viajado poco durante mi tiempo como príncipe.

El romano parpadeó. —Eres uno de mis favoritos; es verdad. Como dices, Florencia es una joya. ¿Estás seguro de que tienes poco tiempo?

—Me hiciste en 1274. Se acerca mis mil años.

El romano tarareó. —Los siglos llegan, los siglos pasan. Cuando uno tiene para siempre, la marca del tiempo parece inmaterial. Como he escapado de la maldición y tú eres mi primavera, ¿quizás también escaparás de la maldición?

William negó con la cabeza tristemente. —Eres la gran excepción, padre.

El romano volvió a tararear, frunció el ceño.

Por fin, su expresión se iluminó. —Había olvidado cuánto disfruto tu compañía.

—Como yo disfruto el tuyo. William hizo una reverencia.

—¿De qué estábamos discutiendo?

William frunció el ceño. —Estábamos discutiendo sobre la Curia.

—¿Qué hay de la Curia?

—La Curia está buscando una ocasión para atacar a Florencia, padre. Están demandando a mi mascota.

—Una demanda ridícula. El romano sonrió. —Prométeme que visitarás a tu padre más de una vez cada pocos siglos.

—Lo prometo, prometió el Príncipe rápidamente.

—Bien. No veo ninguna razón para que aceptes las órdenes de la Curia. Eres un príncipe y bajo mi autoridad. Puede rechazar la solicitud de su mascota, pero hágalo con prudencia. No hay necesidad de antagonizarlos innecesariamente. El romano expuso sus dientes. —Admito que me has dejado curioso. Dime, ¿es hermosa tu mascota? Me gustaría verla.

En un instante descuidado, los ojos de William se agrandaron. Bajó la vista hacia las piedras a sus pies. —Te sirvo, padre. Por supuesto que podría traerte mi mascota. Pero dudo que la encuentres atractiva.

—¿Ella? Ah, sí. Lo olvidé. El romano examinó la cabeza inclinada de William. —Supongo que tienes una afición para eso.

—La he tenido por poco tiempo.

—Me pregunto. El romano ajustó el anillo de sello en su mano. —Te he dado larga vida, poder, riqueza y la joya que es Florencia. Y nunca he pedido nada a cambio, excepto por lealtad. Usted es leal a mí, ¿verdad?

William levantó su mirada. —Sin duda.

—¿Y tú me sirves en todas las cosas?

—Todas las cosas, su excelencia.

El romano se inclinó hacia adelante en su trono. —Entonces dame tu mascota.

Las palabras en latín se hicieron eco en la sala del trono.

La habitación quedó en silencio.

A pesar de sus mejores esfuerzos, el corazón de William latía irregularmente.

—En comparación con todo lo que te he dado, la solicitud de tu mascota es muy

pequeña. Las fosas nasales del romano se encendieron, pero su cuerpo permaneció inmóvil.

—Sí, padre. William ocultó su rostro haciendo una reverencia.

—Excelente. El romano se reclinó en su silla. —Cato me dice que tu mascota está aquí, en el palacio, junto con su hermana. Las quiero a las dos.

La mente de William se aceleró mientras calculaba cómo podría sacar a Raven del palacio antes de que el romano se diera cuenta del engaño. Sería demasiado arriesgado intentar escapar con ambas mujeres. Tendría que dejar a Cara atrás.

Sus entrañas se torcieron.

William hizo una reverencia y retrocedió hacia la puerta, esperando que el romano no pudiera percibir su ansiedad.

Abrió la puerta y los guardias pretorianos se pusieron en posición de firmes al otro lado.

—William, la voz del romano hizo eco en el pasillo.

El Príncipe se volvió, muy lentamente.

—Puedes cerrar la puerta. El rey le indicó a William que se acercara al trono una vez más.

Confundido, hizo lo que le ordenaron, luego se detuvo antes de los pasos y se arrodilló.

La mirada del romano parpadeó hacia las manos de William antes de moverse hacia sus ojos. —Percibo fuerza en tu apego a mí, Príncipe de Florencia. Pero también percibo debilidad. ¿Cuánto valoras a tu mascota?

—Ella es una agradable distracción, padre.

El romano cerró los ojos.

Todo el cuerpo de William se tensó. Casi podía sentir sus huesos doblarse bajo la tensión de sus músculos.

—Bésame, hijo mío. El romano abrió los ojos.

William subió los escalones y besó a su creador.

El romano acarició su cabeza, pasándose los dedos por el pelo corto y rubio.

—Aquí está mi amado hijo, susurró. —Quien nunca me traicionaría.

Soltó a William con una breve caricia, y el príncipe se retiró por los escalones.

—Hablaré con Cato sobre nuestra conversación. Puedes negar la solicitud de la Curia y regresar con tu mascota a Florencia.

—Gracias, padre. William se arrodilló en el suelo, el alivio corría sobre él.

—Puede informar a la Curia que me consultó y acepté su decisión.

Ante esto, William levantó la cabeza.

El romano estaba mirando el fresco de la transformación de William. —He visto mucho desde el segundo siglo. Los reinos se elevan y caen; la fuerza de nuestros enemigos crece y merman. Pero no pueden destruirme, y esto lo saben.

La mirada del romano se agudizó cuando se fijó en su hijo. —Tal vez escaparás de la maldición. Tal vez no.

—Sólo el tiempo dirá.

—Te he concedido este favor. Has prometido un servicio infalible. En los años que te quedan, exijo obediencia absoluta.

—Si padre.

—Bien. Envíame a Cato.

William hizo una reverencia y se retiró a la puerta, viendo como el romano volvía a mirar el fresco antes de cerrar los ojos.

CAPITULO 23

WILLIAM ESTABA TREMENDAMENTE INQUIETO.

Tuvo que resistir el impulso de correr por los corredores del palacio, tomar a Raven en sus brazos y huir. Pero los ojos del romano estaban sobre él, estaba seguro, así que se obligó a seguir a Cayo a un ritmo moderado mientras el capitán lo conducía de vuelta a la habitación donde Raven esperaba.

Él había logrado su objetivo. Había asegurado el apoyo del vampiro más poderoso de Italia, si no del mundo. Pero indudablemente, le había costado. El romano podría estar cansado de la vida pública, pero no era tonto.

Había notado el apego de William a su mascota. Cuanto antes pudiera llevarse a Raven del palacio, mejor.

—Prepárense para partir. William ladró a sus soldados, evitándoles una mirada mientras cruzaba hacia la habitación contigua.

Abrió la puerta y notó a las dos hermanas acurrucadas juntas en uno de los sofás, un sueño.

Cerró la puerta y se paró sobre ellas, como un ángel oscuro.

Apenas recordaba a sus propios hermanos, y no podía imaginarse descansando con ellos. Había amado a su familia, especialmente a sus hermanas y a su madre. Pero la vida familiar en el siglo XIII bajo la tiranía de su padre no había sido cálida ni cómoda.

El vínculo entre Raven y Cara no era algo que él entendiera.

Puso una mano suave sobre la cabeza de Raven. —Cassita.

Cuando ella no se movió, él acarició su cabello suavemente. —Cassita.

Raven se despertó sobresaltada. —¿Qué? ¿Qué es?

Se apartó de su hermana dormida y se sentó. Cara no se movió.

—El romano se ha puesto de nuestro lado. William acarició la cara de Raven. —Debemos contactar a tu sacerdote lo más pronto posible y hacer arreglos para entregarle a Cara.

—¿Estará a salvo? Raven miró a Cara con preocupación.

—Por mucho que me duela decirlo, ella es más vulnerable para los vampiros que para la Curia. La Curia no la matará. La expresión de William se endureció. —Tu sacerdote se enojará porque me niego a renunciar a ti. Él puede tratar de tomarla por la fuerza. Debemos estar preparados.

—No estoy preocupada por mí; estoy preocupada por ella, respondió Raven. —Ella tendrá

que lidiar con la pérdida de Dan. Supongo que olvidarse de los vampiros será una misericordia.

—La Curia no es conocida por su misericordia, William disparó. —Pero ella es una víctima para ellos, lo que significa que la protegerán.

—Debemos irnos. Cuanto antes sepan que tenemos el apoyo de los romanos, mejor.

—Tengo mi teléfono celular. Raven lo sacó del bolsillo de sus jeans. —Llamaré al padre. Pero quiero que elimines primero el control mental de Cara.

—No.

—William.

Cruzó sus brazos sobre su pecho. —Eliminaré el control mental cuando se una a tu sacerdote, pero ni un momento antes. Es muy peligroso.

La mirada de Raven bajó a sus brazos, a los músculos que se contraían cuando su cuerpo se tensó.

—Pensé que el romano estuvo de acuerdo en ayudarnos.

—Lo hizo.

Ella frunció. —Entonces, ¿por qué todavía estamos en peligro?

Como por instinto, William miró alrededor de la habitación. Pero él y las mujeres estaban solos.

—El romano parece haberse interesado por mi mascota. Pidió conocerte a ti y a tu hermana.

Raven se movió hacia atrás en el sofá. —No quiero conocerlo.

—No, no es así. William pasó una mano sobre su boca con agitación.

—¿Nos mantendrá aquí?

—Por el momento, somos libres de irnos. Pero debemos hacer arreglos para entregar a Cara a tu sacerdote lo antes posible.

Raven se puso de pie. Ella colocó su mano detrás de su cuello, bajando su frente para encontrarse con la de ella.

—Gracias.

Él no respondió.

—Te amo, ella presionó.

—Je t'aim. Envolvió sus brazos alrededor de ella, tirando de ella contra su cuerpo.

—Gracias por protegernos. Ella besó las comisuras de su boca antes de centrar sus labios en los suyos. —Confío en ti.

—Tú eres la única confianza que existe en mi mundo. Habló contra su boca. —No confío

en nadie más.

Él la besó profundamente, inclinando la cabeza. Con igual rapidez, la soltó, besando su frente. —Tenemos que contactar a tu sacerdote.

—Está bien. Levantó su teléfono celular, respiró hondo y marcó un número.

El sacerdote respondió al tercer llamado. —¿Raven?

—¿Padre? Estoy en Roma con Cara. Necesitamos verte.



El viaje desde el Palatino hasta el Vaticano no fue largo, solo unos cinco kilómetros. Cayo y algunos de sus soldados acompañaron a los florentinos por la Via della Conciliazione hacia la frontera entre Italia y la Ciudad del Vaticano. Más allá de este punto, ningún vampiro se atrevió a ir, ya que todo el estado de la ciudad fue construida en tierra santa. Dentro de este enclave amurallado, la Curia entrenó, conspiró y condujo sus negocios en secreto, protegida por la cara pública del Vaticano.

Pasaron unas horas antes del amanecer, y la ciudad de Roma permaneció envuelta en la oscuridad. La gran Basílica de San Pedro brillaba como un faro, mientras que la plaza frente a ella estaba apenas iluminada.

Desafortunadamente para los vampiros que se acercaban a pie, las sombras que los acompañaban no eran lo suficientemente grandes como para ocultarlos.

El príncipe olisqueó el aire, su mirada fija en los techos de los edificios que se alzaban a cada lado de la calle.

—La Curia, susurró, señalando con la barbilla a sus enemigos invisibles.

En reacción, Gaius vociferó, —Eleva el estandarte.

El portaestandarte izó la bandera de los romanos, que mostraba un anillo de hojas de laurel sobre un fondo negro. Una loba en el centro del anillo.

Cayo se dirigió al Príncipe. —Nuestra presencia debería garantizar su seguridad. Pero mis órdenes son no participar, a menos que sea atacado.

—Así lo noté. El Príncipe extendió su brazo en señal de amistad, y Cayo lo entrelazó, mano con codo.

El capitán y sus soldados retrocedieron, de pie junto a uno de los edificios mientras los florentinos marchaban hacia la Ciudad del Vaticano.

A unos cien metros de la frontera, el Príncipe ordenó a sus soldados detenerse, con las armas listas. Estaban expuestos en esta posición, pero estaba decidido a mostrar fortaleza.

Se giró para mirar el estandarte del romano que volaba cerca, sabiendo que cada uno de sus movimientos estaba siendo observado.

Gaius saludó a cambio.

El Príncipe tomó a Raven y Cara de la mano, una a cada lado, y comenzó a caminar hacia la frontera.

—Pase lo que pase, no cruces la línea, le susurró a Raven. —No puedo pisar suelo sagrado.

Raven arqueó las cejas, porque sabía que su última declaración era una mentira. Pero ella asintió.

Se detuvo cerca del borde, ocupando un espacio donde la luz era tenue. Soltó las manos de las mujeres y tomó a Cara por los hombros. Fijando sus ojos en los de ella, habló.

—Cara, te libero. Tu mente es tuya otra vez.

La joven mujer parpadeó, sus ojos azules de repente se centraron en su rostro.

—¿Qué? ¿Qué estás haciendo?

—Cara. Raven la apartó de William. —Estamos aquí para ver al padre Kavanaugh.

—Bien. Cara se frotó los ojos y bostezó. —No puedo creer que hayamos llegado tan rápido. Debo haberme quedado dormida.

El sonido de botas golpeando adoquines golpeó en la distancia.

Un siglo de soldados vestidos con uniformes negros entró en la plaza desde el lado izquierdo de la basílica.

Los soldados llevaban crucifijos alrededor del cuello y portaban espadas.

—Túnicas negras, escupió el príncipe.

Cara resopló. —¿Qué pasa con el ejército? Pensé que la Iglesia era pacifista.

—Tal vez deberías preguntarle a tu sacerdote sobre eso. La voz del Príncipe era fría.

—Como sea. Cara puso los ojos en blanco.

Los soldados marcharon hacia la frontera y se extendieron, cien metros dentro de la línea. Una figura solitaria emergió, caminando en dirección a los florentinos.

Cara tiró de la mano de su hermana. —Ahí está el padre. Vamonos.

—Acércate lentamente, ordenó el Príncipe.

Raven cojeó con Cara hacia la frontera, mientras el Príncipe se cernía sobre ellos. A unos pocos pies de la línea, Raven se detuvo. —Regresaré a Florencia con William. Sigue adelante.

—¿Qué? La voz de Cara se volvió chillona. —Tienes que venir conmigo. ¡Tenemos que encontrar a Dan!

—Padre te ayudará. No puedo dejar a William. Tiró de su hermana en un abrazo y la besó en la mejilla.

—Te veré pronto.

—Tienes que venir conmigo, lamentó Cara. —Te necesito.

Raven miró hacia el sacerdote, que estaba a cincuenta metros de la línea. —Padre te ayudará.

—No puedes dejarme. Cara agarró el brazo de Raven y la acercó al borde.

William se aferró al costado de Raven, su mano apareció sobre su codo.

Justo antes de cruzar la línea, Raven plantó sus pies. —Esto es todo lo que puedo llegar.

—¿No te importa Dan? ¿No te preocupas por mí? Vine todo el camino desde Florida. No puedes abandonarme por tu novio. Cara avanzó ágilmente sobre la línea formada por una franja blanca entre los adoquines. —Vamos.

El padre Kavanaugh se acercó a Cara y la abrazó cuando seis soldados de la Curia cerraron filas detrás de ellos.

Detrás de Raven y el Príncipe, los florentinos también cerraron filas.

Padre se movió al borde y extendió su mano. —Ven, Raven.

—No. Raven lo miró. —Explicué por teléfono lo que iba a suceder. Necesito que cuides de Cara, pero no voy a ir.

A su lado, el Príncipe gruñó. —Ella es mi mascota. No la entregaré. El romano apoya esta decisión.

Siempre con tanto cuidado, el Príncipe volvió la cabeza para mirar a la guardia romana.

El sacerdote siguió su mirada.

En ese momento, una fina neblina apareció, levantada como si estuviera debajo de las calles de la ciudad. La niebla rodó por el camino que conducía a la Ciudad del Vaticano y comenzó a acercarse a la frontera.

—¿Esto es lo que estás haciendo? El sacerdote se dirigió al Príncipe, señalando la niebla. El príncipe permaneció impasible.

—Raven. Padre volvió su atención hacia ella. —Ven aquí, hija mía.

Ella agarró el codo de William y se apoyó en él mientras le quitaba el peso de la pierna lesionada. Ella cambió al italiano. —Maximilian mató a Dan. Lo vi suceder. Cara no me cree, y cuando se dé cuenta de lo que sucedió, estará devastada.

—Maximilian ha sido tratado, intervino el Príncipe, también en italiano.

Padre miró a Cara, que estaba parada a su lado, mirando. Él habló con Raven en italiano.

—Tenemos el cuerpo. Él estará preparado para el entierro una vez que la autopsia esté completa. Ven conmigo ahora antes de que suceda algo más.

—No, repitió Raven.

La niebla se había vuelto espesa, tan alta como William y cortando a los florentinos de la guardia romana que estaba cerca. Pero también los protegió de los francotiradores de la Curia.

Sorprendentemente, la niebla viajó tan lejos como las espaldas de William y Raven, pero no se aventuró a la frontera de la Ciudad del Vaticano.

El sacerdote sacó un frasco de vidrio de su bolsillo y lo sostuvo en alto. Él fijó sus ojos en los del Príncipe incluso mientras la niebla se arremolinaba detrás de él. —Tú no tienes poder aquí. Te ordeno que la liberes.

El príncipe gruñó y mostró sus dientes, pero no se retiró.

—¿Raven? ¿Qué está pasando? Cara dio unos pasos en dirección a su hermana.

El padre Kavanaugh hizo un gesto hacia dos de las túnicas negras, y marcharon hacia adelante. Cogieron los brazos de Cara y comenzaron a escoltarla hacia la basílica.

—¡Déjame ir! La voz de Cara se convirtió en un grito de pánico. —Raven, ayúdame.

—¿Qué estás haciendo? La angustia de Raven estaba dirigida al sacerdote. —¡Detenlos! No dejes que la lastimen.

—Ven ahora. Padre se inclinó sobre la línea.

El brazo de William serpenteó alrededor de la cintura de Raven, su boca encontró su oído. —Es una trampa.

—¡Raven! ¡Ayuda! Gritó Cara.

William apretó su agarre y continuó susurrando: —Si la sigues, te seguiré. Y me matarán.

—Entonces haz algo, suplicó.

Los ojos grises del príncipe se volvieron hacia el hombre de cabello blanco que estaba parado frente a ellos. —Vinimos a ti en paz. Rendimos al humano a petición tuya. ¿Así es como la Curia trata a sus acusados?

—Dame a Raven, y tendremos paz. Padre se inclinó más allá de la línea, su mano a pocos centímetros de la de ella. —Y envía tu maldita niebla lejos.

—No es mío, comentó el Príncipe sombríamente, mirando directamente al sacerdote a los ojos.

Raven vio como los soldados seguían arrastrando a su hermana hacia la basílica. Vio que Cara forcejeaba, sus gritos y alaridos resonaban en la plaza.

—¡Confié en ti! Empujó el pecho del padre Kavanaugh. —Déjala ir. ¡Ahora mismo!

El sacerdote la agarró del brazo y comenzó a tirar.

William la tenía por la cintura. Él plantó sus pies.

Siguió un forcejeo, con el cuerpo de Raven formando la cuerda.

El sacerdote comenzó a recitar palabras en latín, agitando la reliquia que sostenía en su otra mano.

Tanto la Curia como los soldados florentinos se acercaron, manteniendo una distancia saludable pero empuñando sus armas. La niebla continuó girando alrededor de los florentinos.

—Suéltame, susurró Raven, sus ojos moviéndose a los del sacerdote. —No voy a ir contigo. Si algo le sucede a Cara, lo lamentarás.

El padre Kavanaugh la ignoró, su mirada se centró en el príncipe y la evidente falta de efecto de la reliquia.

Fue en ese momento, por casualidad, que el sacerdote bajó los ojos y vio el pie de William descansando sobre la línea.

CAPITULO 24

EN UN MOVIMIENTO TAN RÁPIDO que no pudo ser detectado por los ojos humanos, el Príncipe hizo retroceder su pie hacia la niebla circundante.

Le arrebató el brazo a Raven de las manos del sacerdote, su cuerpo se volvió borroso, y la arrastró detrás de él.

El padre Kavanaugh se congeló.

—Pediste la vida de dos humanos. El Príncipe miró hacia atrás del sacerdote para ver a Cara subiendo por las escaleras que conducían a las enormes puertas de la basílica. —Te entregué uno de ellos, ileso y sin dañar. El otro me pertenece.

—Imposible, susurró el sacerdote, el miedo hacía palidecer su rostro bajo su barba blanca.

—El romano me apoya, el Príncipe de Florencia, y la afirmación de mi derecho a mantener a la mascota de mi elección. Tienes nuestra respuesta. —El Príncipe levantó a Raven en sus brazos y desapareció en la niebla, con los florentinos pisándole los talones.

El padre Kavanaugh pareció sacudirse de su ensoñación. —¡Raven! ¡Raven!

El Príncipe y sus soldados volaron en dirección al Tíber, la niebla que los acompañaba. Una vez que llegaron a la orilla del río, la niebla se levantó. Giraron hacia el norte y salieron corriendo fuera de la ciudad.

CAPITULO 25

EL PADRE JACK KAVANAUGH se paseó por el pasillo frente a la oficina del Superior General en el Vaticano, rezando nerviosamente.

Tan pronto como salió de la plaza, el jefe de la Curia lo había convocado. Apenas había tenido tiempo de dar instrucciones a los soldados que custodiaban a Cara. La habían trasladado a la enfermería, donde los oficiales médicos la examinarían en busca de signos de trauma.

Jack temía lo que encontrarían.

Debería haber estado agradecido de que el General le hubiera ofrecido una reunión cara a cara. El general mantuvo un calendario agotador que estuvo lleno de reuniones de inteligencia y asambleas desde el amanecer hasta bien entrada la noche. Raramente, si es que se encontraba, se reunía con alguien individualmente, aparte de aquellos en los puestos más altos dentro del Vaticano. Jack no era uno de ellos.

Sin embargo, nada como la gratitud se elevó de su corazón, solo susurró súplicas. Estaba preocupado por Raven y ya estaba formulando un plan de rescate. Simplemente necesitaba el permiso del General.

La puerta de la oficina del General se abrió hacia adentro.

—*Ave*. El secretario del General, un miembro de la Curia de alto rango, llamó en latín.

—*María*, respondió Jack, aceptando la invitación para entrar.

La habitación era simple y sin adornos, salvo por un gran crucifijo medieval colgado en una pared lateral.

Debajo había un banco en el cual el general podía arrodillarse y rezar, con los ojos levantados hacia el salvador.

La secretaria hizo entrar a Jack en el interior y se dirigió hacia una silla vacía frente al enorme escritorio del general.

El general, vestido con túnica negra, estaba sentado detrás del escritorio, que estaba lleno de papeles y archivos. Era un español, un sacerdote de unos sesenta años que había trabajado en inteligencia durante la mayor parte de su carrera antes de ser elevado al cargo de Superior General tres años antes.

Miró a su secretaria por el borde de sus gafas.

La secretaria hizo una reverencia y salió por una puerta lateral.

—Padre Kavanaugh, se dirigió al general, su acento español se espesó con las palabras

en inglés.

—Su Eminencia.

El general extendió su mano, y Jack la tomó. —Viniste a nosotros desde América. Confío en que encuentres tu camino.

Jack se movió en su silla. —Lo estoy, gracias.

—Bien. El general se recostó. —Describe lo que sucedió en la plaza.

Jack cambió al italiano, el idioma del Vaticano. —Dos mujeres jóvenes, a quienes conozco desde la infancia, han caído bajo la influencia del Príncipe de Florencia.

—La mujer más joven viajó a Florencia con su prometido para convencer a su hermana de venir a verme aquí. La hermana es la mascota actual del Príncipe. Trágicamente, el prometido fue asesinado por uno de los miembros del consejo del Príncipe. Por alguna razón, el propio Príncipe trajo a las mujeres a Roma ayer.

—No *por alguna razón*, intervino el General.

—¿Perdón? Jack arqueó las cejas.

—El Príncipe trajo a las mujeres en respuesta a su carta. El General miró intencionadamente un archivo cerrado frente a él.

Jack golpeó su pie con agitación. —Sí.

—Sé que el Director de Inteligencia ya te ha hablado, hijo mío. Debo recalcar que su acción ha puesto en riesgo varias de nuestras operaciones.

Jack estaba herido. —Perdóneme. No lo sabía.

Los ojos oscuros del General se encontraron con los suyos. —Estás perdonado, pero el perdón no es licencia.

—Sí, su eminencia.

La expresión del general se hizo menos severa. —Mis oficiales de inteligencia informan que el Príncipe visitó al romano y buscó su consejo antes de aparecer aquí. El Príncipe le entregó a la hermana menor pero se negó a entregar a su mascota, a pesar de su insistencia.

—Es verdad. Él afirmó tener el apoyo de los romanos.

—¿Le crees? El tono del general fue relajado. Quizás demasiado relajado.

—El portaestandarte de los romanos y un pequeño grupo de soldados se mantenían a la vista, observando. Su presencia parece indicar una alianza.

—Somos escépticos de la afirmación del Príncipe. No ha habido comunicación directa de los romanos. La presencia de soldados y un estandarte no indican nada. Podrían ser florentinos enmascarados como romanos.

Jack se secó las palmas de las manos en los pantalones, porque estaba empezando a sudar. —Apareció una niebla extraña, pero no cruzó la frontera. El Príncipe declaró que no era de su incumbencia. ¿Quién sino el romano podría haber hecho tal cosa?

—Hay muchas fuerzas de la oscuridad. El general no pareció afectado por la insinuación de Jack.

—¿Qué pasa con la otra mujer que fue entregada a ti?

—Ella está siendo examinada por los oficiales médicos.

—Sí, lo sé. ¿Cómo apareció ella?

—Ella parecía saludable. Ella no sabía que su prometido estaba muerto, lo que significa que probablemente ha estado bajo control mental.

—Una vez que haya sanado de cualquier lesión, sus recuerdos se ajustarán. Debes acompañarla a ella y al cuerpo de su prometido a América. La oficina de inteligencia se está asegurando de que la policía divulgue un informe aprobado a los medios.

—Sí, su eminencia. La mano de Jack fue a su collar romano, que parecía sofocarlo.

—¿Qué pasa con la otra hermana?

—Ella y el Príncipe se han ido de Roma. Estamos rastreando sus movimientos.

—Ella está en peligro. Jack rebuscó en su bolsillo y se cerró en un frasco de vidrio.

—Tengo en mi poder una reliquia de Santa Teresa de Ávila. Lo llevé conmigo a la plaza, pero no pareció afectar al Príncipe. Hizo una pausa, como buscando las palabras.

—El Príncipe puso su mano sobre mi brazo para liberar a su mascota. Él también puso un pie en tierra santa.

El General frunció el ceño. —Imposible.

Jack retiró la reliquia y la colocó en el escritorio del general. —Con respeto, su eminencia, lo vi con mis propios ojos. El pie del Príncipe cruzó la frontera.

El general se recostó en su silla. —Este terreno es santo. Vampiros y otros demonios no pueden pasar.

—Sé lo que vi. Jack señaló la reliquia. —No debería haber sido capaz de tocarme; no con la sangre de Santa Teresa en su rostro.

Los ojos del General se enfocaron en la reliquia. —Los oficiales de inteligencia vigilan constantemente la plaza. Nadie vio al Príncipe poner un pie en la Ciudad del Vaticano.

—La niebla, farfulló Jack. —¿Cómo pudieron haber visto algo?

—Yo mismo vi el video.

—Entonces debes creer lo que digo. Jack se levantó, colocando sus manos sobre el escritorio, al lado de la reliquia.

La mirada del general se dirigió al crucifijo y luego al jesuita. —Siéntate, padre.

Jack guardó la reliquia en su bolsillo y regresó a su silla.

El general se quitó las gafas y se frotó los ojos. En ese momento, parecía envejecido y gastado y muy, muy cansado. —En la ciencia, como en la vida, hay anomalías. A veces una anomalía es simplemente una ilusión, una falla con el observador.

—A veces una anomalía se repite. Es la recurrencia lo que desafía a un científico a volver a examinar su teoría.

—El romano parece ser una anomalía. Él continúa sobreviviendo a su vida útil de mil años. Y no tenemos idea de por qué.

Jack miró en estado de shock. —¿Cómo es eso posible?

El general frunció los labios. —No luchamos contra la carne y la sangre.

—Dios permitió a nuestros antepasados restringir la esperanza de vida de los vampiros. A través de fervientes oraciones y por medio de la gracia, la sentencia fue transmitida sobre nuestros enemigos, y ellos dejaron de ser eternos. A partir de ese momento, cada vampiro se ha vuelto loco lentamente a medida que se acerca al milésimo año, y luego expiran. El romano es una excepción.

—Según los registros, fue convertido en el siglo II. En el momento del juicio, ya tenía mil años.

—¿Es por eso que escapó de la muerte?

El general volvió a ponerse las gafas en la cara. —Una hipótesis interesante. Pero legiones de vampiros de su edad o más fueron abatidos de inmediato.

—Durante siglos hemos esperado, convencidos de que sucumbiría a la locura. Se ha interesado poco en los asuntos de estado, eligiendo delegar mucho a su teniente.

Interpretamos eso como un signo positivo. Si lo que dice el florentino es cierto, el renovado interés del romano en su principado es motivo de preocupación.

Más preocupante es la posibilidad de que la anomalía romana haya tenido lugar en el Príncipe.

—Pero, General, tengo entendido que el Príncipe está dentro de sus mil años.

—Sí, pero si -como dices- él se resistía a tu reliquia y podía pisar suelo sagrado, tenemos otra poderosa anomalía de la que preocuparnos. Una anomalía que es mucho más preocupante dado el hecho de que el romano es su creador.

Jack cerró los ojos momentáneamente. —No estaba enterado de eso.

—Nosotros tampoco. La conexión entre los dos se nos ocultó. Pero lo sabemos ahora. Si los romanos y los florentinos se unen y generan una nueva raza de anomalías...

El general cerró la boca.

—Nos destruirían.

El general negó con la cabeza vigorosamente. —Tenemos a Dios de nuestro lado. No puedo creer que él nos hubiera protegido y preservado durante tanto tiempo solo para entregarnos a nuestros enemigos. Pero debemos descubrir con precisión cuáles son las anomalías, quién las posee y cómo podemos defendernos de ellas antes de enfrentar un conflicto armado.

—Perdóneme. Jack miró hacia el piso. —Cuando le escribí al Príncipe, no preví las consecuencias.

—Por ahora, debemos mirar a Florencia cuidadosamente. Debemos descubrir más sobre la naturaleza y el alcance del apoyo de los romanos. Debemos rezar para que no formen un ejército. El General impuso una mirada severa en dirección a los jesuitas. —Debes abandonar tu búsqueda de la segunda mujer. El Príncipe la tiene. Debes aceptar eso.

El padre Jack se inclinó hacia adelante. —¿No hay forma de salvarla?

—Ella hizo su elección cuando se entregó a él. Quizás él se cansará de ella. Por ahora, debes dejarla a su elección.

El general levantó su mano e hizo la señal de la cruz, murmurando en latín.

—Puedes hablar con la mujer que rescataste y descubrir lo que sabe. Debes acompañarla a América tan pronto como haya sido sanada. Puedes regresar aquí después.

—Sí, su eminencia. Los hombros del padre Kavanaugh se desplomaron cuando se inclinó y se marchó.

CAPITULO 26

EL INSPECTOR BATELLI QUEDÓ MIRANDO UNA SERIE DE GOTAS DE SANGRE QUE CONDUCIAN DESDE VÍA Ghibellina a un callejón. La sangre era vieja, no fresca, y parecía formar un sendero que terminaba frente a una oxidada puerta de metal.

El inspector frunció el ceño bajo el sol de la mañana, buscando un medio para abrir la puerta, pero no había ninguno. Él curvó sus dedos alrededor del borde, tratando de abrirlo.

No tenía idea de lo que había detrás de la puerta. Le tomó un tiempo seguir el misterioso texto que le enviaron. Nadie de los carabinieri parecían saber algo sobre un club clandestino en Via Ghibellina. Había buscado en vano durante dos días.

Ahora que había encontrado sangre.

Batelli sacó su teléfono celular del bolsillo y llamó a su supervisor. Quizás la sangre no tuvo nada que ver con Raven Wood y William York. Quizás tenía todo que ver con ellos. Mientras Batelli explicaba lo que había encontrado, no estaba al tanto del vampiro que lo miraba a través de una cámara de seguridad.

CAPITULO 27

RAVEN DORMIDA COMO LOS MUERTOS. Realmente no había otra descripción para eso. William se fue de su lado durante unas horas para comprobar su principado y reunirse con Gregor, el recién nombrado jefe de seguridad.

La presencia del Inspector Batelli fuera del Teatro había causado mucha ansiedad a Gregor, especialmente desde que había sido testigo de la ejecución de dos jefes de seguridad en los últimos años.

Pero el Príncipe reaccionó a las noticias con calma, instruyéndole a Gregor que ordenara a sus contactos dentro de la fuerza policial de Florencia que protegieran el secreto del Teatro y trajeran a Batelli por los talones. El Príncipe luego notó su disgusto por la incapacidad del grupo de caza para localizar y destruir a Ibarra.

Gregor prometió duplicar los números del partido, planificando en privado usar algo de su casi inexistente libertad para cazar personalmente al traidor. El Príncipe indicó que la solución de Gregor era satisfactoria, por el momento.

El sol comenzaba a ponerse cuando William regresó a la villa. Abrió las cortinas de su dormitorio y abrió las puertas del balcón, dejando entrar una brisa refrescante.

Raven se movió.

William se sentó a su lado, mirando. Se veía tan joven, tan hermosa, sus mejillas sonrosadas por el sueño y su cabello largo y negro seductoramente.

Él apartó un mechón de su rostro y sus ojos verdes se abrieron.

—Buenas noches, retumbó su suntuosa voz. Él se inclinó para probar sus labios.

—¿Descansaste bien?

—Sí, pero todavía estoy cansada. Y duele. Ella hizo una mueca cuando extendió sus piernas debajo de las sábanas.

—Yo puedo arreglar eso.

Ella sonrió torcidamente. —Solo necesito un baño caliente.

William retiró las mantas y se movió sobre ella. Su cuerpo era suave y flexible debajo del suyo. —Tengo una alternativa.

Él ahuecó su cara con ambas manos y la besó, ligeramente al principio, y luego con más urgencia.

Raven le devolvió el abrazo, su lengua entró en su boca.

Se besaron hasta que los labios de William se arrastraron hasta su cuello. Él rozó la

carne con sus dientes.

Raven se puso rígida. —No.

—¿Por qué no? Él chupó su cuello sin romper la piel.

Sus manos cayeron sobre sus hombros. —Porque estoy sucia. Y triste.

—No estás sucia. Él acarició el camino de su arteria carótida. —Hueles deliciosa.

Ella empujó sus hombros.

William frunció el ceño. —Estamos en casa. Estamos a salvo. Deberíamos estar celebrando.

—Mi hermana. Su susurro fue angustiado. —Me quedé allí mientras la llevaban. No debería haberla dejado.

William parecía perplejo. —No tenías elección.

—Lo hice, en realidad. Yo te elegí a ti.

William parpadeó. —¿Esa elección es tan terrible?

—Ella es mi hermana.

El príncipe vampiro bajó su máscara, pero solo por un momento. Él la liberó y se sentó erguido, distanciando sus cuerpos. —No me di cuenta de que lamentabas tu decisión.

—No dije que me arrepiento, dijo en voz baja. —Pero ser forzada a elegir entre mi hermana y mi amante fue doloroso. Aún más porque sabía que si la buscaba, significaría tu destrucción.

Las facciones de William permanecieron en blanco. —Lo siento. Pensé que elegiste estar conmigo por amor, no por tu compromiso habitual de proteger a las personas.

Raven se estremeció.

El Príncipe evitó sus ojos y se levantó. —Te dejaré en tu baño. Buenas tardes.

Él le dio la espalda.

Ella se puso de rodillas y extendió la mano hacia él. —William.

Frunció el ceño a la mano que lo agarraba del codo.

—Te amo, William. También amo a mi hermana. Vino a Florencia por mí y perdió el amor de su vida. ¿Te imaginas cómo se siente eso?

—Sí, puedo. Sus palabras fueron recortadas.

Ella se dejó caer en la cama.

—Sé que perdiste a Alicia. Lo siento mucho. Raven lo liberó. Una lágrima se derramó sobre sus pestañas oscuras.

William maldijo en el lenguaje de su juventud.

Él extendió un dedo para atrapar su lágrima. —No llores.

Dos lágrimas más brotaron en los ojos de Raven y cayeron sobre sus mejillas. Limpió la humedad con sus pulgares. —Desde el momento en que miré esos grandes ojos verdes, eras tú.

—Alicia no era el amor de mi vida, tú lo eres. Por favor, no te arrepientas de haberme elegido. La voz de William era un susurro adolorido.

—Te amo, se las arregló.

—Eres mi elección, mi destino, mi bendición y mi maldición. Si fuera a perderte, mi vida habría terminado. Él la besó en la frente y se sentó, atrayéndola en sus brazos. —Por tu culpa, el amor ha entrado en mi maldita existencia. En comparación con el gran fuego de mi amor por ti, todo lo demás es simplemente una brasa.

Apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—No tenemos espías en la Curia, pero tenemos informantes en Ciudad del Vaticano.

Preguntaré por tu hermana. Apretó sus brazos alrededor del cuerpo de Raven.

—Si me entero de que está siendo maltratada, voy a intervenir. Tienes mi palabra.

—Gracias. Se secó la cara con la manga.

—Eres mi gran amor, Cassita. Espero, con el apoyo de los romanos, tengamos paz.

—Yo también.

Se sentaron allí por unos momentos, hasta que las lágrimas de Raven se calmaron y su cuerpo se relajó.

Solo entonces William se levantó.

—Creo que alguien estaba en necesidad de un baño. Él la besó en la frente. —Iré en busca de tu cena.

Salió de la habitación con una expresión de preocupación en su rostro.

Raven caminó hacia el baño, su corazón pesado y su mente llena.



—Te ves como una ninfa del río.

Los ojos de Raven se abrieron de golpe.

William estaba apoyado en la puerta del baño, con los labios levantados, los ojos atentos y depredadores.

Ella desvió la mirada, sus pálidas mejillas se encendieron. —Estaba a punto de cambiar la bañera por una ducha y lavarme el cabello.

—Permíteme. Él se dirigió hacia ella.

—¿Me lavaste el pelo?

—Lo voy a intentar.

—¿Sabes cómo?

Su frente se arrugó. —Creo que estoy familiarizado con el procedimiento general.

Sacó una jarra del mostrador del baño y sacó el champú de la ducha. Colocó los artículos en la plataforma en la que se instaló la inmensa bañera.

—Por favor agrega más agua caliente. Hizo un gesto hacia el grifo.

Raven se sentó y encendió el agua.

William se quitó la ropa, la dobló y la colocó en el tocador.

Había algo en Dios acerca de su apariencia. Su rostro pasó de guapo a hermoso, con rasgos finos y una boca elegante. Su cuerpo era delgado y bien definido, sus músculos proporcionados.

Su perfección nunca dejó de aturdirlo. Aunque ella había pasado tantas veces desnuda con él, Raven no pudo evitar mirarlo maravillado.

Sin ceremonia, apagó el agua y entró en la bañera detrás de ella. Colocando sus piernas a cada lado de su cuerpo, él la convenció para que se recostara.

—¿Vas a lavar mi cabello así?, Preguntó ella.

Él arregló sus largos mechones detrás de sus hombros. —Quiero tocarte.

Como en una demostración, levantó las rodillas, envolviéndola entre sus caderas. Él presionó sus manos sobre sus hombros y amasó los músculos ligeramente antes de alisar sus palmas por su espalda.

Ella se estremeció.

—Agrega más agua caliente. Él frotó sus brazos arriba y abajo.

—No tengo frío. Solo... excitada. Raven sonó tímida.

William sonrió, porque su reacción lo complació. Metió el cántaro en la bañera y lo sostuvo en alto.

—¿Listo?

—Sí. Ella cerró los ojos.

William le alisó el cabello por la espalda. Lentamente y deliberadamente, vertió el agua tibia, siguiendo sus dedos.

Él le frotó el cuero cabelludo. —¿Estás segura de que la temperatura es la correcta? Tengo dificultad para discernirlo.

—Es perfecta, tarareó.

Él se rió entre dientes y continuó mojándole el pelo.

William usó ambas manos para aplicar el champú y le pasó los dedos desde el cuero cabelludo hasta las puntas del cabello como si fuera su único propósito en la vida.

—¿Cómo se siente?. Él masajeó su cuero cabelludo con un movimiento firme y circular.

—Celestial.

—Las mujeres son misteriosas, reflexionó.

Ella rió. —¿En qué manera?

—Son un estudio en contrastes: suave y fuerte, feroz y gentil. Ellas pueden hacer todo, por supuesto, y sin embargo uno se siente obligado a hacer todo por ellas.

—Suenas como si acabaras de entrar en la Iluminación, amigo mío. Bienvenido a la revolución.

Él tiró suavemente de su cabello, y ella se rió de nuevo.

Continuó lavando, y después del enjuague final, cuidadosamente exprimió la humedad de los largos mechones.

Él apoyó la barbilla en su hombro, cubriendo sus pechos con sus brazos.

Raven suspiró pesadamente.

—¿Qué fue eso? Él la besó en el hombro.

Ella bajó los labios a su brazo. —Te tengo a ti, y mi hermana perdió a Dan.

—Tú, de todas las personas, sabes que el mundo es injusto. Las cosas se dan, las cosas se quitan. Está más allá de nuestro control.

—Debería haber encontrado otra manera. Inclino la cabeza.

—Maximilian podría haberla matado. Ella todavía está viva.

Raven no respondió.

—Déjame que te gire, susurró él, su cuerpo tenso detrás de ella. —Entonces estarás a salvo, y estaremos juntos. Siempre.

—No.

Su agarre sobre ella se aflojó. —Ni siquiera lo consideraste. Ni por un momento.

—Hablamos de esto antes. No quiero vivir para siempre.

Su boca encontró su oreja. —Pero estarías conmigo.

—Te amo, William. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Pero no quiero mil años de este mundo. Está plagado de pérdida, dolor y culpa.

William la soltó.

Ella se volvió y puso su mano en su mejilla. —No vivirás para siempre. Tú lo sabes. Tus mil años terminarán y seré condenada a siglo tras siglo sin ti.

Su mano cubrió la de ella, sus ojos extrañamente agitados. —Tendríamos más tiempo.

—Si fuera tiempo contigo, por supuesto que lo querría. Pero eso no es de lo que estamos hablando. Estamos hablando de la muerte, la alimentación y las batallas. Ella negó con la cabeza, su cabello mojado se derramó sobre sus hombros.

—No quiero eso.

Él entrelazó sus dedos con los de ella, llevándose la mano a la boca. —Te sentirías diferente después del cambio.

—¿Eres muy diferente de William Malet, el normando? ¿Tu personaje ha cambiado por completo?

Abrió la boca para discutir y cerrarla bruscamente.

Ella colocó su otra mano encima de sus unidas manos. —Tú, de todas las personas, conoces el poder de la elección. Debes respetar el mío.

—Piensa en lo que será mi vida cuando te hayas ido. Le dolían los ojos.

—También tienes opciones, William.

—Esta no es la vida que hubiera elegido para ninguno de nosotros.

—Entonces no me pidas que lo elija.

—No es suicidio, murmuró. —Prométeme, no importa qué, que no te quitarás tu propia vida.

—No tengo la intención de suicidarme. ¿Por qué te preocupas por eso?

—No crees en una vida después de la muerte, pero yo sí. Y los suicidios... Su cuerpo se estremeció.

—Lo prometo. Pero te estás preocupando por algo que no existe.

Le tarareó al oído, pero no aceptó. —Rezo para que mi maestro continúe cuidándote.

Él suspiró resignado contra su piel antes de enterrar su rostro en su cuello.

CAPITULO 28

—¿NO PUEDES ASEGURARTE un alojamiento más cómodo? Aoibhe echó hacia atrás la capucha de su capa mientras inspeccionaba la sencilla habitación en la que vivía Ibarra. La buhardilla estaba en un edificio parcialmente renovado que estaba en la orilla del Arno, frente a los Uffizi. Vio caballos y lonas cubriendo la planta baja, y la mayoría de los techos y las paredes estaban en diversas etapas de reparación. El polvo y la suciedad cubrieron muchas de las superficies, así como la escalera.

Ibarra se puso en cuclillas bajo el techo. Había arreglado un poco la habitación y movió algunos muebles. La única entrada de la buhardilla era una claraboya de vidrio emplomado; la puerta había sido cerrada desde el exterior, convirtiéndolo en un lugar muy adecuado para que un vampiro se escondiera.

—Podríamos encontrarnos en tu casa. Ibarra le dedicó una sonrisa lobuna.

—¿Y el Príncipe me cortaría la cabeza? No, gracias. Se levantó las faldas carmesíes por encima de los tobillos mientras cruzaba el sucio piso. —Deberías haber dejado la ciudad por ahora. Es solo cuestión de tiempo antes de que el Príncipe te encuentre.

—No me iré hasta que tenga mi venganza. Él la tomó en sus brazos y la besó profundamente. —Ahora, ¿qué noticias?

—Un policía dio con el Teatro. Gregor estaba bastante preocupado, pero el Príncipe salió de su preciosa villa y le ordenó que se hiciera cargo del policía.

—Interesante.

—Hay más. Ella lo besó y se retiró, burlándose de él.

—Dime.

Aoibhe giró, los pliegues de su vestido de terciopelo rojo asomándose por debajo de su capa negra.

—Este policía en particular tiene una historia interesante. Ha estado investigando un robo en los Uffizi, y se ha interesado por la mascota del Príncipe.

Ibarra se burló. —La mascota parece muy popular. ¿Sangra oro y plata?

Aoibhe se rió, lanzando sus largos rizos rojos. —No, pero una vez más, hay más. Parece que este oficial está buscando a William York.

Las oscuras cejas de Ibarra se levantaron. —¿El príncipe? ¿Cómo es eso posible?

—Parece que ha estado involucrado en el mundo de los humanos, y de alguna manera el policía ha aprendido su nombre. Aparentemente, él es un sospechoso.

—El Príncipe nunca sería tan descuidado.

—Ah, pero es bien sabido que tiene una debilidad por el arte. Tal vez él robó la Galería.

—Eso no sería suficiente para darle un nombre a un policía.

—No. Aoibhe se frotó la barbilla. —Eso es bastante desconcertante.

—E interesante. Ibarra la acercó una vez más, sus ojos oscuros bailando. —Finalmente, algo a nuestro favor.

—¿En qué manera?

—En la forma en que los seres humanos siempre han sido útiles, como una herramienta para nuestra agenda.

Ella lo alejó. —El golpe fracasó. La Curia no viene, y la Princesa de Umbría retiró sus tropas de nuestras fronteras. Si somos pacientes, el tiempo del Príncipe transcurrirá y él se debilitará. Entonces podemos atacar.

—Aoibhe, no estoy esperando que el Príncipe obtenga sus mil años.

—No seré parte de otro golpe, espetó. —Casi pierdo la cabeza en el último.

—No habrá un golpe.

Sus ojos marrones se estrecharon. —Entonces, ¿cómo sugieres que tomemos el trono?

—Permitimos que nuestros enemigos se deshagan del Príncipe, y luego tomamos el control.

—¿Qué te hace pensar que sobreviviríamos a una guerra con Venecia? ¿O con Umbría?

—Ah, esa es la belleza de mi plan. No provocamos una guerra. Simplemente motivamos a nuestros enemigos para que asesinen al Príncipe.

Ella salió volando por la habitación. —Esa fue la estrategia de Lorenzo. Vea qué tan exitoso fue.

Ibarra se enderezó la columna vertebral. —Soy más astuto que Lorenzo.

—El Príncipe fue hecho por los romanos. Él tiene su protección. Nadie se moverá contra él ahora.

—Ahora, quizás no. Ibarra sonrió. —Pero con la yesca apropiada... Hizo un gesto hacia arriba. —Una explosión.

Aoibhe lo miró sospechosamente. —¿Qué estás planeando?

Los ojos de Ibarra brillaron. —Una hoguera de vanidades.

CAPITULO 29

WILLIAM FUE SIEMPRE SERIO, siempre centrado. Pero después de la conversación inesperada mientras él lavaba su cabello, Raven observó un nuevo cambio en sus movimientos mientras la llevaba a la cama.

Su cuerpo desnudo estaba tenso con determinación y resolución. Se extendió sobre ella en la gran cama, sus antebrazos apoyando sus hombros.

Levantó la vista hacia los ojos grises de una pantera, evaluando y sin parpadear. Los músculos de su pecho eran duros e inflexibles mientras rozaban sus pechos.

Raven encontró su silencio enervante. Ella se mordió el labio, esperando que él hablara. Pero él permaneció en silencio.

Sin romper el contacto visual, su mano encontró su mejilla. Sus fríos dedos bailaron por la curva de su cuello, haciendo que su cuerpo temblara.

Luego tocó sus pechos.

Los movimientos de William fueron sin prisas, un contraste con el hambre en sus ojos. Continuó mirando mientras su mano ahuecaba su pecho lleno, su pulgar pasando sobre su pezón, suave. Repitió el movimiento varias veces antes de pasar al otro seno.

Raven suspiró mientras él bromeaba, su excitación aumentaba por la forma en que sus ojos permanecían fijos en los de ella. Él la miró, leyéndola, anticipando cada reacción. Su piel floreció con calor, a pesar de la frescura de su toque.

La palma de su mano se deslizó por sus curvas desde los senos a las caderas, alisando su abdomen y descendiendo, hasta la punta de sus muslos.

William cambió su peso, retirando sus caderas para poder arrodillarse entre sus piernas. Pero aún así, sus ojos brillantes permanecieron enfocados en los de ella.

Él colocó sus manos sobre sus muslos y presionó, separando sus piernas. Su mano se deslizó hacia donde ella lo deseaba más, su toque la incitó a deslizarse más cerca de él. Él rastreó, tentó, bromeó.

Raven cerró los ojos mientras las puntas de sus dedos patinaban entre sus piernas. Con un gruñido, ahuecó la parte posterior de su cabeza.

—Mírame, le ordenó.

Ella abrió los ojos, pero antes de que pudiera hablar, él reclamó su boca.

El beso de William fue firme. Hizo promesas y las exigió a cambio. Todo el tiempo, sus dedos bailaron entre sus piernas.

Raven jadeó.

Él la miró a los ojos mientras mantenía el ritmo, su toque lento y uniforme.

Raven se quedó sin aliento cuando sintió que el orgasmo se desarrollaba y finalmente la atrapó.

William continuó sus atenciones hasta que Raven se sacudió hacia atrás.

—Demasiado sensible, murmuró.

Él la besó, su lengua deslizándose contra la de ella mientras él se movía sobre ella una vez más.

Él tiró de sus rodillas para que presionasen sus costados. La punta de él rozó su entrada.

Raven se apoderó de sus hombros mientras la llenaba.

Una vez que estuvo asentado dentro de ella, William se abstuvo de moverse. En cambio, él acarició su rostro y trazó la plenitud de sus labios, humedecidos por su boca.

Una exhalación se le escapó, la suave respiración entre la piel de Raven, un estudiado contraste con sus ojos brillantes e impacientes.

Ella levantó sus caderas e inició un ritmo lento y profundo.

Raven se movió con él, aferrándose a sus hombros mientras sus poderosos empujes la empujaban hacia la cabecera.

Ella lo besó, sus lenguas coincidiendo con los movimientos de sus cuerpos inferiores.

William se arrastró hasta sus pechos, rozando un pezón con los dientes antes de meterlo en su boca fría. Comenzó un fuerte movimiento de succión alternando con suaves lametones que hicieron que Raven se tambaleara entre el placer y el dolor.

Sus dedos se deslizaron por su espina dorsal y por las firmes curvas de su trasero. Ella se agarró a él, instándolo a entrar una y otra vez.

William no se apresuraría. Su ritmo era seguro, pero lento, e impresionantemente profundo.

—Quiero tomarte. Su expresión se volvió peligrosa.

Ella logró asentir mientras él se adentraba y se retiraba, una y otra vez.

Cambió el ángulo, y Raven gimió, arañando en la parte inferior de la espalda.

—Parece que he llevado a un tigre a la cama. Él sonrió maliciosamente.

Raven arañó más fuerte, tratando de obligarlo a aumentar su ritmo. Sus uñas apenas hicieron una impresión en su piel pálida e impermeable.

—¿Por qué apurarse? Él agarró la cadera por encima de su pierna sana, ajustando el ángulo para que pudiera penetrarla más profundamente. —Tenemos horas para disfrutar el uno del otro.

Ella gimió ante la sugerencia. Seguramente estallaría en llamas antes de que transcurrieran unos minutos más.

Él la besó en la nariz. —Relájate.

Su boca le saboreó los senos. —Saborea las sensaciones.

—Me voy a venir. Ella arqueó su espalda y levantó sus pechos.

—Mereces más. Él mordió su pecho. Luego, con la boca sujeta en un pezón, aumentó su ritmo.

Raven se agarró a su trasero, atrayéndolo hacia ella.

Él levantó su boca hacia su cuello, su lengua saboreando la piel. Rodó la carne en su boca antes de usar el borde de sus dientes.

Raven murmuró algo que se derrumbó en un gemido cuando William comenzó a chupar su cuello.

Dos embestidas más y estaba llegando al clímax, conteniendo la respiración mientras se entregaba al placer.

William gruñó y mordió su cuello, sus dientes penetraron en su arteria. Introdujo sangre en su boca al ritmo de los latidos de su corazón, con los labios apretados en su cuello.

Todo el tiempo, continuó empujando, mientras su cuerpo se agarraba y se contraía a su alrededor.

Un tercer orgasmo persiguió al segundo, y Raven respiró irregularmente mientras su cuerpo permanecía apretado.

William tragó y disminuyó la succión en su cuello, esperando que ella se relajara en la disminución de su clímax. Cuando ella comenzó a ablandarse, él retiró sus dientes.

Ella inhaló, sus brazos se dejaron caer sobre el colchón.

La punta de su lengua hizo círculos flojos contra su herida. Él movió los labios arriba y abajo de su cuello, como si no pudiera soportar separarse de ella.

—No lo hiciste, susurró ella, sintiéndose mareada por la repentina pérdida de sangre.

—Todavía no. Él se deslizó por su cuerpo, asegurándose de que su barbilla marcara una línea entre sus pechos y hasta su ombligo.

Él le abrió las piernas, su boca flotando sobre el lugar donde aún temblaba. —Estoy de humor para saborear.

Bajó sus labios a la tierna carne.

CAPITULO 30

—*NO ES TU CASO.*

La voz del superior de Batelli sonó en sus oídos mientras cruzaba apresuradamente la Piazza della Signoria.

—*Olvídate del club.*

Fue bastante fácil descubrir al verdadero dueño del Teatro, el club que se le había prohibido buscar. Una corporación suiza lo poseía. Y aunque no pudo averiguar mucho acerca de la corporación, tomó el hecho de que era suizo para confirmar que el Teatro de alguna manera estaba conectado con William York.

Cuando se trataba del exclusivo Sr. York, todos los caminos de investigación conducían a Suiza, todos excepto Raven Wood, quien misteriosamente había desaparecido de Florencia después de que apareciera un cadáver en su edificio.

La policía que investigaba el asesinato había entregado el cadáver al FBI porque la víctima era estadounidense. El FBI lo había transferido a Roma para una autopsia. Habían prometido compartir sus hallazgos con la policía florentina.

Batelli había leído el expediente policial, invocando un favor de un amigo que tenía acceso a los documentos.

Raven Wood era una persona de interés en la muerte, pero también su hermana, que también había desaparecido.

Parecía que la investigación del asesinato, como la del robo de los Uffizi, se habían estancado.

Batelli tenía evidencia forense, pero había mantenido su existencia fuera de los periódicos. Tenía un pergamino que presumiblemente llevaba la letra de uno de los ladrones. El equipo forense de la Interpol identificó al escritor como masculino, pero les desconcertó su estilo de letra. Utilizó una mano muy antigua y muy desactualizada, una más acorde con los manuscritos medievales que los modos de escritura europeos contemporáneos. Las letras parecían haber sido escritas con una pluma.

El pergamino, como el rastro financiero que condujo de una misteriosa donación a los Uffizi de vuelta a una cuenta bancaria suiza numerada, era una pieza de un rompecabezas mucho más grande. El Teatro era otra pieza.

Por esta razón, Batelli estaba ansioso por investigar el club. Se enteró de su existencia a través de una fuente anónima, pero su supervisor le ordenó que abandonara la

investigación y se negó rotundamente a permitir que registrara las instalaciones.

Batelli encendió un cigarrillo mientras se encontraba a varios metros de la Loggia dei Lanzi.

Él sabía que no debía desafiar a sus superiores. Ya era una broma en todo el mundo, el detective que no tenía pistas ni perspectivas relacionadas con el mayor atraco de arte en la historia de los Uffizi. Era una cuestión de orgullo y justicia que continuara la investigación, aunque sus superiores ya lo habían asignado a otro caso.

Hizo copias de su archivo sobre el robo, incluida la información en el pergamino y la cuenta bancaria suiza. Él había transcrito sus notas ásperas, escritas a mano, incluyendo sus comentarios sobre Raven Wood y William York, y el prometido asesinado de su hermana. Aunque estaba completamente en contra del protocolo, él había hecho arreglos para que el archivo fuera entregado a un reportero en *La Nazione*, el periódico local, si algo malicioso le ocurría.

Batelli no era tonto. Aunque la muerte del agente Savola se había atribuido al crimen organizado ruso, las tripas de Batelli le dijeron que la muerte estaba relacionada con el robo. Era correcto que tomara precauciones.

Pero él no abandonaría el caso.

Tenía aliados que lo ayudaban a buscar a Raven Wood y su hermana, mientras resolvía encontrar un camino dentro del Teatro.

Una breve mirada alrededor, se dijo a sí mismo.

Eso es todo lo que necesitaba.

CAPITULO 31

RAVEN CLAVÓ EL BASTÓN en la grava, haciendo un patrón al azar. Estaba en el jardín de William, desafiando al sol de agosto cerca de una enorme y elaborada fuente que presentaba al dios Neptuno.

El jardín estaba ordenadamente arreglada con flores, setos y naranjos. Las grandes macetas de terracota contenían varias plantas, mientras que las rosas florecían entre los setos.

La fuente estaba ubicada al final de una pasarela adosada que se encontraba entre dos grandes macizos de flores, como el pasillo central de una iglesia. El aire estaba perfumado con cítricos y rosas.

Dos bocetos yacían abandonados cerca de los pies de Raven. Había tomado carbón en el papel y esbozó la cara de William, más querida que la suya. Cuando ella terminó y la Musa todavía se cernía sobre ella, había dibujado a Borek.

Ella no dibujó a su hermana.

Si cerraba los ojos, podía evocar días felices, cuando su padre estaba vivo y vivían en Portsmouth. Ella recordó su risa, su mano callosa sosteniendo la de ella, el profundo timbre de su voz.

—Papi, susurró, las lágrimas amenazantes.

Qué decepcionado estaría con ella. Cómo le había fallado al cuidar a Cara.

El leve suspiro de la brisa le acarició la cara y le atravesó los ojos con un largo mechón de pelo oscuro. Una sola palabra resonó en su corazón, hablada en la profunda voz de su padre, no.

No puedes hacer todo. No puedes ser perfecta. Solo tienes que ser tú misma y ser el mejor ser que puedas ser.

Tal era la sabiduría simple de su padre, o lo que ella podía recordar de eso.

La brisa volvió a suspirar y Raven se vio invadida por la impresión de que su padre habría comprendido.

El padre Kavanaugh, a pesar de su fe ciega, no lastimaría a Cara. Leía las Escrituras para consolarla en su dolor. Rezaría por ella y la enviaría a casa con el cuerpo de Dan. Si estaba dispuesto a arriesgar su vida y la ira del romano para salvar a Raven, ella misma, se aseguraría de que la Curia no maltratara a Cara.

Raven creyó esto. Pero había pasado una semana sin noticias del padre Kavanaugh o

Cara. Raven había llamado, enviado un mensaje de texto y enviado un correo electrónico. No hubo respuesta.

Raven parpadeó hacia el sol, dándose cuenta de que debería haber llevado gafas de sol o un sombrero. Se sentía como si hubiera estado viviendo en una cueva, como si no hubiera visto el sol en meses, en lugar de días. Ella quería que la calidez se cociera en su piel pálida y en su corazón. Pero estaba empezando a hacer demasiado calor.

William había prometido que averiguaría qué estaba pasando con Cara, pero en los días que siguieron a su regreso a Florencia, tuvo muy poco que informar. Anoche había descubierto que la Curia había inventado una historia sobre Dan y Cara siendo víctimas de un atraco. Ambos habían sufrido heridas en la cabeza, por lo que, según dijeron, Cara no recordaba el asalto.

Raven esperaba que con el tiempo Cara encontraría la curación, aunque se dio cuenta de que la pérdida de Dan formaría una cicatriz que nunca desaparecería.

—Aquí hay una alondra, bendiciendo mi jardín.

Se volvió y encontró a William a poca distancia, de pie bajo un enrejado cubierto de enredaderas, a la sombra del sol.

Ella sonrió. —No te esperaba hasta después de la puesta de sol.

—La ciudad está tranquila, y mis hermanos están descansando. Él la miró solemnemente.

—Tengo noticias de tu hermana.

Raven sintió que su corazón se saltaba un latido. —¿Dónde está ella?

—En camino a América. Tu sacerdote recibió la orden de acompañarla a ella y al cadáver. También está difundiendo el cuento de hadas sobre lo que sucedió.

—¿Ella está bien?

William apretó los labios. —Ella está de duelo. Pero una de nuestras fuentes me dijo que ella está sana.

—¿Ella me hablará?

—Creo que sí, pero deberías darle unos días más. Espera a que se instale en Estados Unidos y podamos determinar la influencia de la Curia en ella.

Raven volvió la cabeza. —No quiero esperar.

—Entiendo, pero mientras tu sacerdote esté con ella, cualquier información que le des a ella se le dará a él.

Raven cambió de tema. —¿Cuándo nos vamos a la Academia?

—Me temo que nuestros planes deben posponerse. Debo reunirme con el Consilium esta noche.

Raven usó su bastón para cavar en la grava, tratando de ocultar su decepción.

—Lo siento. Parecía apenado.

—Todo está bien. Mientras vuelvas.

—¿Por qué tan deprimida?

Ella hizo un ruido exasperado. —No puedo hablar con mi hermana. No puedo dejar la villa. ¿Que puedo hacer?

William se movió al borde de la sombra. —Ha habido demasiados disturbios, demasiados rumores. Ahora estoy muy seguro, y está claro que eres mi mayor debilidad.

Raven lo miró, un vampiro de siglos de antigüedad con poderes incalculables y la sabiduría de las edades. —Nadie que te mirara alguna vez pensaría que eres débil.

—Nadie que me miró cuando estabas ausente, tal vez. Pero estamos unidos, tú y yo.

Debe ser claro para quienes nos rodean, a pesar de lo mucho que he intentado ocultarlo.

Raven cavó en la grava de nuevo.

—He cometido un error, dijo William por fin.

Ahora Raven lo miró. —¿Qué quieres decir?

—Eres infeliz.

—No estoy acostumbrada a quedarme en un lugar todo el tiempo. Me gusta salir.

William pasó una mano sobre su boca. —Una alondra que está enjaulada nunca es tan hermosa como una alondra que es libre. Te lo dije una vez. Ahora te he enjaulado.

—Debe haber alguna forma de que deje la villa y aún esté a salvo. Eres el Príncipe de un reino seguro. Tienes el apoyo de los romanos.

Él bajó la voz. —Tengo muchos miedos también.

Raven levantó sus manos con exasperación. —Compártelos. Tengamos miedo juntos.

Pero no me dejes afuera, y por favor, por favor, no me dejes en una jaula.

William miró a su alrededor rápidamente antes de aventurarse en el sol.

Su movimiento fue tan rápido que Raven quedó sin aliento cuando lo vio de pie a su lado.

Tiernamente, le tocó la mejilla. —Mi mayor temor es que no pueda protegerte.

Ella agarró su muñeca. —Temo que te perderé. O la Curia vendrá y te llevará.

—Estoy luchando para que eso no suceda.

—Entonces déjame luchar a tu lado, William, no dentro de tu villa. Cuando te dije que tenía miedo de ser destruida por el amor, me dijiste que mis miedos fueran compartidos.

Tus miedos también se comparten. Tengo miedo de perderte o de que alguien te quite mis recuerdos de ti. Un grito de angustia escapó de su pecho. —Te amo, sabiendo que puede destruirme. Ámame como soy, discapacitada, mortal y frágil, mientras puedas.

—Lo hago, susurró. —Voy a-.

—Entonces llévame contigo.

La expresión de William creció en conflicto.

Ella frunció. —No me refiero a las reuniones de Consilium. No quiero volver nunca a uno de esos. Pero me gustaría ir al Opificio. El Palacio Pitti. Solía ser voluntaria en el orfanato. ¿Puedo hacer eso de nuevo?

William la miró con gravedad. —¿Es importante para ti?

—Mucho. Me gusta trabajar con niños. Tengo que hacer algo útil para la sociedad y no solo sentarme a esperar todo el tiempo.

—Puedes contribuir a la sociedad siendo quien eres.

—Eso no es suficiente.

—Estoy en desacuerdo. Pero también contribuyes preservando grandes obras de arte.

Frustrada, ella negó con la cabeza.

—Si deseas ser voluntaria, asignaré a alguien para que vaya contigo, ofreció William.

—Perdimos a los otros guardias de seguridad.

Raven recordó a Maximilian atacando a Marco y Luka. Habían muerto tratando de protegerla. —Gracias.

—Esta noche, cuando me encuentre con el Consilium, ¿te quedarás aquí?

—Por supuesto. Ella recogió sus materiales de arte. —Sé que el sol te está incomodando. Vamos a estar a la sombra.

William la tomó por el codo y la ayudó a levantarse. Él la escoltó de vuelta al enrejado. Él tomó los suministros de su mano, junto con su bastón, y los puso en una mesa cercana. Él juntó sus manos en las suyas y las colocó sobre su corazón.

Raven se distrajo momentáneamente por el extraño silencio debajo de sus palmas. Y luego, su corazón dio un vuelco.

—Yo- William frunció el ceño. —He pensado muchas veces en el precio que pagaría por amor. Pero debería haber estado pensando en el precio que tendrías que pagar.

—Sabía que cuando perdiera a mi padre mi vida nunca sería dulzura y luz, dijo Raven.

—Mayormente, estoy triste por mi hermana. Tener que quedarme aquí sola durante horas empeora las cosas porque no puedo dejar de preocuparme por todo.

Las cejas de William se juntaron. —Debería haberme dado cuenta. Lo siento. Debería haber tratado con Maximilian cuando tuve la oportunidad.

—Nadie sabe el futuro. Ciertamente no te culpo por lo que le hizo a Dan.

William se envolvió en sí mismo a su alrededor.

El agarre de Raven sobre él se tensó cuando ella se consoló por su cercanía. —Esto es a lo que debemos aferrarnos.

CAPITULO 32

—DANIEL FUE UN BUEN HOMBRE.

El padre Kavanaugh miró los ojos azules de Raven en la madre de Cara, Linda. Él asintió, pero no hizo ningún movimiento para estrechar su mano o abrazarla.

—¿Por qué Raven no vino contigo?

El padre comenzó ante su pregunta. Metió su mano en su bolsillo y se cerró sobre la reliquia que llevaba.

—Raven se está recuperando del ataque. Ella no está lo suficientemente bien para viajar. Linda lo miró con pena. —¿Crees que volverá a casa?

—No puedo responder eso.

—Pero estás cerca de ella, presionó Linda. —Ella confía en ti. ¿Tal vez podrías hablar con ella sobre volver a casa? Ella podría quedarse con nosotros. Tenemos mucho espacio.

—Señora. Shannon, no puedo reparar tu relación con tu hija. Solo tú y Raven pueden hacer eso.

—Pero mi familia está en ruinas. Linda colocó su mano sobre su brazo. —Necesitamos tu ayuda.

Por instinto, padre retiró su brazo. —Tu familia estaba en ruinas hace mucho tiempo, Sra. Shannon.

—¿Qué se supone que significa eso? Linda levantó la voz.

El Padre notó que los pocos dolientes restantes, incluido el nuevo esposo de Linda, habían dirigido su atención en su dirección.

Se llevó la mano a la frente y se frotó los pliegues. —Perdóname. Siento tu pérdida.

Intentó alejarse pero ella se paró frente a él. —Exijo saber lo que querías decir.

Sus ojos se movieron hacia los de ella. —Estoy hablando de lo que le pasó a Raven y a Cara cuando eran niñas.

Linda se ruborizó. —Raven está desequilibrada. Ella no sabe de lo que está hablando.

—¿Por qué tendría que rechazar sus reclamos antes de decirte lo que ella dijo?

Linda murmuró una vaga respuesta.

La expresión del sacerdote se volvió severa. —El arresto reciente de su ex-marido en California por abuso de menores corrobora el relato de Raven de lo que le sucedió a Cara.

La señora Shannon comenzó a protestar con vehemencia, pero él levantó la mano. —

Puedes mentirte a ti misma, y puedes mentir a todos los demás, incluso a tus hijas. Pero no puedes mentirme. Tu lo sabes.

Algo en sus ojos cambió.

Ella ajustó su bolso muy caro. —No tengo idea de lo que estás hablando.

Él se inclinó más cerca. —Sabes exactamente de lo que estoy hablando. Sabías lo que estaba pasando y no hiciste nada. Entonces Jane, tu hija- de- doce años, tomó el asunto en sus propias manos. Y ella pagó con su pierna.

—¡No sabes cómo era!, Gritó. —No entiendes.

—Entonces dime. Su voz volvió a callarse. —Estoy escuchando.

La mujer vaciló, algo trabajando detrás de sus ojos.

Miró a su alrededor y vio a los demás dolientes mirando el intercambio.

—Gracias por realizar el servicio, padre. Por favor, dile a Raven que espero que se sienta mejor pronto. Linda giró sobre sus talones y se alejó.

El padre Kavanaugh la vio partir. La vio tomar el brazo de su marido y caminar hacia la larga limusina negra que esperaba cerca.

Él levantó sus ojos hacia el cielo.

Había tratado de ayudar a Raven y a su familia durante muchos años. Agrietar la negación de Linda por primera vez debería haberse sentido como una victoria. Pero se sintió lejos de ser victorioso.

Ella necesitaba curación y amor tanto como sus hijas. Y él había sido duro con ella.

—Perdóname, susurró.

Sus pensamientos se desviaron hacia Raven, y él reflexionó sobre su carácter e inteligencia, su valentía y compasión.

De pie en el cementerio, con el cálido sol de Miami cayendo sobre él, el jesuita sintió que algo se movía en su corazón.

Sabía lo que Raven encontró en las manos del demonio que decía poseerla. Él no haría la vista gorda. Él no la abandonaría a su destino como la mascota de un vampiro, incluso si eso significaba el pecado de desobediencia y expulsión de la Curia.

El valor infinito de un alma superaba con creces cualquier responsabilidad que él tuviera con la Curia o los jesuitas.

Él sabía en su corazón que Dios estaba de acuerdo.

—Ayúdame, oró. —Muéstrame qué hacer.

Como en un susurro, el germen de una idea echó raíces en su mente.

CAPITULO 33

A ULTIMA HORA DE LA TARDE, de la semana siguiente, William y Raven salieron del Mercedes al amparo de la oscuridad y entraron en la Galería de la Academia.

—¿Cómo lograste esto? Raven miró más allá del guardia de seguridad hacia un pasillo vacío.

William sonrió, sus ojos grises brillando. —La galería está disponible para visitas privadas después de horas. A un precio.

La condujo escaleras abajo a un jardín privado que se abría desde la librería de la galería. El jardín estaba iluminado con velas y lámparas pequeñas. Una mesa envuelta en lino estaba de pie con una cubeta de champán encima.

Raven se cubrió la boca con sorpresa. —Esto es tan hermoso. No creo que haya estado aquí alguna vez.

La mano de William se extendió por su espalda baja mientras susurraba, —Tu belleza avergüenza al jardín.

Raven bajó la cabeza y se revolvió con su vestido. Era negro y estaba cubierto de rosas carmesíes, casi llegando a sus rodillas. El vestido se inclinó hacia abajo en el frente, llamando la atención sobre su generoso escote, y descubrió la mayor parte de su espalda, así como también sus brazos.

Sus mejillas se sonrojaron bajo la evaluación descarada de William.

Por su parte, William la había escandalizado poniéndose una camisa blanca, en lugar de su uniforme negro, con un traje negro. Él había evitado una corbata y desabotonó los dos botones superiores de su camisa, exponiendo su pecho con gran efecto.

—Este vestido es corto. Ella tiró del dobladillo, intentando en vano alargarlo.

William retrocedió unos pocos pies para mirarla. —Te he visto con mucho, mucho menos.

—En la cama, sí.

—No solo en la cama. Él sonrió. —En la ducha, en mi biblioteca, en la terraza, en mi jardín...

—Cogí el punto, interrumpió ella, el rubor aumentó en sus mejillas.

Él se paró frente a ella y envolvió sus brazos alrededor de su cintura. —Quería verte feliz.

—Gracias.

Él le apretó la espalda. —El gusto es mio.

Él le ofreció su brazo, y ella lo tomó. Exploraron el jardín brevemente antes de que

William guiara a Raven a un banco bajo de piedra para que pudiera descansar la pierna. Ella palmeó el espacio al lado de ella. —¿Te importa si te hago algunas preguntas sobre el Renacimiento?

William se unió a ella en el banco. —De ningún modo.

—¿Cómo era Beatrice?

William miró hacia el espacio. —Ella era hermosa. Ella era majestuosa. Tenía muchos admiradores, pero Dante probablemente era el más obsesivo.

—¿No te gustó él?

William hizo lo que cortésmente podría llamarse una cara de disgusto. —Era orgulloso, arrogante y astuto. Usó muchos artilugios para llamar su atención. Y él ya estaba casado. Raven miró al jardín, a las ventanas de cristal que dividían el interior de la galería desde el espacio exterior. —Dante la hizo inmortal. Debido a su amor, la gente ha estado leyendo sobre ella durante siglos.

—Podría hacerte inmortal. Los ojos grises de William se clavaron en los de ella.

—El arte es lo único que dura.

—Estoy en desacuerdo. Déjame cambiarte.

Ella miró hacia otro lado. —Hemos hablado de esto.

William estremeció un suspiro. —Sí lo hemos. Pensé que tal vez cambiarías de opinión. Raven cambió apresuradamente el tema. —Es triste que más personas no puedan disfrutar tus ilustraciones de Botticelli sobre Dante y Beatrice.

William se erizó. —Ellos tienen copias. Eso debe ser suficiente.

Él apoyó su mano en su hombro antes de moverse a la mesa. Levantó una botella del cubo de hielo.

Raven reconoció la etiqueta. Dom Pérignon.

Ella nunca lo había probado antes.

Ella observó con anticipación cómo William quitaba el corcho.

—¿Qué estamos celebrando? Raven tomó el vaso ofrecido, una vez que se llenó.

—Tú. Por tu felicidad. Levantó su copa y la golpeó contra la de ella.

—Por nuestra felicidad, William.

Ella probó el champagne, fresco y seco, con las burbujas más pequeñas. Era fresco y chispeante y absolutamente nada como todo lo que había probado antes.

Tomaron un sorbo en silencio por unos momentos. William la miró por encima del borde de su vaso.

Cuando ella terminó su champaña, colocó su vaso junto con el suyo en la mesa.

Él levantó su mano hacia sus labios. —A diferencia del resto de los humanos que andan tras los vampiros, no sueñas con ser inmortal. Dime con qué sueñas.

—Sueño con vivir contigo en paz. Me gustaría viajar contigo, algún día.

—¿A dónde?

—Me gustaría que me muestres York. Me gustaría visitar a mi hermana y asegurarme de que esté bien.

—¿Otros sueños? ¿Cosas que te gustaría lograr?

—Quiero continuar como voluntaria en el orfanato. Estoy agradecida de haber podido regresar esta semana.

—Disfruto de mi trabajo en los Uffizi. Comenzaremos a trabajar en una de las pinturas de Artemesia Gentileschi en septiembre. Me gustaría continuar siendo parte de ese equipo.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para asegurar que estés lo suficientemente segura como para hacer eso.

Raven sonrió, porque la idea la hacía feliz. —Me gustaría seguir trabajando en tu colección también, especialmente en el Michelangelo.

—Todo lo que tengo está a tu disposición. Besó las yemas de sus dedos, uno por uno.

—La paz vendrá a mi ciudad, y podré llevarte al extranjero.

—¿Me llevarías a ver a mi hermana?

—Estuve en Estados Unidos hace más de un siglo. Probablemente debería hacer otra visita.

—Gracias. Ella lo llevó hacia abajo para sentarse a su lado y apoyó su cabeza en su hombro. —¿Cuales son tus sueños?

Él colocó su brazo alrededor de ella.

—Pasar tanto tiempo dentro de ti como sea posible. Él le dio una mirada significativa antes de tomar su boca.

CAPITULO 34

EL INSPECTOR BATELLI FUMÓ un cigarro sólo a la vuelta de la esquina del club clandestino. Había pasado los últimos días trabajando en el nuevo caso que le habían asignado, mientras continuaba su vigilancia del club después de horas.

Estaba cansado, estaba frustrado, pero estaba decidido.

Esta noche era la noche. Iba a encontrar un camino dentro del edificio.

Ya había notado las idas y venidas de hombres y mujeres de diversas edades. Había marcado al gorila que estaba en el callejón afuera de la única entrada visible a todo el edificio.

Tenía que admitir que los guardias eran excepcionales. Eran grandes, intimidantes y nunca, nunca, tomaron un descanso. Batelli se preguntó sobre el tamaño de sus vejigas. Apagó el cigarrillo y se colocó en posición, de pie al otro lado de la calle. Desde este lugar sombreado, podía ver al gorila y la puerta, pero con suerte, el gorila no podía verlo. Batelli solo había estado en su nuevo puesto diez minutos cuando la puerta del club se abrió.

—Nunca regreses, advirtió una voz ominosa.

Un hombre de mediana estatura sostenía a dos hombres más grandes por el pescuezo de sus cuellos. Con una fuerza que contradecía su delgada estatura, el hombre los arrojó más allá del gorila y hacia la pared opuesta.

Chocaron contra la pared y cayeron al suelo, inmóviles.

—Prohibido de por vida, ordenó el hombre, hablando con el gorila. —Insultaron a Lady Aoibhe.

Las orejas de Batelli se pincharon ante el nombre desconocido.

Con un asentimiento, el hombre se retiró al club, cerrando la puerta detrás de él.

El gorila se acercó a los dos hombres, que parecían conscientes pero aturdidos.

Los levantó, uno a cada lado de su gran cuerpo, y los arrastró fuera del callejón y calle abajo.

Batelli no perdió tiempo en correr hacia la puerta del club. Trató de abrirlo, pero fue en vano.

Buscó un panel de seguridad o un teclado, pero no encontró nada.

Echó un vistazo por encima del hombro. El callejón todavía estaba vacío.

Pero el tiempo fue corto.

Él enroscó sus dedos alrededor del borde de la puerta, buscando a tientas algún tipo de pestillo.

—¿Qué tenemos aquí?

Batelli se apartó de la puerta.

Una figura encapuchada estaba parada en el extremo cerrado del callejón, habiéndose materializado en la oscuridad.

Batelli dio un paso atrás. Había revisado el callejón solo un momento antes. Había estado vacío.

La figura ladeó la cabeza hacia un lado. —¿Y usted es?

—Lorenzo, mintió Batelli. —Solo estoy conociendo a un amigo.

—Conocí a alguien llamado Lorenzo. Él no tenía amigos. La figura se detuvo. —Y tampoco tú.

Sin previo aviso, la figura voló hacia Batelli y lo agarró, antes de escalar el lado del Teatro y trepar al techo.

CAPITULO 35

JUSTO ANTES DEL AMANECER, Patrick Wong y Gina Molinari entraron en la Piazza Signoria, cerca de la Loggia dei Lanzi.

Había sido una de esas noches de verano inquietas y calurosas. Habían cenado tarde e ido a un bar con amigos. Una bebida se convirtió en varias y se cambiaron a un club de baile. Luego procedieron a otro bar.

No se habían quedado hasta tan tarde en mucho tiempo. Aunque estaban exhaustos e intoxicados, decidieron tomar un desvío a la *plaza* y caminar un poco.

La *plaza* estaba vacía -algo raro- como si el hermoso espacio hubiera sido reservado simplemente para la pareja de amantes.

Caminaron hacia la Loggia y comenzaron a besarse, sus cuerpos apoyados contra uno de los pilares de piedra. Un león tallado los miró.

Patrick sonrió a su amada, sus dedos jugando con su cabello.

Ella lo abrazó, y él correspondió, cerrando los ojos.

Cuando se abrieron, se encontró mirando hacia la estatua de Menelao y Patroclo, que estaba en el centro de la Loggia. No era una escena particularmente romántica.

Patrick miró embriagado al casco de Menelao. Luego levantó los ojos para mirar por encima.

Suspendido del techo había una larga cadena de hierro. Al final de la cadena había un gancho, que había sido incrustado en el abdomen de un cuerpo desnudo.

Patrick se apartó de Gina y subió las escaleras tambaleándose. Se frotó los ojos, temiendo que estuviera alucinando.

Pero no, al final de la cadena de hierro que colgaba de la parte superior de la Loggia estaba suspendido un hombre muerto -con las extremidades extendidas y la cabeza hacia atrás. Estaba desnudo y cubierto de sangre.

Gina gritó.

Patrick tropezó a su lado. Se apoyó contra una columna y vomitó, el contenido de su estómago chapoteando en el suelo.

Él vomitó de nuevo.

Gina lo sostuvo por la cintura, murmurando preocupada en su oído.

Cuando terminó, se limpió la boca con la manga de la camisa y miró hacia la *plaza*. Estaba vacío.

Cogió a Gina de la mano y la condujo fuera de la Loggia, al centro de la *plaza*. Recuperó su teléfono celular y marcó el número de la policía.

—Encontré un cuerpo, tartamudeó, mirando al cadáver que colgaba de la Loggia.

CAPITULO 36

UN SONIDO DE GOLPETEO despertó a Raven de un sueño profundo. William, que yacía desnudo a su lado, se levantó de la cama y se envolvió en una bata anticuada.

Rodó hacia un lado, sin querer abrir los ojos.

Oyó que se abría la puerta.

—¿Qué pasa? El tono de William fue brusco.

—Perdone la interrupción, mi Señor. Ambrogio casi tartamudeó. —Ha habido un incidente.

—¿Qué tipo de incidente?

Raven abrió los ojos para ver a William moverse hacia el pasillo, cerrando la puerta a su conversación.

Oyó murmullos en el pasillo pero no pudo distinguir las palabras, hasta que William maldijo en voz alta.

Volvió a entrar al dormitorio y se dirigió a uno de los armarios, quitándose la ropa.

Raven se sentó. —¿Qué pasa?

—El cuerpo de Inspector Batelli cuelga de un gancho para carne en la Loggia dei Lanzi. William arrojó su bata al suelo y comenzó a ponerse los pantalones.

—¿Qué?

—Las fotografías de la escena se han hecho públicas. La Curia ya se habrá enterado de esto.

—¿Estás en peligro?

William volvió la cabeza.

Su expresión se suavizó. —No, mi alondra. Pero debo actuar de inmediato.

Él continuó vistiéndose mientras parpadeaba lejos de dormir. —¿Por qué alguien mataría a Batelli?

William se abrochó la camisa. —Es la presentación del cuerpo lo que es más revelador. Estaba posicionado en un lugar público, justo cuando el sol estaba saliendo. Quien lo hizo sabía que nuestros intentos de encubrir la matanza serían obstaculizados por el sol.

—¿No crees que la Curia hiciera esto?

—Es posible. Pero es más probable que se tratara de un vampiro, que busca atacarme personalmente.

—¿Cómo?

—Al exponer mi conexión a las ilustraciones y a los malditos Emerson. Al exponer mi conexión contigo. Él se movió a su lado y la besó profundamente. —Ten cuidado. Ten cuidado. —Preferiría que no salieras de la villa hoy, pero si lo haces, por favor haz que Ambrogio me informe. Asegúrate de llevar a los guardias de seguridad contigo. Desapareció por la puerta.

CAPITULO 37

—¿QUÉ MIERDA? Gabriel Emerson se tomó la cabeza con ambas manos mientras miraba conmovido la imagen en su computadora portátil.

Estaba sentado en la mesa de la cocina de su casa de Harvard Square, haciendo compañía a Julia. Clare tenía una infección en el oído y había pasado la mayor parte de la noche llorando. Julia sostuvo a la niña en sus brazos, paseándose por el piso de la cocina en un intento de calmarla.

Había sido una noche larga.

—Lenguaje, lo reprendió Julia, frunciéndole el ceño sobre la cabeza del bebé.

Ignoró su reproche, pasando algunas páginas en su computadora.

—¿Qué pasa? Ella caminó hacia él, pero él cerró la computadora portátil con un chasquido.

—No mires.

Sus cejas se arrugaron. —¿Por qué no?

Gabriel pasó sus dedos por su cabello alborotado. —¿Recuerdas al oficial *carabinieri* que fue asignado para investigar el robo de los Uffizi?

—Sí, ¿y él?

—Él está muerto.

—¿Muerto? La mano de Julia fue hacia la cabeza de Clare, como si cubriéndola pudiera protegerla.

—Asesinado. Gabriel hizo un gesto hacia su computadora portátil. —Hay fotografías del cuerpo, en todo internet.

—No deberían publicar imágenes como esa. ¿No tienen respeto por su familia?

Gabriel maldijo de nuevo, sus manos en su cabello.

—El pobre hombre. Julia acunó a Clare en su hombro. —Me pregunto si tuvo hijos.

—Esto también es malo para nosotros. Los ojos azules de Gabriel ardieron. —El cuerpo del inspector estaba posado cerca de los Uffizi. Alguien está haciendo una declaración.

—¿Quieres decir que el robo está relacionado con el asesinato?

—Es posible. En realidad, es más que posible. Es probable. Él fue el investigador principal. Esas ilustraciones valen mucho dinero. Quizás estuvo cerca de encontrarlos.

—¿Qué hay del extraño hombre que vino a verte a Umbría? ¿Crees que él está involucrado? Julia sostuvo a Clare aún más fuerte, rebotando ligeramente mientras ella

gemía.

Gabriel se levantó, empujando su silla a un lado. —Voy a llamar a Vitali. Es de mañana allí y estoy seguro de que habrá escuchado las noticias.

—Gabriel... Julia vaciló, su mirada pasando de su hija a su marido. —Ese hombre te amenazó. ¿Estamos en peligro?

—Sabré más una vez que hable con Vitali, pero es demasiada coincidencia. No me arriesgaré, no contigo y Clare.

—¿Qué vamos a hacer?

—Después de hablar con Vitali, vamos a hacer las maletas y dirigirnos al aeropuerto de Logan. Vamos a estar en el próximo vuelo. Una vez que salgamos de Boston, podemos decidir a dónde ir luego.

Él colocó sus brazos alrededor de su familia y besó la sien de su esposa. —Vamos a viajar al oeste.

CAPITULO 38

LA GRAN CÁMARA DEL CONCEJO estaba vacía, salvo el Príncipe y su jefe de seguridad.

Gregor se acercó al trono y se inclinó, manteniendo la cabeza gacha.

El Príncipe resopló con impaciencia. —Fuera con eso.

—Lo siento, mi Señor. La noticia de la muerte del policía ha sido ampliamente reportada.

Debido a que el cuerpo fue encontrado cuando el sol estaba saliendo, los testigos pudieron tomar fotografías.

—Estoy al tanto de la falla de los servicios de seguridad. ¿Tienes algo nuevo que informar?

—La red de inteligencia humana pudo asegurar el cuerpo, pero no antes de que se realizara una autopsia preliminar.

El Príncipe golpeó su puño contra el apoyabrazos. —¿Cómo podrían ser tan descuidados?

Gregor palpó su cuello. —Es un caso de alto perfil, mi Señor. La autopsia fue conducida inmediatamente.

—Eres el jefe de seguridad. ¿Has hecho algún progreso para encontrar al asesino?

Gregor se aclaró la garganta. —Los servicios de seguridad han estado hablando con los hermanos. Nadie admite haberlo matado, pero el policía fue visto cerca de Teatro antes de su muerte. Una figura encapuchada fue captada en una cinta de video. Parece que secuestró al policía.

El Príncipe se inclinó hacia adelante en su trono. —Tienes un sospechoso. Bueno. ¿Estás seguro de que la figura es masculina?

—Si mi señor. Por varias razones, utilizamos imágenes de Lady Aoibhe como una comparación. En tamaño y en proporción, la figura era masculina. Si se me permite especular, la figura me recuerda a Ibarra.

—¿Has hablado con Aoibhe?

—No, mi señor. Muchos testigos pueden dar fe de su presencia en el Teatro antes y después del secuestro. Desde entonces, no hemos podido localizarla.

Los ojos del Príncipe se posaron en la silla vacía en la que Aoibhe estaba sentada durante las reuniones del Consilium. —Si Ibarra todavía está en la ciudad, debe ser encontrado, y rápido.

—Si mi señor. Lo he estado buscando personalmente, pero es difícil de alcanzar. Gregor arrastró los pies.

Los ojos de águila del príncipe notaron el movimiento de Gregor. —¿Supongo que tienes más para informar?

—Si mi señor. *La Nazione* ha publicado un artículo que detalla la investigación del policía muerto sobre el robo de los Uffizi. El periodista dice tener acceso a los documentos privados del inspector. Exige que los *carabinieri* e Interpol emprendan la investigación y que persigan al principal sospechoso.

—¿Y quién es el principal sospechoso?

—William York.

El Príncipe inmovilizó a su asistente en el lugar con su mirada. —¿Cómo se permitió esto?

Gregor alzó la mirada hacia la soberana con angustia. —Nuestra red de inteligencia no tenía conocimiento de una conexión entre el policía y el periodista. Parece que los materiales se transfirieron de uno a otro con la instrucción de que deberían hacerse públicos en caso de que ocurriera algo inoportuno.

Las manos de William se curvaron en puños. —¿Estamos aprendiendo de esto ahora? ¿Después de que todo el mundo haya leído sobre eso?

Gregor hizo una mueca. —Si mi señor. El artículo también informa que los archivos han sido transferidos a la Interpol. Incluso si tuviéramos que tratar con el periodista, la información habrá sido vista por muchas personas.

—¿Dónde estamos?

—Alguien del equipo médico filtró detalles de la autopsia a la prensa. Se ha informado que el cuerpo del humano fue desangrado antes de morir y que había marcas de mordidas en su cuello.

El Príncipe levantó un cáliz de oro de una mesa cercana y lo lanzó a través de la cámara del consejo. Golpeó la pared posterior, que fue tallada en piedra, y se hizo añicos al impactar.

—Dime que los periódicos no están mencionando vampiros.

Gregor tragó ruidosamente. —No puedo decirlo, mi Señor. Sin embargo, también están mencionando a Satanistas.

—Si tan solo los satanistas pudieran reclamar la responsabilidad, murmuró el Príncipe.

—Espero que la Curia ya esté en camino.

—En este sentido, puedo ofrecer buenas noticias, mi Señor. La noticia de Roma es que la Curia simplemente observa, demasiado recelosa del romano para actuar contra su aliado.

—Eso es algo positivo. El Príncipe se enderezó. —Ordene a la red de inteligencia humana que fabrique evidencia que respalde un escenario alternativo, uno que implique a alguien

que no sea un vampiro. Los adoradores de Satanás son bastante convenientes.

—Trata con el periodista e identifica a un nuevo sospechoso relacionado con el robo de los Uffizi, alguien del personal de seguridad.

—¿Con qué evidencia, mi Señor?

—Con cualquier evidencia que se pueda crear en un corto período de tiempo, gruñó el Príncipe. —Se supone que la red de inteligencia humana es inteligente. Diles que usen sus cabezas.

—Si mi señor.

El Príncipe fijó su mirada severa al jefe de seguridad. —El servicio de seguridad necesita encontrar a Ibarra y traerlo a mí. Iré en busca de Aoibhe.

—Mira que tengamos tropas apostadas en nuestras fronteras en caso de una incursión, y contacta a nuestros espías en Roma. Quiero saber si podemos esperar alguna reacción de la Curia.

—Envíale un mensaje al Romano como cortesía, dándole las gracias por nuestra alianza y asegurándole que tengo el control del principado y que todos los riesgos de seguridad serán tratados rápidamente. Hizo una pausa. —Y Gregor, cuídate de mejorar tu servicio.

—Absolutamente, mi Señor.

Gregor se inclinó y salió corriendo de la cámara del consejo como si los sabuesos del infierno lo estuvieran persiguiendo.

CAPITULO 39

Raven estaba en el pasillo buscando a William cuando escuchó voces detrás de las puertas cerradas de su biblioteca. Sin molestarse en llamar, ella entró a la habitación. Lucía y Ambrogio estaban en el otro extremo de la biblioteca, frente al escritorio de William.

William le hizo señas cuando terminó sus instrucciones. —A Ginebra. Pero solo en circunstancias extremas.

—Sí, mi señor. Los sirvientes respondieron al unísono.

—Pueden retirarse.

Los dos humanos se inclinaron y salieron de la biblioteca, asintiendo a Raven mientras salían.

Ella se apoyó en su bastón mientras cruzaba hacia su escritorio. —¿Qué hay en Ginebra?

—El Trivium.

—¿Que es eso?

—Mi banco. William salió de detrás de su escritorio. Él tomó sus manos en las suyas.

—Si necesita huir de Florencia, vas a Via San Zanobi, número treinta y tres. Pregunta por Sarah. Ella te proporcionará un pasaje seguro fuera de la ciudad.

—Me lo has dicho antes. Ella buscó en sus ojos. —¿Ha cambiado algo?

—Un periódico ha impreso la historia de la muerte de Batelli. Mencionaron mi nombre y el tuyo.

Raven estaba horrorizada. —¿Por qué?

—Batelli nos estaba investigando en relación con el robo de los Uffizi.

—¡Pero eso es una mentira! Fui entrevistada, pero nunca fui una sospechosa oficial.

—El periódico está informando lo que Batelli grabó en sus documentos personales.

Raven se llevó una mano a la frente. —El director de los Uffizi verá esto. Lo mismo hará el profesor Urbano. Podría perder mi trabajo en el próximo proyecto de restauración.

William se apoderó de sus brazos. —No voy a permitir que eso suceda. Incluso ahora, mi red de inteligencia está desinformando. En unos días, el péndulo oscilará en nuestra dirección.

Raven se apoyó en el escritorio. —Quiero continuar viviendo en mi mundo. Mi trabajo en los Uffizi es realmente importante para mí.

Él envolvió su mano alrededor de su cuello. —Entendido. Solo dame unos días.

—Alguien está tratando de quitarte el principado. Está la Curia de un lado y el vampiro intruso del otro lado.

Él retiró su mano y dio un paso atrás. —Eso es cierto, pero tenemos el apoyo de los romanos. Tenemos aliados en Venecia y Umbria. La corriente cambiará.

Ella agarró su mano. —¿Estás seguro?

—Sí. Si estoy equivocado, ya he hecho un camino para que puedas escapar de la ciudad.

Ella le agarró la mano con fuerza. —No me iré sin ti.

—No tendrás que hacerlo. William se miró las manos. —Tengo una idea de quién es el traidor, y lo voy a encontrar. Solo necesito un poco de tiempo.

—¿Qué hay de la Curia?

—La Curia no quiere una guerra con los romanos. Ellos harán ruidos, estoy seguro, pero serán lentos para actuar.

—Debo mostrar a la Curia y al mundo que Florencia está firmemente bajo mi control. Llevará un par de días. Levantó los ojos para encontrarse con los de ella. —¿Puedes darme eso?

—No te voy a dejar, William. Ella se apoyó contra él. —Pero si la ciudad cae y tenemos que huir, ¿lo harás?

—Pregúntame cuando llegue el momento, susurró, presionando su cabeza contra su pecho.

CAPITULO 50

EL PRÍNCIPE DE FLORENCIA estaba parado en una azotea en el centro de la ciudad, esperando su momento.

Sabía que Ibarra todavía estaba dentro de la ciudad o cerca, observando las secuelas de su violencia pública con júbilo. Aoibhe sabía dónde estaba, si ella no estaba con él.

Con práctica facilidad, el Príncipe había rastreado a Aoibhe en el transcurso de la noche, siguiéndola hasta un edificio abandonado que estaba a pocas puertas de una iglesia. El sitio no estaba lo suficientemente cerca como para disuadir por completo a otros vampiros, pero estaba lo suficientemente cerca como para detenerlos. Sin duda, ella había elegido la ubicación en consecuencia.

Él no sería disuadido.

Aoibhe estaba lista para alimentarse y había llevado a un hombre joven y guapo a un apartamento en el último piso. Le gustaba jugar con su comida, por eso el Príncipe estaba esperando.

Él se había cuidado de aplacar su ira. Aoibhe había sido un aliado y había luchado a su lado. Ella le había dado su sangre para ayudar a la hermana de Raven. Pero ella siempre había sido ambiciosa. Se había acostado con Ibarra con la esperanza de poder ayudarlo a derrocar la ciudad.

Al Príncipe no le importaba con quién fornicaba ni por qué. Él no perdonaría su traición. Cuando estuvo seguro de que había llegado el momento oportuno, bajó del tejado y giró los pies por la ventana de vidrio, haciéndolo añicos.

Gritos vinieron de una cama cercana.

Aoibhe estaba a horcajadas sobre su amante, su pelo rojo caía por su espalda desnuda. Su cabeza se volvió hacia el Príncipe, su expresión era de horror.

—¿Qué diablos? El joven agarró a Aoibhe por las caderas, intentando moverla.

Aoibhe le dio una bofetada. —Cierra la boca, si quieres vivir.

Ella se bajó de él y se paró al lado de la cama.

—¿Cuál es el significado de esto? Sus manos fueron a sus caderas.

—Pisa con cuidado, Aoibhe, susurró el Príncipe. —No eres la parte ofendida.

Aoibhe bajó sus brazos y sonrió ingeniosamente. —Su presencia siempre es bienvenida, mi Señor. Simplemente estoy sorprendida.

—Vístete. Sacó una pila de terciopelo verde de una silla cercana y se la arrojó.

—Oye, ¿qué está pasando?, Exigió su amante.

—Silencia a tu mascota, o lo haré. El príncipe mantuvo sus ojos enojados centrados en Aoibhe.

—Tienes que irte. Aoibhe despidió al hombre antes de ponerse el vestido sobre su cabeza.

—¿Por qué no se va él? El hombre hizo un puchero, rodando sobre su costado.

Aoibhe voló sobre el joven y le agarró la garganta. Ella apretó hasta que el hombre cayó inconsciente.

Luego, como si nada hubiera ocurrido, se dejó caer al borde de la cama y se levantó, arreglándose su vestido de terciopelo verde para lograr el mejor efecto.

—Perdón, mi señor. Ella deslizó sus pies en un par de zapatillas. —¿Como puedo servirle? El labio superior del Príncipe se curvó con disgusto. —¿Dónde está Ibarra?

—No lo sé. Aoibhe se puso el pelo detrás de los hombros. —Probablemente esté en el País Vasco.

En un movimiento rápido como un rayo, el Príncipe recuperó una daga de su cinturón y pasó rápidamente junto a Aoibhe.

Gritó y agarró su cuero cabelludo cuando un repentino dolor la atravesó. —¿Qué está haciendo?

El Príncipe ya estaba en el otro lado de la habitación. En una mano sostenía un gran mechón de pelo rojo.

En el otro, sostuvo el arma.

Arrojó los rizos al piso y envainó su daga. —La próxima vez, será tu cabeza. Repito, ¿dónde está Ibarra?

Aoibhe tocó su cabello y otro grupo cayó. El Príncipe había cortado los largos mechones que colgaban sobre su hombro izquierdo precisamente por la mitad.

Ella miró los rizos, como si no pudiera comprender lo que había sucedido.

—¡Aoibhe!, Espetó. —¿Dónde está Ibarra?

—No lo sé. Ella levantó la cabeza lentamente, como si estuviera conmocionada. —No lo he visto en un par de días.

—Admites que lo has visto.

—Sí, susurró. Su esbelta y pálida garganta se movió mientras medía su reacción.

—¿Sabías que iba a colgar a un policía en la Loggia dei Lanzi?

Sus ojos se encontraron con los suyos. —No. Él quiere su venganza contra ti, pero pensé que sería atrapado antes de esto.

—Gregor y el equipo de seguridad estuvieron cerca de capturarlo más de una vez.

—Podría haber sido atrapado si me hubieras dicho dónde estaba.

Aoibhe frunció el ceño. —¿Y me hubieras ejecutado? No soy suicida.

—Muéstrame dónde lo viste.

Su mano izquierda fue a sus mechones cortados. —¿Y ser ejecutada tan pronto como lo encuentres? No.

—Me traicionaste, Aoibhe. Su voz era glacial. —Ya estás muerta.

—Entonces encuentra a Ibarra tú mismo. Ella cruzó sus brazos sobre su pecho, sus ojos oscuros desafiantes.

La boca del Príncipe presionó en una línea dura. —No estás en condiciones de negociar.

—Nuestra relación ha sido una gran negociación. No sabía que Ibarra iba a matar a un policía y colgarlo hacia arriba. Se ha vuelto loco.

—Estoy esperando.

—Quieres a Ibarra. Quiero mi cabeza. Te guío hacia él, tú eliminas a un loco de la ciudad y yo escapo de la espada. Ambos obtenemos lo que queremos.

—La misericordia es un precio demasiado grande.

—Es un intercambio -su muerte por mi vida. Aceptaré irme de la ciudad cuando él esté muerto. La mano de Aoibhe volvió a su cabello.

El Príncipe notó el menor temblor en su mano.

—Llévame a él.

CAPITULO 51

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Raven se levantó temprano, vistiéndose con un bonito vestido amarillo y sandalias bajas.

William no había regresado después de su conversación el día anterior.

Durante el desayuno, Lucía le informó que su señoría estaba ocupado, pero planeaba regresar antes del atardecer.

Después del desayuno, Raven se retiró a la biblioteca, donde extendió el papel y el carbón y comenzó a dibujar la vista sobre ella, a través del enorme techo abovedado de cristal. Era un día brillante y soleado, y el cielo era azul vibrante. Solo el pequeño rayo de nubes navegaba sobre sus cabezas.

Sus dedos estaban negros por el carbón una hora más tarde cuando sonó su teléfono celular.

Padre Kavanaugh.

Ella rechazó la llamada.

Unos segundos más tarde, volvió a llamar.

Ella rechazó la llamada.

Llamó de nuevo.

Con un bufido, arrojó su carbón a un lado, se secó las manos con un trapo y contestó el teléfono.

—¿Sí?

—Raven, ¿dónde estás? El tono del Padre no era casual.

—Estoy en Florencia.

—¿Dónde en Florencia?

—No voy a decirte eso. ¿Dónde estás? ¿Dónde está Cara?

—Tienes que irte de Florencia de una vez. Es muy peligroso. Existen-

—Estoy bien, interrumpió. —Cuéntame sobre Cara.

El sacerdote hizo una pausa, y Raven escuchó algo amortiguado en el fondo.

—He vuelto a Italia. Cara está en Miami con tu madre.

—¿Cómo pudiste? Raven le reprochó. —¿Simplemente la entregas a nuestra madre, después de todo?

—Cara necesitaba un lugar donde quedarse hasta que esté lista para regresar a la casa que compartía con su prometido.

Padre se aclaró la garganta. —Raven, tienes que irte de Florencia. Las cosas se están cayendo a pedazos, y no podré protegerte.

—No necesito tu protección.

—¡No cuelgues! Padre gritó.

Una vez más, Raven podía oír algo amortiguado en el fondo, como si el sacerdote estuviera en un automóvil en movimiento.

—Escuché lo que dijiste. No me iré de la ciudad. Llámame cuando quieras hablar sobre Cara. Raven tocó su pantalla para finalizar la llamada.

Padre llamó de nuevo.

Ella declinó.

Llamó de nuevo, y ella lo dejó sonar.

Ella recogió su carbón y volvió a su dibujo. El arte siempre le había proporcionado un consuelo, además de una ocupación. Estaba contenta de olvidar su conflicto con el padre Kavanaugh y su ansiedad por su hermana, y perderse en su bosquejo.

Quince minutos después, sonó una alarma fuerte y chillona.

Raven se cubrió las orejas. No podía decir si era una alarma de incendios o una alarma antirrobo, pero el sonido era ensordecedor.

Levantó su bastón y comenzó a caminar hacia la puerta cuando Lucía irrumpió, cerrando el cerrojo detrás de ella.

—Ha habido una violación de seguridad. Alguien ha cruzado la valla. Lucía la tomó del brazo y la apresuró hacia una de las estanterías. —Necesitas evacuar.

—¿Evacuar? Raven miró alrededor de la habitación. —¿No podemos llamar a la policía?

—Este es el protocolo. Se notificará a su señoría, pero él es inalcanzable en este momento. Lucía abrió un cajón y sacó una linterna, un teléfono celular y un trozo de papel, que colocó en las manos de Raven. Tocó un volumen en la estantería y toda la estantería se abrió hacia adentro.

Lucía escoltó a Raven a la entrada secreta. —Baja la escalera. Dobla a la derecha. Ve al final del pasillo. Ingrese el número escrito en esa hoja de papel en el teclado al lado de la puerta. Se abrirá para revelar un pasaje que corre debajo de la ciudad. Asegúrate de cerrar la puerta detrás de ti.

—Espera. Raven plantó sus pies. —¿Que pasa contigo? ¿Qué hay de Ambrogio?

—Seguimos las órdenes de su señoría.

—¡Olvida eso! Tienes que venir conmigo.

Lucía la miró impasible. —Las órdenes de su señoría siempre se obedecen. Una vez que

ingrese al pasaje, encontrará una red de túneles. Su señoría la encontrará, pero debe irse ahora. Los intrusos están armados.

Lucía la empujó a través de la puerta cuando el sonido de pesadas pisadas resonó desde afuera de la biblioteca.

Alguien comenzó a tocar la manija de la puerta.

—Date prisa. Lucía la empujó de nuevo y se retiró, cerrando la puerta secreta.

Raven se quedó parado en la oscuridad total.

Buscó a tientas la linterna y un rayo de luz brilló por la escalera de caracol.

Las escaleras eran familiares, pero Raven no podía recordar cuándo las había visto.

Quizás la noche que William la llevó a ver a su padrastro.

Su estómago rodó.

Cojeó torpemente por las escaleras, respirando superficialmente contra el aire húmedo.

Olía a moho y antiguo.

Un largo pasillo estaba al pie de la escalera, salpicado por una serie de puertas de madera.

Raven escuchó ruidos procedentes de pisadas altas y voces elevadas.

Ella aceleró el paso, caminando con tanta velocidad como pudo hacia la puerta al final del pasillo.

Ella escuchó más pasos arriba. Algo comenzó a golpear fuerte y repetidamente.

Cuando se acercó a la puerta al final del corredor, vio un teclado numérico.

Dejó el bastón a un lado, buscando a tientas el pedazo de papel que Lucía le había clavado. Ella encendió la linterna para poder ver los números.

Alguien gritó por encima de ella y oyó el estrépito de las cosas arrojadas al suelo de la biblioteca.

Con dedos temblorosos, ella marcó el código. El teclado sonó y ella...

Nada.

Intentó abrir la puerta y se sorprendió al descubrir que se abrió con facilidad.

Bloqueando los sonidos de la biblioteca del piso de arriba, agarró su bastón y atravesó la puerta.

Ella lo cerró rápidamente y se apoyó en él, tomando una respiración profunda.

Algo se deslizó por su pie. Sin pensar en las consecuencias, ella gritó.

CAPITULO 52

—PODRÍAMOS GOLPEAR LA PUERTA. El comandante de la unidad de las fuerzas especiales de la Curia golpeó con el puño la puerta secreta que había descubierto.

—Pero la policía local probablemente esté en camino. No tenemos mucho tiempo.

El padre Kavanaugh estaba junto a él en la biblioteca del Príncipe, sosteniendo el teléfono celular de Raven. —Ella dejó su teléfono. No tengo forma de rastrearla ahora.

—Vinimos preparados para irrumpir en Palazzo Riccardi. El tono del comandante Sullivan era irritable, su acento de Nueva York más pronunciado. —No proporcionó esquemas para este edificio.

—Nuestras fuentes nos dijeron que había una residencia secundaria, pero nadie creía que podría ser esta. Aquí hay reliquias.

El comandante se encogió de hombros. —Tú eres el Padre.

—Nada en el seminario me preparó para esto, murmuró Padre.

—Acordamos una extracción simple, Padre, fuera del libro. Puedo darte hasta una hora antes del atardecer y luego, mis hombres y yo empacamos y salimos, con o sin la chica. Padre miró al soldado con incredulidad. —No podemos dejarla.

—No me encerrarán aquí por la noche con solo nueve hombres.

Padre tiró de su barba. —¿Que sugieres?

—Rastreamos la tarjeta SIM en su teléfono celular. Ella estaba en esta habitación hasta que cruzamos la pared.

—Detrás de la puerta podría haber una habitación segura o acceso a un túnel. Podemos ingresar al sistema de túneles afuera y hacer un barrido. Pero no estamos armados para un compromiso a gran escala.

—¿Tienes tiempo para localizar las reliquias?

—Negativo. Necesitamos desalojar antes de que los hostiles nos caigan encima.

El sacerdote miró alrededor de la habitación. Era un caos. Papeles y libros habían sido arrojados al piso mientras los soldados buscaban una salida oculta. Habían logrado enfurecer al Príncipe sin asegurar a Raven.

Había fallado en su misión y probablemente estaba a punto de ser expulsado de la Curia, si no estuviera ya expulsado.

Pero él no iba a rendirse.

—Busquemos los túneles, le dijo al comandante, quien ordenó a su equipo que

retrocediera.

El Padre echó un último vistazo antes de guardarse el teléfono celular de Raven.

CAPITULO 53

AOIBHE TOCÓ SUS BUCLES CORTADOS, comparándolos con los mechones más largos de su cabello. La habían despojado de su posición en el Consilium y la habían excluido de su asiento de honor habitual cerca del trono. La habían forzado a pararse junto a la pared, custodiada por dos soldados, mientras el Príncipe atendía los asuntos de estado.

Ibarra no le había informado sobre su plan de matar a un policía y colgar su cuerpo para que el mundo lo viera.

Tenía que admitir que era una manera ingeniosa y desviada de desestabilizar el principado. Debería haberse escondido para ver cómo funcionaba.

Ahora ella era la prisionera del príncipe y estaba segura de la muerte, ya que no había podido llevarlo a Ibarra.

Ella lo maldijo. Si alguna vez volvía a ver a Ibarra, lo destruiría ella misma.

Su pobre cabello.

Las uñas y el cabello de un vampiro crecían terriblemente lento. Le había llevado décadas cultivar los largos y brillantes mechones que eran su gloria suprema. Ahora su cabello era horriblemente asimétrico. Ella quería llorar.

—¿Mi Señor? Una voz vacilante llegó desde la puerta de la sala del consejo.

El Príncipe hizo un gesto a Theodore, uno de sus sirvientes del Palazzo Riccardi, para que se adelantara.

—¿Qué pasa?

—Un mensaje urgente de la villa, mi Señor. Mientras se acercaba al trono, Theodore miró a Aoibhe.

—Acércate, el Príncipe hizo señas.

El sirviente se movió lo suficientemente cerca para susurrar. —La villa ha sido violada. Me dijeron que su mascota pudo escapar a los túneles.

William agarró a Theodore por la camisa. —¿Cuándo?

—Dentro de la hora. Tomó tiempo para que se transmitiera el mensaje porque los intrusos tenían a Lucía y a Ambrogio como rehenes.

—¿Qué noticias hay de mi mascota?

—Ninguno, mi señor. Theodore parpadeó rápidamente. —Ella todavía debe estar en los túneles.

—Pregúntale a Ambrogio si hay alguna forma de determinar su ubicación. Infórmame de

inmediato.

Theodore asintió, y el Príncipe lo liberó. —¿Cuál es el estado de la villa?

—Los sirvientes están tratando de reparar el daño hecho por los intrusos. Theodore se aclaró la garganta.

—Ambrogio informa que uno de los hombres llevaba un cuello de clérigo y hablaba de fuentes de inteligencia.

Un extraño tipo de silencio llenó la cámara del consejo cuando tanto el Príncipe como Aoibhe absorbieron la siniestra revelación del sirviente.

—Dile a Ambrogio que se prepare en caso de que necesitemos iniciar el protocolo de Ginebra. Y busca a Gregor, añadió el Príncipe, presionando un puño sobre su boca. El sirviente se inclinó una segunda vez y se escabulló.

—¿Cuál es el protocolo de Ginebra? Preguntó Aoibhe, su expresión curiosa.

—No es de tu incumbencia, espetó el Príncipe.

Sabiamente, Aoibhe cerró la boca.

Unos minutos más tarde, apareció Gregor, luciendo mucho más apresurado que de costumbre. —¿Mi señor?

—Tenemos una violación de seguridad. Hombres armados, uno con cuello de clérigo. El príncipe miró a su jefe de seguridad. —¿Quizás ibas a informarme de esto?

—Perdón, mi señor. Gregor se inclinó muy bajo. —Me acaban de informar. Pero puedo decirles que el sacerdote es miembro de la Curia, un hombre llamado Kavanaugh. El equipo parece ser una de las unidades de las fuerzas especiales de la Curia.

Aoibhe quedó sin aliento.

El Príncipe maldijo. —¿Cuántos son?

—Una unidad de diez, más el sacerdote, mi señor.

—¿Dónde están ahora?

—Fueron vistos ingresando al sistema de túneles cerca de Piazzale Michelangelo.

—Despierta al ejército y colócalos en alerta máxima. Envíame al General de inmediato. Envía un mensaje a Roma, informando al rey que la Curia ha realizado una incursión ilegal. Pide su apoyo.

—Dile al comandante Borek que prepare un equipo propio y que me informe aquí.

El príncipe se levantó, su túnica de terciopelo negro ondeando detrás de él mientras bajaba las escaleras de su trono.

—Si mi señor. ¿Debo informar al comandante de su misión?

El Príncipe se detuvo. —Estamos cazando a la Curia. Diles que se armarán como

corresponde.

Si Gregor hubiera podido ponerse pálido, lo habría hecho. Se inclinó rápidamente y salió corriendo de la cámara del consejo, con todo el decoro dejado de lado.

—No puedes hablar en serio. Aoibhe se puso de pie, con expresión exaltada y ansiosa.

El príncipe la fulminó con la mirada. —Por el momento, solo hay once de ellos. Deben ser destruidos antes de que otros se les unan. Incluso si el romano envía soldados de inmediato utilizando el transporte moderno, no llegarán antes del ocaso. No tenemos más remedio que dedicarnos a los invasores ahora.

—No podemos luchar contra la Curia y ganar.

—Pero podemos morir intentándolo. Él la miró desafiante. —Tienes la oportunidad de extender tu vida, Aoibhe. Únete a mí o muere en el acto.

Aoibhe se retiró un paso. —¿Te suicidarías? ¿Para qué? ¿Una ciudad? ¿Una mascota?

Los ojos del príncipe brillaban. —Me he cansado de tu insolencia. Elije.

Ella lo miró por un largo momento. Ella asintió.

El Príncipe giró sobre sus talones y se acercó a la puerta, con Aoibhe detrás de él.

CAPITULO 54

Raven gritó y casi dejó caer la linterna.

La cosa que se había arrastrado sobre su pie se retiró, sus propios pies haciendo un ruido de arañazos contra el duro suelo de tierra.

Ella iluminó la luz del túnel y vio una gran rata trotando. Se volvió y la miró.

Ella se estremeció.

El túnel estaba húmedo, y el aroma de la tierra y la descomposición llenaban sus fosas nasales.

Mantuvo su linterna apuntando hacia el suelo frente a ella mientras se apoyaba en su bastón, sus ojos se movían cautelosamente de un lado a otro.

Cuando ella había avanzado mil pies, sacó el teléfono celular. Era diferente del suyo, pero simplemente arreglado. Había solo unas pocas aplicaciones visibles en la pantalla.

Desafortunadamente, ella no pudo obtener una señal.

Tomó paciencia y unos minutos para ver las diferentes aplicaciones, pero finalmente descubrió una brújula. Encontró el norte, lo que significaba que podía caminar en dirección al centro de la ciudad.

Dudaba que los túneles fueran excavados en línea recta. Eso, junto con su discapacidad, hizo que el viaje desde el Piazzale Michelangelo al centro de la ciudad pareciera interminable.

Raven guardó el teléfono, ya que era imposible sostenerlo, la linterna y su bastón, todo a la vez.

Siguió caminando por el túnel, haciendo pausas de vez en cuando en un esfuerzo por saber si alguien venía. Todo lo que podía escuchar era la ocasional fuga de ratas o el sonido distante del agua goteando.

Algunas veces pasó por otros túneles que se bifurcaban. En cada ocasión, se detenía para comprobar su brújula, y seguía viajando hacia el norte.

Había estado de pie durante casi una hora cuando sintió el vello en la parte posterior de su cuello. Una repentina ráfaga de viento pasó a su lado.

Algo le arrancó la linterna de la mano y la apagó. Ella lo escuchó golpearse contra el suelo.

Una risa baja sonó cerca.

Ella estaba bañada en la oscuridad absoluta, completamente desorientada. Algo frío la

agarró de la muñeca y jugueteó con el brazalete que William le había dado.

—Aquí está la mascota del Príncipe. ¿Dónde está tu maestro?

Ella apartó su brazo, encogiéndose de la dirección de la voz. —Él está justo detrás de mí.

La voz sonaba divertida. —Lo dudo. Parece que el Príncipe ha dejado a su preciosa mascota sola. Qué descuidado de él.

—¿Quién eres tú?

La voz se rió de nuevo.

El corazón de Raven comenzó a latir con fuerza. Ella extendió su mano, tratando de localizar la pared para poder avanzar. —Muéstrate.

La voz se movió más cerca. —¿Revelar la araña a la mosca? Esto es mucho más entretenido.

—Si eres débil. La mano de Raven encontró la pared y comenzó a moverse, apretando su agarre en su bastón.

—¿Débiles?

—Si eres un vampiro, puedes ver en la oscuridad. Pensé que una especie tan poderosa no necesitaría una ventaja.

La voz gruñó.

Raven levantó su bastón, empuñándolo como un arma.

Fuera de la oscuridad, la linterna se encendió, brillando en la dirección de Raven.

—Sé cómo me veo, se quejó, entrecerrando los ojos ante la luz brillante. —¿Quién eres tú?

La luz se alejó, y Raven vio la figura de un vampiro macho de espeso cabello oscuro y ojos brillantes y oscuros.

Él sonrió, con los brazos extendidos. —Yo soy la resurrección de los muertos.

CAPITULO 55

A LA VISTA DE SU TENIENTE, el romano arrojó al hombre desde el que se había estado alimentando a un lado, acomodando sin prisa su túnica imperial para cubrir su parte inferior del cuerpo.

El hombre desnudo cayó al suelo y un par de guardias pretorianos lo sacaron rápidamente de la sala del trono.

El romano se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano. —¿Nunca tendré placer sin interrupción?

Dio la espalda a su teniente y subió los escalones hacia el trono. Arregló sus túnicas sin prisa, lamiéndose los labios.

—Perdón, excelencia, pero me dio permiso para que yo ingresara. Cato caminó enérgicamente hacia el trono.

—Cave, gruñó el romano.

Cato se postró ante su gobernante.

—¿Por qué estás aquí? La voz del Romano retomó su tono normal.

—Hay informes inquietantes desde Florencia. La voz de Cato fue amortiguada, mientras hablaba contra el suelo de mosaico.

—Levántate.

Cato luchó por ponerse de pie, su toga atrapada debajo de uno de sus pies. —Un policía fue encontrado muerto, desnudo y sin sangre en una *plaza* del centro de la ciudad.

—¿Y?

Cato frunció el ceño. —El pánico ha seguido, su excelencia. Las fotografías del cuerpo han sido enviadas por todo el mundo. Hay discusiones sobre la existencia de vampiros en Florencia y la sugerencia de que el policía fue asesinado por uno.

La mirada del romano cayó sobre uno de los frescos. Lo estudió atentamente, pero no ofreció ningún comentario.

—Su excelencia, aunque no hemos recibido ninguna comunicación formal de la Curia, nuestros espías han revelado que un pequeño grupo de túnicas negras ha entrado en Florencia.

—Un pequeño grupo de túnicas negras no caerá en la ciudad. Mi hijo es más fuerte que eso.

—Si la población humana está en caos y la sugerencia de que los vampiros existen

comienza a echar raíces, la Curia actuará en mayor número.

El romano se volvió y miró a su teniente. —¿El Príncipe ha solicitado nuestra ayuda?

—Sí, acaba de llegar un mensaje. Cato levantó los ojos. —Florenia es inestable.

Claramente, uno de los súbditos del Príncipe está intentando derrocarlo. Sobrevivió a un intento de asesinato veneciano solo para aplastar un golpe hace poco tiempo. Ahora está la exhibición pública de un policía muerto.

—Inestable, repitió el romano, cerrando los ojos.

—La Curia sabe que apoyas a Florenia. Esa es la única razón por la que no han marchado a la ciudad.

El romano permaneció en silencio.

Cato frunció el ceño. Se movió un poco más cerca del trono. —Hay muy pocos viejos que quedan en Italia.

Está Simonetta de Umbría, pero está contenta donde está y nunca te desafiará. El Príncipe de Florenia podría.

Los ojos del romano se abrieron. —¿De qué estamos hablando?

Cato entrecerró las cejas. —Su hijo, Excelencia, el Príncipe de Florenia.

El romano cerró los ojos de nuevo. —Ah, sí. Mi amado hijo.

Cato tosió teatralmente. Pero el romano no abrió los ojos.

—Si puedo hablar libremente, Excelencia, creo que la visita del Príncipe fue una treta.

—¿Con que fin?

—Está claro que tiene un vínculo extraño con su mascota. ¿Por qué otra razón arriesgaría la ira de la Curia y acudiría a usted en busca de apoyo? Él se parece a Fausto de Cerdeña.

Ahora los ojos del romano se abrieron. —¿Crees que el conflicto de Florenia con la Curia es causado por la mascota?

—La Curia la quiere. El Príncipe la quiere. El Príncipe ganó el último concurso de voluntades invocando su alianza. Pero un policía desangrado a plena vista de la población humana seguramente atraerá la atención del Vaticano, incluso si la mascota no fuera un problema.

—Si Florenia no está bajo ataque, no tengo necesidad de defenderlo.

Cato hizo una pausa, en conflicto sobre si debía o no presionar sobre el asunto. No le interesaba como un teniente ambicioso alentar al romano a ir a la guerra. Pero el rey era caprichoso y probablemente lo culpara por cualquier error.

—¿Debo enviar un mensaje a Florenia para que no enviemos tropas?

—Dile a mi hijo que tiene mi confianza y que puede con unas cuantas túnicas negras. El romano se centró en el fresco a su derecha, la imagen de un hombre joven y hermoso vestido con túnicas dominicanas siendo cambiado por un hombre mayor y de pelo oscuro. —Ordene que entregue la mascota a la Curia y ponga fin a esta mezquina disputa.

—Tengo hambre y necesito otra alimentación. Él enseñó sus colmillos. —Envía otro, algo joven y fresco.

Cato observó la expresión de su gobernante con atención, sorprendido por el *non sequitur. —Le procuraré algo inmediatamente.

—Puedes retirarte. El romano cerró los ojos una vez más.

Cato se inclinó, su sonrisa se hizo más amplia cuando abandonó la sala del trono.

*Non sequitur: Del latín ("no se sigue"), es un argumento en el cual la conclusión no se deduce (no se sigue) de las premisas. En sentido amplio, se aplica a cualquier razonamiento inconsecuente, es decir, toda falacia es un non sequitur. incongruencia.

CAPITULO 56

EL VAMPIRO SONRIÓ, con los brazos extendidos. —Yo soy la resurrección de los muertos.

Raven frunció el ceño. —Y un plagiario. He escuchado esa línea antes.

Él la estudió por un momento. Su sonrisa se ensanchó. —Eres ingeniosa.

—¿Y tú lo eres? Ella alzó las cejas.

—Soy Ibarra del Euskaldunak. Hizo una reverencia teatral. —Último jefe de seguridad para el principado de Florencia y ex miembro del Consilium.

—¿Ex? ¿Qué pasó? Raven se detuvo.

—Tu amo me ejecutó.

Raven hizo una demostración de inspeccionar su cuerpo, que parecía muy en forma.

—No pareces ejecutado.

—¿Cómo es que viniste vagando por estos túneles solo?, él espetó.

—No estoy sola. Te lo dije, el Príncipe está conmigo.

—No lo veo. Tal vez esté en su villa, descansando. Ibarra se acercó un paso más.

—No estás bajo control mental, eso es seguro. Alimentarme será mucho más placentero.

Raven se encogió. Ella tenía su bastón en la mano, pero incluso si lo golpeaba, nunca podría correr más rápido que él. Se preguntó si podría burlarlo.

—Si vas a alimentarte, ¿al menos podemos movernos a un lugar más cómodo? Está húmedo aquí abajo, y estoy usando sandalias.

Ibarra se rió, y el sonido hizo eco. —Así que a la mascota del Príncipe no le importa que alguien más se divierta con ella. ¿Quizás la razón por la que estás en este túnel solo es porque el Príncipe está cansado de ti?

El corazón de Raven latió con fuerza. Si Ibarra pensaba que William ya no la quería, probablemente la mataría.

Ella fingió sentirse insultada, pegando su nariz en el aire. —Por supuesto que no se ha cansado de mí. Se alimentó de mí hace poco tiempo. Tocó la marca de mordida en su cuello.

Ibarra se paró frente a ella y presionó dos dedos fríos en su garganta.

Sus ojos oscuros se encontraron con los de ella. —Es una pena que se haya alimentado de ti tan recientemente. Tengo la intención de usarte duro antes de hacerle saber que te tengo. No te puedo tener muriendo en mí.

Su mano se deslizó por su cuello y se arrastró a través de su clavícula, que quedó

expuesta en su vestido de verano.

La mano de Raven apretó su bastón. Sabía que si lo atacaba ahora, probablemente la dejaría inconsciente o algo peor.

Seguramente, William ya estaba al tanto de la brecha de seguridad en la villa. Él vendría a buscarla. Su mejor oportunidad de sobrevivir sin lesiones serias era acompañar a Ibarra de buena gana.

Ella colocó una mano sobre su cadera. —¿Puedo tener la linterna? No puedo ver muy bien.

Ibarra apagó la linterna. Un choque sonó, como si lo hubiera arrojado contra la pared.

—¡No puedo ver! Protestó Raven.

—Supongo que tendrás que quedarte conmigo. Ibarra la agarró del codo. Él comenzó a tirar de ella hacia adelante.

Raven continuó usando su bastón, exagerando su discapacidad para ralentizar su paso a paso de tortuga.

—Más rápido siseó Ibarra, casi tirándola de sus pies. —Me gustaría llegar a nuevos barrios antes del atardecer.

—Voy tan rápido como puedo.

Ibarra le quitó el bastón de la mano y lo tiró, luego la levantó en sus brazos.

—Mucho más cómodo. Su nariz rozó su cuello. —Hueles delicioso.

—Tengo que ir al baño.

Ibarra levantó la cabeza. —¿Qué?

—Tengo que usar el inodoro. ¿Podemos mover esto? Raven entrecerró los ojos en la oscuridad, tratando de ver. Pero no sirvió de nada.

—Los humanos son repugnantes, murmuró Ibarra.

—Los vampiros son parásitos, replicó ella.

Ibarra ignoró su comentario y comenzó a correr por el túnel.

Raven mantuvo los ojos cerrados.

Ella se vio obligada a colocar su brazo detrás de su cuello, simplemente para colgar.

Ibarra se movía a gran velocidad, empujándola de vez en cuando.

Parecía disfrutarlo, sin embargo.

Corrieron durante un tiempo, y todo el tiempo, la mente de Raven corría de un escenario a otro, tratando de pensar en un medio de escape. Si la llevaba a una casa que tenía un baño, tal vez podría arrastrarse por la ventana. Fue en ese momento que ella recordó el teléfono celular en su bolsillo.

Ella esperaba que Ibarra no lo encontrara.

Su captor vampiro hizo varias vueltas, tantas que Raven no tenía idea en qué dirección se dirigían.

De repente, se detuvo. Su cuerpo se quietó.

—¿Qué es? Abrió los ojos.

—Escucha, susurró.

Raven no pudo escuchar nada. —¿Qué está pasando?

Ibarra la puso de pie y la empujó contra la pared, poniendo su cuerpo frente al de ella.

—Cállate, ordenó.

Raven se apretó contra la tierra húmeda, alejándose de él.

Simplemente se movió más cerca, su espalda al ras con su frente.

A Raven no le gustó la experiencia de ser presionado contra la tierra húmeda por Ibarra, pero ella supuso que estaba tratando de cubrirla, y tal vez enmascarar su olor también.

Ella tensó sus oídos por el más mínimo sonido.

En la distancia, podía escuchar un leve zumbido.

El zumbido se hizo más fuerte a medida que se acercaba, transformándose en la cacofonía frenética de múltiples pasos.

Una ráfaga de viento se arremolinaba, acompañada por el golpeteo de los pies, como si una manada de animales corriera en estampida hacia ellos. Raven se encogió cuando se acercó el ruido terrible, junto con los sonidos de maldiciones y empujones.

Ella contuvo el aliento, preocupada de llamar la atención de las criaturas.

Entonces el cuerpo de Ibarra, se desvaneció.

—¿Qué es? ¿Qué está pasando?, Preguntó él.

—La Curia. En los túneles, respondió una voz en pánico.

—¿La Curia? ¿Estás seguro? Ibarra sonó incrédulo.

—Nos derribaron a cuatro de nosotros. ¡Están justo detrás de mí!

Hubo sonidos de una lucha y el ruido de pisadas alejándose.

Ibarra inhaló lenta y profundamente.

—No puedo olerlos. Necesitamos correr. Su voz era tensa.

Levantó a Raven por encima del hombro y se fue. Ella agarró la tela de su camisa con ambas manos, tratando de aguantar.

CAPITULO 57

EL PADRE KAVANAUGH ESPERÓ a la entrada del túnel para que la unidad de las fuerzas especiales lo asegurara. El comandante a cargo le había dado un enlace de comunicaciones para poder hablar con el equipo. No fue invitado a unirse a ellos. Él no tenía intención de retirarse. Estaba armado con agua bendita y reliquias, y estaba dispuesto a dar su vida por la mujer que consideraba su hija. Aun así, siguió órdenes, paseándose por la entrada mientras los soldados intentaban rastrear a Raven. Había estado esperando unos veinte minutos cuando escuchó pasos. Salió de la entrada y se detuvo a la luz del sol, parcialmente oculto por un árbol servicial. Sullivan y sus hombres salieron corriendo del túnel. El comandante vio al sacerdote y le indicó que los siguiera.

—Nos encontramos con un nido. Derribamos a cuatro, y los otros retrocedieron, pero nuestra misión está comprometida.

Necesitamos evacuar ahora. El tono de Sullivan fue abrupto.

Padre luchó por mantenerse a su altura. —¿Alguna señal de ella?

—Negativo. No llegamos muy lejos. El comandante hizo un gesto a sus hombres para que aumentaran el ritmo.

Corrieron aproximadamente una milla hasta donde dos Suburbans negros habían estado aparcados y subieron. Los motores rugieron a la vida, y se alejaron del bordillo.

El celular del padre vibró.

Echó un vistazo a la pantalla. El Director de Inteligencia de la Curia le había enviado un mensaje de texto.

Actualice su posición y estado inmediatamente.

Padre no tenía el hábito de maldecir, pero una o dos maldiciones entraron en su conciencia. (Además, no tenía el hábito de enviar mensajes de texto).

Ignoró el mensaje y devolvió su teléfono a su bolsillo.

Sullivan, que estaba sentado en el asiento delantero del pasajero, se volvió para mirarlo.

—¿Es ese el viejo?

Padre asintió.

—En unos minutos, todos sabrán que estamos aquí. El comandante sacudió su barbilla

hacia el conductor.

—Date prisa.

El teléfono del sacerdote volvió a vibrar cuando las Suburbans formaron un convoy militar y se alejaron de la villa.

Otros agentes de la Curia están dentro de la ciudad.

Informe su posición y estado inmediatamente.

Ahora el padre maldijo en voz alta.

—¿Padre? Sullivan se dirigió a él.

—Hay otros agentes de la Curia dentro de la ciudad. Tengo que hacer contacto.

El comandante maldijo.

El padre Kavanaugh tocó la pantalla de su teléfono y se llevó el dispositivo a la oreja.

El director de inteligencia respondió en el primer timbre.—"Sé que estás en Florencia, y sé con quién estás. Avísame de tu posición.

—Durante nuestra incursión, descubrimos que la residencia del Príncipe albergaba algunas poderosas reliquias.

Hubo una breve pausa al otro lado de la línea. —¿Estás seguro?

—Sí. Localizamos a la mascota en una villa, y la inteligencia local confirmó que es la residencia principal. La unidad con la que estoy puede corroborar la presencia de reliquias.

—¿Dónde estás?

—Cerca de la iglesia de San Miniato, en dirección a la carretera. Estamos en camino de salir.

La voz del director era lo suficientemente fuerte como para llenar el vehículo.

—Debes dirigirte inmediatamente a la casa segura de los jesuitas, cerca del Duomo.

El comandante le arrancó el teléfono de la mano al sacerdote.

—Señor, este es Sullivan. Hicimos un barrido de un túnel subterráneo y encontramos un nido. Varios hostiles escaparon antes de que pudieran ser neutralizados. Necesitamos evacuar.

—Esta es una orden directa. Hay más de cien agentes dentro de la ciudad. Tres siglos de soldados están en camino desde Roma. Debes reportarte a la casa de seguridad y recibir tus órdenes del general Vale.

—Sí señor. No sabía que el general estaba aquí.

—Como siempre, hay un punto para mis órdenes, por lo que aprobé su misión.

El padre Kavanaugh farfulló ante la revelación.

—Sí, jesuita, dijo el director condescendiente. —Sabía exactamente lo que estaban planeando, y le di permiso a Sullivan y su equipo para que aceptaran su propuesta porque los quería dentro de la ciudad. El director hizo una pausa. —Providencialmente, el romano ha retirado su apoyo hasta que el Príncipe entregue a la chica. Eso es todo. El comandante desconectó la llamada y arrojó el teléfono celular nuevamente al sacerdote.

—Haz un giro en U, Sullivan ordenó al conductor. —Vamos al centro.

El comandante encendió su enlace de comunicación. —Rover dos, cambio de planes. Estamos avanzando y dirigiéndonos al centro. Cambio.

—Copiado, respondió el conductor del segundo vehículo.

El padre Kavanaugh se persignó y su mano fue hacia la reliquia que llevaba en el bolsillo.

—¿Guerra?

El comandante mantuvo su mirada fija en el camino. —No envían al General Vale a las fiestas del té.

CAPITULO 58

IBARRA CORRIO TAN RÁPIDO como pudo mientras Raven rebotaba sobre su hombro, con las faldas volando.

Ella se agarró a su camisa, una miríada de pensamientos cruzando en su mente. Esperaba que los vampiros confundieran a los cazadores con la Curia. Pero eso parecía una posibilidad remota.

Sus pensamientos se movieron a William. Si la Curia había ingresado a Florencia, debieron haberlo hecho ignorando el apoyo de los romanos. Se preguntó cuántos soldados de la Curia estaban dentro de la ciudad. Se preguntó si la guerra había comenzado.

Habían estado corriendo durante diez minutos cuando Ibarra redujo la velocidad. Dio vuelta en círculo, su cuerpo tenso, como si estuviera peinando los túneles silenciosos para buscar sonido.

—No nos están siguiendo. Su cuerpo se relajó un poco. —Quienes sean ellos.

—¿Crees que es la Curia?

El cuerpo de Ibarra se sacudió. —¿Sabes de ellos?

—Soy la mascota del Príncipe, ¿recuerdas? Escucho cosas.

Ibarra juró en euskera. —Si la Curia está aquí, el diablo nos llevará a todos.

Raven meditó sobre eso por un momento.

Entonces, sin previo aviso, se encontró volando por los aires.

Algo se extendió para atraparla.

Todavía rodeada por la oscuridad, estaba confundida. Se podían escuchar maldiciones y forcejeos cerca.

Raven fue puesta de pie y la persona que la atrapó se retiró.

—Deberías haberte quedado en Roma. Una voz con acento irlandés habló. —Eres el humano más desafortunado que he conocido.

—Aoibhe. La voz de Raven era temblorosa.

El vampiro olfateó en respuesta.

—¿William? Raven buscó a tientas en la oscuridad.

Una mano familiar le acarició la cara. —¿Estás lastimada?

Ella agarró su mano. —Hay soldados de la Curia en el túnel. Un grupo de vampiros nos pasó corriendo, diciendo que habían sido atacados.

—¿Es eso cierto? El Príncipe pareció alejarse de ella.

—Cierto. Ibarra gimió, su voz provenía del suelo.

—¿Cuántos?

—No me quedé a contarlos, replicó Ibarra.

—Capitán Borek, tome a sus hombres y continúe en el túnel. Si te encuentras con soldados de la Curia, enfréntalos. Envía a uno de tus hombres para informar tu posición, ordenó el Príncipe.

—Sí, señor, respondió Borek.

Raven escuchó pasos que pasaban, haciendo eco en el túnel.

—Aoibhe, acompaña al traidor a la cámara del consejo. Si alguno de ustedes intenta escapar, le arrancaré la cabeza. El tono calmo del Príncipe desmintió la amenaza en sus palabras.

Tiró de Raven contra su pecho y voló con ella a través del túnel.

CAPITULO 59

—TOCARON LO QUE ES MÍO. El Príncipe estaba callado, pero lo suficientemente alto para ser escuchado en la cámara del gran consejo.

Ibarra estaba de pie ante el trono, flanqueado por diez soldados.

A instancias del Príncipe, Raven se sentó en una silla a su derecha, observando la política de la realidad desplegada.

El vasco escupió en el suelo. —Me has ejecutado.

—Parece que encontraste tu cabeza. La mirada del Príncipe se posó en Aoibhe. —O más bien, alguien lo encontró para ti.

—Ibarra del Euskaldunak, ¿mataste a un policía y suspendiste su cuerpo en la Loggia dei Lanzi?

—Sí.

—¿Te ayudó Aoibhe?

Ibarra hizo una mueca. —Actué solo.

—Tu mientes. Has cometido traición contra el principado de Florencia, y has violado nuestro tratado con la Curia. Para tu castigo, debes ser retenido hasta que puedas ser entregado a ellos. A diferencia del mío, su ejecución sin duda será exitosa.

Ibarra dio un paso adelante, pero fue retenido por un soldado. —Ejecutame ahora. La muerte en tu mano al menos sería honorable.

El príncipe parecía incrédulo. —¿Después de traicionar al principado que te protegió durante tantos años, suplicas una muerte honorable?

—No pido nada. Yo fui leal. Ibarra empujó al soldado a un lado. —Fueron Lorenzo y Niccolò quienes te traicionaron y me convirtieron en un chivo expiatorio.

—Falló en sus deberes como jefe de seguridad y fue ejecutado en consecuencia. Ahora, porque Aoibhe regresó tu cabeza, debo hacerte ejecutar de nuevo. El Príncipe puso gran énfasis en la última palabra.

—Trajiste a la Curia aquí con tu acto anárquico. Tú soportarás su ira. Y Aoibhe de Hibernia, que traicionó al principado al ayudarlo, se unirá a usted.

El Príncipe asintió con la cabeza a los soldados en medio de las fuertes y vivas protestas de Aoibhe. —¡Tuvimos un acuerdo! ¡Me diste tu palabra!

La voz del Príncipe fue estruendosa. —Me traicionaste aliándote con un traidor.

Un soldado se apoderó del brazo de Ibarra e Ibarra lo empujó a un lado. —Sabes lo que

nos van a hacer.

—¿Nos entregarías a nuestros enemigos para ser torturados?

—Asesinar a un policía y colgarlo en una plaza pública atrajo la atención de la Curia.

Vives por la espada, debes estar preparado para morir por la espada. Los ojos grises del príncipe brillaron.

—Capturé al veneciano que intentó poner fin a tu vida. ¡Serví a Florencia con honor!

—Guarde su curriculum vitae para la Inquisición de la Curia.

Ibarra gruñó y corrió hacia Raven, con los dientes al descubierto.

En un movimiento tan rápido que era borroso, el Príncipe bloqueó el camino de Ibarra.

Giró su brazo derecho y golpeó a Ibarra en el pecho.

Ibarra salió volando hacia atrás, varios metros en el aire, hasta que se estrelló contra el suelo de piedra cerca de la entrada de la cámara. Él yacía en el suelo, inmóvil.

—El próximo que intente tocar a mi mascota será destruido. El Príncipe volvió su amenazadora mirada hacia Aoibhe, que parecía estar lista para atacar. —Soy un anciano, hijo del mismo Romano. Tengo fuerza y habilidades que solo puedes imaginar. Oponerse a mí es un peligro.

El silencio llenó la cámara del consejo ante la revelación del Príncipe; los soldados lo miraron en estado de shock.

Se ajustó la bata y recuperó su trono. —Lleva a los traidores a las celdas de detención y espera nuevas instrucciones.

—¡Esto es un error! Gritó Aoibhe. —¡Si la Curia está aquí, necesitas mi ayuda!

—Sácala de mi vista.

—¡Te he servido por años! ¿Este es mi pago? ¿Me entregarás a las túnicas negras?

Dos soldados se acercaron y se produjo una lucha. Ella los derribó a los dos y desarmó a un tercero, empuñando su espada.

—¡He esperado años para tener mi oportunidad en el trono!. Ella tembló de ira. —Lucha conmigo mismo, cobarde.

El Príncipe levantó una daga de su cinturón y la lanzó por el aire. Golpeó la mano de Aoibhe.

Ella aulló y dejó caer su espada.

—Llévatelos. El Príncipe miró a los traidores con disgusto. —Vigila de cerca a ambos.

Cuatro soldados inmovilizaron los brazos de Aoibhe a los costados, incluso mientras la sangre negra brotaba alrededor de la daga que sobresalía de su mano.

Otro soldado ayudó al euskera a levantarse y lo condujo, cojeando, hacia la puerta.

Raven giró sus manos en su regazo, visiblemente sacudida. Sus ojos verdes estaban activos, observando la espalda de los soldados que se retiraban antes de detenerse en la cara del Príncipe.

Él colocó su fría mano sobre la de ella. —¿Estás bien?

Ella logró un rápido asentimiento.

—Lamento que me haya llevado tanto tiempo llegar a tu lado. La expresión de William estaba en blanco, como si estuviera ocultando algo. —Cuando estabas en los túneles, ¿te tocó?

—No, graznó Raven.

Se aclaró la garganta antes de continuar. —Me amenazó, pero fuimos interrumpidos por los vampiros que huían de la Curia.

—No deberías haber sido puesta en riesgo. Nunca esperé que atacarían la villa.

—El padre Kavanaugh me llamó a mi teléfono celular justo antes de que los intrusos entraran a su propiedad. Debe haber estado rastreando la tarjeta SIM.

—¿El dispositivo está contigo ahora?

—No. Lucía me dio otra. Ella retiró el teléfono de su bolsillo.

—Si tu sacerdote estaba detrás de la incursión, probablemente fue un pequeño grupo de soldados con la intención de liberarla.

—Él no comprende que ya he sido liberada, comentó Raven. —Se niega a escucharme y a lo que quiero.

William le apretó la mano. —Aunque la experiencia no es la que hubiera deseado, es un escenario preferible para una invasión. Como el sacerdote falló, él y sus hombres probablemente se retirarán. Haré arreglos para entregar oficialmente a Aoibhe e Ibarra. Raven se estremeció, lejos de consolarse con su análisis.

Un guardia entró en la cámara del consejo y caminó por el pasillo. —Un miembro del equipo de seguridad solicita una audiencia, mi Señor.

—Muéstrame a él o ella. El Príncipe liberó la mano de Raven.

El guardia hizo una reverencia y regresó a la puerta, abriéndola y escoltando a un joven vampiro a la cámara. Las dos figuras marcharon por el pasillo.

El joven vampiro estaba vestido casualmente con una camisa blanca y jeans. Parecía tener no más de veinte años.

El Príncipe lo saludó más cerca.

—Perdón, mi señor. El joven se inclinó bruscamente. —Soy Emiliano, del equipo de seguridad. Acabo de entregar un mensaje a Lord Gregor, y él me envió a usted.

—Se quien eres. ¿Cuál es el mensaje?

—Nuestros es-pías en Roma, tartamudeó el joven vampiro. —Nuestros espías en Roma enviaron un mensaje urgente, que nos advirtió que los soldados de la Curia están en camino.

—¿Este informe se refiere a los once hombres que ya han ingresado a la ciudad?

—No, mi señor. Este es un informe de un movimiento masivo de tropas desde Roma.

El Príncipe se sentó hacia adelante. —¿Son las fuentes confiables?

—Verificamos con más de uno. También hay informes civiles.

La mano del Príncipe se curvó en un puño. —¿Cuántos?

—Al menos tres centenas.

—Sard

Emiliano agachó la cabeza y se retorció las manos delante de él.

—¿Cuánto tiempo antes de que lleguen?

—Estamos siguiendo sus movimientos, pero los esperamos en menos de tres horas.

—Envíale un mensaje a la Princesa de Umbría, advirtiéndole de la incursión. Pídale que envíe tropas de Umbría a la frontera en apoyo de nuestra alianza.

—Si mi señor.

—Envía un mensaje a Venecia, ordenándoles que envíen tropas de apoyo lo antes posible. Y envíe un mensaje a Ambrogio en mi residencia, ordenándole que inicie el protocolo de Ginebra. Encuentra a Gregor. Necesito hablar con él Ahora.

Emiliano se inclinó una vez más y corrió a toda velocidad hacia la puerta, mucho antes que el soldado que se suponía que lo escoltaría. Ambos vampiros desaparecieron en el pasillo.

—¿Soldados? Raven susurró.

El príncipe asintió lacónicamente. —Tu sacerdote debe haber intentado rescatarte antes de la invasión.

—¿Esto significa guerra?

El príncipe parecía sombrío. —La Curia no enviaría trescientos soldados de Roma a menos que estuvieran decididos a la guerra.

—¿Que haremos?

—Tenemos el apoyo de los romanos. Enviaré un mensaje urgente pidiendo refuerzos.

Con suerte, los umbros y los venecianos enviarán soldados también.

Raven se encontró con su mirada y le ofreció una mirada comprensiva, pero la palidez de su tez desmintió su calma.

—Si la Curia le teme a los romanos, ¿por qué lo provocarían?

—No lo sé. William estaba pensativo. —Quizás esto sea una muestra de fuerza para motivar la firma de un nuevo tratado. Se supone que los vampiros mantienen oculta su existencia. Ibarra ignoró el tratado.

Él le tocó la mano, y ella lo agarró con fuerza.

—Perdón, mi señor. Gregor anunció su llegada, inclinándose justo cuando entraba a la cámara.

—Gregor, acabo de hablar con Emiliano. Quiero que envíe un mensaje urgente al romano, pidiéndole que envíe refuerzos de inmediato.

—Sí, mi señor. Gregor miró a Raven mientras se acercaba al trono. —Pero tengo noticias que debe escuchar.

—Proceder.

—Esta noticia sería mejor decirla en su oído privado.

—Puedes hablar libremente.

Gregor tragó ruidosamente, lanzando una última mirada fugaz a Raven. —El romano respondió a nuestra solicitud inicial de apoyo. Él le tendió una hoja de papel.

El Príncipe lo arrebató de su mano. Él leyó el mensaje rápidamente. —¿No hubo otra respuesta?

—No, mi señor. Como puede ver, el teniente Cato envió el mensaje electrónicamente para que se recibiera rápidamente.

—¿Fue confirmado el remitente?

—Sí, llegó como una comunicación segura.

El Príncipe arrojó el papel hacia atrás. —Claramente, Roma no ha escuchado sobre el movimiento de tropas.

—Informe al rey que pronto estaremos bajo asedio y necesitamos su intervención inmediata.

Gregor recuperó el papel del suelo. —¿Y el otro asunto? Sus ojos se movieron hacia Raven.

—¡Envía el mensaje como yo mandé, y envíalo ahora!, Gruñó William, su enojo lo venció. Sin pensarlo, Raven extendió la mano y la puso sobre su brazo.

—Sí, mi señor. Gregor voló por el pasillo y salió de la cámara.

Una vez que la puerta se cerró detrás del jefe de seguridad, Raven se volvió hacia William. —¿Qué dijo el romano?

El príncipe caminaba agitado frente al trono. —No fue el romano; era Cato. No puedo

estar seguro de que el romano viera mi comunicación inicial.

Raven se paró con los pies incómodos, bloqueando el paso de William. —¿Qué dijo Cato?

—Dijo que debía entregarte a la Curia y poner fin al conflicto.

Raven se quedó sin aliento. —¿Es por eso que la Curia está enviando tropas? ¿Por mí?

—No. ¿Por qué tu sacerdote vendría a por ti con diez soldados cuando podría haber venido con trescientos? William negó con la cabeza. —Algo ha cambiado desde que tu sacerdote se fue de Roma.

Cerró los ojos y levantó la barbilla, su cuerpo se quedó quieto.

Raven lo miró, preguntándose qué estaría haciendo.

Al final, él abrió los ojos. Una mirada de fría resignación brilló desde las profundidades grises.

—La Curia está apostando a que si marchan sobre Florencia, el romano no intervendrá. Quizás están en connivencia con Cato. Tal vez el romano ha sido llevado a creer que la Curia está dispuesta a librar una guerra para rescatarte.

—Si fuera a ver a Padre voluntariamente, ¿evitaría una guerra?

—No, porque estaría obligado a ir por ti.

Raven le rodeó la cintura con los brazos. —Podríamos escapar. Podríamos dejar la ciudad ahora antes de que lleguen los soldados.

—Ahora no es el momento de huir, no cuando tengo la oportunidad de salvar la ciudad. La Curia está enojada por el policía. Puedo entregar a Aoibhe e Ibarra para aplacarlos.

—Afortunadamente, mi mensaje hará que pase el de Cato al propio Romano. Podemos intentar detener a las tropas hasta que lleguen.

—¿Es eso posible? Raven susurró.

—Posible, sí. Probablemente, no. William inclinó la cabeza hacia ella.

CAPITULO 60

—MIS ÓRDENES SON CLARAS, y vienen del propio General Superior: destruyan al Príncipe de Florencia. El general Vale se dirigió a un grupo de agentes de la Curia que se habían reunido en la casa de seguridad de los jesuitas.

—Por alguna razón, el Príncipe es resistente a las reliquias y tal vez pueda caminar en territorio sagrado. No sabemos si tiene otras habilidades anómalas.

Murmullos levantados del grupo.

—Nuestro objetivo principal es destruir al Príncipe antes de que él sea capaz de crear un ejército de anomalías como él. Con ese fin, mi segundo al mando está transportando tropas aquí mientras hablamos. El general se acercó a una vista aérea de Florencia que había proyectado en una pantalla.

Un sacerdote de negro se puso de pie. —El Príncipe es un viejo. ¿Cómo sabemos que ya no ha creado un ejército?

—Tenemos varios agentes dentro de la ciudad, algunos de los cuales están en esta sala. Ninguno de ellos ha observado soldados florentinos con ningún poder especial. En el conflicto entre Venecia y Florencia, los florentinos no demostraron habilidades excepcionales.

—¿Qué hay del romano? El sacerdote insistió. —Escuché que el Romano es el creador del Príncipe, y que ha prometido protegerlo.

—La amenaza de los romanos ha sido neutralizada.

Fuertes murmullos y susurros llenaron la habitación hasta que el general llamó la atención del grupo.

El padre Kavanaugh inspeccionó la habitación desde su punto de observación cerca de la puerta. Algunos de los agentes eran hombres, algunas mujeres. Algunos estaban vestidos con las túnicas de una orden, algunos llevaban ropa de civil. Y luego estaba la unidad de fuerzas especiales, que se alineaba en la pared posterior como árboles altos y silenciosos.

Padre se mantuvo aparte de los demás, con la mano en el bolsillo. Lo que había comenzado como una simple misión de rescate se había convertido en una guerra, algo que esperaba que pudieran haber evitado.

A pesar de los poderes de la Curia, algunos de los agentes en la sala morirían. Habría destrucción y caos. Esos vampiros que escaparon de la Curia huirían a otras ciudades,

posiblemente perturbando el equilibrio actual en Europa. Como siempre, cuando el mundo sobrenatural entra en crisis, las vidas humanas se perderían.

La vida de Raven podría perderse.

Padre sintió el peso de sus acciones. Aunque estaba seguro de que su causa era justa, cuestionó los métodos de sus superiores.

Tenía que haber otra manera.

CAPITULO 61

AOIBHE NO ERA ESTÚPIDA.

No podía recordar mucho sobre su vida antes de convertirse en vampira. Pero ella recordó que era pobre y hermosa. Recordó que su belleza llamó la atención de un rico señor inglés, que la había violado y la había devuelto a su familia avergonzada.

Recordaba al chico que había amado-a quien había conocido desde la infancia-diciéndole que ya no podía amarla.

Como vampiro, ella siempre había sido ambiciosa. Sabía que el Príncipe de Florencia era demasiado poderoso para desafiar, así que lo había seducido. Ella había esperado, con el tiempo, ser capaz de convencerlo de criarla para consorte para que pudieran gobernar Florencia juntos, hasta que se encontró con una muerte prematura en su mano (si ella lo atrapa en un momento débil) o hasta que él se acercara a sus mil años y sobreviniera la locura.

Luego se había encontrado con la mascota.

Aoibhe había estado presente la noche en que mató a tres hombres porque lo habían tocado. Ella había visto la forma en que miraba a la mascota - como si le importara y por algo más que sexo y sangre.

Ahora la mascota estaba sentada al lado del trono interpretando el papel de consorte, y ella estaba en camino hacia la Curia.

Aoibhe había sobrevivido confiando en su ingenio tanto antes como después de su transformación. Ella no iba a abandonarlos ahora. Ella no iba a ser entregada a las túnicas negras como un cordero al matadero.

Mientras marchaba hacia la mazmorra del principado, intentó hacer contacto visual con Ibarra.

No sirvió. Él estaba demasiado atrás de ella, y varios soldados estaban en el medio.

No importa.

Aoibhe miró la daga todavía incrustada en su mano cuando una idea se formó en su mente.

Cuando se acercaron al punto en el que el túnel se dividía en varios pasajes diferentes, uno de los cuales conducía a las mazmorras, ella se lanzó hacia adelante.

—¡Ah!, Gritó, fingiendo dolor al caer.

Los soldados a su alrededor se detuvieron, mientras los soldados que custodiaban a

Ibarra continuaron marchando.

Uno de los soldados extendió su mano hacia ella.

Ella profirió un gemido, esperando a que Ibarra se acercara.

Se quitó la daga de la mano y se puso de rodillas, clavando el arma en el vientre del soldado. Ella lo tiró de izquierda a derecha, casi haciéndolo a la mitad.

El soldado cayó de rodillas, agarrando sus entrañas con ambas manos mientras salían de la herida.

Con los soldados distraídos, Ibarra desarmó a uno de los guardias y lo decapitó, luego empujó su espada al costado de otro soldado.

Sin esperar a Aoibhe, huyó a través de uno de los túneles que conducían debajo de la ciudad. Varios soldados lo siguieron.

Aoibhe ya se había ido. Después de haber robado una espada del vampiro que ella había destruido, ella huyó a un pasaje que conducía al supramundo.

CAPITULO 62

WILLIAM ESTABA SENTADO EN SU TRONO, su rostro en sus manos.

Sólo en otra ocasión se había sentido tan solo, tan abandonado, y ese fue el día en que murió su maestro. Le pareció extraño que su problema actual lo dejara igualmente sin recursos.

Simonetta había ignorado su pedido de ayuda, aunque había rechazado el permiso de la Curia para entrar a Umbría.

Pero la Curia no necesitaba viajar por Umbría para llegar a la Toscana; podían viajar a lo largo de la región de Lazio en la que se encontraba Roma, y pasar directamente a la Toscana.

Del mismo modo, los venecianos habían ignorado la solicitud de Florencia, a pesar de estar bajo el control del Príncipe.

Ni Umbría ni Venecia estaban dispuestas a entablar un conflicto armado abierto con las fuerzas de la Curia, no sin el respaldo del romano.

El Príncipe tiró de su cabello.

Aoibhe e Ibarra se habían escapado. El Capitán Borek y los miembros restantes de su destacamento se habían dividido en dos grupos para seguirlos. Pero los traidores eran astutos y conocían bien la ciudad. Probablemente estaban escondidos hasta la puesta del sol, cuando podían hacer su camino hacia el norte.

El romano había respondido directamente al mensaje del Príncipe, informándole que había retirado todo el apoyo. La imposibilidad de William de entregar a su mascota a la Curia había sido vista como una traición. El príncipe de Florencia había sido oficialmente repudiado y condenado públicamente, lo que significaba que cada principado en el reino de Italia se aliaría con el romano en su contra.

William conocía de primera mano el capricho posesivo de los romanos. Enfrentado al dilema de entregar a Raven a la Curia o desobedecer a su padre, había elegido la desobediencia. Lo había hecho sabiendo que su decisión conllevaba riesgos, pero no había esperado que las consecuencias fueran tan grandes. El romano lo había despojado de su posición y le había comunicado lo mismo a la Curia. Tal movimiento fue equivalente a entregar a la Curia la llave del principado y ofrecer una licencia para convertir a Florencia en Praga.

El antiguo Príncipe de Florencia se sentó en su trono en la cámara del gran consejo,

lamentando su amada ciudad.

Una mano gentil descansaba sobre la suya, ligera como el toque de un ángel.

—Debe haber algo que podamos hacer.

William levantó la cabeza para mirar a Raven. —La Curia nos nivelará. Soy considerado un traidor ahora. Incluso si fuéramos a huir, el romano me perseguiría.

—¿Nos cazaría en los Estados Unidos? ¿En Sur America?

—No creo que logre salir de Italia. La Curia también me cazará.

—Tiene que haber una manera.

Sacudió la cabeza. —Mi única esperanza es verte escapar a la libertad.

—No te voy a dejar. Su expresión se volvió feroz.

Él la miró con tristeza. —Desobedecí al romano y me negué a entregarte a la Curia. Pero te van a llevar de todos modos.

—¡Prefiero morir contigo!

—Si sobrevives, una parte de mí también sobrevivirá. Él tomó su muñeca, maravillado por el delgado brazo que yacía debajo del brazalete de oro que él le había dado.

—No dejes que tu muerte se agregue a mis pecados.

—Padre todavía está dentro de la ciudad. Si puedo enviarle un mensaje, tal vez podamos negociar una tregua.

—Es demasiado tarde. Él la soltó.

Se apoyó en el trono, quitándose el peso de la pierna herida. —Tengo que probar.

—Llevaré a mis tropas a la batalla. Mi mente descansaría más tranquila si supiera que estás a salvo. Ve a donde Sarah.

—Escúchame, William. Se inclinó en la cintura, sus ojos verdes chispearon de ira.

—Yo no me doy por vencida. No voy a dejar que te rindas tampoco. La guerra con la Curia es un suicidio. Morirás en la batalla y moriré a tu lado porque no te abandonaré. Dices que no hay forma de que podamos escapar de Italia sin ser perseguidos por los romanos. Entonces nuestra única opción es tratar de hacer las paces con la Curia y prevenir un genocidio.

William se rió amargamente. —No quieren la paz.

—Padre lo hace.

—¿Él quiere paz y viene a mi ciudad con soldados?

—Lo siento por los ciudadanos que fueron asesinados. Pero el padre debe tener cierta influencia si fue capaz de comandar a un grupo de soldados. Quiero hablar con él. Quiero intentarlo.

William se levantó rápidamente. Tocó su cabello, sus cejas y sus mejillas. —Al menos puede mantenerte a salvo. Si te quedas conmigo, podrían matarte, o convertirte, o convertirte en la mascota de alguien.

—No estoy interesada en hacer un trato con la Curia para salvar mi propio culo. Somos nosotros dos o nada.

La frente de William se arrugó. —Están marchando trescientos soldados aquí para destruirme. Nunca perdonarán mi vida. E incluso si lo hicieran, está el romano con quien lidiar. Estoy tan bien como muerto, Cassita. Sálvate.

Sus mejillas se enrojecieron de ira. —No me rendiré, William Malet. No te atrevas a rendirte.

Los ojos grises de William buscaron los de ella por un largo tiempo.

Casi imperceptiblemente, él asintió.

Ella envolvió sus brazos alrededor de él.

—Parece apropiado, murmuró, presionando un beso en su cabello.

—¿Qué es apropiado?

—Que deberías ser mi única esperanza. La abrazó con fuerza, como si con su agarre pudiera garantizar su seguridad.

Él levantó su barbilla y la besó, ahuecando su rostro con ambas manos.

William gritó por sus guardias y le pidió a uno de ellos que recuperara a Gregor. Cuando Gregor llegó, el Príncipe y Raven lo acompañaron a una de las salas de comunicaciones escondidas en el Palazzo Riccardi.



—Las tropas de la Curia están en camino. La voz de su padre se podía escuchar a través del altavoz.

—Sí, lo sabemos. Raven intercambió una mirada con William.

—El romano no lo protegerá. Sabemos que le ordenaron rendirse, y él se negó.

—Guerra significa muerte-muerte para la Curia y muerte para los florentinos. No quieres las vidas de todas esas personas en tu conciencia. Ayúdame a detenerlo, Raven suplicó. Padre hizo una pausa. —La guerra no es nuestro interés. Pero mis superiores no descansarán hasta que el Príncipe sea capturado y destruido. No descansaré hasta que estés a salvo.

—No ofreces nada, dijo William, sacudiendo la cabeza hacia Raven.

—Espera. Padre se aclaró la garganta. —Mis superiores quieren un cambio de régimen. Nuestra inteligencia indica que el romano quiere lo mismo. Entrega la ciudad y a Raven, y tendremos paz.

—Una vez más, no ofreces nada, gruñó William. —Mi gente y yo preferiríamos morir luchando antes que entregar la ciudad a la Curia.

—Hay agentes dentro de la ciudad. Incluso ahora, han sido armados. La guerra podría estallar en cualquier momento. Yo soy el único que se interpone entre usted y una muerte segura.

La expresión de William se endureció. —Esta conversación terminó.

—¡Espera! Déjame hablar contigo directamente.

La mirada de William se movió hacia Raven. —Tu locura, sacerdote, es que crees que puedes dividir y conquistar. Usted habla con nosotros dos o con ninguno de los dos.

—Libérala de tu esclavitud, y podemos tener una conversación abierta.

—Puedo oírte, padre. Raven alzó las manos con frustración. —Puedo escuchar, y puedo hablar por mí misma. No estoy en la esclavitud de nadie, y debes escucharme. Estoy tratando de ayudarte a salvar innumerables vidas.

—Muy bien. El sacerdote inspiró profundamente. —Es posible que tenga una solución que nos beneficie a los dos.

El Príncipe frunció el ceño. —Pensé que mentir era un pecado.

—Dinos, interrumpió Raven. —¿Cuál es tu solución?

El sacerdote masculló parte del Ave María.

—¿Qué propones? Presionó el Príncipe, sus ojos fijos en Raven.

—Como dije, mis superiores quieren un cambio de régimen y también lo hace el romano. Ya viene, y no hay nada que se pueda hacer para detenerlo.

—Pero la Curia ofrece exorcismos en raras ocasiones, para devolver a un vampiro a su estado anterior. Creo que puedo persuadir a mis superiores para que te exorcicen a cambio de la ciudad.

—No. Raven agarró el brazo de William, una expresión de horror en su rostro.

—Eso significa que lo matarás.

—Un exorcismo no es una ejecución. El tono de su padre era insistente. —Podemos liberarte, William. Podemos devolvarte a lo que alguna vez fuiste.

—Sabes tan bien como yo que eso es lo mismo que una ejecución, se burló el Príncipe.

—Serás humano una vez más, libre de la oscuridad. Libre del control del maligno.

Tendrás una vida normal.

—Este cuerpo debería haber muerto en el siglo XIII. ¿Qué te hace pensar que podría sobrevivir a semejante ritual?

—Dios.

—¿Dios? Raven se rió. —¿Nos pides que depositemos nuestra confianza en Dios?

—Sin él, no tenemos nada, el sacerdote respondió obstinadamente.

—¿Alguno de tus miembros realizó un exorcismo en un antiguo? La expresión de William cambió.

Raven tiró de su brazo. —No puedes estar considerando esto.

William levantó un dedo, esperando la respuesta del sacerdote.

—No tengo conocimiento de un exorcismo de un antiguo, admitió el sacerdote. —Pero el principio es el mismo.

—Es muy arriesgado, concluyó Raven. —¿Qué pasaría si aceptamos abandonar la ciudad?

—Cassita, William la reprobó gentilmente.

—Podrías irte después del exorcismo, prometió el sacerdote. —Pero Raven, tus recuerdos tendrían que ajustarse. Y William tendría que regresar a Roma conmigo, para ser interrogado.

—¿Sería eso antes o después de que las túnicas negras me maten? Preguntó William.

Padre ignoró su dardo. —Raven, dices que no estás en su esclavitud. Dices que te ama.

¿Pero no puedes ver que él es el que te pone en peligro? Una vez que comience la guerra, podrías ser asesinada. Soy el único que puede protegerte.

—Queremos estar juntos. Raven agarró la mano de William.

William bajó la voz. —Es muy peligroso. Si te están ofreciendo un pasaje seguro, debes tomarlo.

—No, susurró. —No me iré sin ti.

—Si abandono mi ciudad, soy un cobarde.

—No hay razón para ver esto como abandono, interrumpió el sacerdote. —Estarías rindiendo la ciudad para evitar el derramamiento de sangre. A cambio, garantizamos la seguridad y la vida de Raven. Te vuelves humano una vez más, y ya no seremos enemigos.

—No, le dijo Raven a William. —Es muy arriesgado.

—¿Qué hay para evitar que me entregues a los romanos una vez que hayas terminado?, Preguntó William.

El sacerdote alzó la voz, como si hablara en serio. —Parece que te olvidas de quienes somos. Nuestro objetivo es salvar vidas humanas, no destruirlas. No te entregaremos al romano ni a ningún otro vampiro, si fueras humano.

—Si acepta estos términos, también salvará la vida - la vida de sus ciudadanos y la vida de mis hombres. Y Raven estará protegida. Te lo juro, la mantendré a salvo. Y no dejaré que mis hermanos te destruyan.

El príncipe se frotó la barbilla con agitación. —Si tuviera que aceptar esos términos, me gustaría que se escriban en un tratado que se firmaría y distribuiría. No quiero que vayas a Florencia después de que me depongan.

—No, objetó Raven. —No puedes confiar en un exorcismo. Es como poner tu vida en manos de un truco de magia. ¿Qué te hace pensar que funcionará?

—No habrá traición, dijo el sacerdote, haciendo caso omiso de su caracterización.

—Voy a tener los términos establecidos, y puedes marchar un destacamento de tus soldados a un lugar neutral. Firmaremos el tratado y pondremos fin a la guerra antes de que lleguen las tropas.

—Déjame tiempo para considerar tus términos. Tendrás mi respuesta en media hora. William terminó la llamada.

Sus ojos se movieron hacia su cabeza de seguridad. —Danos un momento.

Gregor hizo una reverencia y salió de la habitación.

—William, mi padre dijo que nunca habían realizado un exorcismo en un antiguo.

—Nos ofrece una oportunidad, con el valor agregado de salvar mi ciudad.

—¿Qué pasa si te matan? El cuerpo de Raven comenzó a temblar.

—Entonces estaré muerto. Pero estarás a salvo y la ciudad también.

—Es un costo demasiado alto. Ella lo agarró del brazo.

William bajó la cabeza. Se cubrió los ojos con la mano.

Al final, él abrió los ojos. —Fuiste tú quien me enseñó a tener esperanza, *Cassita*. El

sacerdote me está ofreciendo esperanza, espero que ambos podamos sobrevivir a esto.
Tengo que considerarlo.

CAPITULO 63

El general VALE miró al príncipe de Florencia con expresión impasible. Los dos líderes estaban parados en lados opuestos de una amplia mesa de madera, sobre la cual descansaban unas pocas hojas de papel impreso.

El general ya había firmado el tratado, por orden del General Superior.

El Príncipe tenía la pluma en su mano. —Si se viola este tratado, mis tropas tienen órdenes de atacar.

—Tomó nota, respondió el general bruscamente.

—Puede que me hayas expulsado, pero todavía tienes que lidiar con el romano. Le envié una copia del tratado. Él lo verá confirmado.

—Estás escapando con tu vida, que es mucho mejor de lo que mereces.

—La oportunidad de matar no te ha sido quitada por completo, gruñó el Príncipe. —He revelado las identidades de los vampiros responsables de la muerte del policía.

—General, intervino el padre Kavanaugh. Dio un paso adelante, de cara al Príncipe. —La paz está en el interés de todos. El General lo sabe.

El Príncipe bajó la voz, dirigiéndose al sacerdote. —¿Y tengo tu palabra?

—En mi alma.

El Príncipe miró al sacerdote. Los demás habitantes de la habitación, que incluían la unidad de fuerzas especiales y un destacamento de florentinos, comenzaron a inquietarse.

El Príncipe miró a Raven. Luego presionó la pluma al papel y firmó.

—Reconozco tu rendición. El general inclinó la cabeza en dirección del Príncipe.

—Tus soldados pueden regresar a sus cuarteles.

El príncipe saludó al capitán florentino y le estrechó la mano. —Gracias por tu servicio. Informe a Lord Gregor para obtener más instrucciones. Recuérdele que notifique a los romanos, si incluso hasta la parte más pequeña de este tratado se quiebra.

El capitán hizo una profunda reverencia, su mano sobre su espada. Él y su destacamento marcharon hacia la puerta y salieron.

—Comandante, ordenó el general.

El comandante Sullivan se adelantó, sosteniendo un par de esposas.

—¿Qué estás haciendo? Raven se lanzó hacia William y el comandante.

—Está bien. El tono de William era tranquilo mientras le tendía las muñecas.

—No, no lo es. Raven se volvió hacia el comandante. —Él se rindió. ¡No puedes encadenarlo!

El comandante la esquivó, manteniendo sus ojos enfocados en el Príncipe mientras él encadenaba sus muñecas y otro soldado le encadenaba los tobillos.

Uno de los soldados le impidió a Raven tocar a William.

—¿Padre? Trató de agarrar al sacerdote, pero él ya se estaba moviendo, arrojando un rosario sobre el cuello del Príncipe.

Un silencio cayó sobre el grupo reunido ya que el rosario no tenía ningún efecto sobre él. El padre Kavanaugh comenzó a recitar oraciones en latín y sosteniendo una cruz frente a él.

—¡William! Raven empujó al soldado, pero otro la atrapó por la cintura. —Lo estás humillando. Él se rindió. ¡Detente!

—Es por nuestra seguridad. El sacerdote dio lo que pretendía que fuera una mirada reconfortante.

—Al Duomo, ordenó el General, guiando al comandante y otros tres soldados mientras escoltaban al Príncipe fuera de la habitación.

El padre tomó la mano de Raven y lo siguieron de cerca.

CAPITULO 64

—POR FAVOR DEJALO IR, suplicó Raven, mientras seguía al padre Kavanaugh a través de uno de los pasajes subterráneos que conducían desde la casa de seguridad de los jesuitas directamente al Duomo.

—Hicimos un acuerdo. A cambio de su rendición, su vida se salvaría. Padre comenzó a quitarle la pulsera de oro de la muñeca de Raven.

Ella lo arrebató. —¡Esto es mio!

—No lo necesitas más. Ya no estás bajo su control.

Ella reemplazó el brazalete en su muñeca. —Nunca fue por control. Se trata de amor. ¿Por qué vamos al Duomo?

El padre la miró extrañado. —Es el lugar más seguro para exorcizar al demonio.

Él la ayudó mientras subían la escalera que conducía al Duomo y atravesaban unas puertas hacia el espacio sagrado.

Raven bajó la voz. —Vas a dejarnos ir después del ritual, ¿verdad?

—Primero necesitaremos algunas cosas de él.

Ella miró al sacerdote con horror. —Él ya se ha rendido. ¿Qué más podrías querer?

El padre Kavanaugh desvió la mirada para mirar hacia un conjunto de cincuenta túnicas negras que se alineaban en el pasillo que conducía al altar mayor del Duomo. Cada hombre estaba armado con una espada.

Raven observó a William pasar a través de ellos, como un cordero conducido al altar encadenado.

Ella agarró el brazo del Padre. —¿Lo convertirás en uno de tus soldados? ¿Lo vas a hacer matar a su propia gente?

—Si eso es lo que mis superiores desean, sí.

Raven maldijo, fuerte y largo.

—Suficiente. La expresión de su padre se volvió severa. —Estamos en una casa de Dios. Hablas con respeto o te irás.

—Nos engañaste, siseó Raven. —Le prometiste libertad. Ahora planeas hacerle un esclavo.

El sacerdote retiró la mano de Raven de su brazo. —No mantenemos esclavos. Pero el Príncipe sabe secretos sobre el romano. Él debe compartir lo que sabe. Y sí, espero que después de que pruebe la libertad, él quiera ayudarnos a brindar esa libertad a los

demás.

Raven tiró de su cabello, frenéticamente tratando de mantener su furia a raya. Ya era demasiado tarde: William ya había firmado el tratado. Pero tal vez todavía había tiempo para advertirle.

La belleza de la gran catedral se abrió ante ella mientras caminaba con el sacerdote sobre los pisos elaboradamente decorados hacia el altar.

Raven ignoró la obra de arte y la increíble cúpula de Brunelleschi que se extendía sobre ellos. Ella estaba obsesionada solo con William, ya que no menos de diez túnicas negras lo arrastraron por el piso.

Se sometió a sus acciones sin palabras, sus pesadas cadenas se estrellaron y chocaron. —William, ella levantó la voz.

El Príncipe volvió la cabeza pero no pudo verla porque estaba demasiado atrás.

Ella se acercó más rápido, pero el Padre bloqueó su progreso. —No es seguro.

—No me importa. Raven esquivó al sacerdote, cojeando lo más rápido que pudo hacia William.

Una de las túnicas negras la tomó del brazo.

—¡William! Gritó Raven, luchando contra el soldado que la sostenía. —Nos mintieron. Te convertirán en una máquina de matar. Sálvate a ti mismo.

Las túnicas negras levantaron sus voces en desaprobación. Uno de ellos se movió al lado del padre Kavanaugh, susurrándole furiosamente al oído.

El Príncipe finalmente pudo hacer contacto visual con ella. Sus cejas se juntaron al ver que una túnica negra la sujetaba.

—No la toques, habló con los dientes apretados. Sus ojos se movieron a los del padre Kavanaugh. —Prometiste protegerla.

—Todas las promesas son mentiras, lloró, y siguió luchando. —No quiero estar protegida por él. Te quiero.

La expresión de William se volvió penosa. —*Je t'aim*, susurró.

Una lágrima corrió por la cara de Raven. —Te amo. Por favor, no dejes que esto suceda. Su respuesta fue casi ahogada por el sonido de botas en el piso. La túnica negra que la contenía la apartó, casi violentamente, y la empujó contra una columna.

Una procesión de once sacerdotes dirigidos por un hombre con las vestiduras de un cardenal pasó junto a ella hacia el altar.

El cardenal se volvió hacia Raven y el padre Kavanaugh. —Manténla quieta o llévatela.

El sacerdote vaciló, su mirada se movió entre William y Raven, que estaba llorando.

—Padre Kavanaugh, espetó el Cardenal.

Sacudido por sus meditaciones, mi padre se inclinó. Se paró al lado de Raven, dándole una mirada conflictiva. —Nunca he visto esto antes.

—¿Visto qué?

—Un demonio que profesa su amor en la casa de Dios.

Las reflexiones del padre fueron interrumpidas por el cardenal, que levantó un gran crucifijo, dirigiéndose a las túnicas negras que flanqueaban al príncipe postrado.

—Tráelo aquí.

El cardenal señaló un lugar en el piso, y no menos de diez túnicas negras hicieron su voluntad.

William fue colocado boca abajo frente al altar, con grilletes. Once sacerdotes, vestidos de blanco, se organizaron a su alrededor formando un semicírculo.

Giró su cabeza hacia la izquierda, moviéndose hasta que pudo ver la cara de Raven.

—*Sarah*, murmuró, sus ojos grises intensos.

Raven asintió.

—¿Qué está diciendo? Padre habló en su oído.

—Está diciendo que lo siente, mintió, secándose las lágrimas.

El cardenal hizo la señal de la cruz y tomó agua bendita, rociándola sobre William, sobre sí mismo, y sobre todos los que estaban cerca.

William siseó cuando el agua hizo contacto con su cuerpo, pero el agua no lo quemó.

El cardenal se arrodilló y comenzó a recitar la Letanía de los Santos, en italiano. Todos, excepto Raven y William, participaron en las respuestas.

Entonces Raven notó que los labios de William se movían.

—*Hermano Thomas, ruega por mí. Reza por mi mujer, a quien amo.* Raven no estaba segura de haber leído los labios de William correctamente, pero sabía el nombre de su maestro. Tenía sentido pedirle ayuda a su maestro.

—*Hermano Thomas, nos traicionaron. Por favor ayuda a William.* Los propios labios de Raven comenzaron a moverse cuando una desesperada súplica burbujeó desde su corazón.

Ella no cuestionó sus palabras, ni se censuró a sí misma por haberse dirigido a un hombre muerto. Ella estaba desesperada.

Agregar su voz a la de William solo parecía correcto.

El cuerpo de William se convulsionó. Las cadenas se tensaron y golpearon contra el suelo.

El cardenal levantó su voz para que pudiera ser escuchado.

Los labios de William continuaron moviéndose, —*Ten piedad de mí.*

—No es posible, murmuró el padre Kavanaugh. Había dejado de participar en las respuestas, centrando su atención en el Príncipe caído.

—¿Qué no es posible? La mirada de Raven pasó de William al sacerdote.

La voz de William se elevó aún más, hablando en latín, —*Señor, no soy digno de recibirte, pero una palabra tuya bastará para sanarme.*

—¿Qué no es posible? Raven pellizcó el brazo de su padre.

Los ojos azules del sacerdote se movieron hacia los de ella, y tiró de su barba blanca.

—Una casa dividida contra sí misma no puede sostenerse.

—Te dije que él era diferente de los demás. Raven se secó las lágrimas. —Déjalo ir antes de que sea demasiado tarde.

—No puedo hacer eso. Padre adoptó una expresión de incertidumbre cuando se reincorporó a los otros sacerdotes en sus plegarias.

Una vez que terminó la letanía, el cardenal se volvió hacia William y le dirigió algunas palabras al demonio, pidiéndole su nombre.

William gimió, y su cuerpo se curvó sobre sí mismo. Parecía atormentado por el dolor y comenzó a gritar.

Raven se movió hacia él con una velocidad que no sabía que poseía. Ella tropezó y se arrastró, la falda de su vestido amarillo arrastrándose por el suelo de piedra.

Él giró la cabeza para mirarla.

—William, lo siento. Lo siento mucho.

—Yo- Cerró los ojos e hizo un ruido agónico mientras su cuerpo se convulsionaba.

La catedral hizo eco con sus gritos cuando la gran asamblea de sacerdotes y túnicas negras guardaron silencio.

—Estoy aquí, la voz de Raven se quebró. —No te voy a dejar, William. Estoy aquí.

Él luchó por hacer contacto visual. —Me comprometo contigo.

Sus grilletes resonaron cuando él movió sus manos en su dirección, sus dedos buscaron los de ella.

—Me comprometo a ti también. Para siempre. Raven se inclinó por el suelo, pero antes de que pudiera tocarlo, dos túnicas negras la agarraron y la apartaron.

De la nada, una bocanada de aire se materializó y se arremolinaba alrededor del Príncipe. En el susurro de la brisa, una voz dijo su nombre, *Desesperación.*

Los ojos de William estaban cerrados, su cuerpo se apoderaba.

—¡No!, Gritó Raven, incluso mientras la arrastraban por el suelo. —¡William, no!
El padre Kavanaugh apartó las túnicas negras y liberó a Raven. Pero él no la dejó volver al lado de William.

—El demonio está allí, explicó el padre. —Quédate atrás.

Él se paró frente a ella protectoramente.

—Él no tiene un demonio. Raven intentó moverse alrededor del sacerdote, pero las túnicas negras estaban a ambos lados, listas para intervenir.

El cardenal colocó su mano sobre la cabeza de William y recitó otra oración antes de leer un texto de uno de los Evangelios.

El cuerpo de William continuó agarrando. El color de su piel cambió y se profundizó, y el sudor apareció en su frente. La misteriosa brisa giraba sobre él, un torbellino privado, la voz cada vez más fuerte y más siniestra. —*Desesperación*.

La temperatura en la habitación parecía disminuir.

Raven se frotó los brazos desnudos contra el frío. El pánico la llenó, junto con un sentimiento de derrota. La situación era desesperada. Estaban torturando a William, y ella no podía liberarlo.

Sintió que le faltaba el aliento, como si las figuras que la protegían se estuvieran acercando. Todo su esfuerzo, todas sus palabras, habían quedado en nada. La persona que más amaba en el mundo sufría frente a ella, y no podía hacer nada.

El cardenal oró, haciendo la señal de la cruz sobre sí mismo y sobre William. Cogió la estola que llevaba de los hombros y la colocó sobre la espalda de William.

Luego, en una fuerte voz que resonó en la gran catedral, el cardenal se dirigió al demonio *Despair* y le ordenó que saliera.

La brisa se arremolinaba en un torbellino, girando y soplando ráfagas furiosamente. La voz chilló y maldijo.

De repente, el torbellino ascendió hacia la cúpula y desapareció.

William permaneció completamente quieto, postrado frente al altar, boca abajo.

El cardenal tocó la cabeza de William, haciendo la señal de la cruz mientras continuaba sus oraciones. Se dirigió al demonio una vez más, ordenándole que se fuera.

Una extraña niebla blanca apareció sobre el cuerpo del Príncipe, como una niebla que desciende en el aire de la noche. La neblina brilló y vibró, luego también desapareció.

—Está terminado, anunció el cardenal.

Cuando la sensación de terror se levantó del cuerpo de Raven, como si se quitara un pesado abrigo, sus piernas se doblaron.

Padre la atrapó antes de caer al suelo.

El cardenal oró una oración final. Arrodillándose junto al cuerpo de William, colocó su mano sobre su cabeza.

—Has sido sanado. Alzate.

William no se movió.

El cardenal se inclinó muy bajo, examinando la cara de William.

El cardenal levantó la cabeza de inmediato. —¡Médico!

Una de las túnicas negras corrió a su lado y cayó de rodillas. Rodó a William a su espalda, los grilletes y las cadenas chocando contra el suelo.

La cabeza de William se detuvo, con los ojos cerrados.

El médico bajó la oreja hacia el pecho de William. —Sin latido del corazón.

Él comenzó a hacer compresiones de pecho.

—¿Qué pasa? Raven empujó contra los brazos de Padre, encontrando sus pies una vez más.

—A veces el demonio trata de destruir a su anfitrión cuando se va. Padre se unió a los otros que estaban alrededor de William. Él agregó su voz a sus oraciones.

Raven tropezó hacia ellos, sorprendida de que las túnicas negras se movieran a un lado para ella.

Observó cómo el médico continuaba realizando resucitación cardiopulmonar, moviéndose de vez en cuando para exhalar aire en la boca de William.

—Llama a una ambulancia, gruñó el médico.

El cardenal se sentó sobre sus talones. —¿Estás seguro?

—¡Ahora!, Espetó el médico.

Una de las túnicas negras sacó un teléfono celular y se alejó unos pasos, marcando un número.

—Dijiste que un exorcismo no era una ejecución. Raven volvió sus ojos acusadores hacia el padre Kavanaugh. —¡Dijiste que estaría vivo!

Ella lo golpeó con sus puños incluso mientras el médico continuaba trabajando a unos pocos pies de distancia. El gran Duomo se hizo eco con sus gritos angustiados y el sonido de oraciones urgentes.

CAPITULO 65

—AL PARECER, ELLA NO ESTABA POSEÍDA. Tuvimos que sedarla, pero el sedante desaparecerá en unas pocas horas.

—¿Después de esto?

—Dejaremos que usted ajuste sus recuerdos. El cuerpo está en la morgue. Estamos esperando que sea liberado.

Raven estaba sentada en un pequeño dormitorio, mirando un crucifijo en la pared. Desde que despertó, había estado esperando que su mente se aclarara. Lentamente, muy lentamente, sus recuerdos regresaron, junto con retazos de conversación que ella debió haber escuchado.

Recordó haber sido llevada por las túnicas negras a la casa segura de los jesuitas. Ella recordó al padre Kavanaugh diciéndole que William estaba muerto. Lo habían llevado al hospital, pero estaba muerto cuando llegó.

Ella había atacado al sacerdote con furia, gritando que él era un asesino. Las túnicas negras la habían retenido mientras que otra hundía una aguja en su vena.

Ella no recordaba nada después de eso.

Se despertó en una cama estrecha, desorientada y extrañamente apagada. El sedante la había adormecido. No podía llorar ni sentir ira, incluso cuando su corazón lloraba sangre. Raven se sentó en silencio, esperando que volviera el equilibrio, e hizo un balance de lo que la rodeaba: una cama estrecha, una silla y un escritorio. Una pequeña librería que contenía algunos libros, todos teológicos, estaba al lado del escritorio. Un crucifijo colgado en la pared junto a una representación de latón del símbolo de la Compañía de Jesús. Una pequeña ventana revelaba el cielo nocturno y la más clara luz de luna. Estiró las piernas y se levantó, apoyada en la cama. El sedante debe haberle adormecido la pierna porque no sintió ninguna molestia.

Ella caminó lentamente hacia la puerta. Estaba bloqueado.

El padre Kavanaugh ya no era el hombre benévolo que ella pensó que era. Mientras él y los demás realmente parecían sorprendidos de que William hubiera muerto, no podían haber ignorado la posibilidad. Lo habían esposado y lo habían puesto en una situación increíblemente estresante. Tal vez fue el poder de la sugestión, junto con el estrés, lo que lo mató.

Raven no creía en los demonios. No tenía una explicación científica para el extraño

torbellino o la voz incorpórea, pero sabía que William no había sido poseído. Le había suplicado a padre una y otra vez que liberara a William. Pudo haber intervenido. Pudo haber detenido todo el extraño ritual. Pero no lo hizo. Él y todas las otras túnicas negras simplemente se habían levantado y visto a William morir.

Asesinos.

El padre Kavanaugh y la Curia eran ahora sus enemigos. Habían sido engañosos en sus negociaciones por la paz y traicioneros en sus acciones. El hecho de que el sacerdote, en quien ella había confiado con la vida de William, los había traicionado, la cortó profundamente.

Sin hacer nada, regresó a la cama y se sentó. La ventana era demasiado pequeña para salir gateando, y parecía estar en el segundo piso.

Quizás una oportunidad de escapar se presentaría antes de que la Curia intentara borrar sus recuerdos.

Ella abrazó su almohada, notando que su brazalete de oro había desaparecido. La Curia debe habérselo quitado. La Curia le había quitado todo a ella.

Cerró los ojos e intentó con todas sus fuerzas catalogar cada momento, cada palabra que había intercambiado con William, con la esperanza de que algunos de los recuerdos pudieran ocultarse a la Curia entre los recuerdos de su infancia y sus propias traiciones.



Raven se despertó sobresaltada.

La habitación estaba a oscura a excepción de la luz de la luna que se derramó en el piso desde la pequeña ventana.

Ella había estado soñando. Ella y William estaban caminando en su jardín, de la mano y de la mano, a la luz del sol.

Ella se había quebrado cuando lo vio, casi incapaz de decir las palabras que expresaban lo aliviada que estaba por no estar muerto.

Él le sonrió con gravedad y abrió la boca para explicar.

Algo se movió, haciendo el sonido de una escoba barriendo el suelo.

La habitación estaba vacía, a excepción de los muebles. Cuando se sentó en la cama, vio algo.

Deslizó las piernas por el borde de la cama y se acercó tambaleante a la puerta, inclinándose para recuperar un trozo de papel.

Ella lo sostuvo a la luz de la luna.

Abre la puerta y camina hacia el final del pasillo. Toma la escalera a la planta baja.

Alguien te estará esperando.

-Sarah

Raven leyó el mensaje manuscrito dos veces antes de que las palabras penetraran en su mente nublada.

El papel era demasiado sólido en su mano para ser un producto de la imaginación. Se preguntó si alguien la estaba manipulando o si la carta realmente había sido escrita por Sarah, William y quería que ella la encontrara.

Por lo que ella sabía, ella, William y Sarah eran los únicos que sabían sobre la dirección en Via San Zanobi. Tal vez la misteriosa Sarah había descubierto su paradero y había venido a ella.

No le importaba a Raven si el autor de la nota podía ser confiable o no. Ella quería escapar y estaba dispuesta a arriesgarse.

Probó con el pomo de la puerta y se sorprendió al ver que giraba con facilidad. Ella abrió la puerta y asomó la cabeza por el pasillo. Estaba vacío.

Tan silenciosamente como pudo, salió de su habitación y cojeó hasta el final del pasillo. Abrió la puerta de la escalera y la cerró silenciosamente detrás de ella. La escalera era estrecha, y se apoyó en la barandilla mientras descendía cautelosamente, con las orejas esforzándose por el más mínimo sonido.

Cuando llegó al final, se encontró cara a cara con un adolescente. Puso un dedo contra

sus labios.

Tomó su mano, la cual era increíblemente cálida, y la llevó afuera al callejón.

Se movieron a la calle tan rápido como Raven pudo manejar y caminaron de la mano alrededor de un cuarto de cuadra. En la distancia, ella podía ver la cúpula de Brunelleschi.

Ella hizo una mueca al darse cuenta.

El adolescente abrió la puerta del pasajero de un pequeño Fiat y la ayudó a sentarse.

Caminó alrededor del auto y la llevó. Se apartaron de la acera y corrieron por la calle, los faros penetraron en la oscuridad.

—¿Quién eres?, Preguntó en italiano.

—Un mensajero. Él le dio una pequeña sonrisa antes de regresar su concentración a la carretera.

Estaba a un corto trayecto en coche de Via San Zanobi. Raven vio el letrero cuando giraban a la derecha hacia la calle.

El chico se estacionó frente al número treinta y tres. Él inclinó la cabeza hacia el edificio.

—Pulse el timbre, y dele la contraseña.

—Gracias. Raven metió la mano en los bolsillos de su vestido de verano. —Lo siento, no tengo dinero.

—Me han pagado bien. Él le mostró una sonrisa. —Vaya. Se darán cuenta de que te has ido en cualquier momento.

Raven le dio las gracias una vez más y salió del vehículo.

El adolescente esperó mientras cruzaba la calle y presionó el timbre. Tan pronto como pronunció la contraseña, se apartó, sus luces traseras desaparecieron a la vuelta de la esquina.

La cerradura de la puerta zumbó y Raven la abrió, entrando en un corredor sin luz.

CAPITULO 66

EL PASILLO SE ABRIÓ en un patio iluminado que albergaba un jardín. Las puertas se alineaban alrededor de las paredes del patio.

Una mujer estaba de pie al lado de una puerta abierta, haciendo señas.

Raven cojeó hacia ella.

La mujer parecía tener más de cincuenta años y cabello castaño hasta los hombros y ojos marrones. Parecía no sorprendida por la discapacidad de Raven y se movió a su lado, ofreciendo un hombro para apoyarse.

Condujo a Raven a través de la puerta abierta y entró en un apartamento, cerrando la puerta detrás de ellos.

El apartamento era espacioso, con una cocina de concepto abierto y un comedor que tenía puertas corredizas de vidrio que daban a otro jardín.

La mujer llevó a Raven a través de la cocina a una sala de estar.

Raven estaba agradecida de quitar el peso de su pierna y se dejó caer en un sofá bajo.

—¿Cómo me encontraste?

—Es mejor si no haces demasiadas preguntas, respondió la mujer en inglés, sentada en una silla frente a ella. —Me pagaron para ayudarte a escapar de la ciudad. No podría hacer eso contigo siendo cautiva.

—¿William te contrató?

—No tenemos mucho tiempo. La mujer ignoró su pregunta. —Si deseas escapar, debes irte dentro de una hora.

—¿Muy pronto?

—A la policía le gustaría hablar contigo en relación con el inspector asesinado que fue encontrado en la Loggia dei Lanzi. También me dijeron que deseas escapar de otras partes interesadas.

Raven jugueteaba con sus uñas. —Podría decirse.

—Debido a la naturaleza de las amenazas en tu contra, mis servicios fueron contratados para proporcionarte una nueva identidad y una nueva vida.

El corazón de Raven saltó un latido. —¿Es eso realmente necesario?

La mujer frunció el ceño. —Puedes rechazar mi ayuda, por supuesto. Pero según la evaluación de riesgos que se me proporcionó, estás en peligro. Ya sea que te vayas de Florencia o no, la vida que has vivido hasta este momento ha terminado.

—Te estoy ofreciendo una nueva identidad, un nuevo trabajo y una nueva vida. Si aceptas esta nueva vida, nunca podrás volver a Italia. No puedes ver ni hablar con nadie de tu vida anterior, incluida tu familia.

Raven inhaló bruscamente. —¿Qué hay de mi hermana?

—Si tu hermana se da cuenta de que estás viva, tus enemigos también lo sabrán. Y ellos vendrán a por ti.

—¿Ni siquiera puedo decir adiós?

—Me temo que no. La mujer la miró con simpatía. —Si eliges hacer esto, terminamos con tu vida anterior. Tu familia creerá que estás muerta.

Raven guardó silencio.

La mujer miró su reloj. —Es tu decisión, pero debe elegir rápidamente. Tu presencia nos pone a mí y a muchos otros en peligro.

La mente de Raven se movió lentamente de un escenario a otro. Sabía que aún sentía los efectos secundarios del sedante, por lo que su capacidad para sentir emociones fuertes estaba algo deprimida. Aun así, le resultó difícil elegir una acción que le causaría más dolor a Cara.

—No es mi lugar convencerte, intervino la mujer. —Pero debes saber que tu identidad actual representa un riesgo para tu familia.

Raven alzó los ojos para encontrarse con los de la mujer. —¿Alguien quiere matarme?

—Alguien quiere venganza que probablemente termine con tu muerte, la mujer la corrigió.

—¿Quién?

La mujer alisó las arrugas en su falda. —Hay al menos dos criaturas del inframundo que se enojaron mucho con alguien que estuvo cerca de ti. Vamos a dejar las cosas así.

Raven captó su significado de inmediato. —Podría regresar a la casa de los jesuitas y escapar de las criaturas, pero el padre Kavanaugh me quitará mis recuerdos.

—También debes considerar a tu familia. A menos que alguien esté dispuesto a protegerte a ti y a tu familia por el resto de tu vida, todos ustedes son vulnerables.

La comprensión se aclaró sobre ella. Raven asintió.

—Se acabó el tiempo. Sarah se levantó. —Si estás preparada para hacer esto, debemos prepararnos ahora.

Raven cerró los ojos. Ella pensó en su hermana. Ella pensó en su madre. Pensó en su hermana una vez más.

Mucho dolor. Tanta muerte Incluso si la Curia decidiera enviarla de regreso a Florida, el

romano podría enviar a alguien a cazarla, solo por despecho. Sin sus recuerdos de William y su mundo, ella no sabría cómo protegerse. Y no confiaría su seguridad y la de su hermana a la Curia.

—Estoy lista.

La mujer condujo a Raven por el pasillo hasta la habitación de atrás.



Menos de una hora, más tarde, Raven subió a una Mercedes Clase M negra. Su largo cabello negro había sido cortado en los hombros y teñido de un rojo oscuro; sus ojos verdes habían sido cubiertos con lentes de contacto azules.

El conductor masculino colocó su equipaje y su nueva silla de ruedas en la parte trasera del vehículo mientras la misteriosa mujer le entregaba un bolso muy caro.

—Tu pasaporte para tu escape de Italia está adentro. Eres portugués, de Braga.

—No hablo portugués.

—No importa. Te queda dentro de la Unión Europea, por lo que nadie revisará tu pasaporte en la frontera. Se le dará su nueva identidad antes de llegar a su destino final. La mujer le entregó un pedazo de papel. —Memoriza este número. Si ve a alguien de tu vida anterior, llame a este número y pregunta por Matthew. Si te amenazan o tu identidad se ve comprometida, viaja a Ginebra e informa al Trivium Bank.

—¿Un banco? ¿Qué pueden hacer?

—Ponte esto todo el tiempo. La mujer colocó un collar de oro sobre la cabeza de Raven y señaló los dos objetos suspendidos. El vial contiene una pequeña pero poderosa reliquia. No te lo quites.

—El amuleto de oro tiene un número estampado en él. Presente el número en el Trivium Bank, y te ayudarán.

Unos minutos más tarde, dos mujeres jóvenes ingresaron al vehículo. Una se sentó en el frente y la otra en la parte posterior al lado de Raven.

—¿Qué está pasando?, Le preguntó a Sarah, que todavía estaba junto a la puerta abierta de Raven.

—Es más seguro viajar en grupo que viajar solo. No entables una conversación con ellos. Tu conductor tiene instrucciones sobre qué hacer en caso de emergencia. La mujer extendió su mano y Raven la sacudió. —Buena suerte.

—Gracias.

La emoción del momento captó a Raven inconsciente. Ella parpadeó para contener las lágrimas.

Sarah cerró la puerta y el conductor puso en marcha el automóvil.

Salieron del garaje escondido en la parte posterior del edificio y condujeron por las calles de Florencia hasta que llegaron a la autopista, en dirección al norte.

CAPITULO 67

EN EL ESPACIO ENTRE TRES MUNDOS, dos seres discutieron sobre el alma de un hombre.

—No hay nada para ti aquí, dijo el ángel oscuro, su voz era como el roce de las uñas contra una pizarra. —Esta alma pertenece abajo.

—No es para ti determinar el lugar al que pertenece un alma después de la muerte, reprendió el santo.

—Esta alma es nuestra. El ángel oscuro extendió su mano.

El santo bloqueó al demonio, parándose sobre el alma que yacía postrada entre ellos.

El ángel oscuro rugió. —¡Su alma está condenada!

—Él se arrepintió al final.

—¿Arrepentido? El ángel oscuro se burló.

—Abrazó por completo los pecados capitales. ¡Abandonó la esperanza y permitió que Despair lo poseyera!

—El demonio no era su dueño. La transformación fue incompleta porque oró por ayuda.

—Eso es *sofistería. Tus hermanos sacerdotes enviaron su alma al infierno.

—Sin embargo, aquí estamos.

El demonio estiró su cuello para mirar alrededor del santo y ver el alma. El pecho del hombre se levantó y cayó, lento y firme, con aliento humano.

El santo sonrió al verlo.

Si el ángel oscuro hubiera podido empujar al santo a un lado, lo habría hecho. Examinó el alma más de cerca, inclinándose sobre él.

—Has hecho trampa, siseó. —El hombre estaba muerto.

—No me corresponde a mí dar vida. Pero he rezado por él durante muchos años, para que la gracia arraigue en su alma. El santo señaló hacia abajo. —Regresa de donde vienes. No hay nada para ti aquí.

Tan pronto como la orden dejó los labios del santo, el ángel oscuro desapareció, gruñendo y maldiciendo mientras partía.

El santo se inclinó e hizo la señal de la cruz en la frente de su alumno. Rezó en latín, como era su costumbre, suplicando misericordia y gracia y agradeciendo a Dios por la liberación del hombre.

Cuando terminó, el estudiante -que había estado medio dormido durante el encuentro-

cayó en un sueño tranquilo.

* sofisma: Argumento falso o capcioso que se pretende hacer pasar por verdadero.

CAPITULO 68

LA DESCARGA NO se había acabado.

Raven estaba sentada en una mesa al aire libre en el Café Mozart, en la plaza del casco antiguo de Praga, tomando café un sábado por la mañana, todavía adormecida.

Ella había sido residente de Praga durante dos meses.

Viajó desde Florencia a Austria con las jóvenes y su chofer. Una vez que entraron en Innsbruck, el conductor había dejado a las otras mujeres en una residencia opulenta.

Luego, él y Raven cambiaron de vehículo a lo que parecía ser una casa segura. Se encontraron con una mujer que cambió el cabello de Raven de rojo a un marrón arenoso con vetas rubias, y cortó los mechones ya acortados en un bob. Raven cambió las lentes de contacto azules por café y cambió su pasaporte portugués por uno canadiense.

El conductor la había llevado a Praga, a un edificio de apartamentos detrás del Teatro Nacional, cerca del río Vitava. Le habían dado las llaves de un apartamento amueblado de una habitación, un sobre lleno de dinero y un conjunto de instrucciones relacionadas con su historia y el trabajo que le habían asegurado en la Catedral de San Vito.

Raven era ahora Cassandra MacDonald, que tenía una B.A. en inglés de Queen's University en Kingston, Ontario, y estaba interesada en la historia.

Su trabajo en la catedral no estaba en la restauración de arte. Presumiblemente, mostrar su habilidad en esa área sería demasiado llamativo. En cambio, ella tenía un puesto en una oficina, escribiendo y editando materiales en inglés.

La catedral era increíblemente majestuosa, al igual que la Capilla de San Wenceslao, que se encontraba dentro de la catedral y presentaba frescos de valor inestimable de la pasión de Cristo y la vida de San Wenceslao.

La capilla era hogar de varias reliquias. Pero Raven continuó usando la reliquia que Sarah le había dado.

Ella lo tocó distraídamente mientras miraba el reloj astronómico en la torre de enfrente, esperando que golpeará y mostrara las figuras de los doce apóstoles.

Su dolor por la pérdida de William era agudo, pero ella había sido capaz de dejarlo de lado mientras trataba de adaptarse a su nueva vida. Y así fue como supo que todavía estaba en estado de shock.

Se dijo a sí misma que la conmoción desaparecería. Cuando no se distraía con tantas cosas nuevas, podía llorar adecuadamente. Por ahora, tenía dificultades para entender el

hecho de que William se había ido.

Para siempre.

Perderlo fue como romperse la pierna. Le llevó un tiempo aceptar que nunca volvería a correr o bailar, aparte de los días maravillosos después de que William la había sanado. Llevaría tiempo aceptar que la Curia lo había asesinado, y que nunca más volvería a estar en sus brazos.

Bebió un sorbo de café y vio a un hombre que rodeaba a la multitud, que se había reunido para mirar la pantalla del reloj. El hombre estaba vestido de negro, su cabello pálido al sol.

Ella puso su taza de café sobre la mesa con dedos temblorosos. La figura se parecía mucho a William.

Dejó efectivo para el café y la pasta intacta y agarró la abrazadera que había estado usando en lugar de un bastón.

La figura aún era visible, alejándose de la multitud.

Se movió lo más rápido que pudo hacia la plaza, siguiéndolo. Ella no se atrevió para gritar su nombre.

La campana del reloj comenzó a sonar y el hombre se detuvo.

Raven aceleró el paso, ignorando el dolor que le subía por la pierna herida.

El hombre se dio la vuelta.

Raven le dio sombra a su mano contra el sol para poder distinguir sus facciones.

Él era muy guapo; eso era cierto. Pero él no era William.

Se detuvo en la plaza y vio que el hombre de negro se unía a un grupo de amigos.

Cuando el reloj acabó de golpear, se preguntó cómo podría saber que William había muerto y seguir convencido de que lo había visto en una plaza de Praga.



Esa noche, Raven permaneció despierta, mirando la luz y las sombras jugar a través del techo y las paredes de su habitación.

—Tú eras la sombra en mi pared, susurró, un dolor agudo que perforó su pecho.

Las sombras no respondieron.

CAPITULO 69

UNA SEMANA MÁS TARDE, Raven volvía a su departamento a altas horas de la noche. Se había entretenido en una noche en la ópera, perdiéndose en la magia de Verdi. Su edificio estaba a pocos pasos del Teatro Nacional, donde se representó la ópera. Se tomó su tiempo caminando a casa, su corazón y su mente llenos de música.

Cuando dio vuelta en su calle tranquila, sintió una punzada en la parte posterior de su cuello.

Ella miró por encima del hombro. La calle estaba vacía.

Ella apresuró sus pasos, apoyándose fuertemente en la abrazadera. Su mente comenzó a jugarle malas pasadas, cuando los recuerdos de caminar a casa después de la fiesta de Gina brillaron ante sus ojos.

Ignoró el dolor en su pierna mientras se movía tan rápido como pudo. Una repentina ráfaga de viento pasó volando.

A cierta distancia, una figura estaba parada en las sombras del edificio al otro lado de la calle.

Raven llegó a la puerta de su casa y buscó las llaves de su bolsillo.

—Detente, una voz ordenada en italiano.

Raven fingió que no entendía, ya que Sarah la había advertido.

—Estás en peligro. La voz se acercó.

Raven encontró su llave y la puso en la cerradura, luchando por abrir la puerta.

—¡Espera! La voz cambió al inglés. —Estás usando una reliquia. Sabes que no puedo hacerte daño.

—No sé de lo que estás hablando, respondió Raven en inglés.

—Vengo a pagar una deuda. El Príncipe me habría ejecutado. Usted sostuvo su mano.

Raven se giró para ver a la figura moverse de las sombras hacia la luz que brillaba desde una de las ventanas de al lado.

Ella abrió la puerta y la sostuvo, preparándose para huir dentro. —¿Qué deseas?

Borek levantó las manos, mostrando que estaba desarmado. —Es peligroso para mí estar aquí. La presencia de la Cu-nuestros enemigos-en Praga es pequeña, pero existe, no obstante. Es solo cuestión de tiempo antes de que se den cuenta de que estoy aquí.

Raven frunció el ceño. —Me has puesto en peligro. Ahora me buscarán.

—Ya te están cazando.

—¿Qué quieres decir?

Borek inspeccionó el área rápidamente. Levantó el ruido y olfateó.

—Encontraron un cuerpo que coincide con su descripción, pero fue incinerado antes de que alguien pudiera examinarlo.

Aoibhe y nuestros enemigos son curiosos.

Raven se apoyó contra la puerta principal. —¿Aoibhe? Pensé que ella había huido con Ibarra.

—Las túnicas negras pusieron a un Príncipe titere en su lugar. Aoibhe regresó hace dos semanas. Ella mató a Gregor y se apoderó del principado. Ahora ella quiere venganza.

—¿No la depondrán las túnicas negras?

—Han encontrado otro enemigo más cerca de casa.

—¿Qué hay de Ibarra?

Borek se encogió de hombros. —Él nunca regresó.

—El romano nos traicionó, Raven no pudo mantener la amargura de su voz.

—Le prometió a William su apoyo, pero lo retiró.

—Cato tiene demasiada influencia. La locura de un viejo finalmente ha alcanzado a nuestro rey.

—¿Crees que está loco?

Borek asintió. —Cuando estábamos en Roma, escuché algunas cosas de los guardias. Catón mató a todos los ancianos del principado porque eran una amenaza para él. Él lo media todo, controlando la información que recibe el romano. Pero el romano es paranoico y usa a los guardias como espías. Aun así, su memoria no es confiable. Él dará una orden y cuando un guardia la lleve a cabo, castigará al guardia por actuar sin aprobación. El palacio está en un constante estado de terror.

—El Príncipe era la única amenaza creíble para Cato. Así que manipuló a los romanos para que la Curia lo destruyera.

Raven se frotó los ojos. —¿Cómo me encontraste?

—Aoibhe me envió a buscarte, pero pensamos que estabas en Ginebra. Cuando no te encontré, continué la cacería por mi cuenta. Budapest y Praga fueron opciones obvias. Ambas ciudades han sido limpiadas de vampiros durante años, por lo que nuestros enemigos sienten poca necesidad de vigilarlos. Dudaba en volver aquí debido a mi historia. Primero fui a Budapest.

—Estás aquí para matarme.

Borek no parpadeó. —Esa es mi misión.

—Has fallado. Llevo una reliquia y no me la quitaré. Raven entró al edificio y se preparó para cerrar la puerta.

—¡Espera! Borek extendió su mano, manteniendo su distancia. —Si puedo encontrarte, ella también puede. Tienes que irte. Esta noche.

—¿Así tú puedes rastrear a mi nuevo destino? No lo creo.

—Aoibhe puede haber enviado a otros. Ella puede haber enviado a Ibarra y él es mucho más poderoso que yo.

Raven examinó la cara de Borek. —En cualquier momento, puedo llamar a mi sacerdote y decirle dónde estoy. Él enviará agentes a rescatarme.

—No estaría tan seguro de eso. Borek la miró con sabiduría.

—¿Qué quieres decir?

—Las túnicas negras pueden venir, pero no será para rescatarte. Aoibhe me dijo que había un informe de que tu sacerdote había abandonado las túnicas negras y había regresado a América.

—Dudo eso. Acaba de llegar a Roma.

—Tal vez adquirió una conciencia. El tono de Borek era sarcástico. —Claramente estoy perdiendo el tiempo aquí. Se giró para irse.

—Espera, llamó Raven. —Si pudiera, comenzaría una guerra entre la Curia y el romano y los vería destruirse entre sí. Asesinaron a mi William. -Se le quebró la voz. —Los odio a todos.

—Finalmente, algo en lo que estamos de acuerdo. Borek se enfrentó a ella una vez más.

—¿Me ayudarás?

—¿Ayudarte a hacer qué?

—Que comience una guerra.

Borek se rió. —Eso es una locura. Nunca te acercarías a Roma; Aoibhe tiene demasiados espías.

—Ayúdame. Tenemos enemigos comunes.

Borek hizo una pausa, casi como si estuviera tentado. —No me estoy suicidando por la venganza de un humano.

Se puso de pie muy alto y colocó su mano en la empuñadura de su espada. —He pagado mi deuda. Que la fortuna te sonría.

—¿Qué le dirás a Aoibhe? Preguntó Raven, tratando de evitar la ansiedad en su voz.

—Nada. Ella es una tirano. No viviré bajo su yugo.

—Por mucho que tuviera razones de que no me gustara el Príncipe, él dio su vida para

salvar a Florencia cuando el romano nos traicionó. El príncipe murió por todos nosotros. La expresión en el rostro de Borek cambió, como si la comprensión lo persiguiera.

—Todo el principado está en deuda con él. Me complace honrar su sacrificio. Y tuyo.

—Adiós, Lady Raven. Con una reverencia ceremonial, Borek se derritió en las sombras.

CAPITULO 70

CUANDO RAVEN ENTRÓ A SU APARTAMENTO, no se molestó en llamar al número que había memorizado. En su lugar, buscó la guía que Sarah le había dado, que le proporcionó instrucciones y consejos, junto con una lista de casas de seguridad esparcidas por todo el mundo. Raven no sabía cuán amplia era la red de Sarah o para quién era exactamente, pero sabía que todos sus recursos estaban a su disposición, aparentemente porque William había pagado a Sarah por un plan integral de reubicación. Raven tomó nota de las instrucciones de la guía sobre cómo escapar en tren y empacó una pequeña bolsa de mano. Ella sacó la tarjeta SIM de su teléfono celular, como se le indicó, y la tiró al inodoro, reemplazándola con una tarjeta SIM nueva, sin usar. Dejó la mayor parte de su ropa, pero tomó su pasaporte y todo el dinero que había estado escondiendo en un recipiente en su congelador. Una vez que el sol se elevó sobre el horizonte, ella tomó un taxi a la estación central de trenes.

Utilizando efectivo, reservó un boleto en el primer tren a Moscú y se sentó en una de las concurridas áreas de espera de la estación, manteniéndose alerta a su alrededor.

Cuando llegó el momento, ella abordó el tren. Pero justo cuando el tren se preparaba para salir de la estación, ella salió, cojeando tan rápido como pudo hacia el tren que estaba justo al otro lado de la plataforma. Subió a bordo y encontró un asiento en un abarrotado compartimiento de segunda clase, intentando fingir ser un desventurado turista inglés que no tenía idea de cómo usar una máquina automática de boletos.

Cuando el conductor llegó, ella hizo su parte y pagó un boleto en efectivo.

Mientras soportaba el viaje de cuatro horas en tren a Viena, pensó en su encuentro con Borek. Pensó en el padre Kavanaugh que abandonó la Curia y regresó a Florida. Se preguntó si sus acciones eran una señal de que lamentaba lo que le sucedió a William. Sobre todo, sin embargo, Raven meditó sobre su ira con la Curia y conspiró venganza. El impacto de perder a William finalmente se estaba disipando, y ya no estaba contenta con aceptar su destino actual con pasividad.

La Curia había matado a William por accidente, supuestamente. No recordaba todo lo que había sucedido después de que la ambulancia viniera a llevarse a William. Pero recordó el impacto en las caras de todos, incluido el del padre Kavanaugh. Ella recordó a Padre susurrándole que no debería haber sucedido.

Pero lo habían matado. Sin importar sus intenciones, William estaba muerto.

Mientras miraba el paisaje destellar junto a la ventana, pensó en la venganza. Sus palabras descuidadas hacia Borek jugaban una y otra vez en su mente. Se preguntó si podría viajar a Roma y comenzar una guerra.

Borek tenía razón. Era mucho más probable que los espías de Aoibhe la encontraran a ella primero. Luego sería arrastrada de vuelta a Florencia para enfrentar a Dios sabía qué.

Si ella quería comenzar una guerra, necesitaba aliados y un plan. Ella necesitaba reliquias y armas. Costaría una gran cantidad de dinero financiar tal empresa.

Entonces fue cuando recordó el banco. Sarah le había pedido que presentara el número estampado en el amuleto que llevaba colgado del cuello en el Trivium Bank de Ginebra. Estaba bastante segura de que el Trivium era el banco que William había mencionado. Si ella pudiera viajar a Ginebra, tal vez podría retirar suficiente dinero para financiar su venganza.

Quizás Borek la ayudaría si le pagaba lo suficiente.

Aoibhe habría sabido buscarla en Ginebra. Eso había sido hace algún tiempo, sin embargo -antes de que Borek visitara Budapest y Praga. Con suerte, cualquier otro espía que ella hubiera enviado, habría abandonado Ginebra y había comenzado a buscarla en otro lugar.

Iría a Ginebra.

CAPITULO 71

RAVEN LLEGÓ A VIENA, y después de una pequeña escala y un cambio de última hora de un tren a otro, ella se dirigía a Ginebra.

El viaje de Viena a Ginebra fue largo. Pasó la noche en el tren y llegó a la estación justo antes de las siete de la mañana siguiente. Ella aseguró un taxi y le pidió al conductor que la llevara al Banco Trivium. Él le dio una mirada extraña, pero se apartó de inmediato.

Deslizó el collar que Sarah le había dado por encima de la cabeza y miró el número estampado en el amuleto. Los números eran muy pequeños.

Ella tomó una foto del amuleto con su cámara y luego se colocó el collar sobre su cabeza. Usando la aplicación de fotos en su teléfono, amplió la imagen para que los números estuvieran visibles. Sacó una hoja de papel y un bolígrafo de su equipaje de mano y copió rápidamente los dígitos.

Algún tiempo después, el taxista se detuvo frente a un impresionante edificio que estaba detrás de una pared alta. El banco estaba ubicado en Rue des Alpes, cerca del Río Ginebra.

—No puedo detenerme. El conductor señaló las enormes puertas de hierro y los guardias de seguridad a ambos lados.

Raven le agradeció al conductor y le pagó, saliendo del taxi.

Se acercó a las puertas, pero los guardias la detuvieron de inmediato.

—Bonjour, los saludó nerviosamente. Le entregó a uno de ellos el pedazo de papel.

El guardia le indicó que esperara, y él entró en la garita de guardia, dejándola con su compañero. Ella vio como el primer guardia levantaba un teléfono y comenzaba a hablar con alguien.

Al poco tiempo regresó, y uno de sus socios apareció al otro lado de las puertas de hierro.

Las puertas se abrieron, y el asociado, que estaba armado, se dirigió a ella en italiano.

—Por aquí por favor.

Raven se arrastró detrás de él, siguiéndolo hasta una gran puerta de metal que daba al edificio central de piedra. La puerta se abrió, y ella siguió al guardia adentro.

—Buenos días. Una mujer atractiva que llevaba una bata de laboratorio blanca saludó a Raven, una vez más hablando en italiano. —Antes de que podamos admitirla, tenemos que realizar una prueba de ADN.

La boca de Raven se abrió. —¿ADN? ¿Es eso necesario? Te di el número.

—Necesitamos saber que usted es la persona asociada con el número. El tono de la mujer era firme.

—¿Qué pasa con mi pasaporte?

La frente de la mujer se arrugó, como si Raven estuviera haciendo una pregunta muy tonta.

—¿Tomarás sangre? Preguntó Raven, comenzando a sentirse aprensivo.

—Solo un hisopo bucal. La mujer señaló una pequeña oficina e hizo pasar a Raven al interior.

Raven suspiró. Ella había llegado hasta aquí. Presumiblemente, estaba a salvo dentro del banco. Al menos por el momento.

La mujer se puso un par de guantes de látex y abrió un pequeño juego mientras Raven se sentaba en un sillón.

Ella estaba muy cansada. No había dormido mucho en el tren, por miedo a que alguien la abordara.

—Abra, instruyó la mujer.

Raven abrió la boca, y la mujer le raspó el interior de la mejilla, colocando la muestra en un tubo de plástico. Ella lo selló, colocó cinta sobre la parte superior y escribió algo en la etiqueta.

—¿Cuánto tiempo tomará? Preguntó Raven.

—No tanto. Espere aquí. La mujer se quitó los guantes y los colocó en una bote de basura. Cogió el tubo y el kit y desapareció por el pasillo.

Raven se reclinó en su silla y cerró los ojos, solo por un momento.



Una garganta se aclaró sobre ella.

—¿Señora?

Raven se sobresaltó. —¿Qué para? ¿Quién eres tú?

Levantó la vista hacia el rostro de un hombre mayor con el pelo de color salpicado recortado, que llevaba gafas pequeñas con montura de alambre y un traje y corbata de aspecto muy caro.

Él extendió su mano. —Buenos días señora. Bienvenida a Trivium. Soy Henri Marchand, el director.

Raven le estrechó la mano, todavía aturdida por haber estado profundamente dormida solo un momento antes.

—Lamento que haya tardado tanto en saludarle. Porque es domingo, no estaba en el edificio cuando llegó. Y tuvimos que confirmar su identidad. De esta manera, por favor. Agitó su brazo hacia el corredor.

—¿Para qué estabas comprobando mi ADN? Raven luchó para ponerse de pie.

—Lo estábamos haciendo coincidir con la muestra que su esposo nos brindó hace algún tiempo. El director alzó su mochila al hombro y se detuvo mientras se orientaba.

Ella se apoyó en su abrazadera. —¿Mi esposo?

—Usted y él son nuestros clientes más importantes, y me disculpo por las medidas invasivas. Pero son necesarios, como estoy seguro de que puede apreciar. Esperó a que ella entrara en el pasillo y lo siguió.

—Debo mencionar inmediatamente que ha llegado la obra de arte que su esposo había transferido de su casa. Todo está en excelentes condiciones. Contamos con un especialista en conservación de arte en el personal, y él hizo coincidir los artículos con el inventario enviado por su esposo. Parece que toda la colección ha llegado de forma segura.

Henri le sonrió. —Por supuesto, con su experiencia en la restauración artística, probablemente quiera evaluar la condición de la colección usted misma. ¿Le gustaría verlo ahora?

Raven se detuvo. Cerró los ojos, más confundida de lo que había estado en mucho tiempo. —Cuando dices mi marido, ¿te refieres a William?

—Por supuesto, señora.

—Y cuando dices colección de arte, ¿te refieres a las piezas de Florencia?

—Si señora. Como dije, todo parece estar en excelentes condiciones, pero, por supuesto, respetamos su experiencia.

—¿Hablaste con William?, Susurró.

El director se subió las gafas a la nariz. —Siempre hemos hablado a través de su personal, por lo que su presencia aquí es un gran honor. Le hemos estado esperando. Continuaron caminando por el pasillo.

—¿Cuándo comenzó a llegar el arte?

—Hace dos meses. La última pieza llegó ayer. El envío se dividió y se envió a través de diferentes rutas por razones de seguridad. ¿Puedo ofrecerle el desayuno o algún tipo de refrigerio antes de visitar la colección?

Raven se detuvo, las ruedas de su mente girando sobre esta nueva revelación. William había sido asesinado hacía más de dos meses, lo que significaba que Ambrogio y Lucía debieron haber comenzado a transferir la colección de arte a Ginebra en esa época. Raven se preguntó si el protocolo de Ginebra que ella había escuchado mencionar a William antes de su muerte incluía la evacuación de su obra de arte.

—Monsieur Marchand, he estado viajando durante veinticuatro horas. Necesito una ducha y una muda de ropa. ¿Podrían algunos de tus guardias acompañarme a un hotel y acompañarme de vuelta?

—Perdóneme, señora. Le llevaré a los apartamentos privados que han sido preparados para usted y su marido. La condujo por un pasillo lateral hasta un ascensor y rápidamente apoyó la mano en un lector de huellas digital.

El lector se iluminó de verde y el ascensor se abrió.

Hizo un gesto a Raven para que lo precediera en el ascensor.

—¿William tiene un departamento aquí?

—De hecho. El director se quitó las gafas y colocó su ojo en un escáner de retina. El escaneo brilló verde y un teclado apareció debajo de él. Presionó una serie de números.

—¿Pero William nunca usó el departamento?

—No, señora. Usted es su primer ocupante.

—¿Qué tan seguro es el banco?

Monsieur se erguía alto de orgullo. —Extremadamente seguro, señora y de todo tipo de amenazas. Si necesita abandonar el banco, podemos proporcionarle transporte seguro en cualquier lugar del mundo.

—No lo creo, murmuró.

El director frunció el ceño, pero no respondió.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Raven se encontró frente a un par de puertas altas y doradas. Una vez más, el director presentó escaneos de su palma y retina

y usó un código adicional. El sonido de algo fuerte y metálico resonó en el vestíbulo. El director colocó su mano en el picaporte y lo abrió.

Dentro, Raven encontró una sala de estar opulenta, con una alfombra azul y paredes doradas. Los muebles también estaban dorados y tapizados en terciopelo azul. Era una habitación para un rey.

—Esta es Simone. El director señaló a una mujer que vestía un uniforme negro. —Ella le proporcionará lo que necesita.

Henri transfirió la bolsa de Raven de su hombro a Simone. —Si hay algo que pueda hacer, hágamelo saber. Puedo mostrarle el inventario a su conveniencia. Si prefiere verlo mañana, podemos hacerlo.

Raven negó con la cabeza. —No, me gustaría verlo hoy. Quizás en un par de horas.

—Muy bien. Sonrió y se retiró, cerrando la puerta detrás de él.

Raven escuchó el sonido de un pesado cerrojo que encajaba en su lugar.

—Este es el banco más extraño que he visitado. Se volvió para observar lo que la rodeaba.

Dada la meticulosidad de Sarah y su red, Raven no se sorprendió de que William hubiera tomado otras medidas detalladas para preservar su colección de arte y su seguridad. Claramente, el personal del banco no tenía idea de que estaba muerto. Ella no iba a decirles, porque podrían retirar su protección.

Se preguntó qué sabía el personal sobre William y el mundo de los vampiros. Se preguntó si el banco simplemente lo veía como un cliente adinerado y excéntrico, o si entendían que había sido el Príncipe de Florencia.

—Puedo mostrarle las otras habitaciones, señora, la voz de Simone se entrometió en las reflexiones de Raven. —¿Debo ir a un baño?

—Sí por favor.

—¿Voy a desempacar por usted?

—No, eso no es necesario.

—Muy bien, madame. Simone la acompañó a través de una puerta lateral y entró en una gran habitación decorada de forma similar a la sala de estar, excepto que el terciopelo era rojo. Una gran cama con dosel estaba en el centro de la habitación.

La habitación le recordó a Raven el dormitorio que había compartido con William en su villa.

Simone colocó la bolsa de Raven en la cama y caminó hacia una de las paredes laterales, presionó un botón para revelar una puerta oculta, que se abrió hacia un espacioso baño

de mármol.

—Su ropa ya ha sido limpiada, planchada y desempacada. Simone se movió a otra pared y presionó otro botón. Esta vez se abrieron puertas dobles.

—¿Mi ropa? Raven intentó por todos los medios ocultar su conmoción.

—Las cosas de su marido estaban aquí. Simone cruzó al otro lado de la habitación y abrió el armario correspondiente.

Raven la miró fijamente.

Filas y filas de camisas negras, pantalones y chaquetas colgaban ordenadamente en el gran armario. Hileras e hileras de zapatos negros descansaban debajo en una serie de bastidores. Se parecía exactamente al armario de William en su habitación de Florencia.

—Si hay algo que quisiera planchar o airear, por favor avíseme. Se puede hacer de inmediato. Simone le sonrió a Raven y desapareció en el baño. El sonido del agua corriendo hizo eco a través del departamento.

Raven caminó hacia la ropa de William y agarró la primera camisa que tocó, tirándola descuidadamente de su colgador y presionándola contra su nariz. Todavía había un rastro de su aroma. Ella caminó en el armario, desapareciendo en las camisas e inhalando profundamente. Lágrimas llenaron sus ojos. Se tapó la boca con la mano para sofocar un sollozo.

Para cuando Simone regresó, estaba sentada en la cama, con una de las camisas de William junto a ella.

Ella había metido varios de sus pañuelos en su bolso.

Eran cosas pequeñas, pero eran todo lo que le quedaba de él.

CAPITULO 72

—¿ESPERO QUE EL DESAYUNO haya sido de su satisfacción? Monsieur Marchand sonrió mientras escoltaba a Raven a un ascensor en un área remota en la parte trasera del banco.

—Si, gracias. Has sido muy amable. Raven jugueteó con la corbata de su vestido de abrigo verde. Se sentía divertida vistiéndose, pero era reconfortante usar uno de sus conjuntos favoritos. William siempre lo elogió.

—La obra de arte se almacena en una serie de bóvedas subterráneas. Las bóvedas están controladas por luz, temperatura y humedad. Usamos las especificaciones de los Uffizi, pero todo se puede ajustar.

—¿Y el inventario? Raven siguió al director fuera del ascensor una vez que llegaron al nivel más bajo.

—He preparado una copia en papel para usted. El director repitió las medidas de seguridad antes de ingresar a una sala estrecha de paredes blancas.

Realizó la exploración de la palma y la retina en la primera puerta a su derecha. Cuando entraron a la habitación, una tenue iluminación brillaba desde arriba. Un escritorio y una silla estaban cerca, junto con un folio de cuero.

—Este es el inventario. El director se lo entregó. —Está alfabetizado por artista, y cada trabajo tiene una ubicación correspondiente. Puedo ayudarle a ver las bóvedas. ¿O tal vez prefiera proceder elemento por elemento?

Raven hojeó el inventario a la letra B.

Botticelli-Ilustraciones de la Divina Comedia de Dante. Bóveda A9C.

—Me gustaría ver este primero. Señaló la entrada.

—Muy bien.

A los pocos minutos, estaban dentro de una de las bóvedas con control de temperatura, y monsieur Marchand estaba levantando una caja de madera de un estante etiquetado. Lo colocó en un escritorio cercano e hizo un gesto a Raven para que se sentara detrás de él.

Ella se puso un par de guantes blancos que él le había proporcionado y cuidadosamente abrió la caja. Allí, en una serie de folios, estaban las ilustraciones que habían causado tantos problemas; ilustraciones que William había adquirido de Botticelli siglos antes, y que Lorenzo le había robado de alguna manera, el teniente que lo había traicionado.

Raven hojeó los folios hasta que encontró el dibujo de Dante y Beatrice en la esfera de Mercurio. Ella lo apartó con cuidado.

Era tan hermoso. Tan frágil.

—Evaluar su condición puede llevar tiempo. Raven habló sin levantar la cabeza, ocultando sus emociones.

—Por supuesto, señora. Hay un intercomunicador a su derecha. Por favor contácteme si puedo ser de ayuda.

El director la dejó en privado.

Ella reemplazó la ilustración en la caja, la cerró con firmeza y se quitó los guantes.

Hojeando el inventario, descubrió el preciado Michelangelo en la lista, junto con la versión alternativa de la *Primavera* de Botticelli. William incluso había dispuesto que le transfirieran algunos de sus propios bocetos. Fue una revelación agridulce.

Una lágrima corrió por su mejilla.

Continuó leyendo el inventario, tan absorta que, algún tiempo después, apenas oyó que se abría y se cerraba la puerta.

Raven se apartó de la puerta, agarrando el inventario a su pecho.

—Necesito más tiempo, titubeó.

—¿Más tiempo?, Preguntó una voz familiar.

—Sí. Raven sostuvo el inventario con más fuerza.

—*Cassita*, susurró la voz.

CAPITULO 73

AL LADO DE LA PUERTA había un hombre vestido de negro.

Su cabello era rubio y teñido de gris en las sienes. Líneas de risa irradiaban de sus ojos.

Una cicatriz estropeó su barbilla.

Sus ojos eran familiares, un gris claro y hermoso, y también su voz.

—*Cassita*. Sonrió, como el brillo del sol, y extendió sus brazos.

Las páginas del inventario revoloteaban en el piso. Raven chilló y puso el escritorio entre ellos.

—¿Cómo entraste aquí?

—Soy yo, dijo, su sonrisa desapareció. —William.

—William está muerto.

—Mírame. No estoy muerto. El hombre comenzó a desabotonar su camisa de vestir.

—¡Detente!, Gritó. —¿Qué estás haciendo?

Él expuso su pecho. —Mi corazón late normalmente ahora. Ven, siente.

—No, gracias. Raven entrecerró los ojos, examinando su rostro, pecho y manos. Se parecía a William, era cierto, pero William tenía unos cuarenta años en lugar de los veintitantos vampiros que ella le conocía.

—Cambiaste tu cabello. Un lado de su boca se levantó. —Y tu color de ojos.

Ella no respondió.

Se pasó el pulgar por el labio inferior. —Esto me recuerda el día que tuve que demostrarte que era un vampiro.

Levantó su mano y la miró. —Me he transformado. Mi corazón late, y la sangre roja fluye por mis venas. No puedo conducir dagas a este cuerpo sin dañarlo.

Raven ignoró su exhibición y mantuvo su mirada enfocada en sus ojos. —¿Cómo sabes sobre eso?

—Creo que sabes la respuesta. Estudió el piso, como si estuviera midiendo la distancia entre ellos.

Raven se aplastó contra la pared, sus ojos se movieron hacia la abrazadera que había abandonado al lado del escritorio. Era su única arma.

La mirada del hombre se movió hacia la de ella, y su expresión adquirió una nueva intensidad. —¿Recuerdas la primera vez que fuí a tu departamento? ¿Cuando te di la reliquia de mi maestro?

Los ojos de Raven se agrandaron, hasta donde ella sabía, ella y William nunca habían discutido los acontecimientos de esa noche con nadie.

—Te llamé Jane por error, porque había visto el nombre en tu pasaporte. Hablamos de misericordia y justicia. Te ordené que dejaras la ciudad. Él se rió entre dientes.

—Por supuesto, no escuchaste. Me alegro. Si hubieras huido de la ciudad, nunca te hubiera conocido. Nunca hubiera conocido la esperanza, bailando en mis brazos.

Raven se cubrió la boca con la mano.

La frente del hombre se arrugó. —Traje a tu padrastro de California y te lo presenté como un regalo de cumpleaños macabro. Pero me ordenaste que lo enviara a la policía. Me pediste que estableciera un fondo para ayudar a los niños que había abusado. ¿Te dijo Monsieur Marchand que él y su personal administran el fondo? Fue creado en tu nombre, tu nombre y el de Cara.

Raven negó con la cabeza, demasiado sorprendida para hablar.

El hombre dio un paso adelante. —Lamento que me haya llevado tanto tiempo encontrarte. Cuando desperté, había perdido la memoria. Pensé que era 1274, y que mi maestro acababa de morir. Solo vine a mí mismo hace unos días. Pero estoy aquí ahora. Te amo, Raven. Juro por todo lo que es sagrado que nunca me iré de tu lado, mientras viva. Su expresión se tornó torturada.

—¿William?, Susurró, esperando contra toda esperanza.

—Lo juro por mi maestro.

Ella corrió hacia él, poniendo sus manos sobre su cuello.

Los brazos de William eran fuertes mientras la rodeaban, aplastándola contra su pecho.

—¿Te lastimaron?

—Sarah fue capaz de alejarme de la Curia antes de que pudieran ajustar mis recuerdos.

Ella habló mientras sus lágrimas llovían sobre su pecho.

—Estás llorando.

—Por supuesto que estoy llorando. Estas vivo.

Debajo de su oído, su corazón latía con fuerza, fuerte y firme. Ella se retiró maravillada.

—Tu corazón late.

—Tiende a hacer eso ahora.

—¡No te atrevas! No te atrevas a hacer una broma. Vi lo que te hicieron. Su voz se rompió. —Te vi morir.

Los ojos de William comenzaron a llenarse de lágrimas. —Lamento que hayas visto eso. Lamento que me haya llevado tanto tiempo regresar.

Raven le quitó las lágrimas de los ojos, y William tomó su mano, mirando la evidencia de su emoción.

—Esas son las primeras lágrimas que lloré desde 1274.

Raven colocó su palma dentro de su camisa abierta, contra su pecho. El ritmo de su corazón continuó sin ninguna de las pausas extrañas que había favorecido mientras era un vampiro.

Ella sacudió su cabeza. —¿Eres humano?

—Sí. He envejecido, como puedes ver. La cicatriz que obtuve en una caída de un caballo cuando tenía dieciséis años ha regresado. Hizo un gesto hacia su barbilla.

Reverencialmente, Raven trazó su cicatriz. Ella colocó sus manos en su rostro, estudiándolo atentamente. —Eres más viejo de lo que soy ahora.

Él se rió entre dientes. —Yo siempre fui más viejo que tú.

—Sabes a lo que me refiero. Estabas en tus veinte años cuando fuiste cambiado. Ahora te ves más viejo que eso.

—¿Es eso un problema? Preguntó rápidamente.

—Por supuesto no. Simplemente no entiendo lo que sucedió.

—No puedo explicar por qué he envejecido. Esta fue la cara que vi en el espejo después de despertar. Pero en cuanto a la transformación, *Cassita*, es nada menos que un milagro. No sé si me creerás. Pero primero...

Tentativamente, le rozó la mejilla. Cuando ella no se apartó, juntó la boca. Sus cálidos labios se vertieron sobre los de ella, un contraste con la frescura de su forma anterior. La besó intensamente, pero con paciencia, saboreando y saboreando sus labios y el interior de su boca.

Cuando se separaron, él presionó su oreja contra su corazón y besó su cabello, una y otra vez.

—No esperaba que estuvieras aquí. Pensé que la gente de Sarah te evacuó a Praga.

—Lo hicieron, pero Borek me hizo una visita.

William retrocedió. —¿Borek? ¿Llevabas una reliquia?

—Sí. Señaló tu collar. —Borek dijo que vino a avisarme, que Aoibhe lo envió a cazarme. Me buscó aquí y en Budapest, luego decidió visitar Praga. Ahí es donde me encontré.

—¿Tú le crees?

—No lo sé. Me advirtió que Aoibhe podría haber enviado a otros y que debería huir.

También me dijo que ella había tomado el control de Florencia. Él no quería vivir bajo su dominio.

—Puedo imaginar. Así que Aoibhe ganó el trono que siempre quiso. Mi pobre Florencia. William tenía una expresión distante en la cara. —Deberíamos ir arriba.

Salieron de la bóveda y volvieron sobre el camino hacia el ascensor. Las puertas se abrieron para revelar a Monsieur Marchand, que sostenía una gran caja de madera plana.

—Tengo los artículos que pidió, señor.

—Excelente. William tomó la caja de él. —Deseamos retirarnos al apartamento sin ser molestados.

—Por supuesto. El director los acompañó al piso de arriba y al otro ascensor antes de irse.

William marcó un código en el teclado del ascensor, y las puertas se abrieron.

—¿No tienes que leer tu palma? ¿O escanear tu globo ocular? Raven lo miró con escepticismo cuando entraron en el ascensor.

—No.

—¿Por qué no?

Él presionó sus labios en su sien. —Porque soy el dueño del banco, y no quería darles datos biométricos de vampiros.

—¿Saben que eres un vampiro?

—¿Que yo era un vampiro? No.

—¿Eres dueño de todo el banco?

—Sí. Lo fundé en el siglo XIV, porque no confiaba en los Medici con mi dinero. Con el tiempo, he notificado al personal del banco sobre mi muerte y el nombre de mi heredero. Es curioso cómo todos ellos se llamaban William. Me guiñó un ojo.

—Pero la obra de arte, nuestra ropa, ¿cómo arreglaste todo para ser movido?

Las facciones de William se volvieron sombrías. —Mucho antes de conocerte, puse en marcha un plan de evacuación para las cosas que atesoraba más en caso de guerra humana, incendio o alguna otra amenaza. Cuando parecía que la Curia marcharía hacia Florencia, ordené a mi personal enviar todo aquí. Quería que la colección de arte se conservara para ti.

Las puertas del ascensor se abrieron, revelando la entrada al departamento. Una vez más, William ingresó un número en un teclado y las puertas se abrieron.

Raven se dirigió al dormitorio, y William la siguió.

Ella se sentó en la cama y dejó su aparato a un lado. Luego se quitó las lentes de contacto de color y las descartó en una mesa auxiliar.

—Mucho mejor. William tomó sus manos en las suyas. —La valiente joven con los

grandes ojos verdes. Supe la noche en que te vi por primera vez que eras uno de los mayores bienes del mundo y que debería hacer todo lo posible por salvarte. ¿Ves lo bendecido que estoy por ti?

Raven tiró de su mano, y se sentó junto a ella.

—¿Qué hay en la caja que Monsieur Marchand te dio?

—Las reliquias de mi maestro. William le besó las yemas de los dedos, una por una.

—Fueron transferidos con todo lo demás. No puedo soportar estar separado de ellos.

—Monsieur sigue refiriéndose a ti como mi esposo.

—Junto con la transferencia de arte, dejé instrucciones para que el banco recibiera a mi hermosa esposa. Quería que tengas un refugio. William buscó a tientas en el bolsillo de sus pantalones.

Él retiró su mano. En su palma había dos sencillas bandas doradas.

—No fue la mejor circunstancia para hacer un voto, pero ¿recuerdas las palabras que intercambiamos en el Duomo?

La mirada de Raven se elevó de los anillos a sus ojos. —Sí.

—Me comprometí contigo ante Dios. Hiciste lo mismo. Levantó el anillo más pequeño y su rostro hizo una pregunta.

Ella le tendió la mano izquierda, y él deslizó el anillo sobre su dedo.

—Sin dudas. Su expresión se hizo pensativa.

—Me decidí hace mucho tiempo. Ella tomó el anillo más grande de su palma y lo deslizó sobre su dedo. —Me habría casado contigo antes, si hubieras preguntado.

Un profundo suspiro de alivio escapó de su pecho.

Ella colocó su brazo alrededor de su cintura. —¿Dudaste de mí?

—No, estoy agradecido por esta segunda vida. Te juro que haré todo lo que pueda para amarte y protegerte.

—Juro lo mismo. Ella lo besó.

William hizo un ruido de hambre en el fondo de su garganta y tiró de ella encima de él. Sus manos acariciaron su espalda antes de deslizarse hacia la plenitud de su trasero y agarrarlo sensualmente.

Raven le abrió la camisa y le dio besos en el pecho. Ella se aferró a un lado de su cuello y se llevó la carne a la boca.

William gimió.

—Esto será diferente, susurró, acercando su rostro a unos centímetros del suyo.

—Sí. Sus ojos grises se nublaron.

—Prometo ser amable. Ella guiñó un ojo con una sonrisa.

Él la besó en la nariz.

—Gracias. ¿Tú-? La pregunta no formulada de William quedó suspendida en el aire.

Ella le apretó los hombros. —Pregunta.

—¿Lo extrañarás? ¿De la forma en que era antes?

Ella ladeó la cabeza hacia un lado. —¿Eres William?

—Sí.

—¿Me amas?

Él la apretó con fuerza. —Sin duda.

—Entonces no hay nada que perder. Estaba devastada cuando murió. Me preguntaba si el dolor alguna vez disminuiría. No voy a perder el tiempo con tontos pseudo-problemas para mantenernos separados.

Ella colocó su mano contra su cara, maravillándose de la barba que rascó su palma.

—Por alguna razón, el universo te devolvió a mí. No voy a cuestionarlo, y no voy a criticarlo. Te podrían haberte traído roto o quemado, y te habría tomado con gusto y le habría agradecido a Dios por ti.

—Esta es nuestra oportunidad de felicidad, y no debemos perder un segundo dudando de él. Ámame, William, como siempre me has amado. Y será todo.

William cambió sus posiciones, cuidando de su pierna lesionada.

—Siempre me ha gustado este vestido. Sus manos trabajaron entre ellos, desenvolviéndola.

Raven le quitó la camisa de los hombros y le desabrochó el cinturón.

—Magnífico, murmuró, mirando apreciativamente su cuerpo mientras se despojaba del resto de su ropa.

Se tomó su tiempo para quitar de ella las cosas, sus manos se deslizaban por su piel.

—No has estado comiendo. William pareció consternado mientras exploraba sus curvas, curvas que eran inusualmente modestas.

—Es difícil disfrutar de la comida cuando estás triste.

—Lo siento. Apretó los labios contra cada costilla, besándolos con arrepentimiento.

Raven le rodeó el cuello con un brazo y lo atrajo hacia ella para que sus bocas se encontraran. Deslizó sus manos por su espina dorsal, deleitándose en la cálida suavidad de él y las pequeñas imperfecciones que encontró por primera vez.

William probó sus pechos, pellizcando y chupando mientras sus caderas se alineaban con las suyas.

Él era cálido, muy cálido. Y el calor entre sus cuerpos creció a medida que hicieron contacto.

—Te necesito. Los ojos verdes de Raven se clavaron en los suyos.

Su pulgar encontró su mejilla, y la acarició tiernamente. Luego, con su otra mano en su cadera, él entró en ella.

Raven cerró los ojos. Era una plenitud que nunca había esperado volver a sentir. Pero él estaba allí, encima de ella, dentro de ella, rodeándola de amor y calidez.

William gimió, sosteniendo sus brazos al lado de sus hombros.

Ella abrió los ojos justo cuando empujaba contra un lugar encantador.

—No creo que pueda- William apretó los dientes, incapaz de completar su frase.

—Está bien. Estoy cerca. Sus manos se arrastraron hasta su trasero, instándolo a avanzar mientras levantaba sus caderas al ritmo de sus embestidas.

Ella gimió suavemente con sus movimientos. Y luego, ella lo sintió. El comienzo de una gloriosa finalización, como una nota que quedó suspendida en el aire durante varios latidos. El placer recorrió su cuerpo, encendiendo cada nervio.

William gruñó su frustración y comenzó a empujar erráticamente.

A medida que su orgasmo subía y bajaba, el cuerpo de Raven se relajó.

—¿Lo hiciste? Susurró bruscamente, acelerando su ritmo.

—Oh, sí. Ella sonrió.

—Bien. Con un fuerte grito, William empujó profundamente, vertiéndose en ella.

Sus brazos se rindieron, y él colapsó, enterrando su cara en su cuello.

—Usualmente me muerdes durante y no después, comentó Raven.

William mordió su piel.

Ella rió, y él se unió a ella, el sonido feliz resonando en el opulento apartamento.

—No pensé que alguna vez volvería a reír, confesó ella, pasándole los dedos por el pelo revuelto, rindiendo homenaje a las partes grises de sus sienes.

—Yo tampoco. Él se movió a su lado, su mano sobre su abdomen. Sus ojos eran graves.

Raven leyó la pregunta en su rostro. Pero ella se tomó su tiempo para elegir sus palabras.

—Creo que, tal vez, había tres Williams diferentes.

—¿Tres?

—El William que eras cuando eras joven, el William que eras como un vampiro, y el William que eres ahora. Pero algo se ha mantenido constante. Alguna parte de ti permaneció igual. Ese núcleo, esa alma, es a quien amo.

—No es el dinero, ni el poder, ni siquiera la hermosa colección de arte que escondes abajo. Hubiera cambiado todas esas cosas por tenerte conmigo por un día más. Ella lo abrazó cerca. —Ahora te tengo a ti, nunca te voy a dejar ir.

Él la besó en la frente. —La habilidad plenamente puesta.

—Digo la verdad, Sr. Malet.

—Gracias, Sra. Malet. Aclaró su garganta, y su mirada vagó a sus pechos. —Probemos la opción de no volvernos a ir una vez más.



Dos horas después, la pareja se había duchado y terminado el almuerzo.

—¿Por qué no fuiste a Praga primero?, Preguntó Raven, sentado en el regazo de William.

—Necesitaba dinero, y necesitaba organizar un transporte seguro para los dos. Así que vine aquí.

—¿Qué tan seguro es el banco?

Él trazó un patrón en su muslo. —Como fortaleza, es modesto. Pero las reliquias de mi maestro son lo suficientemente fuertes como para hacer que el banco sea tan seguro como nuestra villa contra los vampiros. Si Borek te siguió desde Praga, y supongo que lo hizo, estamos a salvo de él y de su especie, a menos que el romano se dé cuenta de que estoy aquí.

—¿Podría atacar un edificio que alberga reliquias?

—No, pero es lo suficientemente poderoso como para encontrar una forma de evitarlo o

incluso unir fuerzas con la Curia.

—Borek cree que el romano se está volviendo loco.

William la miró largamente. —Creo que Borek tiene razón. No lo vi claramente antes, pero creo que la locura se ha apoderado de parte de la mente del romano. En su pensamiento retorcido, él cree que lo traicioné por ti.

Siempre estuvo celoso de mis afectos. Tal vez se deleitó perversamente en entregarme a nuestros enemigos.

Raven murmuró una maldición. —¿Sabe la Curia que estás vivo?

William se rascó la barbilla recién afeitada. —No lo sé. Obviamente, ellos no tienen mi cuerpo. Pero no sé si los informes de mi estado actual les han llegado. Por nuestro bien, he estado rezando para que permanezcan ignorantes.

—Si no eres un vampiro, ¿por qué te querrían?

William hizo una mueca. —Nos quieren a los dos, Raven. Tu sacerdote quiere que se ajusten tus recuerdos para que no seas un riesgo de seguridad. La Curia quiere que informe sobre los vampiros romanos y otros poderosos. Pero me interrogarían primero, tratando de entender qué me diferenciaba de los demás.

—¿Sabes la respuesta?

—Creo que si. Pero solo me di cuenta después de morir. Él le dio una media sonrisa.

—Es una historia extraña, y algo larga.

—Quiero escucharla. Raven se acomodó en una posición más cómoda en su regazo, apoyando su cabeza en su hombro. —Probablemente debería mencionar que Borek dijo que el padre Kavanaugh dejó la Curia y regresó a casa.

—Eso sería lo más honorable.

—No lo has perdonado, ¿verdad?

William la estudió. —No creo que tuviera la intención de matar mi naturaleza humana. Creo que querían destruir al vampiro.

—Eso todavía está matando.

William la abrazó con fuerza. —Lo último que recuerdo antes de que todo se oscureciera fue el sonido tuyo gritando. Sentí que mi alma abandonaba mi cuerpo, y me cernía sobre todo el mundo. Te vi a ti y al padre Kavanaugh. YO-

La historia de William fue interrumpida por el sonido de un teléfono.

Él frunció el ceño. —Les dije que no nos molestaran.

El teléfono sonó de nuevo.

—Disculpa. Ayudó a Raven a levantarse y caminó hacia la cama, levantando el auricular

del teléfono. —¿Sí?

Raven lo siguió, atrapando las últimas palabras de Monsieur Marchand, —cabina de estilo militar -con placas diplomáticas.

—¿Dónde?, Preguntó William, sus ojos se encontraron con los de Raven.

—A las afueras de la ciudad, señor.

—¿Y el informe de inteligencia?

—No hemos podido identificar el convoy, señor. Si se dirigen aquí, llegarán en treinta minutos.

—Correcto. Nos vamos enseguida. Prepárate para partir. William colgó el teléfono.

Raven agarró su mano. —¿La Curia?

—No lo sabemos, pero no quiero arriesgarme. Empaca lo que sea con lo que no puedas vivir.

Raven entrelazó sus dedos con los suyos. —Tú. Eres con lo que no puedo vivir.

Él levantó su mano a la boca y la besó.



En menos de veinte minutos, Raven y William habían cambiado sus apariciones y llevaban pasaportes diplomáticos suizos.

Un Mercedes de señuelo ya había salido del Trivium por las puertas traseras, en dirección al aeropuerto de Ginebra.

Raven y William viajaron en un Range Rover negro con placas diplomáticas, acompañados por un conductor y un guardia armado, rumbo al sur hasta la frontera con Francia.

Otros veinte minutos cruzaron Francia y entraron en Saint-Julien-en-Genevois, donde les

esperaba un jet privado.

Raven contuvo la respiración cuando el avión aterrizó en el aeródromo. Ansiosamente, ella inspeccionó el entorno y las montañas cubiertas de nieve en la distancia.

Junto a ella, William exhaló en voz alta y respiró profundamente.

—Va a estar bien, susurró, su mirada recorriendo el paisaje. —Tiene que ser.

El avión despegó, y cuando finalmente alcanzaron su altitud de crucero, William comenzó a relajarse.

Raven le dio una sonrisa alentadora. —Todavía no me has dicho lo que te pasó.

—Lo haré, se aclaró la garganta. —Pero creo que tenemos que discutir nuestros próximos pasos primero.

Él giró en su asiento para mirarla. —Quiero vivir el resto de mis días contigo, con seguridad. Si quieres quedarte en Europa, podemos. Pero creo que será más seguro para nosotros ir muy, muy lejos. Al menos para el futuro cercano.

—¿A dónde iríamos?

—Tengo propiedades en todo el mundo. Mi recomendación es que coloquemos la mayor distancia posible entre nosotros y la Curia. Tengo una isla secreta en la Polinesia Francesa, cerca de Bora Bora. Podemos viajar a la isla en aproximadamente un día y medio.

—¿Qué pasa con los pilotos? ¿Pueden volar tan lejos?

—Están siendo bien pagados. Nos llevarán a donde queramos ir.

La boca de Raven se ensanchó en una sonrisa. —¿Quieres llevarme a Tahití?

—Aproximadamente.

—Muy bien.

Él se rió entre dientes. —¿No quieres pensar en eso?

Raven se volvió y miró por la ventana. Examinó el paisaje debajo de ellos y los Alpes nevados que subían a las nubes.

Cuando habló, su tono era melancólico. —Extraño a mi hermana. Espero que algún día pueda decirle que estoy viva. Pero no quiero hacer nada que la convierta en un blanco para la Curia o cualquier otra persona. Estoy de acuerdo en que necesitamos desaparecer. Raven sonrió a medias. —Tahiti es cálido. Puedes acompañarme a la luz del sol ahora.

—No tiene que ser para siempre. El rostro de William se puso serio. —Pero la isla es el lugar más seguro en el que puedo pensar por ahora.

—¿Cómo se llama la isla?

William sonrió tímidamente. —Siempre me referí a él como la isla. Tendrás que elegir un nombre para ello.

Se sentó en su asiento y apoyó la cabeza contra el reposacabezas. —Ahora es el momento de explicar lo que sucedió...

CAPITULO 74

—DESPUÉS DE SENTIR MI ALMA DEJAR MI CUERPO, todo se oscureció. Lo primero que pensé fue que te había fallado. Había fallado a la ciudad y a mi gente. Le fallé a mi maestro. La voz de William se hizo más espesa.

A la señal de Raven, la azafata recuperó dos botellas de agua del mini bar y las abrió, vertiendo el agua sobre el hielo.

William bebió el agua con gratitud. —¿Recuerdas la historia de Guido da Montefeltro?

—Sí, creo que hablamos de esto una vez. Dante le cuenta a Guido su historia en el Infierno. Guido afirmó que San Francisco de Asís vino por su alma cuando murió, pero lo perdió por un demonio.

—Sí. William la estudió.

—¿No me estás diciendo que San Francisco vino por tu alma?

—No. Su mirada cayó a la alfombra del avión.—"Pero vi a mi maestro.

—Pensé que estaba muerto, pero podía escuchar voces. Pude escuchar a mi maestro discutiendo con alguien, discutiendo sobre mi alma. Y luego, de repente, mi maestro dijo: "*Él no está muerto.*" Y me di cuenta de que todavía estaba vivo. Los ojos de William se levantaron.

—¿Tú lo viste a él?

—Lo conocería en cualquier lado. Reconocí su voz, su rostro. Él estaba ahí. Él me habló. William se detuvo, momentáneamente abrumado.

—Me dieron piedad-una segunda oportunidad. Cuando abrí los ojos, estaba solo, acostado en una mesa.

—Me doy cuenta ahora que estaba en el hospital de Florencia. Pero en ese momento, no tenía idea de dónde estaba. Mi recuerdo de ser un vampiro había desaparecido por completo. Ni siquiera podía recordar haber escuchado a mi maestro un momento antes. Todo lo que podía recordar era su muerte y estar de luto en Fossanova. Ahí es donde pensé que estaba.

—Estaba medio desnudo, así que envolví una sábana alrededor de mi cuerpo, decidido a regresar al monasterio. Tropecé afuera y colapsé en la calle.

—No estoy seguro de cuánto tiempo estuve allí, pero alguien me encontró. William vaciló.

—¿Quién?

—Un dominicano. Mi mente estaba tan revuelta que no podía hablar italiano o inglés.

Solo podía hablar latín y anglo-normando. El hermano pensó que estaba enojado e intentó llevarme de vuelta al hospital, pero no dejaba de decirle que era dominico y que mi maestro acababa de morir. Creo que me trajo a la Casa Dominicana solo para aplacarme.

—¿Pero qué hay de la Curia? ¿No son los dominicanos parte de ellos?

—Algunos de ellos son. Pero estos hermanos parecían no tener conocimiento de lo que había sucedido en el Duomo, y ciertamente no me reconocieron. El dominicano que me rescató me llevó a un hermano mayor cuyo latín era mejor, y le expliqué quién era yo.

—Me dieron algo de ropa y algo de comida. Ellos me dieron un lugar para dormir. Estaba claro que no tenían idea de qué hacer conmigo, y creo que varios de ellos querían enviarme de vuelta al hospital. Pero el viejo dominicano insistió en que me quede con ellos. Lo que sea que pensaban que era o lo que estaba sufriendo, sabían que yo no era un vampiro. Había reliquias por toda la casa.

—Las reliquias nunca te molestaron de todos modos.

—No mucho, eso es verdad.

—¿Por qué crees que es así?

—Creo que las reliquias que pertenecían a mi maestro nunca me molestaron porque nunca me rechazó.

La emoción coloreaba la voz de William. —Él oró por mí, esperando encontrar el camino de regreso a Dios. Él nunca perdió esa esperanza.

—¿Tú crees, entonces? ¿Crees en Dios otra vez?

—Sí, pero puedo decir que nunca dejé de creer completamente en él. Fuiste tú quien me dijo que creías que mi maestro se compadecería de mí por haberme acercado a los romanos cuando estaba desesperada. Incluso cuando tomé lo que él me ofreció, lo lamenté. No era lo que yo quería; Solo quería a mi maestro. Le supliqué que me ayudara, y ahora sé que lo hizo.

Raven se movió en su asiento para poder ver a William más claramente. —La voz que escuchamos durante el exorcismo, dijo desesperación. ¿Qué fue eso?

—No estoy seguro, dijo William. —Desde el momento en que me transformé en vampiro, sentí que la oscuridad de la desesperación me rodeaba. Fue como beber lo que pensé que era el agua de la vida solo para descubrir que estaba envenenado.

—¿Así que el vampirismo fue tu castigo por rendirte a la desesperación?

—No. William negó con la cabeza enfáticamente. —El romano me ofreció poder, riqueza y filiación. Debido a que había perdido la esperanza de tener una buena vida sin mi

maestro, de buen grado tomé lo que el romano me ofreció. Pero lamenté la elección de inmediato. Mi maestro dijo que la transformación fue incompleta. Tal vez es por eso que podría caminar en tierra santa y manejar reliquias. No cedí a la desesperación completamente, y debido a eso y las oraciones de mi maestro, nunca adquirí la naturaleza completa de un vampiro.

Raven pensó en lo que había dicho. —Supongo que no fue una coincidencia que te encontrara un dominico.

William sonrió. —No lo creo. Los hermanos podrían haberme enviado de vuelta al hospital. Estoy seguro de que la Curia estaba buscando mi cuerpo. Pero los hermanos me mantuvieron mientras recuperaba mi fuerza. Luego, varias semanas después, me llevaron a Fossanova.

—No tenía ningún recuerdo más allá de 1274. Uno de los dominicanos pensó que podría ayudar traeyéndome al monasterio donde murió mi maestro. Algunos de los hermanos viajaron conmigo.

—Cuando llegamos, era como si nunca me hubiera ido. Estaba tan convencido de que el cuerpo de mi maestro estaba allí. Estaba tan convencido de que mis hermanos todavía estaban allí. Por supuesto, no lo fueron.

—Pasé mucho tiempo en el monasterio y rezando en la capilla, tratando de descubrir qué había sucedido. Siempre tuve un buen recuerdo. Siempre he sido fuerte. Me sentí tan débil, tan impotente.

—Una noche subí a la cima de una colina cercana. William se aclaró la garganta.

—Era la misma colina donde el romano me encontró.

—Estuve allí por un tiempo, tratando de descubrir qué hacer. Fue entonces cuando todo brilló delante de mí.

Caí de rodillas, abrumado por mis recuerdos. Recordé al Romano y mi transformación. Recordé viajar a Florencia y deponer al viejo príncipe. Me acordé de ti.

Rozó los nudillos de Raven con su pulgar. —Tan pronto como te recordé, quería irme. Hice los arreglos antes del golpe de Maquiavelo para que tuvieras una salida segura de la ciudad. Elegí Praga porque pensé que sería el lugar más seguro, lejos de los vampiros y de la Curia. Pero a pesar de que pagué bien la red de Sarah, me preocupaba que hubieran fallado. ¿Qué pasaba si la Curia te tenía? ¿Qué pasaría si ya hubieran borrado tus recuerdos? Tenía que encontrarte.

—No tenía nada, sin pasaporte, sin dinero. Fui a ver a los hermanos y les expliqué que mi memoria había regresado. Era un hombre de negocios, estaba casado, y necesitaba

urgentemente llegar a Ginebra para poder localizarte.

—¿Mentiste? Raven lo golpeó en el costado.

—Tú y yo nos comprometimos el uno con el otro -primero en la Loggia hace algunos meses y otra vez en el Duomo. Pulsó el anillo que llevaba en su mano izquierda.

—Estamos casados.

—De acuerdo. Ella levantó su mano y besó la piel sobre su banda de oro.

—¿Qué dijeron los dominicanos?

—Creo que algunos de ellos continuaron creyendo que estaba perturbado. O pensaban que los estaba engañando.

Pero los demás me creyeron y me aseguraron un boleto de tren a Ginebra y me dieron dinero para viajar. No tenía pasaporte, pero los suizos rara vez revisan los pasaportes en la frontera con Italia. Tomé el tren nocturno y me dirigí hacia aquí. William exhaló en voz alta. —Tu sabes el resto.

Raven apoyó la cabeza en su hombro. —¿Cómo te sientes ahora?

—Diferente. William se pasó una mano por los ojos. —Todavía me estoy ajustando a este cuerpo. Es extraño sentir mi corazón latir regularmente. Es extraño tener que respirar. Tengo recuerdos de mi vida humana, hace mucho tiempo, así como recuerdos de cuando era un vampiro. A veces me confundo.

—¿No sientes la necesidad de beber sangre? ¿O escalar los costados de los edificios?

William presionó sus labios en mi sien.

—No. La primera comida humana que anhelaba era la carne de venado asada. Todavía no lo he tenido todavía. Los dominicanos parecen subsistir con pescado y pollo.

Raven pensó en sus palabras mientras el calor de su cuerpo irradiaba a la de ella.

—No sé qué decir.

—¿No me crees? La cara de William estaba afectada.

—Te creo, pero es difícil para mí equilibrar lo que sé sobre el mundo con lo que acabas de describir. No creo en Dios o en una vida después de la muerte. Pero he visto cosas, cosas extrañas que no puedo explicar. No entiendo el torbellino que vimos en el Duomo. No entiendo cómo podría verte morir como un vampiro y ahora estás sentado a mi lado, vivo y humano. —Voy a aferrarme a esto. Ella le agarró el brazo con ambas manos.

—Estás aquí conmigo. Eres humano y estás vivo. Por el momento, al menos, estamos a salvo. No voy a desanimarme tratando de descubrir cómo llegamos aquí. Me gustaría saber por qué -por qué tú y por qué yo. Ella levantó un hombro. —Pero los seres humanos no saben todo. Quizás sea mejor.

CAPITULO 75

Tres años despues Isla Esperanza, cerca de Bora Bora

RAVEN SE SENTÓ EN LA TERRAZA CUBIERTA de su villa, pintando una vista de la isla. La brisa le acariciaba la cara con su largo cabello negro y la obligaba a atarlo.

Desde su punto de vista actual, ella podía ver parte de la playa de arena blanca. Apareció una figura, trotando descalza sobre la arena prístina.

La figura pareció buscarla mientras trotaba. El me saludó.

Ella le devolvió el saludo.

Su esposo continuó su trote y desapareció de la vista.

Se volvió para mirar dentro de la casa, a través del enorme espacio donde las paredes laterales habían sido retraídas. Hermosas pinturas colgaban en la sala de estar y más allá, en su dormitorio.

La arquitectura y el diseño de la Polinesia Francesa estaban en desacuerdo con el estilo del Renacimiento italiano, pero a ella no le importaba. Este era su hogar. Su refugio. Su santuario.

Las pocas obras originales de su colección que habían enviado a la isla estaban protegidas en una habitación cerrada que había controlado cuidadosamente la luz, la temperatura y la humedad. Tanto Raven como William disfrutaron visitando la galería privada que incluía pinturas de Miguel Ángel y Botticelli, entre otros.

Más allá de la villa, en una colina al otro lado de la isla, había una capilla donde su esposo pasaba tiempo meditando y orando. Donde a veces hablaba con su maestro.

Donde ella se unió a él ocasionalmente mientras navegaba su propio e inquietante viaje espiritual.

Raven pasó sus días pintando y dibujando, gran parte de su trabajo fue inspirado por la isla o su tiempo en Italia. William exploró los límites de su cuerpo humano, aprendiendo a bucear y surfear. Pero sus noches siempre la pasaron juntos. Se contaban historias al lado del fuego, o hacían el amor en la playa, o simplemente disfrutaban de la compañía del otro.

La mayor parte de su colección de arte todavía se encontraba en Ginebra, en espera de las decisiones finales sobre dónde deberían ir las distintas piezas. Raven y William habían vendido varios trabajos en privado en apoyo de su fondo para niños maltratados. El hecho de que pudieran continuar su apoyo desde su santuario de la isla le dio a sus vidas un significado adicional.

Tal vez llegaría un día en que podrían viajar a Estados Unidos y ella podría volver a ver a su hermana. Por ahora, vivieron una vida sencilla juntos mientras sus enemigos parecían estar persiguiendo a otros enemigos.

Raven no tenía idea de por qué William había sido salvado. No tenía idea de por qué se les había dado una segunda vida juntos. Pero ella vivía todos los días agradecida y llena de esperanza.

FIN

EPILOGO

December 2013 *Cambridge, Massachusetts*

—CARIÑO, ¿PUEDES ABRIR LA PUERTA? Julia llamó a su marido. Tengo mis manos llenas. Clare estaba cubierta de leche. De alguna manera, en su estado agotado, Julia no había cerrado el biberón de forma segura y la leche se había derramado por todo el rostro y el cuerpo de Clare mientras salpicaba al suelo.

Clare estaba sentada en el fregadero de la cocina mientras Julia intentaba separarla de su cama húmeda y lechosa.

—¿Tú ordenastes algo? Gabriel asomó la cabeza hacia la cocina en su camino hacia la puerta de entrada.

—No. Podrían ser regalos de Navidad.

—¿De quien?

El timbre sonó de nuevo.

—No lo sé, Gabriel. Julia se impacientó. —¿Podrías simplemente abrir la puerta?

Oyó los sólidos pasos de su marido cruzando la madera dura. Oyó la apertura de la puerta, el leve murmullo de voces y la puerta cerrándose.

Gabriel entró a la cocina con una caja muy grande.

Julia lo miró con curiosidad. —¿De quien es eso?

—Alguna compañía de envíos de la que nunca he oído hablar.

—Quise decir, ¿quién es el remitente?

—El nombre está fuera de la etiqueta.

Gabriel recuperó un cuchillo y comenzó a abrir la caja.

Buscó a través de una gran pila de material de embalaje de espuma de poliestireno para descubrir otra caja.

Él maldijo.

—Lenguaje, Julia susurró, inclinando la cabeza hacia Clare.

—Papá. Clare se rió y rebotó en su espalda, alegremente medio desnuda y aún sentada

en el fregadero de la cocina grande.

Gabriel levantó la segunda caja más pequeña y la colocó sobre la mesa de la cocina.

Él lo abrió y examinó cuidadosamente a través de los contenidos.

Luego dio un gran paso atrás.

—¿Qué pasa? Julia estaba alarmada por su movimiento repentino.

Sus ojos se encontraron.

Gabriel metió la mano en la caja y sacó una funda protectora. Luego, con mucho cuidado, abrió la funda protectora y sacó un grabado.

Julia dejó caer el paño que había estado sosteniendo. —Santo cielo.

Clare murmuró algo que sonaba sospechosamente parecido a las palabras que su madre acababa de pronunciar.

—Hay una gran cantidad de ellos. Gabriel parecía desconcertado. Sacó más fundas y comenzó a colocarlas cuidadosamente sobre la mesa.

—¿Son los nuestros? Los ojos de Julia se agrandaron.

Gabriel comenzó a revisar las fundas. Encontró la ilustración de Dante y Beatrice en la esfera de Mercurio y le dio la vuelta.

Allí, en la parte posterior de la ilustración, había una tenue marca de lápiz. Él se lo mostró a Julia. —Este, al menos, es nuestro. Recuerdo la marca.

Julia cubrió su boca. —Deben haberlos encontrado. La Interpol debe haberlos encontrado.

Gabriel volvió a colocar la ilustración en su funda protectora. —No lo creo. La Interpol nos habría contactado. Habríamos sabido que venían.

—¿Entonces quién?

Revisó la etiqueta de dirección del remitente en la caja más grande. Mostraba un origen de Ginebra, Suiza, pero no tenía nombre.

Se rascó la barbilla.

Los ojos de Julia se encontraron con los de su marido. —Podría ser..

Gabriel colocó su brazo alrededor de su hombro, atrayéndola hacia su costado.

—No lo sé. Creo que no importa de quién son. Dante y Beatrice finalmente están en casa.

Agradecimientos

Tengo una deuda con las ciudades de Florencia, Roma y Praga, sus ciudadanos, y con las incomparables Academia y Galerías Uffizi, así como con la Catedral de San Vito. Gracias por su hospitalidad e inspiración.

Estoy agradecido con Kris, quien leyó un borrador inicial y ofreció valiosas críticas constructivas. También estoy agradecido con Cassie, Jennifer y Nina por sus comentarios y apoyo.

He estado muy contento de trabajar con Ever After y Cassie Hanjian, mi agente. Me gustaría agradecer a Kim Scheffler por su orientación y consejo.

Mi publicista, Nina Bocci, trabaja incansablemente para promover mi escritura y ayudarme con las redes sociales, lo que me permite estar en contacto con los lectores. Me siento honrado de ser parte de su equipo.

Heather Carrier de Heather Carrier Designs quien diseñó la portada del libro. Ella hizo un hermoso trabajo. También me gustaría agradecer a Jessica Royer Ocken por la edición de copias y Coreen Montagna por el formato de la novela.

Estoy agradecido con Erika, Deborah Harkness y Lauren por sus amables palabras sobre The Raven. Gracias. También quiero agradecer a los muchos bloggers de libros que se han tomado el tiempo de leer y revisar mi trabajo.

Quiero agradecer a las Musas, Argyle Empire, los lectores de todo el mundo que operan las cuentas de redes sociales de SRFans, el Canal SRF y ESP que crean blogs excepcionales en YouTube, la Trilogía Gabriel por inaugurar un club de libros en español en mis libros, y los lectores que grabaron los podcasts para la Serie The Gabriel y la Serie Noches de Florencia. Gracias por tu continuo apoyo.

Mientras editaba este libro, me enteré del fallecimiento de John Michael Morgan, quien grabó las versiones de audio de mis libros. Mis condolencias van a su familia y amigos. Él será extrañado.

Finalmente, me gustaría agradecer a mis lectores y a mi familia por continuar este viaje conmigo. Estoy orgulloso de ser tu Virgilio durante esta incursión en el Inframundo.

ACERCA DEL AUTOR

Soy un autor canadiense que está interesado en la historia y la cultura italiana, así como en la ciudad de Florencia. También soy el autor más vendido del New York Times de The Gabriel Series.

Me interesa la forma en que la literatura nos puede ayudar a explorar aspectos de la condición humana, particularmente el sufrimiento, el sexo, el amor, la fe y la redención. Mis historias favoritas son aquellas en las que un personaje realiza un viaje, ya sea un viaje físico a un lugar nuevo y emocionante, o un viaje personal en el que aprende algo sobre sí mismo.

También me interesa cómo los elementos estéticos como el arte, la arquitectura y la música pueden usarse para contar una historia o para iluminar los rasgos de un personaje en particular. En mi escritura, combino todos estos elementos con los temas de la redención, el perdón y el poder transformador de la bondad.

Intento utilizar mi plataforma como autor para crear conciencia sobre las siguientes organizaciones benéficas: La Fundación I Lay Me Down to Sleep, WorldVision, Alex's Lemonade Stand y Covenant House.

Información de Redacción y Realización

La traducción de este libro es un proyecto de fans.

No es ni pretende ser o sustituir al original y no tiene ninguna relación con la editorial oficial. Ningún colaborador —traductor, corrector, recopilador— ha recibido retribución material por su trabajo. Ninguna persona es remunerada por estas producciones y se prohíbe estrictamente a todo usuario el uso de dichas producciones con fines lucrativos. Se anima a los lectores que quieran disfrutar de esta traducción a adquirir el libro original y confía basándose en experiencias anteriores, en que no se restarán ventas al autor, sino que aumentarán el disfrute de los lectores que hayan comprado el libro.

Se realiza estas traducciones porque determinados libros no salen en español y quieren incentivar a los lectores a leer libros que las editoriales no han publicado. Aun así impulsa a dichos lectores a adquirir los libros una vez que las editoriales los han publicado. En ningún momento se intenta entorpecer el trabajo de las editoriales, sino que el trabajo se realiza de fans a fans, pura y exclusivamente por amor a la lectura.

TRADUCIDO, CORREGIDO Y DISEÑADO POR...

D O M Y

